Quiero creer en la magia

Bea R. Ortiz
@beastyberlik



Dublín 2

Quiero creer en la magia

Bea R. Ortiz
@beastyberlik

Título: Quiero creer en la magia.
© 2024, Bea R. Ortiz.
De la cubierta y maquetación: 2024, Roma García.

Para que la trama goce de más realismo y se ajuste a mi idea de ficción, he tomado ciertas licencias sobre determinados lugares. Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A todos los que hacen la cuenta atrás para la Navidad desde agosto. Aquí tenéis una aliada.

A Sonia, mi hermana, porque
en términos navideños no
habría podido tener una
musa mejor para Carlota.
Qué ganas tengo de recorrer
todo Dublín contigo.

Te quiero mucho.

If we can make it through December
maybe we'll make it through forever.

All I Want (For Christmas) – Liam Payne

Si podemos lograrlo en Diciembre
quizá podamos lograrlo para siempre

All I Want (For Christmas) – Liam Payne

PLAYLIST

Mistletoe – Justin Bieber
Fairytale of New York – Jon Bon Jovi
A spaceman came travelling – Chris de Burgh
Do they know it's Christmas? – Band Aid 30
Walls – Louis Tomlinson
Meltdown – Niall Horan
Me has invitado a bailar – Dani Fernández
All I want (for Christmas) – Liam Payne

AVISO

A lo largo de la historia encontrarás personajes españoles e irlandeses, así que, para diferenciar cuándo se habla en un idioma u otro, se han puesto aquellos diálogos que se dan en español en letra cursiva.

Espero que disfrutes mucho de la lectura.

Bea

PRÓLOGO

Mis primeros días de universidad no se me olvidarán nunca, pero me jode confesar que no es por los motivos correctos.

Pasaron muchas cosas bonitas en ese periodo: vivir sola por primera vez en mi vida, cumplir mi sueño de estudiar en el extranjero, conseguir una beca gracias a la que mi madre podía respirar tranquila, entrar en la carrera que yo quería, conocer gente nueva…

Solo hay un detalle que me gustaría borrar del mapa. Lo único que, en esa nube de felicidad en la que me encontraba, consiguió despertar mi rabia.

Simon Gaughan.

Todo comenzó en mi primerísima clase en el Trinity College. Llevaba apenas unos días en Dublín y todavía me costaba un poco ubicarme. Si no hubiese sido por Google Maps, ni siquiera habría sido capaz de encontrar el apartamento que había alquilado, pero mi buen amigo no funcionaba en los pasillos de la universidad.

¿Resultado? Buscando con demasiada prisa el aula en la que pronto comenzaría mi clase de Estadística Aplicada al Márquetin, acabé metiéndome en la que no era.

Nunca pensé que una confusión tonta acabaría causándome tantos dolores de cabeza.

Entré a toda prisa al ver que el profesor ya estaba organizando su escritorio. Escaneé los asientos libres y elegí uno al lado de una chica con pelo morado que tenía pinta de simpática. Saqué mi ordenador, mi agenda y organicé minuciosamente mi trozo de mesa. Noté que ella me observaba con una sonrisa en los labios y, sin pensármelo ni un segundo, se la devolví.

Me encanta hablar con la gente y uno de mis propósitos de ese año era hacer tantos amigos en Irlanda como fuesen posibles, así que ella podía ser la primera.

—¿Lo de ser una maniática del orden es normal o es que estás nerviosa por el primer día?

—Dejémoslo en que un poco de ambas. Soy Carlota, encantada.

—Yo Nora y este de aquí Simon —dijo, señalando al chico que estaba a su lado, espatarrado en la silla y con la mirada fija en el móvil—. ¿De dónde eres? No es por ser cotilla, pero no tienes acento irlandés.

—Soy española. He venido a Dublín con una beca de estudios.

—Guay. Estudiar en el extranjero: el sueño de cualquier estudiante de Turismo. —No sé exactamente qué es lo que reflejó mi cara, pero ambas fuimos conscientes de que algo no iba bien—. Porque eres estudiante de Turismo, ¿verdad?

—No. ¿Esta no es la clase de Estadística Aplicada al Márquetin? ¿El aula 112?

—¿Es que en España no os enseñan los números? En la puerta lo pone bien grande. —Esa fue la gran aportación del pasota del móvil. Con un tono de voz que se hubiese llevado una buena contestación si no fuese porque el contenido de la frase consiguió que me girase tan rápido que un tirón recorrió todo mi cuello.

Tenía razón. Ponía claramente 121, no 112.

—*¡Mierda!*

Recogí tan rápido como pude mis cosas y, antes de llegar a ponerme de pie, noté sus ojos oscuros fijos en mí.

—Mira los números de uno en uno la próxima vez, no sea que te metas en la 211, Missy.

—¿Solo abres esa bocaza para decir gilipolleces? —solté antes de poder frenarme a mí

misma. Era uno de mis fallos: cuando me enfadaba, no solía tener mucho filtro—. Mi nombre es Carlota, no Missy.

—¿Me acabas de llamar gilipollas?

—Razón no le falta —me apoyó Nora, pero no me quedé a saber cómo continuaba la conversación.

En primer lugar, porque no me importaba lo que tuviera que decir ese chaval. En segundo, porque tenía que salir pitando de allí si quería llegar a mi clase a tiempo.

El corazón me martilleaba contra el pecho cuando entré, esa vez sí, en el aula que me tocaba y, en esa ocasión, opté por un asiento en el que no tuviese a nadie alrededor.

Había tenido suficiente, al menos hasta la hora del almuerzo. Por no hablar de que, si todos los tíos de aquella ciudad iban a ser igual que ese creído, prefería no conocer a ninguno más.

«¿No se suponía que los irlandeses eran conocidos por ser gente amable?»

Mi segundo intento de socializar salió mucho mejor y acabó siendo el que me introdujo a los que, desde entonces, formarían parte de mi grupo de amigos. Mi familia por elección.

Tristan fue el primero en sentarse a mi lado en una de las clases y obligarme a escucharle. Quizá suena un poco fuerte dicho de esa manera, ¿pero no debería considerarse obligación si se giró hacia mí y empezó a soltar más palabras por segundo de las que creía ser capaz de entender?

Muirne se nos unió poco después y, gracias a ella, conseguí hacerme un croquis mental de todas las estancias de la universidad y los caminos que tenía que tomar para llegar a tiempo a los sitios.

Keeva llegó en la hora del almuerzo y juro que todavía me sigue pareciendo la chica más guapa que he visto en mi vida, con sus ojos azul grisáceo y el pelo más rojo que el fuego.

Rory apareció detrás de ella, acompañado por Seamus, y ni siquiera habían llegado a nuestra mesa cuando me quedó claro que el primero bebía los vientos por la pelirroja.

«Atención, por favor, necesitamos servicio de limpieza en el pasillo cuatro. A alguien se le está cayendo la baba.»

En poco tiempo, se convirtieron en mi lugar seguro lejos de casa. A los que recurría en momentos de bajón, con los que quería celebrar cada vez que pasaba algo bueno, los que se disfrazaban conmigo para mis postales navideñas y a los que mandaba mensajes contándoles cada pequeño detalle de mi vida que pudiese parecerme importante o gracioso.

Los únicos que, a día de hoy, están al tanto de que mi odio hacia Simon Gaughan se incrementa un punto cada vez que nos lo cruzamos y él aprovecha para meterse conmigo llamándome Missy.

Yo le fulmino con la mirada. Él se aleja con una sonrisa odiosa.

Cada junio sueño con que en septiembre no aparezca por allí, pero parecemos tener un imán porque siempre es de las primeras personas a las que veo al pisar el campus.

¡Cómo me jode eso!

Y eso que en septiembre todavía no sabía que, lejos de cumplirse mis deseos, este tercer año iba a pasar todo lo contrario.

«OK Google, ¿cómo lo hago para no ceder ante las ganas de matar a alguien? No quiero acabar presa, gracias.»

CAPÍTULO 01
Simon

—¿Me recordáis una vez más por qué demonios he accedido a hacer esto? —pregunto a mis amigos, asomando la cabeza entre medias de los asientos delanteros del coche de Nora.

—Porque las prácticas son importantes para tu futuro y no quieres seguir estando a la sombra de tu apellido —responde Nora, resumiendo en una sola frase las muchas conversaciones que hemos tenido al respecto en los últimos meses.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan convincente? Estaba buscando una excusa para escaquearme de esta mierda.

—No va a ser tan malo como te lo imaginas —dice Cillian tratando de animarme—. Son solo un par de meses, se te pasarán volando.

—Son casi tres —le corrijo—. Como si no tuviese suficiente con pasar todas las mañanas en la universidad, ahora me toca pasar las tardes aquí. ¿Estáis seguros de que no puedo seguir siendo un niño de papá?

Ambos se giran en mi dirección con las cejas alzadas y me desplomo contra el asiento trasero. Ellos son los únicos con los que me permito ser yo mismo, sin máscaras ni barreras. Me conocen a la perfección y a mí me pasa lo mismo con ellos, por eso sé lo que están pensando sin necesidad de que me digan nada.

Que nunca he sido un niño de papá. Que me jode mucho que la gente piense eso simplemente por mi apellido. Que no quiero pasar toda la vida a las órdenes de un hombre al que nunca le he importado y que conseguir romper el techo de la independencia económica es lo único que me hace falta para poder alejarme de toda esa farsa de una vez por todas.

—¿Pasáis a recogerme dentro de una hora? Hoy solo es la reunión de inicio, pero estoy seguro de que me vendrá bien una cerveza cuando salga —cedo, moviéndome hacia la izquierda para salir del coche, pero algo ha debido llamar la atención de ambos porque ninguno responde—. ¿Qué pasa? ¿Qué estáis mirando?

Sigo la dirección de sus miradas, ambas clavadas en la puerta del edificio en el que se encuentra la revista en la que a partir de hoy empiezan mis prácticas, y una sonrisa se dibuja en mis labios en cuanto veo quién está preparándose para entrar.

—Esto se acaba de volver mucho más interesante.

—No seas demasiado capullo con ella —me pide Nora—. Ya tiene suficiente con soportar tus idioteces en el campus.

—¡Pero si yo soy un trocito de pan!

—Lo digo en serio, Sim —dice, girándose hacia mí—. Sé que te encantan las tías que suponen un reto y que no ceden a la primera ante tus encantos, pero…

—No digas chorradas —la corto—. Me meto con Missy porque me hace gracia su cara de enfado. Es como un chihuahua gruñendo a un pastor alemán. No me interesa nada más de ella.

—¿Te acabas de comparar con un pastor alemán? —se ríe Cillian—. Yo diría que eres más un Chow Chow.

—¿Esos no son los que parecen osos de peluche gigantes? ¿Me estás llamando peludo, capullo? Porque comparado con tu espalda soy un puto nenuco.

—¿Quieres que te enseñe dónde no tengo pelos?

—¿Queréis callaros los dos? En ocasiones pienso que seguís siendo los críos que conocí en parvulitos. Madre mía, que paciencia tiene que tener una —se queja Nora—. Tú, pastor alemán, más te vale sacar tu culo del coche si no quieres llegar tarde, y como me entere de que estás haciendo la vida imposible a Charlie te las verás conmigo. Y tú, Chow Chow, deja de decir chorradas antes de que te embadurne cera caliente por todo el cuerpo.

—Si eso es una proposición sexual, no me interesa seguir escuchando nada más. —Engancho mi mochila antes de salir del coche y, al pasar por delante de la ventana abierta de Nora, le tiro un poco del pelo—. Adiós, mamá, te prometo que me portaré como un buen chico. —Le guiño un ojo antes de alejarme y escucho de fondo la risa de Cillian.

No me extrañaría nada que, a cambio, él se haya ganado una mirada asesina, una de esas con las que mi tierna amiga se puede convertir en alguien terrorífico. Da cague cuando se enfada.

En cuanto cruzo las puertas del edificio y estoy fuera de su vista, muevo los hombros un poco en un intento de destensar los músculos de mi espalda y observo a mi alrededor.

Aunque intente fingir que no, quejándome de tener que dedicar todas las tardes durante tres meses a venir aquí, la verdad es que estoy nervioso. Necesito que esto salga bien, porque sería la señal de que puedo valerme por mí mismo, pero es la primera vez que estoy solo frente a lo desconocido y hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que me ha ayudado en otras ocasiones tener a Cillian o a Nora a mi lado.

«Ha llegado la hora de empezar a forjar tu propio nombre, Simon. Es lo que llevas años esperando.»

Vuelvo a enderezar la espalda y me dirijo a la recepción, como ponía en el correo de presentación que recibí a finales de la semana pasada. Le enseño mi identificación al chico que está detrás del mostrador y, un minuto después, estoy subiendo hasta la cuarta planta en el ascensor. Reviso los papeles que me han dado y camino decidido hasta la sala de reuniones número tres, en donde conoceré a mi supervisora de prácticas.

«Regla número uno de las primeras impresiones: si consigues hacerles creer que estás completamente seguro de ti mismo, pronto empezarás a estarlo de verdad.»

La puerta está abierta, así que entro directamente mientras dibujo en mi cara una sonrisa perfecta, como tantas veces me insistió mi madre de pequeño. ¿Cómo iba a imaginarme que dentro solo iba a encontrarme a una persona? Una que, con esos ojillos verdes irradiando una mezcla entre confusión y enfado en cuanto me reconoce, consigue que sonría de verdad.

«Empieza a ser enfermizo lo mucho que te gusta hacer rabiar a esta chica cuando ni siquiera la conoces más que de vista.»

—Vaya, vaya. Mi querida Missy, ¿me echabas de menos?

—Esto tiene que ser una broma.

CAPÍTULO 02
Carlota

«No puede ser verdad. No puedes tener tan mala suerte.»

—Esto tiene que ser una broma.

—Se dice sueño, Missy, ¿dos años en el país y todavía no controlas bien el idioma? —responde, con ese tono de chulería con el que siempre se dirige a mí y noto cómo se me empieza a acelerar la sangre.

—Sé perfectamente lo que quiero decir, *idiota*, ¿qué haces aquí?

—No es que me considere un adivino, pero diría que lo mismo que tú.

—Eso es imposible. Tú no estudias Márquetin y Publicidad.

—Sabes que estás en una revista de viajes y que soy estudiante de Turismo, ¿verdad? Te hacía más lista, Missy.

—¡Deja de llamarme así! —estallo, cansada de ese juego de palabras que se le ocurrió hace años, convirtiendo en un nombre el verbo *miss*[1]—. El único fallo que cometí fue perderme una vez en tu presencia y desde entonces no me has dejado en paz. ¿Quieres hacer el favor de pasar página? Es que eres exasperante. —Lo sigo con la mirada mientras él recorre la sala de reuniones hasta que está de pie justo a mi lado y me dedica una sonrisa ladeada antes de seguir hablando.

—¿En mi presencia? Así que ha habido más ocasiones. Ya sabía yo que el apodo te iba como anillo al dedo.

La mesa es grande, pero él tiene que elegir el asiento situado a mi derecha de entre todos los que hay libres. Joder, ¡si solo hemos llegado nosotros! ¿Es que no sabe lo que es el espacio vital?

«Respira hondo, Carlota. No te conviene estar enfadada ahora mismo. Recuerda que tienes que dar una buena impresión cuando tu supervisora entre por la puerta que, por lo que sabemos, puede pasar en cualquier momento.»

—¿Sabes qué? Me da igual lo que hagas con tu vida, pero yo estoy en Dublín para hacer algo de provecho con la mía así que, por lo que más quieras, finge que no existo. Déjame en paz. Olvídame.

—Pero eso no es divertido.

—Si quieres divertirte cómprate un libro de chistes.

Me giro hacia los papeles que tengo perfectamente ordenados en la mesa y me concentro en ellos, intentando hacerle el vacío y dando la conversación por terminada. Si tiene que estar aquí, que esté. Si fui capaz de pasarme los cuatro años de secundaria compartiendo escritorio con mi primo sin dejarme llevar por sus trastadas, puedo hacer esto.

Sin embargo, no soy capaz de concentrarme.

Soy plenamente consciente de cómo aparta la silla y se sienta. De cómo deja sus propios papeles encima de la mesa, todos en una misma pila y ¿sueltos? ¿Ni siquiera los mete en una carpeta? Quiero dejar de mirarlos, porque la necesidad de cogerlos y, al menos, igualar las esquinas, es superior a mí, pero me freno.

Esta solo es una de las cosas en las que, a lo largo de estos años, he descubierto que somos totalmente diferentes. Yo amo el orden, a él se la suda todo. Yo priorizo mis estudios y me permito desconectar sólo cuando esa parte está organizada, él no ha faltado a ninguna de las

fiestas que se han organizado en el campus, según mis amigos. A mí me encanta socializar y llevarme bien con la gente, él si no está con Nora o con Cillian, suele ir solo. Yo necesito que estas prácticas salgan bien porque son imprescindibles para tener un currículum que me lleve a conseguir un buen trabajo cuando termine la carrera. Él, por lo que me han contado, tiene la vida resuelta.

¿Sería yo igual de creída si hubiese nacido con un apellido de niño rico? Nunca lo sabremos, porque las Merino García tenemos muchas cosas grandiosas, pero la cuenta bancaria no es una de ellas.

—En una escala del uno al diez, ¿cuánto te está molestando que mis folios estén desordenados? Creo que estoy notando cómo se te hincha la vena de la frente.

—No me interesáis ni tú ni tus folios.

—¿Así que no te afecta si hago esto? —Los levanta y los revuelve aún más, pero no hago nada.

«Solo intenta provocarte, como siempre. Es un crío aburrido y tú el juguete que ha elegido para entretenerse. No le des el gusto.»

—*De todas las personas amables que hay en este país me tenía que tocar a mí el imbécil*.

—*No te olvides de añadir que también soy el más guapo de todo el campus, Missy, es un dato importante*.

Me giro hacia él rápidamente. Es la primera noticia que tengo de que sepa hablar español y estoy a punto de soltar algo mordaz para borrarle esa sonrisa de sabelotodo que tiene ahora mismo en la cara cuando un grupo de personas entrando en la sala lo impiden.

Ambos nos levantamos para saludar a Jenna, la supervisora de las prácticas, y mi buen humor vuelve en cuanto veo a Emily, una de mis compañeras de clase, y a Cass, su mejor amiga, siguiéndola. Cada año la revista acepta a cuatro becarios, así que supongo que llevarme bien con dos de tres es bueno.

—Esta va a ser una experiencia única, chicos, así que espero que estéis dispuestos a dar el cien por cien de vosotros mismos y aprovecharla al máximo —empieza a decir Jenna cuando los cinco estamos sentados en la mesa.

Ella se ha sentado en uno de los extremos mientras que Emily y Cass lo han hecho justo frente a nosotros.

—No sé si habéis hablado con alumnos que ya hayan pasado por aquí antes, pero hemos decidido seguir la mecánica del año pasado ya que todo el equipo considera que dio muy buenos frutos. Como intuyo que sabréis, dos de vosotros estudiáis Márquetin y los otros dos Turismo. En la revista nos resulta sumamente interesante que, durante los próximos meses, además de aprender de mano de vuestros respectivos tutores, podáis trabajar en equipo para compaginar las habilidades de cada carrera en un solo proyecto.

Me gusta la idea. Siempre he pensado que lo mejor de coincidir con alguien especializado en distintos temas que tú es aprovecharlo para ampliar mucho más tus conocimientos, así que estoy deseosa de descubrir lo que alguien como Cass puede aportarme. O lo estaba, antes de que Jenna dijese sus siguientes palabras.

—Por parejas.

«*Mierda*.»

—Es realmente curioso, porque basándonos en vuestras solicitudes os habíamos dividido justo como os habéis sentado hoy.

«*Doble mierda*.»

—Uno de los principales objetivos de la empresa actualmente es conseguir que Irlanda se

posicione entre los países de Europa más visitados y, para ello, lo que tenemos que descubrir es cómo hacer llegar a todo el mundo lo que pueden encontrar aquí. Nuestras costumbres y tradiciones son nuestra mejor arma y si estáis en esta sala ahora mismo es para aprender a utilizarla a la perfección.

Tiene un magnetismo a la hora de hablar que hace imposible no estar pendiente de cada una de sus palabras e, incluso cuando se queda callada para abrir el archivador que tiene delante y sacar dos sobres de color verde de su interior, mis ojos siguen cada uno de sus movimientos.

—En cada uno de estos sobres hay un tema. Vuestro trabajo es investigar cuáles son los recursos turísticos más interesantes relacionados con él, estudiarlos en profundidad y encontrar la manera de venderlos fuera de nuestras fronteras. No se trata solo de explicarlos, chicos, se trata de metérselos por los ojos a todo el que tenga la suerte de toparse con vuestros artículos.

Mueve los sobres mientras habla, como si los estuviese barajando, y finalmente extiende uno a cada lado de la mesa. La suerte está echada.

—Quiero un *dossier* completo con todas las investigaciones y me encargaré personalmente de seguir paso a paso cada uno de vuestros avances. En diciembre, el último día de prácticas, quiero encima de mi mesa un artículo por pareja, digno de ser publicado en la revista, con el que hasta a mí me den ganas de redescubrir mis propias tradiciones. ¿Alguna pregunta al respecto?

Los cuatro negamos con la cabeza y, aunque no puedo hablar por los otros tres, mi interior es una mezcla tan intensa de alegría, miedo, ganas, nervios y ansiedad que tengo la sensación de que en cualquier momento voy a estallar y no sé si será gritando, llorando o riendo.

—Podéis abrir el sobre.

Soy yo la que estira la mano hacia él, porque estoy más cerca que Simon, y me permito respirar hondo antes de rasgarlo. Ya que me va a tocar trabajar con la única persona que odio en este país, espero que la temática del proyecto me guste.

«No puedes tener tan mala suerte, ¿no? Con una cosa mala se cumple el cupo diario.»

Lo rasgo con delicadeza y, en cuanto el trozo de cartulina aparece ante mis ojos, una sonrisa enorme se dibuja en mi cara.

NAVIDAD

«¡Esto es lo tuyo, chica!»

Por un momento, incluso me olvido de que voy a tener que pasar mucho más tiempo con el imbécil. Hasta que lo escucho murmurar a mis espaldas.

—No me jodas.

—Halloween y Navidad, dos de las festividades con más popularidad en el mundo y, cuya celebración en Irlanda, esconde muchas particularidades —dice Jenna cuando ambos sobres han sido abiertos—. Además, los dos se llevan a cabo durante el último trimestre del año así que estamos en la época perfecta para que os metáis de lleno en el ambiente.

—¿No se puede cambiar? —dice mi compañero—. Me gustan más los vampiros que los elfos.

—Lo siento, Simon, pero la suerte es así y en ocasiones nos toca trabajar con temas que quizá no sean nuestros favoritos. Tómatelo como un reto. Puede ser la oportunidad perfecta para demostrarte a ti mismo que eres un buen profesional y, ¿quién sabe? Quizá te acabes llenando de espíritu navideño.

No responde, pero veo en su cara que no confía en ello. ¿En serio no le gusta la Navidad? Había oído hablar de gente rara que no valora esos fantásticos días en los que disfrutar con tu familia, beber chocolate caliente y comer dulces, pero no me había topado con nadie así hasta

ahora. Claro que, siendo totalmente sincera, no me sorprende para nada que Simon sea uno de ellos. Que se joda. Él lleva dos años tocándome las narices cada vez que nos cruzamos. Ha llegado la hora de mi venganza.

Mantengo mi mejor actitud de chica buena hasta que la reunión termina y, cuando estamos fuera del edificio, me giro hacia él.

—Espero que estés preparado para pasar tres meses escuchándome cantar villancicos, Simon. —Esta vez la que sonríe soy yo y el que tiene cara de enfado es él y, joder, cómo lo estoy disfrutando.

—Ni se te ocurra.

—¿Hay alguno que te resulte realmente molesto? Para aprendérmelo cuanto antes, más que nada. ¿*Jingle bells*? ¿*Let it snow*? Puedo sacar el arsenal de Mariah Carey si me lo pides.

—Missy… —gruñe, pero le ignoro.

—Por cierto, te recuerdo que aquí el irlandés eres tú y que yo no tengo ni idea de vuestras tradiciones navideñas, así que más te vale traer alguna idea sobre la que podamos empezar a trabajar el próximo día. Seguro que es de mucha más ayuda que todo lo que pueda encontrar yo en Google.

—Missy, yo-.

—Tú sigue llamándome así, que tengo todo un disco de villancicos cantados por Justin Bieber memorizado por culpa de mi hermana. Hasta el lunes, elfito.

CAPÍTULO 03
Simon

—¿Qué ha pasado para que la sonrisa haya sido reemplazada por ese ceño fruncido? —me pregunta Nora cuando se sienta frente a mí, en la mesa de la cafetería a la que he entrado en cuanto he salido de la revista.

Necesitaba un café con más urgencia que nunca y, si no he pedido que le echasen un chorro de wiski, es porque me da demasiado asco recurrir al alcohol cuando algo me incomoda. Esa no es la solución y tampoco va a ayudarte a encontrarla, por mucho que haya gente que todavía no lo entienda. Por mucho que ella no lo entienda.

—¿Dónde has dejado a Cillian?

—En casa, le he convencido para que nos haga la cena.

—¿Está preparando la lasaña de su madre?

—Ajá.

—¿Por qué?

—Porque en tu mensaje he notado que algo no iba bien y sabía que te vendría mejor una buena comida que unas cervezas.

—Nora, en serio, cada día me das más miedo. ¿Estás segura de que no tienes sangre de bruja o algo de eso? Prométeme que no me despertaré alguna noche en una mesa de laboratorio mientras experimentas con mi sangre.

—¿Para qué querría yo experimentar con tu sangre?

—Tus opciones somos Cillian y yo. Obviamente me elegirías a mí.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Soy el guapo, el inteligente y el más interesante genéticamente. ¿No es obvio?

—Te recuerdo que la persona con la que te estás comparando es mi novio, Sim. Siento romperte el ego, pero para mí es mucho más guapo e interesante que tú.

—¡Auch! —Me llevo la mano al corazón, fingiendo que esas palabras han sido como un puñal para mí, pero ella no se deja manipular.

Nora nunca se deja engañar.

—Si crees que voy a dejar que te vayas por las ramas para no contarme qué es lo que te tiene de mal humor estás equivocado. Ya puedes ir largando por esa boquita de niño pijo que tienes si no quieres que me vaya a casa sin ti y me coma tu parte de lasaña.

Me mira fijamente a los ojos y, por mucho que me gustaría no tenerlo tan claro, sé que su amenaza es sincera. Nora no bromea con esas cosas. Es la mejor persona que he conocido en mi vida y gracias a la que estoy aquí sentado, en vez de amargado en algún rincón de Galway, seguramente con una Guinness en una mano y alguna chica en la otra. Conoce hasta el más mínimo detalle de mi vida y, por eso, sé que entenderá perfectamente por qué he salido con el ánimo por los suelos de esa reunión.

—Tengo que hacer un proyecto sobre la Navidad.

—¿No había otro tema?

—Sí, pero le ha tocado a la otra pareja. ¿Cómo puedo tener tan mala suerte?

—Según tengo entendido, a Charlie le encanta la Navidad. Si se lo pides educadamente,

seguramente se cambie por ti encantada.

—Charlie es mi compañera de proyecto.

—Pobrecita. —Le sale tan espontáneamente, que no puedo evitar sentirme atacado.

—¡Oye! Ahora estamos hablando de mí, no de ella. Por no decir que tiene una suerte loca de tenerme como compañero. Hago unos trabajos de la ostia.

—Sí, si tiene la paciencia suficiente como para aguantar que te esperes hasta el último minuto y lo hagas todo bajo presión.

—Me gusta trabajar así.

—Y yo te conozco lo suficiente como para saber que además tienes la suerte de que te salgan las cosas bien y a tiempo, pero para alguien que no lo sepa puede resultar muy frustrante. Quise matarte durante gran parte de la secundaria.

Gruño antes de tomarme el último sorbo del café y después me quedo mirando la taza.

—De todo lo que se celebra en Irlanda, me tiene que tocar lo único de lo que huyo como de la peste. ¿No podría haber salido San Patricio? Vestir de verde, beber cerveza hasta reventar, bailar al son de la música…

—Solo es un trabajo, Sim, nadie te pide que la tengas que vivir. Busca cuatro datos, haz tu parte y te olvidas. Al menos tienes una buena compañera.

—Una que no me soporta.

—Me dirás que no te lo has ganado. Ni siquiera yo entiendo por qué te dio con ella desde el primer momento, pero deberías dejar que te conociese de verdad y viese más allá del idiota que se mete con ella por un despiste sin importancia que sucedió hace dos años.

—¿Para qué?

—No sé, ¿quizá para tener vida social más allá de Cillian y de mí? ¿O porque hacer eso ayudaría a que estos tres meses fuesen mucho más fáciles para ambos?

—Hablo con mucha gente.

—El ligoteo rápido y facilón que utilizas con las chicas a las que te quieres llevar a la cama no se considera hablar, amigo mío.

—*Hori zure iritzia izango da*.[2] —Se lo digo en euskera, pero está tan acostumbrada a escucharme a hablar en distintos idiomas que ni se inmuta. Estoy seguro de que incluso sabe lo que significa esa frase en concreto, porque es de las que más repito.

—Solo digo que si ni siquiera te acuerdas del nombre de la chica cuando sales de su cama, no cuenta. Sé que te cuesta abrirte a la gente, pero Charlie parece maja. He coincidido en alguna ocasión con ella en la cafetería que hay frente a la biblioteca y siempre está rodeada de gente. No sé por qué tú te empeñas en hacerla rabiar.

—Porque es demasiado divertido.

—Son solo unos meses, así que piensa en ello. Necesitas estas prácticas para acceder al futuro que quieres tener y sé que, aunque el tema no te guste absolutamente nada, eres capaz de ponerte esa máscara de todo me importa una mierda y sacarlo adelante.

—Con lo guay que habría sido hacer el trabajo sobre Halloween.

—También sería la ostia vivir en el Caribe con una tarjeta de crédito ilimitado no reembolsable y pasarme el año en bikini en la playa sin tener que pensar en si necesito una chaqueta de entretiempo o un jodido plumas para ir a clase por la mañana, pero aquí estamos —exclama, haciéndome reír.

«Joder, cómo la quiero.»

—¿Me llevarías a esa playa contigo?

—Por supuesto, ¿quién si no me va a preparar los mojitos?

—¿Cillian?

—Él estará demasiado ocupado abanicándome, no hay que cargarle con demasiado trabajo.

—¿Sabes que te quiero?

—Más te vale. Y ahora larguémonos de aquí. Quiero estar en casa para cuando el loco de tu amigo encienda el horno.

—¿Le has recordado que se asegure de que no hay nada dentro antes? —pregunto mientras me pongo de pie y, cuando estamos fuera de la cafetería, rodeo sus hombros con mi brazo para pegarla a mi costado.

Empieza a hacer frío y ella siempre ha sido demasiado friolera para el país en el que vivimos.

—Lo he mirado yo misma antes de irme.

—Mejor. No quiero tener que llamar a la casera para pasarle el parte de los bomberos.

—Te acuerdas de que la casera es tu hermana mayor, ¿verdad?

—Por eso mismo prefiero ahorrarme la llamada.

—Sim, deberías…

—¿Te apetece que conduzca yo? —propongo con mi mejor sonrisa, dejándole claro que ya he tenido suficientes momentos incómodos por hoy, y ella resopla antes de pasarme las llaves.

—Sim —me llama, de nuevo, cuando ambos estamos ya en el interior del coche—. Yo también te quiero. Y Cillian también, aunque lo demuestre a su manera. No lo dudes nunca.

CAPÍTULO 04
Carlota

Si hay algo que me han repetido una y otra vez a lo largo de mi vida es que soy una chica con muchas rarezas. No es algo que me moleste, más que nada porque es verdad y no hay nada mejor que aceptarse a una misma. En cierto modo, incluso me gusta que la gente se dé cuenta de esos detalles.

Algunas cosas son chorradas, como ponerme un calcetín de cada color, pero siempre del mismo modelo, los días de examen para que me de suerte. O que siempre que uso coleteros o adornos en el pelo tengan que ser de colores llamativos. O combinar las zapatillas con la sudadera.

Otras, en cambio, llegan a ser auténticas obsesiones. ¿Se va a acabar el mundo si yo no me compro una libreta al empezar un nuevo proyecto, ya sea personal o académico? No. Pero aquí estoy, con el paquete de Amazon que me han dejado en la recepción de la universidad en las manos, y caminando tan deprisa como puedo hacia la cafetería en la que me esperan mis amigos para poder abrirlo.

Recorrí varias librerías la semana pasada intentando encontrarla, pero supongo que conseguir una libreta navideña en pleno octubre no es algo que se pueda dar fácilmente, así que acabé pidiéndola por Internet.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta Tristan cuando llego a la mesa en la que ya están todos mis amigos y sonrío al ver que ya se ha encargado de mi comida. Eso es lo que pasa cuando todos los días comes con la misma persona: te acabas sabiendo mejor sus gustos que los tuyos propios—. Has salido de clase como una bala.

—¡Ha llegado! —Agito el paquete en el aire y algo me dice que los cinco saben perfectamente lo que es.

—¿Te has comprado otra libreta? —me lo confirma Miurne—. Por favor, dime que no has comprado dos a juego para obligar a Gaughan a seguir tus manías.

—Ese no se merece una de mis fantásticas libretas —gruño mientras rasgo el paquete y sonrío como una niña al ver que es tan bonita como prometía la foto.

Menos mal, porque la que compré para el último proyecto de clase se supone que simulaba ser una calculadora, pero cuando llegó parecía un cacharro al que habían atropellado varias veces.

—¿Eso significa que tengo que sentirme especial porque a mí sí que me regalases una? —dice Tristan, observándome mientras yo compruebo cada detalle de mi nueva adquisición.

—Sí, pero ni siquiera la abriste, así que primera y última, amigo mío.

—¡La tengo guardada!

—Las libretas son para usarlas, no para guardarlas. ¿Es que no te he enseñado nada en estos dos últimos años? —Le miro alzando las cejas, pero lo único que recibo en respuesta es que me chisque la lengua y se gire hacia su comida.

Así es Tristan. Si no tiene nada interesante que decir, corta la conversación de un plumazo. No discute. No lleva la contraria a no ser que esté cien por cien seguro de llevar la razón. No juzga. En cierto modo, me encanta su personalidad tan marcada y es uno de los motivos por los que se ha convertido en mi mejor amigo, pero en ocasiones me dan ganas de zarandearle para ver

si le corre un poquito más de sangre por las venas.

«¡Grítame! ¡Dime lo que piensas! ¡Reacciona!»

Todo lo contrario a Keeva que, si te tiene que decir algo, lo dice. Sin anestesia. *Boom*. Al principio puede parecer un poco borde, pero no tardas en descubrir que no hay maldad en sus palabras, simplemente ve innecesario andarse por las ramas o regalar los oídos a la gente.

—¿Vas a empezar a dar por saco con la Navidad en octubre? El año pasado prometiste aguantar hasta noviembre.

—Ni siquiera estamos en octubre todavía —le apoya Rory—, ¡finales de septiembre!

—Yo no tengo la culpa de que me haya tocado ese proyecto. Es el destino. Además, voy a necesitar vuestra ayuda. —Me descuelgo la mochila de la espalda para poder sacar el estuche de ella y aparto un poco mi bandeja de comida para poder apoyarme en la mesa—. No puedo vender a nadie una Navidad irlandesa si no tengo ni idea de cómo es la Navidad en Irlanda así que… ¿Qué podéis contarme?

—Gaughan sí que es irlandés, ¿por qué no le preguntas a él?

—Porque algo me dice que va a aportar tanto como Seamus a nuestras conversaciones durante el almuerzo —le respondo a Miurne mientras señalo a nuestro amigo, que está sentado a la mesa pero con toda su atención puesta en la pantalla de su Nintendo Switch. Levanta la mirada cuando escucha su nombre pero, al ver que la cosa no va con él, vuelve a bajarla—. Me niego a que Simon y sus aires de creído me jodan las prácticas, por no hablar de que ya me ha dejado claro que el tema no le gusta absolutamente nada, así que…

—Por el campus dicen que el tío es un puto genio. Tiene una de las mejores medias de su curso, no creo que sea precisamente un vago ni un dejado.

—¿Simon? ¿Un genio?

—Yo también lo he oído —asegura Tristan a mi lado—. Uno de los miembros del equipo de ajedrez fue al instituto con él.

—Estamos hablando del mismo chico, ¿verdad? ¿El que todos los días sale de fiesta y pisa la biblioteca menos que nadie? Porque a mí eso me parece sinónimo de ser un vago y un dejado.

—Dale una oportunidad, Charlie, a lo mejor incluso te sorprende. Si ha solicitado las prácticas, será por algo. No es fácil conseguir plaza en esa revista.

Me encantaría que tuvieran razón. Me encantaría tener que llegar a esta misma mesa mañana, a la hora del almuerzo, y admitir mi equivocación delante de todos ellos, pero no sé por qué un sexto sentido me dice que eso no va a pasar.

Puede que Simon sea un genio, pero no le vi con muchas ganas de poner de su parte para que esto salga bien.

Y puede que se haya esforzado para entrar en la revista, pero también es posible que haya tomado el desvío por el lado del enchufe. Al fin y al cabo, su padre es una de las personas más influyentes del país y muchas cosas me sorprenderían menos que una cadena hotelera haciendo negocios con una revista de viajes.

Supongo que solo me queda esperar a que llegue esta tarde y descubrir qué Simon es el que cruza la puerta de nuestra sala de trabajo: el gilipollas o el trabajador.

CAPÍTULO 05
Simon

Llevo un día de perros. No sé si es porque no he conseguido desconectar en todo el fin de semana o porque llevo varias horas pensando en lo que me espera en esta sala y no me apetece absolutamente nada, pero estoy seguro de que cualquier persona que se haya cruzado conmigo ha sido capaz de leer en mi cara que no estoy de humor.

Solo me he forzado a fingir lo contrario cuando Jenna me ha presentado a Logan, mi tutor durante las prácticas. Parece un chico majo, no puedo decir lo contrario, solo espero que él no se haya llevado una mala primera impresión de mí. No suelo preocuparme por demostrar a la gente que poco tengo que ver con la idea de niño mimado que llevan vendiendo los periódicos desde hace años, pero esto es importante y, si Logan no confía en que puedo ser bueno, poco importa cuánto me esfuerce para sacar el maldito proyecto navideño.

Y hablando del proyecto…

—Llegas cinco minutos tarde —me reprocha Carlota en cuanto pongo un pie en la sala que tenemos reservada para trabajar, pero ni siquiera me mira. Está demasiado ocupada rellenando su pizarra.

¿Desde cuándo tenemos una pizarra? Hace tres horas, cuando he pasado por aquí para dejar mi mochila y mi abrigo, no estaba. Ni tampoco los diez rotuladores de distintos colores que ahora están perfectamente colocados en el lateral de la mesa.

«¿Eso es una libreta navideña?»

—Mi tutor estaba terminando de explicarme una cosa. ¿Qué estás haciendo?

—Dibujar a Papá Noel entrando por una chimenea, ¿tú que crees? —Se gira para cambiar de rotulador y aprovecha para lanzarme una mirada asesina. ¿Qué tendrán esos ojos brillando de enfado que de repente me noto un poco menos estresado?

—En Irlanda le solemos llamar Santa Claus o San Nicolás, por si quieres ir apuntándotelo.

—¿Has hecho la lista que te pedí?

—No. —Respira hondo, como si estuviese frenándose a sí misma de actuar sin pensar, y después cierra meticulosamente el rotulador que estaba utilizando y se gira hacia mí.

—Creo que es el momento de que dejemos las cosas claras. —Es la primera vez que la escucho hablar en un tono tan serio, uno que me recuerda a cuando Nora está a un solo paso de perder la paciencia y largarse de casa, así que apoyo las manos en el respaldo de una de las sillas para mirarla de frente.

—Soy todo oídos.

—No sé cuáles han sido tus motivaciones para apuntarte a estas prácticas y la verdad es que, si no son dar el ciento diez por cien de ti mismo, no me interesan, pero esto es importante para mí, Simon. Quiero aprender todo lo que pueda, exprimirlas al máximo y tener una buena experiencia que poner en mi currículum para hacerlo mucho más atrayente. Si a ti te la va a sudar todo, prefiero que me lo digas ahora para que pueda buscarme la vida.

—¿Has asumido que soy un cafre solo porque no he hecho una maldita lista?

—No he asumido nada, porque aunque lleves dos años demostrándome que eres un idiota, lo cierto es que no te conozco. No sé nada de ti, más allá de que te gusta demasiado salir de fiesta y

que no sueles pisar la biblioteca, porque yo me paso allí las horas y no te he visto nunca por sus pasillos. Lo que me lleva a pensar que quizá estudiar no sea uno de tus pasatiempos favoritos, pero como ya he dicho, no lo puedo confirmar. Así que, dímelo tú, Simon. ¿Estás aquí para poner de tu parte o es mejor que me mentalice de que este proyecto lo voy a tener que hacer yo sola?

—No soy un niño de papá que consigue las cosas con enchufe, Carlota. Me he ganado este puesto con el mismo mérito que tú. —Es la primera vez que la llamo por su nombre real y noto en su mirada la sorpresa, pero no llega a desaparecer la seriedad.

—¿Me puedo tomar eso como una promesa de que te esforzarás para que este proyecto salga bien?

—Sí.

—Perfecto. —Deja el rotulador que tiene entre las manos en la mesa y coge otro de distinto color—. Por si acaso se cumplían mis sospechas y venías sin ideas, me he tomado la libertad de preguntar a mis amigos por sus tradiciones favoritas de Navidad, eso es lo que estaba apuntado en la pizarra.

La superficie queda a la vista cuando ella se mueve y me sorprende ver lo que estaba escribiendo cuando he llegado.

NOLLAIG SHONA DUIT

—*An bhfuil Gaeilge agat?*[3]

—¿Qué?

—Creo que eso me vale como respuesta a mi pregunta.

—¿Qué habías dicho?

—Que si hablas irlandés, pero veo que no. ¿Quién te ha enseñado a decir «feliz Navidad»?

—Se lo he preguntado a mis amigos. ¿Es que no hay un idioma que no controles? El otro día español, hoy irlandés, ¿cuál será mañana? ¿Controlas también el chino mandarín?

Escribe algo en la pizarra mientras habla y no puedo evitar sonreír. Está claro que no se le ha olvidado que en la reunión le contesté en su idioma natal.

—Me he criado en Galway, Missy, lo raro sería que supiese hablar español y no irlandés. También domino el francés y el alemán y chapurreo alguno más, pero el chino todavía se me escapa, siento decepcionarte.

—¿Así que es verdad eso de que eres un genio?

—¿Has estado preguntando por mí? Me siento halagado. Yo pensaba que me odiabas tanto que hasta pronunciar mi nombre te daría urticaria.

—Me han hablado de ti, no he preguntado yo. Son dos cosas diferentes. Sigues pareciéndome insufrible, por si lo dudabas.

—Menos mal, porque hacerte rabiar es uno de mis pasatiempos favoritos y estos tres meses se volverían mucho más aburridos si no consigo hacerlo. —Noto que se queda con ganas de replicarme, pero simplemente niega con la cabeza y coge su agenda navideña, para seguidamente apuntar mil cosas en la pizarra.

¿Qué demonios es esa lista y por qué es tan inmensamente larga?

—Ya que estamos poniendo las cartas sobre la mesa, por si no te quedó claro en la reunión, odio la Navidad. Así que, siento defraudarte, pero voy a ser de poca ayuda en cuanto a información.

—¿Ni siquiera me puedes hablar de alguna tradición que siga tu familia?

—No paso con ellos la Navidad. Lo único que te puedo contar sin investigar es que Dublín se

llena de iluminación y casas decoradas y que a los irlandeses les encantan los mercadillos navideños.

—¿Cómo es posible que no te dejes llevar por la magia que destilan todas esas cosas? La Navidad es diversión, cariño, amor, felicidad…

—Para mí es falsedad y consumo, así que perdóname si no quiero creer en la magia, como tú dices.

Sus ojos me dejan claro que se está quedando con las ganas de indagar, pero se lo agradezco en silencio cuando no hace más hincapié en el asunto.

—Investigaremos entonces. Mis amigos me han dicho unas cuantas tradiciones, podemos buscar en Internet alguna más o podrías preguntar tú a Nora y Cillian. ¿Ellos lo celebran?

—Puedo intentarlo.

—Este fin de semana he estado pensando en cómo podríamos organizarnos. Tenemos once semanas por delante hasta el final de las prácticas. Podemos dedicar diez de ellas a estudiar las distintas tradiciones, ir decidiendo cuáles nos parecen más llamativas y cuáles menos, escribir pequeños artículos sobre cada una y, la última semana, dedicarla a perfeccionar el artículo final con fragmentos de los mismos. Si lo hacemos bien, no tardaríamos más que un par de horas en decidir qué meter, qué no y encontrar la manera de que sea al mismo tiempo un artículo interesante a nivel turístico y un buen recurso publicitario.

—¿Te gusta llevar el mando, Missy?

—Me gusta ser organizada, si eso es a lo que te refieres. Tener un esquema y seguirlo a rajatabla es la mejor manera de que no te pille el toro.

—¿Y dónde se queda la gracia de la improvisación?

—En los espectáculos de comedia.

«Joder con Missy, tiene respuesta para todo.»

—Te repito por millonésima vez que dejes de llamarme Missy —se queja, como si me hubiese leído la mente—. Me perdí una vez, supéralo. Yo no te llamo gilipollas cada vez que te veo y es algo que demuestras todos los días.

—En realidad, sí que lo haces.

—Tú verás, Simon, pero tienes las de perder. Yo amo la Navidad, me encanta este proyecto. Tú la odias. Está en tu mano decidir si quieres que sea buena contigo y te ayude a que estas semanas sean amenas, o si prefieres que saque ya la Mariah Carey que llevo dentro y ponga ahora mismo Spotify en modo villancicos.

—¿Es una amenaza?

—Una promesa.

—Joder, ¿eres así de mandona siempre? Pobrecito el chico que caiga en tus manos.

—Da las gracias entonces porque nunca vayas a comprobarlo. —Responde con una sonrisa y se pone a un lado de la pizarra para dejarme ver todo lo que ha escrito—. Si quieres quedarte con alguna actividad en concreto, adelante. Si no, diez y diez. El destino decide.

Le hago un gesto, indicándole que puede repartirlas como quiera, y su gran idea es trazar una línea justo en el medio.

—Yo arriba. Tú abajo.

«¿Por qué me acaba de sonar a proposición sexual?»

—Y ni se te ocurra insinuar algo fuera de lugar —agrega rápidamente, seguramente al darse cuenta de lo mal que ha sonado su última frase.

¿Es normal que de repente me hayan entrado ganas de descubrir si realmente es así de exigente en otros aspectos? En la cama, por ejemplo.

«Joder, Simon, por ahí no. Recuerda las normas: nada de chicas con las que estés obligado a pasar tiempo después. Eso solo complicaría aún más las cosas.»

Pero no puedo dejar de pensar en si esos malditos ojos verdes brillarán con la misma intensidad cuando se enfada que al experimentar distintas emociones.

Tareas de la primera semana

Carlota ·Christmas at the castle

· Es el mercadillo navideño más esperado de Dublín.

· Se celebra en los alrededores del castillo de Dublín, concretamente en su patio. Cientos de árboles de Navidad alineados adornan la entrada al mismo.

· Hay puestos de comida y artesanía.

· Cada año, hay música en vivo: desde actuaciones del Coro Góspel de Dublín hasta artistas locales.

· También se puede visitar el interior del castillo, adornado para la fecha.

· Actividad gratuita para la que no se necesita entrada.

· La duración del recorrido se estima en 20 minutos.

Simon ·Una vela el 24 de diciembre

· La tradición dice que hay que colocar en las puertas de las casas o en la ventana una gran vela.

· En nochebuena, será encendida por el más pequeño de la casa.

· Creencia religiosa: la Sagrada Familia es bien recibida en el hogar. Una muestra de que ese es un lugar seguro para ellos.

· Creencia popular: símbolo que da la bienvenida a quienes les visitan ese día y al mismo tiempo recuerda a los que están lejos de casa.

· La mañana de Navidad, si hay alguna niña o mujer llamada María, tendrá el honor de apagarla.

CAPÍTULO 06
Carlota

Somos como el agua y el aceite. Sí, sé que ya lo he dicho en alguna ocasión, pero estos primeros días de trabajo en equipo me están demostrando que tenía más razón de la que imaginaba.

Siempre llega tarde. Nunca se queda más allá de la hora estipulada por las prácticas. Le he pillado en más de una ocasión mirando cosas en su portátil que poco tienen que ver con la Navidad o su tarea para esta semana. Me jugaría el cuello a que ni siquiera ha empezado a escribir su artículo.

«¿En serio este es el mismo chico que todos consideran un genio? Porque sigo decantándome más por lo de vago.»

O eso, o le gusta tanto hacerme rabiar que está aprovechando esta oportunidad para seguir con su objetivo de los dos últimos años.

Entiendo que no todo el mundo soporta mis ritmos, mis amigos me lo han hecho saber en alguna ocasión, y no le pido que dedique las mismas horas que yo ni que se implique de la misma manera. Simplemente pretendo que, los minutos que pase en esta sala, sean de provecho. ¿Es tan complicado?

Reviso la hora en la pantalla de mi ordenador cuando termina el último vídeo que he puesto sobre la feria que se organiza cada Navidad en el Castillo de Dublín y, al ver que son más de las diez de la noche, decido dar el día por terminado. Aunque tenga permiso de Jenna para estar en la revista hasta medianoche, hay días en los que no doy más de sí, y esta semana en concreto me está costando.

Tenía tan marcada mi rutina universitaria que renunciar a cuatro tardes a la semana para dedicarlas a la revista me ha descuadrado todo el horario. Por no hablar de que, ahora que mi hermana Lucía está en Dublín, prefiero aprovechar los fines de semana para pasar tiempo con ella y con mis amigos, en lugar de en la biblioteca.

Encontrar tiempo para llegar a todo iba a ser un reto y si encima Simon no ayuda a que todo fuese más fácil…

—Hoy te vas pronto —comenta Erik, el guardia de seguridad que se encarga de vigilar la entrada por las noches. El primer día pensé que me odiaría por irme tan tarde, pero una breve charla con él me bastó para darme cuenta de que no tiene la maldad necesaria para ello.

—Un pequeño capricho de miércoles. ¿Qué tal se presenta la noche?

—Tranquila. Eres la única que quedaba ahí arriba.

—Dejaré entonces que cierres tranquilo. Buenas noches, Erik. Ten buen turno.

—Igualmente, Charlie. Descansa.

Escucho cómo da la vuelta a la llave justo después de que la puerta se cierre a mis espaldas y, sin prisa, comienzo a caminar rumbo a casa.

Acostumbrada a los horarios de España, cuando llegué a Dublín se me hacía raro ver lo pronto que alguna de sus calles se quedaba vacía y la tranquilidad reinaba en el ambiente. Ahora, disfruto tanto como puedo de la paz que me rodea al volver a casa a altas horas de la noche.

Hay quien me dice que es peligroso y que debería tener más cuidado, pero no hay nada como caminar junto al río con el silencio rodeándome. En días como hoy, en los que no tengo

absolutamente nada de prisa, incluso tomo el camino largo para evitar las calles más turísticas o las que están plagadas de bares, huyendo del barullo.

Es mi oportunidad para desconectar del estrés acumulado a lo largo del día. Cuando me permito dejar la mente en blanco.

¿Entonces por qué narices no consigo dejar de pensar en que mañana es jueves, que Simon no ha aprovechado ninguno de los tres días de trabajo y que esto tiene toda la pinta de ser una señal de que me voy a comer todo el trabajo yo sola?

Llego a casa más agobiada de lo que ya lo estaba cuando he salido de la revista y debe ser algo notable en mi cara, porque en cuanto mi hermana me ve, me guía hasta la isla que separa la cocina del salón y saca un par de tazas del armario.

—No me gusta el té.

—Lo sé, por eso voy a prepararte un chocolate.

—¿Por la noche?

—Nunca es mala hora para un buen chocolate caliente si lo que necesita una es sacar todo lo malo. ¿Qué te pasa?

—Creo que voy a tener que encargarme yo sola del proyecto de las prácticas.

Lo único que sabe ella al respecto es que tengo que hacer un trabajo y que no soporto a mi compañero, pero no quiero contarle más. Será mi lectora beta una vez que el artículo final esté terminado, así que ni siquiera le he mencionado que el tema principal es la Navidad para, cuando llegue ese día, comprobar de primera mano sus reacciones.

—¿Y eso?

—Simon lleva tres días malgastando el tiempo en gilipolleces. Llega tarde, se va en cuanto el reloj marca las ocho. Hoy le he pillado jugando al Tetris. ¿Cómo se supone que va a tener el artículo listo para mañana si me extrañaría siquiera que haya buscado algo relacionado con la tradición que le toca investigar?

—A lo mejor su manera de trabajar es diferente a la tuya. Puede que aproveche alguna de las horas que pasa en casa para hacerlo. Hay quienes solo son capaces de concentrarse en su propio espacio.

—¿Simon? ¿Trabajando en casa? Lo dudo. Creo que el genio me ha salido rana.

—Algo me dice que la expresión no es del todo así —me pincha, pero la ignoro—. *No puedes pretender que todo el mundo siga tus ritmos, Carlota. Te pasa desde pequeña. Tú lo das todo de ti, en ocasiones llegando a unos límites que rozan la obsesión, pero hay a quienes empezar nuevos proyectos les cuesta algo más. Quizá Simon es así, y simplemente está en proceso de adaptación.*

—Si viese que al menos aprovecha la hora que tenemos asignada, no me quejaría, pero es que…. Uff. Me dan ganas de tirarle de los pelos y quitarle esa estúpida mueca de niño pijo de la cara.

—¿Hay algo más detrás de todo esto?

—¿Qué insinúas?

—No sé, simplemente me resulta extraño verte tan afectada por algo así. En bachiller, en cuanto veías que tus compañeros no daban palo al agua, tomabas el mando y te encargabas de que todo fuese sobre ruedas. Nunca le dabas más vueltas de las necesarias.

—No estoy afectada, solo cabreada.

—Ten cuidado, ya sabes lo de que del odio al amor…

—Ni loca —la interrumpo.

—El roce hace el cariño, no serías la primera que…

—Eso no va a pasar nunca, ¿me oyes? Por mucho que Miurne insista en que es uno de los tíos más guapos del campus, la faceta gilipollas hace que desaparezca por completo todo su atractivo. —Le lanzo una mirada con la que pretendo que el mensaje quede completamente claro, y ella levanta ambas manos en señal de defensa antes de girarse hacia la encimera, donde tiene todo preparado para terminar de hacer el chocolate.

—Si tú lo dices…

—Es un idiota, Lu. Lleva dos años burlándose de mí cada vez que nos cruzamos por el campo, llamándome Missy simplemente porque el primer día de clase me equivoqué de aula y entré en la que no era. ¿No te das cuenta de lo infantil que suena?

—No sé si tomarme eso como algo a tener en cuenta o como que el pobre chaval lleva dos años tratando de llamar tu atención —murmura, dejando una taza humeante justo delante de mis narices antes de sentarse frente a mí.

—¿Llamar mi atención?

—Ya sabes, algunos hombres son así de básicos. Sobre todo, cuando todavía no han madurado. Se meten con la chica que les gusta para que esta les haga un poco de caso.

—Yo no le gusto a Simon.

—¿Cómo lo sabes? Siempre estás diciendo que quieres conocer chicos, pero después estás tan centrada en tus estudios que no me extrañaría que hayas estado recibiendo señales y no te hayas dado cuenta.

—A él no le gusta nadie, Lu. Es hermético. Y para tu información detecto fácilmente las señales. He salido con chicos, pero ninguno me ha resultado lo suficientemente interesante o me ha atraído lo necesario como para llegar a pensar en tener algo serio. ¿Por qué es tan difícil encontrar alguien que cumpla con todos los puntos? —se ríe, pero no consigo desviar su atención del tema que más le interesa.

—Yo creo que deberías darle otra oportunidad como compañero. No le juzgues por tres días de trabajo. Quizá mañana llega con el artículo listo y te demuestra que puedes contar con él.

—Deberías dejar de buscar siempre el lado bueno de la gente. Hay quienes no lo tienen.

—Créeme, lo sé, pero una mala experiencia con una mala persona no hará que deje de pensar que hay quienes merecen un poco más de tiempo para demostrarte cómo son realmente.

—No sé, Lu. Dudo que Simon esconda algo que merezca la pena descubrir.

—Seguirás sin saberlo si no pones de tu parte. Piénsalo, tampoco tienes nada que perder.

—¿Podemos cambiar de tema? Cuéntame qué has estado haciendo hoy. ¿Has descubierto alguna receta nueva que cocinarme?

CAPÍTULO 07
Simon

Me he saltado nuestra quedada del jueves. En cuanto Logan ha dado por finalizada nuestra jornada, he salido por la puerta como si mi vida dependiera de ello.

Quizá no iba muy desencaminado, porque de solo pensar en la cara que pondría Carlota cuando le dijese que no tenía el artículo de la semana preparado… No me hubiese extrañado que empezase a lanzar rayos láser por los ojos.

Sabía que no estaba siendo un buen compañero. Me distraía con una mosca, no me concentraba en lo que debía y, por si fuese poco, estaba a punto de incumplir el primer plazo que nos habíamos autoimpuesto del proyecto, pero mi mente me estaba jugando una mala pasada y me jodía admitir que en esta ocasión llevaba todas las de ganar.

No quitarme la máscara de pasota con ella era algo que solo iba a empeorar aún más las cosas, pero siempre que intentaba abrirme y contarle, aunque fuese a grandes rasgos, por qué este proyecto iba a ser complicado para mí, se me ponía un nudo en la garganta que me impedía hablar.

¿Por qué me resulta tan difícil pensar en la Navidad sin que mi mente volase a esos recuerdos del pasado que tanto daño me hacían? Por no hablar de que la presencia de mi hermana, en la ciudad, solo consigue que todos esos sentimientos negativos se multipliquen por cien.

—¿Qué haces aquí tan pronto? ¿No se supone que no terminas hasta las ocho? —me pregunta Nora cuando aparezco en el bar en el que sabía que me estarían esperando. Incluso levanta la cabeza, buscando con la mirada algún reloj de pared, pero la freno.

—Me he saltado la última hora.

—¿Puedes hacer eso?

—No creo, pero hoy no me importa. No podía presentarme allí con las manos vacías sin llevarme una bronca de Missy y por nada del mundo tengo el cuerpo como para aguantar eso.

—¿Y ella te ha dejado saltarte la reunión? —No respondo y es todo lo que necesita mi amiga para deducir lo que he hecho—. Dejarla tirada es de ser un cabrón, Sim. Ella también tendrá cosas que le gustaría estar haciendo más allá de un trabajo en equipo contigo. Mínimo deberías haberle mandado un mensaje.

—Nora, sabes que te quiero, pero he venido aquí para dejar de pensar aunque solo sea durante un par de horas en la revista, en el proyecto y en Missy así que, ¿podrías echarme un cable con eso? Mañana ya si quieres me sigues echando la bronca por lo mal que hago las cosas siempre.

—No siempre haces las cosas mal, solo cuando te dejas llevar por…

—Mañana, por favor —la corto y ella resopla antes de levantar la mano hacia el camarero. Le señala sus vasos vacíos y, poco después, tres pintas de Guinness están en la barra frente a nosotros.

Miro durante unos segundos fijamente la que está a mi lado, porque beber alcohol cuando algo me tiene estresado o preocupado no es una de mis costumbres favoritas, pero acabo desistiendo y llevándome el vaso a los labios. No pasará nada mientras cumpla con mi regla de no más de dos cervezas por noche. No me convertiré en ella por despejarme un rato con mis amigos.

Ni siquiera he llegado a la mitad cuando noto que una chica al otro lado del bar no para de observarme y, cuando mis ojos se cruzan con los suyos, me hace un gesto para que me acerque. Rubia platino, ojos castaños, buenas curvas… Quizá es la distracción que he venido buscando.

Dejo a Nora y a Cillian solos, sin tener que dar explicaciones de nada, y me aproximo a la chica con mi mejor sonrisa. Se llama Ava. Está en segundo año de universidad. Futura filóloga. Guapa a rabiar, pero demasiado predispuesta.

«Frena ahí, chaval, ¿desde cuándo existe para ti el adverbio demasiado en esta situación? Pero si te encanta que se te lancen a los brazos.»

Trato de fijar toda mi atención en Ava y en las historias que me está contando sobre lo que ha hecho este verano en su viaje en interrail por Europa, pero un pensamiento no para de repetirse en mi mente.

Pese a que su mano ya esté en mi muslo, cada vez aventurándose más hacia arriba.

O a que tenga su boca a un solo movimiento.

Joder, ni siquiera se me olvida cuando ella me dice que su piso está a solo dos calles de aquí.

¿Por qué echo en falta que tenga un punto más… retador? No quiero que me siga el juego en todo. No quiero que se ría de cosas sin gracia ni que me haga la pelota. Quiero que me rebata. Que lleve el mando. Que me haga reaccionar.

«Porque te excitó demasiado imaginarte a cierta chica siendo una mandona en la cama.»

Estoy a punto de cambiar de tema, en un nuevo intento de conseguir que mi cerebro deje de pensar en cosas que no debe, cuando su voz se mete a presión en mi cabeza. ¿Me estoy volviendo loco?

«No, amigo. Es ella. Está justo aquí y tiene cara de que quiere rebanarte el pescuezo.»

—¿Me estás tomando el pelo? —gruñe en cuanto llega a mi lado y no sé si es que está tan enfadada que no se da cuenta de que estoy acompañado o es que simplemente le da igual. Opto por lo segundo, a juzgar por la mirada que echa a la mano de Ava en mi pierna y la distancia que hay entre nosotros. Y, entonces, cambia de idioma como si no quisiera que nadie más entendiese lo que me va a decir—. *Llevo más de una hora esperándote, ¿y tú llevas todo este tiempo intentando conseguir un polvo? No me lo puedo creer. Eres aún más irresponsable de lo que pensaba.*

—*¿Podemos hablar de esto el lunes?*

—*¡No! Me has dejado tirada cuando prometiste implicarte. No has subido tu artículo a la nube. ¡Llevas toda la semana rascándote los huevos! Así que, ¿sabes qué? Te jodes.*

No entiendo muy bien lo que pretende, pero cuando enfoca su mirada en Ava me espero lo peor.

—Ten cuidado, ya ha pegado la clamidia a medio campus y tú podrías ser la siguiente. —Será hija de…—. *Como vuelvas a creer por un solo segundo que puedes reírte de mí de este modo, haré lo mismo pero con toda la universidad.*

Se da la vuelta con energía y veo que se encamina a la mesa en la que todos sus amigos están sentados. Uno de ellos, el de las gafas de pasta, me mira como si le hubiese hecho algo muy malo, pero decido ignorarlos y girarme hacia Ava.

Ava, que me está mirando con mucho asco.

—¿Qué le has hecho a esa pobre chica para que esté tan enfadada? ¿Es verdad lo de la clamidia?

—Es una larga historia, pero nada de lo que tengas que preocuparte.

—Ya, ¿es lo que les dices a todas? Paso. Adiós, Simon. —Coge su bolso de encima de la mesa y, un minuto después, está saliendo por la puerta del bar.

¿Lo peor? Que me molesta más el hecho de que Missy haya metido las narices en mis asuntos que el haberme quedado sin polvo. De todos modos, ni siquiera sé si habríamos llegado a ello, porque algo en mí no terminaba de encenderse con Ava.

—Estarás contenta —murmuro cuando paso por su lado, de camino a donde Cillian y Nora lo han observado todo con diversión, pero no se amedrenta ante mi tono de voz. Missy nunca se hace chiquitita en mi presencia.

—A cada uno donde más le duele. Tú me jodes el trabajo, yo te jodo el polvo.

—Disfruta de la noche, Missy.

Llego a mis amigos y, en cuanto apoyo mi vaso en la barra, sus miradas se fijan solo en mí.

—¿Qué le ha dicho a esa pobre chica para que saliese corriendo? Joder, Charlie me cae cada día mejor. A ver si así aprendes al menos a avisar si la vas a volver a dejar tirada.

CAPÍTULO 08
Carlota

El viernes me levanto con una de las peores resacas que he tenido desde que estoy en Dublín. Joder, ¿por qué se me ocurriría que la mejor manera de olvidarme de lo enfadada que estaba por el plantón de Simon era beber? Y con cerveza, por si fuese poco, con lo mal que me sienta.

No solo por el gas, sino porque se me sube a la cabeza rapidísimo. ¿Si no cómo se explica que tres cervezas me dejen tan hecha polvo? Bueno, vale. Puede que influyese el no cenar porque de las prácticas me fui directa al bar, ¡pero me comí yo sola todos los ganchitos que pusieron!

No es que fuese muy cervecera en España, pero en esta ciudad si dices que no a una Guinness te miran raro y, al final, te acabas acostumbrando a su sabor. Guardadme el secreto, pero sigo prefiriendo una buena copa de vino. ¿Será efecto secundario de haberme criado entre viñedos?

Lo peor de todo, o lo mejor, según como lo mires, es que por mucho que beba siempre me acuerdo de todo. Como la cantidad de veces que Miurne me recriminó en susurros por estar bebiendo más de la cuenta. O las miradas que Simon dedicaba de vez en cuando a nuestra mesa hasta que se fueron del bar media hora antes que nosotros. Tampoco me he olvidado de que Keeva estuvo coqueteando con un chico superguapo. Ni de la rabia que invadía los ojos de Rory mientras los observaba. Sé que Tristan y Seamus me acompañaron hasta la puerta del portal y que el primero incluso me propuso acompañarme hasta arriba por si necesitaba ayuda para abrir la puerta. Yo le dije que no, pero la puerta la acabó abriendo Lucía después de escuchar mis múltiples intentos y de que me entrase la risa tonta en medio del rellano. Fue ella la que se encargó de velar por mí mientras me ponía el pijama y me tumbaba en la cama, y también la que me obligó a tragarme un ibuprofeno y un vaso gigante de agua antes de dejarme sola en mi habitación. Y, después de eso, yo me volví a levantar para sacar mi teléfono del bolso y ponerme algún video de YouTube con el que quedarme dormida.

“No cometas estos errores si vas a hacer un viaje.”

¿En serio hace falta que en ese tipo de recopilaciones te recuerden que tienes que llevar la documentación al día? ¿No sería más interesante dar trucos sobre cómo meter ropa a presión en la maleta para que te cuente como equipaje de mano? Por favor, la sociedad se está yendo a la mierda.

Aunque claro, si lo miramos con perspectiva de varias horas después, la que se quiere mandar a la mierda a sí misma soy yo cuando suena el despertador para ir a clases.

¿A quién se le ocurre beber un jueves teniendo clase al día siguiente?

«Solo habíais quedado para tomaros una cerveza. Fuiste tú la que quisiste alargarlo a tres.»

Me levanto de la cama como puedo y me meto a la ducha. Mi estómago ruge en cuanto veo que mi hermana ha dejado un preparado de tortitas para que yo solo tenga que echarlas en la sartén. Añado un plátano y un poco de chocolate para ver si consiguen darme un poco de energía y, poco después, estoy camino a la universidad.

¿Conseguiré enterarme de algo? ¿O estaré yendo para nada?

La primera a la que veo es a Keeva. Está apoyada en el arco de la entrada, con un cigarrillo entre los labios y un pie cruzado sobre el otro. Me observa y, la cabrona, esboza una sonrisa de medio lado en cuanto estoy lo suficientemente cerca como para que me vea la cara.

—¿Cómo ha amanecido mi borrachilla preferida?

—Con ganas de gritar a alguien así que no te hagas con muchas papeletas.

—Nosotros te quisimos parar a mitad de la segunda. No vengas ahora a quejarte.

Me echa un brazo por los hombros antes de instarme a caminar con ella hacia nuestra facultad y, después de un par de preguntas de cortesía, lanza lo que la ha llevado a esperarme fuera. Si es que ya sabía yo que algo quería. No hay nada mejor que conocer a tus amigos a la perfección para saber de qué pie cojea cada uno y Keeva no se presenta pronto en la universidad si no es con un objetivo en mente.

—¿Podrías dejarme los apuntes de la clase de ayer? Me despisté al principio y ya no llegué a coger el hilo.

—Están subidos en la carpeta de Drive que compartimos todos.

Su agarre en mis hombros se intensifica a modo abrazo y da un par de saltitos. Yo me dejo, porque las muestras de cariño siempre son bien recibidas. Y porque, si de todos modos me gusta tener los apuntes bien organizados y pasados a ordenador, tampoco me cuesta nada dejarlos a mano por si los necesitan.

—¡Eres mi salvación, Charlie! Cuando cree mi propia agencia de viajes y me haga hipermegafamosa en redes sociales con videos de aventuras, te daré los créditos que te mereces.

—O podrías hacerme un bono de viajes ilimitados gratis para toda la vida y así estaríamos en paz.

—Ya veremos, que contigo me arruino —se ríe y, sin que ninguna de las dos diga nada, hacemos una parada en la cafetería para comprarnos un café cada una. He desayunado, sí, pero una dosis extra de cafeína nunca viene mal antes de una clase.

Al menos tiene la decencia de invitarme a cambio de los apuntes.

La charla y el paseo poco a poco consiguen que mi humor de perros vaya desapareciendo y, cuando estamos a pocos metros del umbral de la facultad, incluso me encuentro a mí misma riéndome de las cosas que Keeva me cuenta sobre el chico al que conoció anoche.

—¿Te puedes creer que trató de convencerme de que me fuera con él a casa diciéndome que tenía en el salón una colección de cucarachas disecadas? Por favor, ¡qué repelús! Debería ser ilegal que los tíos así de guapos tengan aficiones tan asquerosas.

Me dan ganas incluso de escupir el sorbo de café que tengo en la boca, pero me lo trago. Y qué mala decisión porque, en cuanto otra voz y un apodo del que no sé si me llegaré a desprender en algún momento de mi vida llega a mis oídos, noto cómo se me va por otro lado.

¡Mierda!

Keeva me da golpecitos en la espalda, en un intento de ayudar, pero es Simon el que me agarra el brazo izquierdo y me lo levanta por encima de la cabeza. ¿Ayuda? Sí. Pero no sé si por la impresión que me ha provocado su toque, porque realmente sea un movimiento útil o porque las ganas de gritarle han hecho que todo líquido que hubiese decidido quedarse en mi garganta haya bajado de golpe.

—Tenemos que hablar —gruño, apartando mi brazo de su contacto de un tirón.

Incluso mi amiga abre los ojos con sorpresa ante mi tono serio, pero pocos segundos después se aleja con la excusa de que me espera en clase y nos quedamos los dos solos. Si es que se puede estar solo en medio de un campus lleno de estudiantes.

—¿Ni siquiera un gracias por haberte salvado? Lo llego a saber y dejo que te ahogues. ¿Imaginas los titulares? Joven española muere por culpa de un café irlandés. Su amiga declara: ni siquiera llevaba wiski.

—Para lo mucho que te gusta crear titulares el del artículo que me has mandado esta mañana

es una mierda.

Lo suelto así, sin medias tintas, porque es exactamente lo que me ha venido a la cabeza cuando, en el desayuno, he visto que tenía en mi correo electrónico un mensaje suyo. Era simple, solo el asunto tenía texto.

Simon Gaughan: Artículo primera semana subido a drive.

Lo que no esperaba al meterme en la carpeta compartida que yo misma había creado a principios de semana era encontrarme un Word de apenas dos párrafos que, sinceramente, se igualaba a no haber entregado nada.

—No me gusta la Navidad, Missy.

—Y a mí no me gusta tener que trabajar contigo y estar tirando de ti como si fueses un niño y yo la profesora, pero es lo que toca.

—¿Sabes que lo de alumno profesora es una fantasía que tienen la mayoría de adolescentes?

—Simon, por favor. No estoy para bromas. Tengo la cabeza que me va a estallar. Me apetece poco y nada estar aquí en vez de hecha una bolita en la cama, así que imagínate si a la situación le sumamos que vengas con idioteces.

—¿Así que mi artículo no te ha gustado?

—¿Quieres que sea sincera? —asiente—. No me creo que eso sea lo mejor que puedes hacer. Literalmente has cogido las ideas del *post-it* que te di y lo has redactado. Muy pobremente, a mi parecer. No has añadido historias, ni datos, ni siquiera lo has intentado edulcorar un poco. Se pone una vela en la ventana para dar la bienvenida. Fin. ¿Cómo esperas que eso sea un atractivo turístico? ¡Ni la persona más experta en márquetin de la historia podría sacar algo potente de esos dos párrafos!

—No conozco historias, ya te he dicho que en mi familia no lo celebramos.

—¡Me da igual! ¿Sabes lo que es la imaginación? ¿O el trabajo de campo? ¡Tienes una universidad entera cargada de vivencias! Aprovéchala. ¿Sabes a cuántas personas he preguntado si han ido algún año a la feria navideña del castillo? ¿O cuántos vídeos de YouTube me he visto esta semana al respecto? ¡Tengo hasta fotos!

—No me gusta hablar con la gente.

—Ya, lo he notado. —Quizá decirlo con ese tono es meterme donde no me llaman, pero hoy me da igual—. Te lo dije el primer día y te lo repito, Simon. Necesito que este proyecto salga bien así que si no vas a esforzarte prefiero que me lo digas. Me organizaré yo sola y sacaré el trabajo adelante, pero no quiero seguir insistiendo si voy a chocarme contra un muro una y otra vez.

—¿Y si es verdad que no sirvo para más?

—Pues vaya decepción porque hasta mi primo de diez años sabe hacer una redacción con más cohesión que eso. ¿Escribes peor que un niño de primaria y has sido admitido en esta universidad?

—Está bien. Intentaré hacer algo mejor este fin de semana.

—¿Me lo prometes?

—¿Es que la palabra de un *gilipollas* tiene valor para ti?

—Suelo dar más de una oportunidad a la gente, como puedes ver. Eso sí, como me dejes tirada una sola vez más vas a conocer a la Carlota más cabrona que te puedas llegar a imaginar.

—Lo siento por eso. Aunque creo que quedamos en paz cuando espantaste a Ava con tus mentiras.

—¿Qué? ¿Puedes repetirlo?

—¿Lo de que mentiste a mi ligue?

—No, lo otro.

—Lo siento —claudica y sonrío.

—Quiero grabarlo. ¿Crees que…?

—No —me corta y me parece ver un pequeño toque de humor en sus ojos, pero decido ignorarlo. No podemos reírnos juntos. No, al menos, hasta que vea que realmente se esfuerza en cooperar.

—Te doy de margen hasta el lunes en nuestra reunión. Demuéstrame que esto es tan importante para ti como para mí y seguiré contando contigo. Si no, iré a mi bola.

—Trato hecho. Pero no pienso preguntar por el campus.

—Búscate tus propios métodos. —Me encojo de hombros y, sin darle tiempo a decir nada más, le doy la espalda para irme hacia clase.

Solo espero que esta vez no me falle.

CAPÍTULO 09
Simon

Han pasado ya seis horas desde mi conversación de esta mañana con Carlota. He estado en tres clases e incluso he compartido un paquete de napolitanas de chocolate con Cillian antes de que él se metiese en su habitación a estudiar y, en todo ese tiempo, no he sido capaz de sacarme sus palabras de la cabeza.

Un título de mierda. Una redacción muy pobre. Falta de cohesión.

Sé que no es lo mejor que he escrito en mi vida por varios motivos: no me he documentado, no me motiva y, además, lo tecleé anoche en el móvil cuando llegamos del bar con el único objetivo de tener algo que enviarle. ¿Pero tan malo como para que me diga esas cosas? Si incluso ha insinuado que su primo pequeño podría hacerlo mejor…

Además, ¿no debería ser una especie de borrador del que luego sacaremos el artículo final?

—¿Qué se supone que estás mirando? —Giro la cabeza en la dirección de la que viene la voz de mi amigo y me lo encuentro con el ceño fruncido y la mirada pasando de mí a la televisión medio apagada que tengo delante. Y digo medio apagada porque Netflix me está preguntando si quiero continuar con el siguiente episodio pero ni siquiera soy consciente de cuánto tiempo lleva así.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—Cosas mías.

—¿Desde cuándo en esta casa tenemos cosas nuestras? Yo te lo cuento todo.

—Sí, incluso cuando no hace falta. Te lo juro, Cillian, no me importa cuántas veces cagas al día.

—Pues es un dato importante para controlar si tu aparato digestivo funciona correctamente, pero ese no es el tema que nos interesa hoy. ¿Qué te pasa? —Se sienta en el sofá a mi lado y, en cuanto se cruza de brazos y apoya las piernas en la mesita de café, sé que no voy a poder escaquearme. Nora es la que mejor consejos da, pero él es el que nunca te deja solo si te ve decaído.

—Se podría decir que Missy me ha echado la bronca esta mañana.

—¿Qué has hecho ahora?

—Según ella, un artículo de mierda.

—¿Y según tú?

—No sé, tío. Cogí los datos que tenía y redacté un par de párrafos. No los leí dos veces. Es un borrador, de todos modos.

—¿Lo has comparado con el suyo?

—No he mirado lo que ha subido.

—Yo quiero verlo, ¿puedo? —Mueve la cabeza en dirección a la mesa de comedor, donde está mi portátil, y me levanto a por él. No es que tenga muchas ganas de pensar en el proyecto, pero será mejor que terminemos con esto cuanto antes.

Lo enciendo, entro en Drive y abro los dos archivos. ¿El mío? Como ya he dicho, dos párrafos. ¿El suyo? Dos páginas. *Wouh*.

—¿Estás seguro de que ella se lo toma como un borrador?

—¿Qué estamos mirando? —pregunta una tercera voz, asomándose entre medias de los dos, aunque para eso haya tenido que inclinarse sobre el respaldo del sofá.

—Los artículos de la primera semana de proyecto de nuestro querido Simon. Adivina cuál es el suyo y cual el de Charlie.

—No es el definitivo. Lo importante es el texto, ¿vale? No todas estas fotos y decoraciones que ella se ha antojado de añadir.

—Incluso si contamos solo las palabras escritas te gana por goleada.

Nos quedamos los tres en silencio mientras ellos leen y, admito, que aprovecho para leer el de Missy. Joder. ¿De dónde narices ha sacado toda esa información? ¿Y las historias emotivas? ¿Quién es esa señora de noventa y siete años que sigue sacando fuerzas para ir al mercadillo con sus nietos, bisnietos y tataranietos cada año? Tiene que ser inventado. ¿Entonces por qué me ha emocionado?

«Que tú te emociones con algo navideño sí que es raro. ¿Te has tomado la temperatura hoy? A ver si es verdad que tienes clamidia y no lo sabes…»

—Sim, dime que no es eso lo que le has entregado después de una semana de trabajo —pide Nora, pero no contesto.

—Yo lo siento, tío, pero Charlie tiene razón. Es una mierda. ¿Cómo es posible que te hayas conformado con entregar esto? No es típico de ti.

—Porque sabe que no es lo definitivo y si no tiene el petardo metido en el culo no reacciona —responde mi amiga, que ha hecho tantísimos trabajos conmigo que me conoce mejor que yo mismo—. Pero no sé si esa técnica te va a servir esta vez. Charlie no es como nosotros. No va a ser igual de paciente contigo ni a confiar en que al final todo salga bien.

—*Chi va piano, va lontano*.[4]

—¡Pero es que esto no se puede considerar ni ir despacio, Sim! —me riñe—. Si dedicases a esto la mitad del tiempo de lo que dedicas a hablar en idiomas en los que nadie te entiende, Charlie estaría la mar de contenta.

Estoy a punto de añadir que ellos ya entienden casi todas mis frases, pero hasta yo sé que no es el momento de hacerlo.

—Voy a repetirlo este fin de semana —admito—, pero creo que necesito vuestra ayuda.

Los dos aceptan e, incluso antes de que me dé tiempo a frenarla, Nora se inclina todavía más sobre el sofá y, de un plumazo, borra mi artículo por completo.

—Empezaremos desde cero. No hay nada ahí que merezca la pena.

—Vaya, gracias.

—Las verdades por delante, amigo mío —la apoya Cillian y, pocos segundos después, ambos han ido a por sus portátiles y me han rodeado—. ¿Quieres fotos mías de pequeño encendiendo la vela? También tengo de mi hermana mayor apagándola. Nuestros padres nunca lo han confirmado, pero sigo pensando que la llamaron María solo por eso.

—Será mejor que no. Como Missy se entere de que alguno de vosotros dos lleva a cabo esta tradición y ni siquiera os he preguntado, me mata.

—Con razón.

—¿Alguna vez te pondrás de mi parte en vez de la de ella? —pregunto, en tono de queja, a mi amiga, pero ella simplemente se encoge de hombros y me mira muy seria.

—Cuando te lo ganes. ¿Por qué no creas a raíz de lo que acaba de decir Cillian una historia emotiva, como las suyas? Ese matrimonio que llama a su primera hija María para poder honrar la tradición que les hace tan felices. También habla de dar la bienvenida a los que se han ido, así

que puedes meter algún ser querido por el que se sientan arropados esos días, aunque ya no puedan estar.

—¿Y si te encargas tú de mis artículos? Te pago, si hace falta.

—No, gracias. Pero, si necesitas ideas para encontrar un camino por el que tirar, aquí estoy.

—Y si necesitas tradiciones, solo hay que llamar a mi madre —añade Cillian. Aunque enseguida los tres nos damos cuenta de lo peligroso que podría ser eso—. ¿Sabes qué? Mejor nos apañamos con lo que sabemos nosotros. Ya si tengo dudas llamo a alguno de mis hermanos. ¿A Molly no le encantaban estas cosas?

No contesto con palabras, pero la mirada que le dirijo es más que suficiente. Mi hermana no es una opción y menos en este tema. No después de llevar más de un año ignorando casi todas sus llamadas.

—Ya verás, Sim, vas a salir de aquí siendo todo un experto en Navidad —celebra Nora, seguramente en un intento de cambiar de tema, pero todo lo que consigue de mi parte es un bufido.

—No, gracias.

«¿O debería decir: por favor?»

CAPÍTULO 10
Carlota

Creo que si alguien tuviese un registro de todos los pensamientos que han pasado a lo largo del día por mi cabeza, podría considerarme una persona bipolar. Razón no le faltaría. Menos mal que, al menos que yo sepa, eso no es posible, así que puedo seguir fingiendo que estoy totalmente cuerda.

¿La razón? El nuevo artículo de Simon que me he encontrado esta mañana en nuestra carpeta de Drive. Esta vez no me ha avisado de que estaba subido, como el viernes, pero al ver que lo había modificado he entrado a leerlo.

Cómo me jode admitir que es una de las mejores cosas que he leído de compañeros universitarios.

Y no porque tenga que tragarme mis pensamientos y empezar a confiar en que quizá sí que es un genio, no. Me jode porque, ¿si es capaz de conseguir eso, por qué se conformó con lo que hizo el otro día? No lo entiendo. ¡Si hasta me ha hecho sonreír! Y, según mis últimos datos, sigue odiando la Navidad, así que dudo que sea porque ha volcado sus sentimientos sobre el teclado del ordenador.

Sin embargo, no sé cómo reaccionar cuando le vea, porque ahora mismo mi cerebro es un caos. Si estuviésemos en la película de *Inside out*, seguramente todas mis emociones estarían tocando la consola al mismo tiempo. Alegría, rabia, envidia…

Alegría porque el artículo aparece como editado el sábado, así que al parecer mi ultimátum había funcionado y ha buscado la forma de hacerme ver que quiere ser parte de este equipo.

Rabia porque esto solo me hace ser consciente de que, si pusiera un poco más de su parte, podríamos avanzar mucho más rápido.

Y envidia porque… ¿cómo ha sido capaz de hacer eso en un solo día de trabajo? Yo ni siquiera sabría decir la cantidad de horas que he dedicado a lo largo de toda la semana para hacer mi parte.

Así que la verdadera pregunta es, ¿qué hago cuando aparezca? ¿Le felicito por su artículo? ¿Le echo la bronca por haberme hecho perder el tiempo? ¿Le suplico que no vuelva a perder las ganas porque si no soy capaz de arrancarle los pelos de la cabeza? No, eso último quizá es demasiado agresivo.

—¿Cómo es posible que siempre llegues la primera? Logan ha dado por concluida la jornada hace menos de un minuto —se queja cuando aparece en la entrada y cierra la puerta a sus espaldas antes de dirigirse a su sitio de siempre.

—Rachel termina su jornada una hora antes. Me suele dejar tarea, pero normalmente la termino rápido.

—¿Y por qué te la han asignado?

—Lo he pedido yo —confirmo—. Es de las mejores analistas que hay en esta industria. Lo que ella puede enseñarme en dos horas no lo haría nadie más en tres.

—¿En serio me estás diciendo que investigaste a los trabajadores de la empresa antes de echar la solicitud?

—¿Es que tú no? —Me mira como si estuviese loca por haberlo hecho, pero yo podría decir

lo mismo. ¿Cómo iba a saber cuál era la mejor revista en la que aprender si no me aseguraba de conocer a las personas que me iban a enseñar? En mi cabeza tiene toda la lógica del mundo.

—Eres muy rara, Missy.

—O simplemente tú eres un vago.

Que su expresión se torne divertida cada vez que le insulto es algo que sigue pillándome desprevenida, pero trato de no darle demasiada importancia. Será masoquista o algo de eso, el niño. De Simon ya no me sorprendería nada.

—He vuelto a escribir el artículo, ¿lo has visto?

—Sí, y por eso tengo tan claro que eres un vago. —Vaya, al parecer he optado por ir a la rabia.

—¿Es que no te ha gustado?

—Claro que me ha gustado, es muy bueno.

—¿Entonces?

—Es la confirmación de que si no lo has hecho a la primera ha sido porque no has querido. Si eres capaz de hacer eso, ¿por qué te has pasado toda la semana perdiendo el tiempo? Joder, Simon, si hasta me ha enternecido la historia de la mujer cuyo deseo es tener una niña a la que poder llamar María.

—Funciono mejor bajo presión, eso es todo.

—¿Así que tengo que estar todos los días machacándote para que trabajes? ¿Eso es lo que me estás queriendo decir?

—No, pero… No sé. No me gusta el tema. Me distraigo enseguida porque no estoy motivado y antes de que me dé cuenta llega el jueves y no he hecho nada.

—¿Crees que hay algo que yo pueda hacer como compañera de proyecto para ayudarte en eso?

—Lo dudo, a no ser que elimines la Navidad de la cuestión —suelta con una risa sarcástica, pero pese a que sé que no lo ha dicho en serio, a mí se me viene una idea a la mente.

—¿Y si disminuyo su presencia? —Su mirada se torna curiosa, pero no dice nada. Simplemente me hace un gesto con la cabeza para que siga—. Redistribuyamos las tareas. Hay algunas que no son tan navideñas y que, aunque sucedan en estas fechas, tienen otras leyendas o historias rondando alrededor. Quédate esas y yo me encargaré de las más ñoñas.

—¿Harías eso?

—Si es la única opción de que te sientas más a gusto y, por lo tanto, tus artículos sean como el que he leído hoy, sí. A mí me encanta la Navidad, las ñoñerías y todo eso, no me importa. No podré librarte de todas pero, al menos así, no todas las semanas serán tan…

—¿Insufribles? —me interrumpe.

—Nunca aceptaré que ese adjetivo vaya ligado a esta festividad, pero supongo que sí. Para tu forma de verlo, sí.

—Gracias, Missy —murmura, en el tono de voz más sincero que le he escuchado nunca y algo se remueve en mi interior, pero dura poco. Porque…

—Yo pensando que a lo mejor podías llegar a ser amable y tenías que llegar a fastidiarlo en el último momento. ¿Algún día empezarás a llamarme por mi nombre?

—Lo dudo. Para mí, tu cara ya está asociada con el nombre de Missy y, cuando eso pasa, es muy difícil conseguir cambiar el chip, así que deberías ir asumiéndolo.

—Ugh, tú sí que eres insufrible. ¿No podrías devolverme el favor y disminuir la presencia del Simon gilipollas dejando solo la parte trabajadora?

—Lo siento, Missy, vamos en pack indivisible. Si no, perderíamos parte de nuestro encanto.

—Ah, ¿qué tú tienes de eso? Debí perderme esa parte.

—Ten cuidado porque el día que la descubras, no vas a querer separarte de mí. —Suelto una carcajada incluso antes de que termine la frase y, después de bufar, me centro en mis notas.

—Sigue soñando, niño pijo.

Saco del interior de mi libreta el sobre en el que metí las tarjetas de todas las tradiciones y costumbres que queremos investigar y paso de una a otra hasta que doy con la perfecta. La separo del resto y se la doy a Simon por encima de la mesa.

—Tu tarea de esta semana es investigar las costumbres relacionadas con Nochevieja y Año Nuevo. A trabajar.

Tareas de la segunda semana

Carlota · Little Christmas

· En irlandés se dice *Nollaig na mBan*. También se la conoce como la Navidad de las mujeres.

· Se celebra el 6 de enero.

· Las mujeres irlandesas salen a divertirse a las calles mientras los hombres se quedan en casa haciendo las tareas del hogar y recogiendo los adornos.

· Se remonta a épocas en las que las labores del hogar eran únicamente realizadas por mujeres, para reconocer su importancia, valor y trabajo sobre todo en fechas tan señaladas con la Navidad.

Simon · Fin de año / Año Nuevo

· Antiguamente, era tradición hacer una limpieza de la casa como símbolo de tener un buen año.

· El primero en salir de casa en Año Nuevo debe ser un hombre alto, moreno y guapo, y nunca una niña pelirroja, para atraer la buena suerte.

· En Dublín, se celebra el Festival de Nochevieja. Dos días llenos de actuaciones frente a Custom House.

· También existe la opción de reunirse frente a la Catedral de la Santísima Trinidad para escuchar las doce campanadas.

· En Portmagee, Condado de Kerry, se celebra el Año Viejo y lo hacen rodeados de música y baile.

CAPÍTULO 11
Simon

Es increíble como algunos detalles nos pasan desapercibidos durante mucho tiempo y, una vez que te das cuenta de ellos, simplemente encajan y ya no puedes ignorarlos.

Por ejemplo, hasta la semana pasada no había sido consciente de lo cerca que está la mesa en la que suelo comer de la que ocupan todos los días Carlota y sus amigos. Ahora, en cambio, es raro el día que no dirija una mirada en su dirección en cuanto entro en la cafetería.

Tampoco me había dado cuenta de que siempre viste con colores vivos y muy pocas veces lleva una sudadera oscura. Eso sí, si lo hace, el pantalón será el toque alegre del conjunto. A decir verdad, me pega con lo que he visto de su personalidad hasta el momento.

Y, la última cosa de la que me he percatado a lo largo de estos últimos días, es que el chaval de las gafas que siempre se sienta a su lado está loco por ella. No sé cómo se llama, pero su cara la conozco desde hace años, sobre todo porque me mira mal cada vez que me acerco. Recuerdo que al principio incluso llegué a pensar que estaban juntos, porque no se separaban el uno del otro, pero en todo este tiempo no les he llegado a ver nunca en actitud romántica, así que acabé descartando la hipótesis.

¿Y si me equivoqué? ¿Y si esa conexión de la que fui consciente va mucho más allá de la amistad? ¿Y por qué siento de repente la necesidad de salir de dudas?

—No sé en qué estarás pensando, pero se te ha torcido el morro —se burla Cillian, sentado justo enfrente de mí—. ¿Es que te ha salido mal el examen de Patrimonio Histórico?

Él no cursa la misma carrera que Nora y yo, pero está tan al tanto de nuestros exámenes y trabajos como de los suyos propios.

—No digas tonterías, era una prueba sin importancia. Controladísimo.

—El cabrón se miró ayer mis apuntes antes de irse a dormir —gruñe mi amiga, sentada a mi derecha—. ¿Cuánto te juegas a que le ha salido mejor que a mí?

—Por eso mismo yo me he desvinculado de vosotros. Paso de seguir comparándome con este —lo dice fingiendo desprecio, pero no me lo tomo en serio.

Sé que en ocasiones puede dar un poco de asco ver que a otros les cuesta menos, pero Cillian y Nora se han ido acostumbrando con el tiempo. E incluso se aprovechan de ello. Si tuviese que calcular la cantidad de veces que he sido su profesor particular cuando alguna asignatura se les atravesaba…

—Claro, porque tu obsesión por los animales no ha tenido nada que ver en tu decisión de estudiar veterinaria —me burlo.

—¿En qué estabas pensando, si no era el examen?

Me planteo si decírselo o no, más que nada porque no me apetece mucho aguantar sus comentarios, pero al final desisto. Es casi imposible ocultar algo a estos dos, así que tarde o temprano van a acabar dándose cuenta de dónde está mi atención durante las comidas.

—¿El chico ese que está al lado de Missy es su novio?

Nora recorre la cafetería con la mirada, intentando dar con ella, y después se mueve sobre el banco de la cafetería para acercarse más a mí y tener una mejor vista. Disimulada, lo que se dice disimulada, no es. ¡Prácticamente se me ha tumbado encima!

—¿Tristan? Que yo sepa son solo amigos.

—Él está colado por ella.

—Ya. Se lo noté en primero, pero Charlie le trata igual que al resto de sus amigos. Fíjate, no se rozan, ni se miran con intimidad.

—Lo dice la que se sienta todos los días enfrente de su novio, en vez de al lado —señalo con obviedad y ella se separa de mí, propinándome un empujón por el camino.

—¡Pero eso es porque aquí tu amigo cuando come aparta al mundo! Mírale los codos, ambos encima de la mesa como si estuviese protegiendo el plato de un depredador. No me deja espacio.

—Para qué voy a negar lo que es evidente, tío —murmura Cillian, asumiendo la crítica—. Pero opino lo mismo, no creo que estén juntos. He coincidido con Tristan en alguna ocasión y no me pega con ella.

—De todos modos, ¿por qué lo preguntas? ¿Te gusta Charlie? Sería la primera vez desde el instituto que te fijas en alguien.

—No empieces a ver cosas donde no las hay, Nora —me quejo—. Ya sabes que a mí no me gusta la gente en general.

—Algún día dejarás de ser así de gruñón.

—No soy gruñón, simplemente práctico. Me quedo con las partes buenas. Si me apetece echar un polvo, busco una chica que me atraiga y que busque lo mismo que yo. Ni ataduras, ni discusiones, ni problemas. Simple y efectivo.

—¿Dónde queda la conexión? ¿La confianza? ¿El tener a alguien al lado con quien contar?

—Os tengo a vosotros, que ya me habéis demostrado en muchas ocasiones que no me vais a fallar. Con eso me basta y me sobra.

—Pero…

—¿Dónde ha estado mi padre cuando mi madre lo necesitaba? —estallo, poniendo encima de la mesa el verdadero motivo por el que huyo de cualquier tipo de relación. No es que les pille de nuevas, porque han vivido toda la historia a mi lado, pero sí que sé que les sorprende que lo saque a coalición—. ¿Dónde se quedó esa conexión? ¿Esa confianza? ¿Ha llegado a existir en algún momento?

—No es el mejor ejemplo, Sim.

—O quizá sí. Eso me enseñó que hagas lo que hagas, cuando caigas al barro te vas a tener que levantar solo si no quieres hundirte. Es mejor asumirlo cuanto antes y no llenarse la cabeza de cuentos.

—Me da mucha pena que pienses así. No todas las relaciones son como la de tus padres. Mira los míos, por ejemplo, o a tu hermana. ¿Y si estás perdiendo la oportunidad de conocer al amor de tu vida?

—Querer a alguien y abrirle las puertas de tu mundo significa dejar en su mano un cuchillo con la esperanza de que en ningún momento decida clavártelo en el corazón. Ya he repartido los que tenía, —digo, señalándolos a ambos, aunque mi amigo lleve un rato callado—, no tiene sentido buscar más.

—Eso no es…

—Nora —la interrumpe Cillian—, déjalo. Si eso es lo que quiere, tenemos que respetarlo y no agobiarlo con nuestras propias ideas. No todo el mundo cree necesitar esa conexión romántica para ser feliz y, si en algún momento cambia de idea, ya nos lo contará.

Ella murmura algo por lo bajo antes de centrarse en su comida, pero obedece, y yo se lo agradezco a mi amigo con la mirada. Sé que quiere lo mejor para mí y que realmente piensa que abrirme a la gente, no solo en sentido romántico sino también social, puede ser el punto de

partida para ser más feliz, pero no estoy listo.

Me gusta la tranquilidad que me proporciona saber que las dos únicas personas que tienen el poder de hacerme daño no me traicionarán. Incluir a alguien más y esperar el tiempo necesario como para que esa confianza madure… Simplemente no tengo fuerzas para ello.

Por no hablar de que nunca se me ha dado bien hacer amigos. Soy arisco con los desconocidos, un poco borde en ocasiones y me encanta hacer bromas, así que crear conexiones reales no es una de mis cualidades. Y cuando la gente empezó a acercarse solo por pertenecer a una familia reconocida, me cerré aún más. Si no fuese porque a ellos les conozco desde la guardería, posiblemente tampoco estarían conmigo ahora.

Ni habrían hecho el intento de conocerme de verdad ni yo les habría dejado hacerlo. Como había pasado con tantas personas a lo largo de mis años en Galway.

Por eso, en cuanto los tres fuimos admitidos en el Trinity College, me prometí a mí mismo que aquí todo sería diferente. Me centré en ellos. No dejé que nadie conociese de mí más que lo justo. ¿Quieres beber conmigo en una fiesta? Perfecto. ¿Te sientas a mi lado en clase? Está bien. Pero nunca tendrán acceso a lo importante.

Si no les dejas, no te pueden hacer daño.

—¿Qué tema te toca investigar esta semana? —me pregunta Cillian, rompiendo el silencio tenso en el que nos habíamos quedado, y sin poder evitarlo mi mirada vuelve a centrarse en Missy.

—Nochevieja y Año Nuevo. Me ha dejado los temas menos navideños para mí.

—Guay, así podrás organizarnos un buen plan para este año. Como no te lo curres, no vuelvo a hacerte lasaña —amenaza con una sonrisa y ruedo los ojos en respuesta.

—Si nunca estáis aquí para Nochevieja, qué ladras.

—Este año sí que estaremos —responde Nora, aunque con un tono de voz aún un poco serio. Demostrando que sigue picada.

—¿Y eso?

—Tan listo para unas cosas y tan tonto para otras. ¿Por qué va a ser? Pues para estar contigo, idiota.

—No tenéis que…

—Ya está decidido, Simon —me corta Cillian—. Lo hablamos hace tiempo y los dos estamos de acuerdo, así que es lo que va a pasar. ¿Has encontrado ya algún plan guay?

Les cuento un poco por encima lo que he descubierto hasta el momento del Festival de Nochevieja que se celebra en la ciudad y, cuando la hora de la comida llega a su fin, nos dirigimos juntos a la salida. Pasamos por la mesa en la que está Missy y mi lengua sale disparada antes de poder frenarla.

—Oye, Missy, en Irlanda no es tan común lo de darse un beso a las doce en Nochevieja pero si buscas candidato aquí me tienes —le guiño un ojo y su resoplido es suficiente para irme de allí con una sonrisa en la boca.

—¡Sigue soñando, niño pijo!

CAPÍTULO 12
Carlota

Hay ocasiones en las que deseas tanto que pase algo que, cuando ocurre, hasta te cuesta creer que es verdad. Eso es lo que me está pasando con Simon.

Desde el lunes parece una persona totalmente diferente cuando nos ponemos a trabajar en el proyecto. No es que haya dejado de lado su faceta de gilipollas, eso sería demasiado pedir, pero sí que me ha mostrado su parte más trabajadora y es increíble ver lo serio que se pone cuando realmente se concentra en algo.

«Y tú que pensabas que nunca dejaba de hacer bromas.»

Para ser del todo sincera, su parte bromista tampoco ha salido de la ecuación. Cada día entra por la puerta con algún comentario preparado y no se va hasta que consigue hacerme reaccionar con algo. Usa la excusa de tener dudas con la tarea para tocarme las narices o ponerme vídeos estúpidos en su móvil, y en algún momento me han dado ganas de mandarle a la mierda, pero cuando sus ojos se centran en la pantalla, desaparece. Creo que esa es la mejor manera de definirlo.

Su risa cesa. Su rostro se vuelve hermético. Sus ojos se mueven a una velocidad de vértigo. Por no hablar de su manera de teclear. Me he criado con un teclado entre las manos y dudo que pueda llegar a la mitad de pulsaciones por segundo que él.

¿Eso también irá implícito en lo de ser un genio?

—¿Cómo vas con el artículo? —pregunto cuando veo que deja de trabajar para buscar algo en su mochila. Sorprendentemente, lo que saca son dos botellitas de zumo natural y me pone una de ellas delante—. ¿Y esto?

—Cuando me concentro me entra el hambre. Sería de mala educación no traerte uno a ti.

—Gracias, supongo —digo, totalmente descolocada por su amabilidad—. ¿Cómo vas?

—Bien. Me faltan solamente un par de datos así que quizá pueda terminarlo hoy.

—¿Te das cuenta de que solo has necesitado una hora y media?

—Es miércoles. Llevamos con esto tres días. A hora por día…

—Estaba contando solo las de trabajo efectivo —le corrijo—. Desde que llegas hasta que te pones a trabajar, pasan por lo menos cinco minutos. Eres incapaz de estar más de un cuarto de hora concentrado, así que después te metes en algún juego y te pasas jugando una media de diez minutos. Después vuelves a concentrarte otro cuarto de hora y me empiezas a molestar hasta que sales por la puerta. Eso nos deja en media hora de trabajo efectivo por día.

—Vaya. No sabía que me tenías tan controlado, Missy. ¿Te gusta observarme?

—No, pero si te tengo delante es normal que me entere de lo que haces.

—¿Y cómo sabes que estoy jugando a algo y no investigando?

—Porque durante esos diez minutos solo manejas las teclas de las flechas y se te ha escapado algún que otro taco.

—Vale, me has pillado. Puede que me ponga a jugar de vez en cuando, pero es solo para despejarme. Soy más productivo así.

—¿No eres consciente de que si usaras realmente las cuatro horas que tenemos a la semana, podríamos ir mucho más rápido? Podríamos meter más tradiciones e investigar más a fondo o

tener más semanas para el artículo final.

—Veinte tradiciones son más que suficientes, incluso de estas vamos a descartar muchas después, y para el artículo final tenemos más de semana y media. Hay tiempo de sobra.

—Lo de ser tan productivo como uno pueda no va contigo, ¿no?

—Tan poco como contigo lo de relajarte un poquito —contraataca.

—Yo me relajo, pero no en horas de trabajo.

—Te quedas todos los días hasta las tantas aquí, Missy.

—¿Qué tiene eso de malo?

—No es que sea malo, es que todos los días no es necesario. Estás en los mejores años de tu vida, viviendo una experiencia única al salir sola de tu país para estudiar en una de las mejores universidades del mundo, y te tiras más horas encerrada aquí que con tus amigos. Estudiar está bien y sé que es importante para ti, pero deberías darte el gusto de tomarte un respiro más de vez en cuando y aprender a vivir.

—No tienes ni idea —me quejo.

—Tienes razón, no te conozco tanto como para poder juzgarte, pero es la sensación que me ha dado. Si te encierras en época de exámenes lo entiendo, ¿pero ahora? Estoy seguro de que serías capaz de sacar el trabajo en las cuatro horas de las que disponemos, pero te obsesionas pensando que si le dedicas más tiempo estará mejor. Eso solo conseguirá quemarte.

—No todos somos tan rápidos como tú.

—Si con una sola tarea te quedas todas las noches, ¿qué harías si te hubiese dicho que sí a añadir más? ¿Dedicarías tus fines de semana? —No digo nada, pero creo que en mi mirada descubre cuál sería mi respuesta—. Si no vives ahora, cuando tengas cuarenta te arrepentirás. No va a pasar nada porque te diviertas.

—Si pierdo la beca…

—¿Cuál es tu nota media? —me interrumpe.

—Un nueve con ochenta y tres.

—¿Y cuál es la nota que te piden para no perderla?

—Ocho —respondo, con la boca pequeña.

—¿Entiendes por dónde voy? Estas prácticas ni siquiera afectan a la media. Con que lo hagas bien vale y eso lo tienes asegurado siendo tú.

—Yo funciono así, Simon. Sé que hay personas a las que le puede parecer exagerado o innecesario, pero es mi manera de hacerlo. Si me voy de aquí sin llegar a los límites que me he marcado, voy a estar toda la noche pensando en que no me he organizado bien. En que, si mañana tengo que incluir lo que hoy he dejado a medias, acabaré arrastrando tareas constantemente. Y si me dejo algo para el fin de semana no voy a ser capaz de ponerme al día con las clases, ahora que tengo las tardes ocupadas. Me da igual si te parece que no vivo, cuando lo que pasa es que simplemente no lo hago a tu manera. Prefiero salir una sola noche al mes y disfrutar sin preocupaciones, que hacerlo todas las semanas y estar pensando en lo que tengo por hacer y lo que podría ocurrir si no llegase a hacerlo a tiempo, en vez de dedicarme a mis amigos.

—¿Y cómo lo haces para no amargarte? Yo hace tiempo que habría tirado la toalla si siguiese ese ritmo.

—Somos de mundos totalmente diferentes, Simon. No lo entenderías.

—¿Por qué no pruebas?

—Otro día. Ahora nos quedan todavía veinte minutos de trabajo. ¿Quieres que ponga villancicos para que cierres el pico?

Sé que con eso voy a conseguir que se calle y no me equivoco. Al segundo, levanta las manos

en son de paz y dibuja una cremallera sobre sus labios.

—Me callo, me callo. Todo con tal de no escuchar una sola canción más de ese maldito disco.

Sonrío y me vuelvo a centrar en mi propio ordenador.

Traer el disco navideño de Justin Bieber y dejarlo encima de la mesa a modo de amenaza había sido la mejor decisión de mi vida.

CAPÍTULO 13
Simon

Cuando salgo de la sala, diez minutos más tarde de la hora prevista pero con mi artículo de esta semana subido a la carpeta de Drive, sigo con una sensación agridulce en el pecho.

Me molesta que Carlota piense que no voy a entender su manera de actuar, pero tampoco soy quién para forzarla a que me cuente cosas que no quiere. Sería demasiado irónico que precisamente yo insistiese a alguien para que se abriese, cuando soy el primero que tiene sus secretos custodiados bajo llave.

Y hablando de secretos…

El móvil empieza a vibrar en el bolsillo de mi pantalón justo en el momento en que las puertas del ascensor se abren y, al ver el nombre de mi hermana dibujado en la pantalla, se me acelera el pulso. Otra vez ella. ¿Es que nunca se dará por vencida? ¿Por qué sigue insistiendo si llevo más de dos meses sin responder ninguna de sus llamadas?

Cuelgo sin pensármelo dos veces, pero antes de que llegue a la puerta de la revista, varios mensajes se han sumado a la llamada.

Molly:¿Planeas seguir ignorándome toda la vida?
Molly:¿Planeas seguir ignorándome toda la vida?

Molly: Llámame, Simon, por favor. Solo quiero saber cómo estás.

Molly: ¿Es que has olvidado el hecho de que me mudé a Dublín precisamente para estar cerca de ti?

Molly: Se han marcado los mensajes como leídos. Al menos sé que sigues vivo.

No respondo. Otra cosa para la que no me veo con fuerzas: enfrentarme a mi hermana mayor. O, mejor dicho, a todo lo que se me viene encima cada vez que estamos cara a cara. Pero no quiero pensar en eso ahora. No.

Lo que necesito es dejar la mente en blanco y tengo la solución perfecta para ello.

Simon: ¿Comida basura y birra? Yo invito.

Tareas de la tercera semana

Carlota · Decoración (pública y familiar)

· Los camiones de la basura son lo primero que decoran al llegar la época Navideña, con luces en cada esquina.

· Hay carruajes conducidos por Papá Noel para recorrer la ciudad.

· Las casas irlandesas suelen estar llenas de adornos y predominan los creados con materiales naturales como el acebo, las piñas o la hiedra. Algunas de estas decoraciones se explicarán más detalladamente en su propio artículo.

Simon · Stephen's Day

· Se celebra el 26 de diciembre y es uno de los días festivos más esperados en el país.

V Los jóvenes se disfrazan con máscaras y palos y van por las calles haciendo ruido, pidiendo dinero y cantando melodías tradicionales. Una pluma cargada de buena suerte a cambio de un donativo.

· En Dublín y Limerick este día dan comienzo dos competiciones de hípica: la Leopardstown Christmas Racing Festival y The Limerick Racing Festival.

· También se le conoce como el Wren Day, por una tradición de mediados del siglo XX en el que los hombres salían a cazar este pájaro (en España se les llama *reyezuelos*). Destaca en Dingle y el condado de Kerry, donde han sustituido la caza del pájaro por un animal falso.

CAPÍTULO 14
Carlota

En la familia Merino García tenemos la tradición de comprar el primer adorno navideño de la temporada en octubre y este año no iba a ser diferente. Es más, para mí, este año va a ser el mejor de todos.

Por primera vez desde que empecé la universidad voy a poder disfrutar de esta previa acompañada de mi hermana y no solo a través de las videollamadas a tres que hemos hecho otras veces. Y, para qué mentirnos, somos las que lo vivimos sin filtro, porque mi madre se une a nosotras más por costumbre y por vernos felices que porque realmente a ella la embargue el espíritu navideño con la misma intensidad.

Va a ser nuestra primera Navidad en Dublín, ya que mamá vendrá en diciembre a pasar dos semanas con nosotras, y a mí no me caben más notas en el móvil de todo lo que quiero hacer durante esos quince días. ¿Nos dará tiempo? Lo dudo, pero haré todo lo posible para que sean inolvidables.

Empezando por la decoración. Podría fingir que es una casualidad que justo mi tema de esta semana sea ese, pero ¿a quién queremos engañar? Me lo quedé a propósito y también elegí la semana a conciencia. ¿Qué mejor manera hay de dejarse llevar que adaptando el espacio al tema?

—Dime que esto es una broma.

Me giro hacia la puerta cuando la voz de Simon llega a mis oídos y le dedico una enorme sonrisa desde la silla a la que me he subido para pegar a las ventanas unos plásticos que simulan ser copos de nieve.

¿Se me había olvidado mencionar que en el viaje que hice con Lucía al centro comercial también compré algún detalle para la oficina?

Esta tarde, he llegado antes de tiempo con el único objetivo de pedir permiso a Jenna para decorar nuestra sala y ella, encantada con el entusiasmo que destilaban mis palabras, me ha dado vía libre. ¿Su único requisito? Que todo lo que ponga sea fácil de quitar y que no deje marcas en las paredes.

Hasta Rachel se ha visto arrollada por mi emoción y, al llegar el final de su jornada, me ha mandado derechita a la sala para ponerme manos a la obra. Es curioso, pero por primera vez en mucho tiempo no me he sentido culpable por estar dedicando una hora de trabajo a algo tan innecesario como la decoración. Quizá es por todo lo que estoy aprendiendo de ella, pese a tener menos horas de tutoría de las marcadas, que me hace sentir productiva. O porque las ganas de ver la reacción de Simon al descubrir mi plan opacaban todo lo demás.

Me complace informar que su mirada de asombro y su ceño fruncido han cumplido con todas mis expectativas. Por no hablar de que la guirnalda medio caída por encima de la puerta, partiendo en dos su rostro, lo hace todo mucho más divertido.

—*Nollaig shona duit!*

—Obviando el hecho de que tienes que practicar un poco más la pronunciación, ¿te has vuelto loca? ¡Estamos en octubre! ¿Quién decora en octubre?

—La norma de que la época navideña empiece en noviembre es solo para los que disfrutan de Halloween. En mi familia empieza en octubre así que… ¡Sorpresa!

—¿De verdad te gusta tanto o solo lo haces por joderme?

—No te creas tan importante. ¿Te vas a quedar parado en la puerta para siempre o pretendes entrar en algún momento? —pregunto y, tras asegurarme de que los plásticos están bien pegados a los cristales, pego un salto para bajar de la silla.

Su reacción es instantánea. Su cuerpo se ha lanzado hacia delante, con los brazos extendidos, como si tuviese miedo de que fuese a caerme, pero al ver que mis pies están perfectamente colocados en el suelo se ha quedado quieto a medio camino. Si no fuese porque al hacer el movimiento de una manera tan brusca se ha llevado la guirnalda por delante y ahora la tiene alrededor del cuello, habría quedado como un héroe. Si lo miras ahora mismo, la verdad es que tiene más pinta de bufón.

—¿Cómo se te ocurre subirte a una silla con ruedas? ¡Podías haberte hecho daño!

—¿Te preocupas por mí, Simon?

—No es que llevarte a urgencias porque te has roto la pierna sea uno de mis propósitos para hoy, la verdad.

—Yo controlo —aseguro, restándole importancia con una mano, y le señalo al cuello—. La guirnalda tenía pensado colocarla sobre la puerta, pero si prefieres dejártela a modo de collar no voy a poner pegas.

Su primer instinto es responderme, lo noto porque sus ojos se oscurecen y abre la boca, pero en cuanto su mirada capta el resto de la habitación, parece que se le olvida.

Un Papá Noel en medio de la mesa, simulando salir de una chimenea. Un par de orejas de reno enganchadas en cada una de las sillas. Las ventanas simulando la nieve. Lo único que no he sido capaz de colocar antes de que llegase ha sido la guirnalda, porque ni subiéndome a la silla he llegado a alcanzar la altura que necesito.

—Se te ha ido la olla.

—Puede ser. ¿A que está bonito?

—Demasiado navideño.

—¡Así nos mimetizamos con el proyecto! Anda, deja de quejarte y ayúdame a poner la guirnalda. Te prometo que hasta noviembre no traeré nada más.

—¿Pero vas a traer más?

—Claro. Te recuerdo que esta semana me toca investigar sobre la decoración irlandesa. En cuanto conozca las claves y los imprescindibles, tendré que hacerme con ellos.

—Nunca pensé que los villancicos fuesen solo el principio.

—Cuando dejes de prohibirte a ti mismo disfrutar de estas pequeñas cosas, descubrirás que dejarte llevar por mí y por mi magia navideña es lo mejor que puedes hacer. ¡Es divertido!

—Yo no me prohíbo nada. Simplemente, no le veo sentido a tanta parafernalia. Por no decir que sigo pensando que tienes unas ideas de lo que es divertido muy diferentes a las mías.

—Escúchame lo que te digo, Simon. Puede que no llegues a amar la Navidad, vale, lo acepto, pero estoy segura de que para diciembre habré conseguido que al menos la odies un poquito menos.

Lo digo totalmente en serio, pero noto en su cara que él no cree en que eso pueda pasar.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque… *It's the most beautiful time of the year*[5]. —Comienzo a canturrear el villancico de Justin Bieber, ese que ya ha escuchado por mi culpa en alguna ocasión, y sigo aún más alto cuando rueda los ojos.

—Me conformaré con llegar cuerdo —responde y, segundos después, ha dejado la guirnalda encima de una de las sillas y se ha sentado en su sitio, dispuesto a trabajar.

Será la primera vez que lo hace tan rápido.
«¿Eso es lo que he conseguido con la decoración? Lo llego a saber y lo hago antes.»
¡Doble victoria para mí!

CAPÍTULO 15
Simon

—¿Os podéis creer que ya ha decorado todo? —pregunto a mis amigos en cuanto entro en la cocina, donde ambos están preparando la cena.

O, mejor dicho, Cillian está haciendo la cena mientras Nora le hace compañía, porque es mi amigo el que se encarga de alimentarnos a los tres. El horno es su punto débil, no siempre se acuerda de que tiene que revisarlo por dentro antes de encenderlo, pero en lo demás es todo un experto. Consecuencias de haberse criado con una madre que tenía que dar de comer a seis niños, supongo.

—¿Quién ha decorado el qué? —pregunta ella, apartando la mirada de la pantalla de su teléfono para centrarla en mí.

—Missy. Cuando he llegado a nuestra sala de trabajo, tenía todo lleno de cosas navideñas. ¡Si ha puesto hasta pegatinas en las ventanas para que simule ser nieve! Esta chica quiere acabar conmigo.

—¿Quién empieza a poner los adornos en octubre?

—¡Gracias! —exclamo, mirando a mi amigo—. He preguntado lo mismo, pero según ella como no le gusta Halloween, la norma de esperar a noviembre no aplica.

—Me encanta esa chica, tiene respuesta para todo.

—Como sigamos así voy a pensar que tu amiga es ella y no yo, Nora.

—¡Es que es verdad! Me gusta que te saque de quicio y que no se deje pisotear. Si ella quiere decorar en octubre, que lo haga. No está haciendo daño a nadie.

—Es raro —me apoya Cillian.

—¿Y? Todos nosotros deberíamos atrevernos a ser más raros si es que el cuerpo nos lo pide.

—Missy no me saca de quicio —respondo yo, pero las miradas que recibo de ambos me dejan claro que no opinan lo mismo—. Es la Navidad lo que me molesta.

—Pues, visto lo visto, no te queda otra, así que te va a tocar acostumbrarte.

—Si no puedes con el enemigo, únete a él —parafrasea mi amigo—. ¿Por qué no le hablas de la tienda de Pris? Cuando éramos pequeños, no había un año en el que nuestras madres no nos llevaran al menos una vez.

Sus palabras desbloquean recuerdos que tenía ocultos, pero no dejo que se reproduzcan del todo en mi mente. Si estaban guardados, allí deberían quedarse. Porque el niño que corría detrás de Cillian por aquel callejón estrecho, perseguido por tres chicas que reían sin cesar, ya no soy yo.

—El objetivo es frenarla, Cillian, no alimentar más su necesidad de llenar la sala de objetos innecesarios.

—Pues yo creo que le encantaría esa tienda. Además, vende cosas navideñas durante todo el año. Podría serviros de ayuda para el proyecto —le apoya Nora.

—No pienso volver a contaros nada. Se supone que me tenéis que apoyar y dar fuerzas para superar esta pesadilla.

—Me encanta lo exagerado que eres a veces —se ríe Nora—. ¿Por qué no te das una ducha para despejar la mente antes de cenar? Cillian quiere ver el nuevo capítulo de Agatha.

—Sigo sin entender por qué no hemos esperado a que estuviese completa para empezar a verla, pero está bien.

Me dirijo hacia el pasillo y, una vez en mi habitación, suelto tanto la mochila como la ropa encima de la cama. Ventajas de tener baño privado en la habitación: no tengo que preocuparme por evitar que mis amigos me pillen en bolas.

Enciendo el agua de la ducha para que coja un poco de calor y no congelarme y, al mirarme en el espejo, me llama la atención una marca roja que tengo en el cuello. ¿Qué es eso? Me acerco y, al tocarlo y notar que escuece, el recuerdo de la guirnalda de Missy rodeándome el cuello cuando pensaba que se iba a caer al suelo me viene a la cabeza.

«Maldita Navidad. Maldita Missy. Maldito todo.»

Mi móvil empieza a vibrar justo en ese momento sobre el mármol, como si hubiese invocado la llamada al pensar esa palabra, y cuelgo con un resoplido sin tener la necesidad ni de mirar el nombre. Solo una persona me llama en vez de recurrir a los mensajes, así que tampoco es difícil tener la respuesta.

¿Mi fallo? Que el móvil está al revés. Así que, en vez de deslizar hacia la izquierda para colgar, he ido a la derecha. Mierda.

—¿Simon? Simon, ¿estás ahí? Soy Molly. Habla conmigo, por favor. No entiendo lo que ha pasado para que te hayas distanciado tanto.

No respondo. No soy capaz. Esta vez, sí que cuelgo.

CAPÍTULO 16
Carlota

¿Cómo es posible que sea tan complicado encontrar información útil sobre la decoración favorita de los irlandeses?

Llevo más de dos días buscando sobre ello, viendo vídeos y preguntando a mis amigos, pero no encuentro nada que me llame la atención lo suficiente como para escribir un artículo al respecto. Las fotos que me salen son en su mayoría de árboles de Navidad. Las luces son como las que se ponen en el resto del mundo. Entonces, ¿qué tiene de diferente la decoración irlandesa?

Me paso las manos por el pelo, tratando de calmar la frustración, y justo en ese momento Simon entra por la puerta. Él se lo está pasando pipa con su tarea de esta semana, incluso ha hecho un Excel con los datos que han obtenido las carreras de caballos en las últimas décadas, desde visitantes hasta apuestas realizadas. Supongo que por eso entra con esa sonrisa en la cara. Será satisfactorio para él ver como, por una vez, la que lo está pasando mal sea yo.

Aunque sea por distintos motivos.

—No sé si preguntar qué es lo que te pasa o si me voy a acabar arrepintiendo.

—¿Tienes alguna pista que me pueda ayudar para encontrar datos interesantes sobre la decoración? He encontrado alguno con respecto a la pública, pero nada de la privada. ¿Cómo adornáis los irlandeses vuestras casas en Navidad?

—La única que he visto últimamente es la de los padres de Cillian y no creo que sea la que más siga las tradiciones irlandesas. Su madre compra todo lo que encuentra por Internet y lo hace sitio.

—Pues entonces estoy perdida. No doy con ni una sola página que me cuente cosas interesantes.

Se queda un rato pensativo delante de mí, de pie, sin sentarse ni sacar el portátil de su mochila, y después de respirar hondo, me hace un gesto con la cabeza y susurra un casi inaudible:

—Vamos.

—¿A dónde quieres ir ahora? Tengo que seguir investigando.

—Hoy toca trabajo de campo.

—No podemos perder el tiempo con tus tonterías, Simon. Esta semana no, estoy bloqueadísima.

—Por eso mismo tienes que venir conmigo. Te prometo que no te arrepentirás, confía en mí.

—Llevas más de dos años siendo un incordio, ¿y ahora pretendes que confíe en ti de buenas a primeras?

Pone las manos sobre la mesa, justo delante de mí, y se inclina hasta que nuestros ojos están a la misma altura.

—Te prometo que, si no te gusta lo que voy a enseñarte, a partir de mañana vendré todos los días vestido con cosas navideñas hasta que terminemos el proyecto.

—Debes de estar muy seguro de ti mismo para decir eso.

—Lo estoy. No tenía pensado llevarte a ese lugar porque me estoy metiendo en la boca del

lobo, así que esta es la última oportunidad que te doy antes de ponerme con mi propia tarea e ignorarte. ¿Vienes?

CAPÍTULO 17
Simon

Tengo que echar un vistazo a Google Maps para recordar exactamente cómo llegar a la tienda de Pris, pero en cuanto giramos por última vez y el callejón aparece ante mis ojos, las dudas se disipan.

Es increíble como algunas zonas de la ciudad pueden permanecer intactas por mucho que pasen los años y es que, es poner un pie sobre esos adoquines desgastados, y sentirme como si tuviese otra vez siete años. No he cambiado de idea. Sigo sin querer revivir esos recuerdos al completo, pero por mucho que me dijese a mí mismo lo contrario, no podía mantener este pequeño rincón oculto para ella.

Menos cuando tengo tan claro que, desde este mismo día, se va a convertir en su lugar favorito de la ciudad.

También es el de mi hermana, o al menos lo fue en su adolescencia, por eso es por lo que Cillian y yo lo conocimos. Nuestras familias estuvieron entrelazadas desde que nosotros nos conocimos en la guardería. Sus padres se hicieron amigos de los míos. Su hermana mediana se convirtió en la otra mitad de la mía. Todo lo hacíamos juntos. Y, entre esas cosas, estaba el viaje anual a la capital con el único objetivo de ir a la tienda de Pris. Nuestras madres aprovechaban para hacer alguna compra, pero la primera parada siempre era esta.

—¿Estás seguro de que es por aquí? Esta calle da un poco de miedo.

—Es solo porque es vieja, pero sí, está justo ahí delante.

—Si intentan matarnos, me pienso esconder detrás de ti. Eres el que me ha traído aquí, así que serás el que sufra las consecuencias.

—Gracias por la advertencia, pero dudo que Pris haga algo por el estilo. Con lo único con lo que he visto amenazar a esa mujer es con galletas. —Eso la deja confundida y lo noto, pero no digo nada más.

Sigo caminando en silencio, como llevamos haciendo desde que salimos de la oficina, y doy gracias a mi vieja amiga por tener un escaparate tan discreto fuera de época. Supongo que tampoco necesita llamar la atención, porque todos los que venimos hasta aquí sabemos lo que podemos encontrar en su interior.

Todos menos Missy.

—Es mi turno de avisar. Cuando cruces esta puerta, es posible que empieces a sentir algo bueno hacia mi persona. Bondad, simpatía, cariño… No te preocupes, es lo normal.

—Muy bueno tiene que ser para que gilipollas deje de ser lo primero que se me venga a la cabeza al pensar en ti.

—Me quedaré con lo de que piensas en mí. —La guiño un ojo y, sin esperar respuesta, abro la puerta. Tampoco es que pueda decir nada, porque su mandíbula cae como si se hubiese desencajado en cuanto los estantes quedan a la vista—. Bienvenida a la tienda de Pris.

Dejo que sea ella la primera en entrar y la que decida hacia dónde quiere dirigir sus pasos y, en cuanto el mostrador tras el que se esconde esa mujer a la que conozco desde que tengo memoria aparece, una sonrisa se dibuja en mi cara.

No importa los años que hayan pasado, ella también me reconoce.

—¡No puede ser verdad lo que ven mis ojos! Simon, ¿eres tú?

—Hola, Pris, me alegro de ver que sigues tan joven como siempre.

Me acerco a ella para saludarla con un abrazo y ella me agarra las mejillas, me peina el pelo y me da un leve apretón en el brazo. Nunca he podido experimentar lo que se sentiría al tener una abuela, pero me gusta pensar que es algo parecido a esto.

—Te he traído a alguien que seguramente se convierta en tu mejor clienta a partir de ahora.

—Es difícil que alguien supere a Molly.

—Esta ha empezado ya a decorar su casa.

Los ojos de la anciana se abren, pero no de espanto como me pasó a mí, sino de emoción. Me aparta a un lado para poder ver a Missy y, en cuanto la pilla mirando la estantería en la que hay colocadas cientos de figuritas para el belén, se acerca a ella.

—Si quieres alguna figura en concreto y no está, puedo hacértela encantada —le dice a modo de saludo y ella se gira con una sonrisa enorme en la cara.

—¿Las hace usted?

—Por supuesto. No hay nada en esta tienda que no haya pasado por mis manos.

—¿Sabes qué, Pris? Missy es española y está buscando información sobre las decoraciones más típicas de Irlanda para un trabajo.

—Has venido al lugar perfecto, cariño —le dice al momento y, tras agarrarle de la mano, la guía por toda la tienda.

No las sigo, porque suficiente tengo con haber venido hasta aquí, pero el tamaño del local permite que las oiga perfectamente.

Adornos para la chimenea. Centros de mesa a modo de exhibición. Figuras de ángeles, duendes y copos de nieve por todas partes. Alusiones a Santa Claus. Hiedra y muérdago. Todo ello, sin olvidar la manía de colocar luces y brillos por todos los lados de las casas.

Para cuando vuelven al mostrador, sobre el que me había quedado apoyado, no me sorprende ver que Missy lleva varios artículos en las manos. Era imposible que saliese de aquí sin comprar nada.

—Me jode mucho, pero voy a tener que darte la razón —suelta cuando llega a mi lado—. Este sitio es increíble y tengo la libreta plagada de información.

—Si hay alguien que lo sepa todo sobre la Navidad en Irlanda, esa es Pris —aseguro, dedicando una sonrisa a la anciana.

Porque puede que a mí esta época no me guste y que haya ido perdiendo encanto conforme crecía, pero la devoción que siente esa mujer hacia su trabajo siempre será digna de admirar para mí.

—No descarto volver para preguntarte más cosas, porque Simon no me ayuda absolutamente nada.

—No me sorprende. Molly siempre ha sido la navideña de la familia, mientras Simon se dedicaba a corretear por los pasillos y hacer rabiar a su madre.

—Anda, mira, en eso no has cambiado —dice Missy, metiéndose conmigo, pero la ignoro—. Muchas gracias de nuevo, Pris. Acabas de salvar el proyecto que tenemos entre manos.

Hablan un poco más sobre las fechas en las que empezará a tener adornos con hiedra y acebo naturales, en vez de artificiales y, tras prometer que no volveré a tardar tanto en hacerle una visita, nos dirigimos a la puerta.

Missy no para de hablar de lo que ha comprado, de las ideas que tiene para el artículo, de que tiene que venir a este sitio con su hermana, y sorprendentemente a mí no me molesta. Es más, me siento cómodo. No sé si por ser consciente de que, pese a sus prejuicios, realmente he servido de

ayuda y quizá eso pueda hacer que confíe más en mí como compañero. O porque destila tanta alegría en su tono de voz que no me apetece pararlo.

—Mira esto —dice, justo antes de que lleguemos a la puerta, y me señala una bola de nieve en cuyo interior se ve a una familia montando un muñeco de nieve—. Creo que esa escena es lo que representa para mí la Navidad: familia, amor, unión y risas. Por eso se me hace tan difícil pensar que haya quien la odie.

—No todos nos hemos criado con ese concepto de Navidad —opino, y hasta yo me doy cuenta de que lo he dicho en un tono algo… ¿dolido?

Sé que está a punto de preguntar algo al respecto, pero la voz de Pris desvía nuestra atención.

—¡Chicos! —nos llama desde el mostrador y, cuando nos giramos, señala hacia arriba—. Estáis debajo del muérdago.

—¿Eso qué significa? —pregunta Missy, mirando primero a la ramita que cuelga sobre nuestras cabezas, después a mí y, por último, a Pris—. ¿Hay alguna leyenda en Irlanda sobre el muérdago?

—Varias. Una de las más populares dice que hay que recogerlo el día trece de diciembre, la noche de Santa Lucía, para que tenga las propiedades necesarias para ahuyentar la mala suerte.

—¡Santa Lucía! Como mi hermana —comenta por lo bajo.

—Se debe colgar en la entrada de las casas como símbolo de buena suerte ese mismo día y dejarlo hasta el año siguiente para después quemarlo y que, con el fuego, se vaya todo lo malo.

—Qué interesante…

—Aunque también hay otra cosa —sigue Pris, cortándola, y cierro los ojos porque me huelo lo que va a soltar a continuación—. Si estás bajo el muérdago con alguien, os tenéis que dar un beso. Vamos, parejita, no tentéis a la suerte.

—Pero nosotros no… —dice ella.

—Solo trabajamos juntos —aseguro yo.

—¿Qué daño puede hacer un beso?

Miro a Missy con el corazón acelerado y noto cómo se ha puesto tan roja como un tomate. Ella tiene la mirada clavada en Pris pero, cuando la mueve hacia mí, se me seca la boca.

¿Por qué? Lo primero, porque sé que Pris no va a dejar que nos vayamos como si nada. Lo segundo, porque no las tengo todas conmigo para que esto no traiga consecuencias.

—Missy, yo… —empiezo, aunque no sé qué decir.

Claro que, una vez más, se las apaña para demostrar que el cobarde del equipo soy yo y ella, la que lleva las riendas siempre.

—Que lo jodan. Yo no me arriesgo con las supersticiones.

Se pone de puntillas y, sin dejarme reaccionar al respecto, aplasta sus labios contra los míos en un beso que para nada esperaba recibir hoy. Bueno, ni hoy, ni nunca. ¿Había pensado alguna vez en lo mucho que me encendía su vena mandona? Sí. ¿Llegué a pensar que algún día podría llegar a pasar algo entre nosotros? No. Ni loco.

Pero me está besando. Y lo digo en tercera persona porque aún no he reaccionado. Pensaba que iba a ser un simple pico, pero lo ha alargado más de un segundo y no sé de dónde narices ha salido el pensamiento, pero lo único que se me pasa por la cabeza en ese instante, es que no me importaría descubrir lo que se siente al darle un beso en condiciones.

Así que lo hago.

Rodeo su cuello con mi mano, apretándola más contra mí y me aseguro de enganchar su labio antes de separarnos.

Mierda.

CAPÍTULO 18
Carlota

Han pasado ya dos días y no consigo sacarme el maldito beso de la cabeza. ¿Cómo es posible que cinco putos segundos puedan dar tanto que pensar?

Lo tengo grabado a fuego en la memoria. Sus labios suaves, para nada secos. Su mano en mi nuca. Sus dientes en mi boca. Su respiración agitada. Lo rápido que me latía el pulso, por mucho que me hiciese la valiente lanzándome yo a su boca en vez de esperar a que él diese el primer paso.

Pero no significó nada, ¿verdad? Fue simplemente un reto. Había sido tan tonta como para pararme justo debajo del muérdago y, como castigo, me tocó besar al idiota del campus.

Nada que no se pudiese olvidar.

«¿Entonces por qué te has pasado las dos últimas noches sin poder pensar en otra cosa?»

—Ya puedes ir soltando por esa boquita antes de que lleguen los chicos —me dice Keeva en cuanto llego a la mesa de la cafetería.

—¿Dónde están?

—Probando no sé qué videojuego con Seamus —contesta Miurne y mira el reloj—. Tenemos un margen de por lo menos diez minutos para que nos cuentes qué te pasa.

—A mí no me pasa nada.

—Mentira. Llevas dos días en Babia —asegura mi amiga—. He revisado tus apuntes de ayer por si me faltaba algo y lo que he visto es que esta vez habías sido tú la que te habías perdido algún punto. ¿Desde cuándo tú dejas sin anotar algo?

—¿Qué? ¿Qué es lo que me he olvidado? —Abro la mochila corriendo, dispuesta a sacar mi portátil y arreglar el fallo, pero ella me frena echando la mano a la cremallera.

—No agonices, te lo he marcado con una nota en el archivo, pero como no nos cuentes qué es lo que te pasa pienso eliminarlo antes de que te dé tiempo a verlo.

—Somos tus amigas, Charlie —murmura Keeva—, puedes contarnos lo que sea.

Miro a mi alrededor, asegurándome de que no hay nadie cerca que pueda escucharme, y después hacia la mesa que suelen ocupar Simon y sus amigos. Genial, ellos tampoco han llegado todavía.

—El miércoles Simon y yo nos besamos.

—¿Qué? —Miurne.

—¡Te lo he dicho! —Keeva.

—¿Cómo que lo habías dicho?

—Hace tiempo que se puede notar la tensión sexual flotando en el aire, Charlie, pero como no pasabais del mismo intercambio de palabras una y otra vez, no fluía. En cuanto supe que teníais que trabajar juntos, le dije a Miurne que esto pasaría.

—No ha sido buscado. Nos quedamos debajo del muérdago sin darnos cuenta y…

—Puede que eso sea verdad, pero no quita que lleves dos días perdida, así que obviamente hay algo más. ¿Te gusta?

No sé por qué me parece detectar en su mirada un deje de preocupación, pero no le doy importancia. Lo más seguro es que solo sea por la más que conocida fama de mujeriego que tiene

Simon.

—¡Claro que no! El beso estuvo bien, si se puede decir eso de un roce de cinco segundos, pero no pasó nada más. Volvimos a la revista a por nuestras cosas y nos despedimos. Ayer ni siquiera salió el tema, actuamos normal y corriente.

—¿Entonces qué es lo que te preocupa?

—No sé —admito—. ¿Es posible que me haya quedado con la duda de saber cómo será besarlo de verdad? Es una tontería. Seguro que para el lunes se me ha pasado.

—Siempre puedes probarlo —me anima Keeva, aunque en respuesta se gana un puñetazo en el brazo de Miurne—. ¡Es la verdad! Bajo mi punto de vista, solo tienes dos opciones: lanzarte a por él para quitarte las ganas o dejarlo pasar y olvidarte de ello.

—¿La estás animando a que se lance a los brazos de ese creído?

—Ni que un lío de una noche sea el fin del mundo. Que acaben con la tensión sexual no resuelta y cada uno a lo suyo. ¡Tú misma has dicho multitud de veces que es uno de los chicos más guapos del campus! No puede dejar pasar esta oportunidad.

—¿Y si se enamora? —Las dos la miramos con los ojos bien abiertos, pero soy yo la que responde.

—No es el primer universitario con el que me enrollo, Miurne, y espero que no sea el último. Más que nada porque no es mi objetivo pasarme los dos próximos años a dos velas. Enamorarme no está en mi futuro más próximo.

—Nunca sabes cuando llega, Charlie —avisa—. El amor es así y yo lo que no quiero es que sufras. Ni tú ni…

Se calla de golpe, pero me doy cuenta perfectamente de que iba a continuar la frase.

—¿Ni yo ni quién?

—Ni Simon, por supuesto —completa Keeva, saliendo al rescate de mi amiga, aunque no hace falta ser muy lista para saber que eso no era lo que iba a decir Miurne. No solo lo ha dicho demasiado rápido si no que, ¿desde cuándo se preocupan estas dos por él?

—Tan solo ve con cuidado ¿vale? —me pide—. Estas cosas es mejor llevarlas con discreción.

—Qué estamos, ¿en los Bridgerton? No me van a obligar a casarme por un beso —me río, pero noto que ellas no actúan como de normal.

No se ríen con naturalidad. No comentan lo poco que les importaría casarse con Anthony o Bennedict, respectivamente, porque el mío es Colin. Y si Keeva no ha comenzado todavía a hablar de las incoherencias cronológicas que hay con respecto al vestuario, es porque sin duda pasa algo.

Pero no importa que estén haciendo todo lo imposible por ocultármelo, acabaré descubriendo lo que es. ¿Quién sabe? Quizá hasta me sirve de distracción para olvidarme de cierta cosa.

Tareas de la cuarta semana

Carlota · Mercadillos navideños

· Hay en casi todas las ciudades del país.

· El de Galway es considerado el mejor de Irlanda y está pensado para todas las edades. Hay un Santa Claus, un buzón especial para dejarle cartas y decenas de puestos donde comprar.

· El de Cork, también es conocido como el mercadillo irlandés de la alegría Glow debido a sus luces, sonidos y espectáculos. Convierten un parque en un lugar de ensueño para los más pequeños donde también habrá atracciones, artistas y puestos de comida.

· Waterford destaca por su ambiente alemán, plagado de artículos típicos de Alemania. Encontrarás norias, tiovivos, cuentacuentos, títeres y cantantes de villancicos. Cada media hora hay un espectáculo de luces y sonidos.

Simon · Dundrum On Ice

· Una pista de hielo situada en Dundrum que promete garantizar una experiencia inolvidable.

· Apto para todas las edades, es la opción perfecta para disfrutar de una actividad diferente con niños o pasar un rato divertido con amigos.

· Las sesiones duran 45 minutos y hay instructores disponibles.

· Hay que comprar las entradas con tiempo porque se agotan.

CAPÍTULO 19
Simon

El lunes cuando salgo del campus en dirección a la revista lo hago con la mirada fija en el suelo. Me jode tener que admitir que a lo largo del fin de semana el recuerdo de los labios de Missy contra los míos ha pasado varias veces por mi cabeza, pero todas y cada una de ellas lo he echado a patadas.

No puedo pensar en que el beso me gustó, pese a ser corto.

Ni en que creo que me quedé con ganas de más.

Ni en el modo en el que me miró el jueves cuando entré en nuestra sala, aunque fingiese no darme cuenta de ello.

De todos modos, ¿se puede tener realmente una opinión de un beso si dura literalmente cinco segundos y te pasas dos de ellos en estado de shock? Porque eso es lo que me pasó a mí.

Me quedé congelado en el momento en el que Missy se lanzó a mi boca porque no me lo esperaba. Pensé que saldría con alguna de sus excusas para poder escaquearse. Confiaba en que lo hiciese. ¿No dice Nora que una de las cosas por las que le cae tan bien es porque tiene respuesta a todo? Bueno, pues al parecer esta vez su manera de responder fue accediendo a las palabras de Pris.

Y me chocó aún más la reacción de mi propio cuerpo, aunque estoy seguro de que fue por la sorpresa. Por no decir que tampoco es algo que no me haya pasado con otras chicas. Al final, la respiración se acelera sola y el corazón empieza a bombear, preparado.

Es normal.

«Lo que no es normal es que cinco días después sigas pensando en ello. ¿Quieres pasar página de una vez?»

Lo intento. Llevo todo el fin de semana intentándolo, sin decirles absolutamente nada de lo que pasó en la tienda de Pris a mis amigos para evitar charlas incómodas, y ahora estoy en el punto en el que no tengo muy claro cómo actuar cuando llegue a la revista.

Porque quiero más.

Ese es el gran problema.

Por mucho que me lo niegue a mí mismo porque no quiero que las cosas con el proyecto se compliquen, el beso consiguió despertar las ganas que tanto me había empeñado en ocultar. Esas que se habían ido acumulando a lo largo de las últimas semanas y a las que no he querido hacer caso.

Joder, si es que Nora tiene razón y me encantan las chicas que no me bailan el agua.

Me gusta que me corrijan.

Que me contesten.

Que no me lo pongan fácil.

Porque es entonces cuando se convierten en un reto.

Y creo que Missy se convirtió el miércoles pasado, sin quererlo, en el objetivo número uno de mi lista.

«Estás en problemas. Más aún si te piensas que ella va a acceder así como así, sin hacerse la dura.»

—Simon.

Levanto la mirada en cuanto mi cerebro detecta a quién pertenece esa voz y, aun viendo que está delante de mí, no quiero creerlo.

—¿Qué haces aquí?

—No me conoces bien si todavía piensas que me voy a conformar con que me ignores sin hacer nada al respecto.

—Yo no…

—Guárdate tus mentiras para otros. Yo te tengo calado.

—Molly…

—No me voy a ir de aquí hasta que aceptes al menos tomarte un café conmigo así que, ¿podrías hacer el favor de dedicarme treinta minutos? No te pido más.

Accedo, porque sé que si en algo nos parecemos es en la terquedad y en que, cuando una idea se nos mete en la cabeza, es imposible sacárnosla. Me coloco a su lado, como tantas veces he hecho, y dejo que me guíe hasta una cafetería a un par de calles de distancia.

También es ella la que elige la mesa y, cuando estamos uno frente al otro, espera a que la camarera nos tome nota antes de empezar a hablar.

—¿Puedes contarme ya por qué llevas ignorándome desde que llegaste a la ciudad?

Me dan ganas de responder que en realidad llevo intentando evitarlos a todos ellos muchos años, pero que en verano no tengo más opciones que volver a Galway si no quiero pasar tres meses completamente solo en Dublín. O que si ella no lo ha notado en años anteriores ha sido porque vivía a varias horas de distancia y no en la misma ciudad. Sin embargo, no lo hago porque ella no tiene la culpa de que mi cabeza sea un torbellino incapaz de parar quieto cuando está cerca.

Es mi hermana y la quiero y me encanta pasar tiempo con ella.

Pero al mismo tiempo es tan lacerante el dolor que me sube por el cuerpo cada vez que al mirarla recuerdo lo que pasó... Todo sería mucho más fácil si las consecuencias de aquel acto no fuesen tan visibles, pero lo son.

—Y no me vengas con que son alucinaciones mías porque ambos sabemos que no es así.

—Soy muy despegado de todo, Molly. No es novedad.

—El año pasado me cogías el teléfono con más frecuencia.

«Porque no existía la posibilidad de que propusieras vernos en persona.»

—Entiendo que a papá y a mamá se lo hagas, ¿pero a mí?

Estoy a punto de decirle que ellos dos no me llaman a no ser que necesiten algo de mí, pero decido inventarme una excusa con la que salir del paso.

—Son las prácticas. Me ocupan más tiempo del que pensaba y eso me tiene un poco agobiado. Por no hablar de que el tema sobre el que me toca hacer el proyecto no me gusta nada.

Al menos esto último no es mentira.

—¿De qué va?

—Navidad. —Como esperaba, su mirada se ilumina, pero sabe perfectamente que yo no comparto su pasión.

Quizá hubo un tiempo en que me contagió un poco su entusiasmo, pero eso quedó atrás hace muchos años.

—¿Necesitas ayuda? Sabes que soy toda una experta.

—En realidad, mi compañera de equipo me recuerda bastante a ti en ese aspecto.

Justo en ese momento me acuerdo de que, si estaba saliendo del campus, era precisamente para dirigirme a la revista, y cuando miro la hora en el móvil me doy cuenta de que es imposible

que llegue.

Busco rápidamente el contacto de Logan y le mando un mensaje.

Simon: Necesito tomarme la tarde libre por asuntos familiares. Recuperaré las horas cuando quieras. Disculpa las molestias.

Estoy a punto de guardarlo otra vez en el bolsillo, pero entonces me acuerdo de lo que pasó la última vez que no avise a Missy de que iba a faltar y decido sacarlo de nuevo.

Simon: Hoy no puedo ir a la revista, pero haré mi parte desde casa.

—Háblame más de ello —insiste mi hermana cuando bloqueo el móvil—. Si eso es lo que está impidiendo que me hagas caso, quiero saberlo todo.

—Tenemos que investigar sobre las costumbres y tradiciones de Irlanda, pero ya sabes lo que me cuestan a mí estos temas. Missy me ha dado los que menos relación tienen con la Navidad pero aun así…

Lo cierto es que desde que habíamos hecho ese trato el proyecto no se me había hecho tan complicado, pero si quería que mi hermana se tragase que ese era el motivo de mi desaparición, tenía que añadirle algo de dramatismo.

—Nos hemos repartido las tareas entre los dos y cada semana nos dedicamos a una de ellas. No sé qué más puedo contarte.

—¿Cuál es tu tarea de esta semana?

Vuelvo a coger el móvil, porque es en Drive donde Missy subió el reparto actualizado, y cuando llego al número cuatro me congelo. Nunca mejor dicho. ¿Por qué tenía que tocarme esto justo ahora? ¿Por qué Molly no podía haber hecho acto de presencia cualquier otra semana?

—¿Estás bien? —dice preocupada y asiento con la cabeza, pero mi voz todavía suena un poco rara cuando leo la tarea.

—*Dundrum on ice.*

—¿Ves cómo sabía que podía ayudarte? No vas a encontrar absolutamente nada en Internet que yo no sepa de esa pista de hielo. Soy tu mejor opción, hermanito. —Lo dice con una sonrisa de oreja a oreja y, lo peor, es que tiene razón.

Hay muy pocas personas en el mundo que sepan más de esto que Molly. Pero también hay pocas cosas que me duelan más que pensar en que ella nunca más podrá volver a volar sobre sus patines cómo tanto le gustaba hacer cuando era una niña.

—¿Por qué no nos acercamos allí un día de estos y te lo cuento todo mientras disfrutamos del olor del hielo?

CAPÍTULO 20
Carlota

Llevo toda la semana trabajando sola en el proyecto.

En realidad, si Simon ha cumplido con su promesa, es posible que realmente esté trabajando en su parte desde casa, pero lo que sí puedo asegurar es que no ha pasado por la sala ni una sola vez desde el jueves pasado. En la oficina sí que ha estado, eso lo sé porque lo he visto acompañando a Logan en alguna ocasión, pero no he llegado a tener la oportunidad de preguntarle el porqué de su ausencia.

¿Le pasa algo? ¿Estará bien?

Mi parte más egocéntrica ha llegado a pensar que quizá esté huyendo de mí por lo del beso del otro día, pero los mensajes que me ha ido mandando a lo largo de la semana me han dejado claro que quizá la única que sigue pensando en eso soy yo.

Simon: Me han contado que te han visto llorando por las esquinas. No estés triste, Missy, la semana que viene vuelvo a hacerte compañía.

Simon: He notado que me seguías con la mirada, ¿tanto me estás echando de menos?
Simon: Pris me ha contado que has estado allí. ¿Le has pedido una figurita con mi cara para ponértela en la mesilla de noche?

Obviamente, no he respondido a ninguno de ellos, pero él no se cansa. Me gustaría tener esa capacidad de persuasión para algunos casos a mí también. O quizá simplemente es una necesidad innata de estar tocando las narices incluso cuando no está presente.

¿A quién se le ocurre besar a un chico como este? O, mejor dicho, ¿por qué narices sigo pensando en lo que me recorrió al hacerlo? Porque, al fin y al cabo, el hacerlo fue propiciado por el muérdago, pero de no quitármelo de la cabeza no puedo culpar a nadie.

Por eso no me queda otra opción que ir por el segundo de los caminos que me marcó Keeva: tengo que olvidarlo, dejar pasar el tiempo y centrar mi mente en otra cosa. Y eso es lo que intento, pero desgraciadamente en esta sala me resulta completamente imposible conseguirlo.

Un nuevo mensaje me llega al móvil sacándome de mis pensamientos y, en cuanto lo veo, decido que ya es suficiente por hoy. Me da rabia, porque no he perfeccionado el artículo tanto como me hubiese gustado antes de subirlo a la carpeta de Drive, pero por una vez me tomaré la licencia de pensar que aun así está bien.

«Si contamos con que él ni siquiera ha subido el suyo…»

Simon: Esta noche hago una última investigación de campo sobre mi tarea, así que tardaré un poco más pero para mañana estará listo.

Simon: Guarda tus cuchillos, Missy, que sé que los has sacado a afilar en el momento en el que has visto que no lo había subido.

Bloqueo de nuevo la pantalla sin contestarle, como hago siempre, y cierro mi portátil con

quizá más fuerza de la que debería. Investigación de campo, dice. ¿Es que no ha tenido tiempo en toda la semana?

Solo espero que lo que me encuentre mañana no sea tan miserable como lo que tuvo las narices de subirme la semana pasada, porque si no creo que voy a sacar buen provecho a esos cuchillos a los que hace referencia en el mensaje.

Quizá Lucía pueda recomendarme unos buenos.

—Voy a empezar a pensar que estás incubando algo, ¿estás segura de que no quieres que te recomiende un restaurante en el que hacen el mejor caldo de pollo de la ciudad?

Sonrío cuando me encuentro a Erik justo delante del ascensor, al llegar a la planta baja, y niego con la cabeza.

—Estoy perfectamente. Dejémoslo en que no tengo una buena semana.

—¿Necesitas hablar? Tengo una pizza recién hecha en el mostrador de recepción que pretendía zamparme yo solo en cuanto se vaya el jefazo, pero podría hacer el gran sacrificio de compartirla contigo.

—No me apetece abrir el cajón de mierda, pero a la pizza no te voy a decir que no.

Le acompaño hasta allí, dejo mi mochila encima del mostrador para que no me moleste y, en cuanto ambos tenemos un triángulo de pizza en la mano, saca conversación. Porque Erik es así, incapaz de estar en silencio.

—¿Cómo llevas lo de los mercadillos navideños? ¿Te has decidido ya por alguno?

—He sido incapaz de reducir la lista a menos de cinco, pero ya tengo señalado el que quiero visitar sí o sí con mi hermana este año. Ahora solo me falta descubrir cómo llegar.

—Es decir, lo más complicado ¿no? —asiento con la cabeza tras dar un gran mordisco y mis papilas gustativas bailan de gusto al encontrarse con una mezcla tan sabrosa de quesos—. Hay multitud de excursiones de un día que salen de la ciudad, quizá tengáis suerte.

—No le cuentes a nadie mi plan secreto, pero voy a intentar convencer a nuestro vecino de que nos lleve. Tengo un plan maestro.

—¿Y cuál es ese plan maestro?

—Pedirle el coche, por supuesto. Entrará en pánico y acabará ofreciéndose él mismo. Me salgo con la mía, pero sin quedar como una pedigüeña.

—Qué engañado tienes al mundo, Charlie. En realidad, tienes una mente perversa —dice riendo y, cuando el primer trozo ya ha desaparecido de nuestras manos, cambio de tema.

—¿Qué hay de ti? Yo no paro de hablar de mi propia vida, pero no sé nada sobre la tuya. ¿Qué oscuro secreto escondes?

Nos pasamos por lo menos una hora más hablando. El tiempo suficiente para que me baje la pizza y deje de sentirme tan hinchada como un globo y, para media noche, salgo de allí despidiéndome de él con la mano y una sonrisa en la cara.

Quizá lo que necesitaba era simplemente dejar la mente en blanco por un rato. Está decidido, esta noche no pensaré ni una sola vez ni en Simon ni en su beso.

«Te das cuenta de que lo acabas de hacer, ¿verdad?»

Mierda.

CAPÍTULO 21
Simon

Llevo cerca de veinte minutos de pie, frente a la puerta de entrada a la pista de hielo, intentando decidir si esto es realmente una buena idea o no.

No es por quedar con Molly, porque con la excusa de pasarme artículos e información para el proyecto llevamos hablando toda la semana. Es más bien por el lugar. Por todos los momentos vividos en su interior y por la cantidad de años que llevo sin meter los pies en un par de patines.

En cuanto el patinaje se convirtió en algo del pasado de mi hermana, yo tomé la decisión de que también lo sería para mí. Me encantaba entrar al hielo y fingir junto a mis amigos que éramos jugadores de hockey, pese a que los palos se nos resbalasen de las manos y la ficha nunca llegase a colarse en la red de la portería, pero eso había quedado atrás.

Como tantas otras cosas quedaron atrás ese mismo día.

—¡Simon! ¿Qué haces ahí parado? En el mensaje te he dicho que esperaba dentro.

Trago saliva, sin saber muy bien que contestarle, pero al ver que me hace un gesto con el brazo para que me acerque decido, simplemente, andar. No hace falta decir nada.

El rugido de las cuchillas contra el hielo llena mis oídos en cuanto entramos, junto a los gritos y las risas, pero no miro hacia la pista. Clavo mi mirada en la nuca de mi hermana. La sigo por esos pasillos que se conoce a la perfección y, cuando llegamos a la cafetería que hay junto al hielo, me siento en una de las mesas.

—¿Te han servido de ayuda los documentos que te envié?

—Sí. Tengo el artículo prácticamente listo, simplemente quería sacar unas pocas fotos hoy y quizá conocer alguna historia para meter emoción.

—¿Qué mejor historia que la que tienes ante los ojos?

Me quedo paralizado, porque no puedo negar que es algo que se me ha pasado por la cabeza, pero la pregunta es: ¿seré capaz de escribir sobre ello sin hundirme en el camino? Ni siquiera soy capaz de decirlo en voz alta sin tener ganas de llorar.

—Prefiero hablar sobre desconocidos o incluso inventármelos. Es menos personal.

—No es por echarme flores, pero soy el mayor ejemplo de superación que hay en este lugar y lo sabes.

—Si tengo que ser completamente sincero, ni siquiera soy capaz de entender todavía cómo eres capaz de pasar tantas horas aquí sin derrumbarte. A mí me entran ganas de llorar tan solo de pensarlo.

Sus ojos me miran con pena y me dan ganas de reírme. ¿Por qué la que siente lástima es ella, cuando es al mismo tiempo la que salió peor parada? ¿No debería ser al revés? ¿No debería ser yo el fuerte? Al parecer no.

—El hielo es mi vida, Simon, lo tengo claro desde los cinco años. Que el destino haya sido tan cabrón como para dejarme en una silla de ruedas no significa que tenga que renunciar a él.

Mi mirada se clava en su silla. En sus piernas inmóviles bajo esa manta con la que casi siempre las lleva tapadas en invierno. En sus zapatillas, impecables.

«Fue tu culpa.»

—Tu destino no era este. Tu destino era ser campeona de patinaje artístico.

—Sé que te cuesta creerlo, Simon, pero soy feliz con la vida que tengo. Me encanta enseñar. Me ilusiona ver cómo esas niñas evolucionan día tras día. Adaptarme a mi nueva realidad fue lo que me llevó a conocer a Paul y encontrar en él mi compañero de vida. Con los avances que ha habido últimamente, incluso puedo entrar al hielo. Me costó años llegar a esta conclusión, pero no merece la pena seguir amargándose por lo que pudo ser y no fue. No pude ser campeona, pero es posible que una de mis alumnas lo consiga en el futuro. Ese es mi objetivo ahora.

«Fue tu culpa.»

—Pero no importa, si no quieres una historia tan personal, ¿te he contado que una de mis chicas aprendió a patinar en esta pista, como nosotros? Vinieron un año a principio de temporada y, para cuando cerraron, Wendy ya se movía por el hielo como una profesional. Yo la descubrí, volando de un lado al otro de la pista, y les hablé a sus padres de mi escuela. ¿Quieres una historia emotiva? Habla de que la futura promesa nacional del patinaje sobre hielo nació aquí, entre villancicos y adornos navideños.

—¿Por qué no me cuentas más sobre ella? —asiente con ilusión y, tras pedir dos chocolates calientes a la camarera, me empieza a contar con lujo de detalles tanto la historia de Wendy como la del resto de sus alumnas.

Y yo la escucho con atención, porque no hay nada que me guste más que ver a Molly disfrutar tanto de las cosas. Y porque pensaba que nunca más volvería a notar ese brillo en sus ojos, pero ahí está. Más radiante que nunca.

¿No es curioso que ella ya lo haya superado cuando yo sigo estancado en el pasado?

«Porque fue tu culpa.»

Sacudo la cabeza, como si eso fuese a ayudarme a espantar esos pensamientos y me centro en apuntar todas las partes de su relato que pueden llegar a servirme para terminar el artículo.

Después, me acompaña a pie de pista para sacar algunas fotos del recinto y, por último, me intenta animar a alquilar unos patines y saltar al hielo, pero me niego. Creo que suficientes pasos he dado ya hoy como para forzar la máquina más de lo debido.

—¿Vas a venir este año a casa por Navidad? —me pregunta cuando ya estamos saliendo por la puerta, en dirección a donde he dejado aparcado el coche de Nora.

—No. No quiero pasar otro año más rodeado de los negocios de papá ni discutiendo con mamá por intentar cuidarla.

—Deberías replanteártelo. Paul y yo iremos desde Dublín el veintitrés. Haremos una piña los tres. Mándame un mensaje si quieres venir con nosotros, ¿vale?

—No te ilusiones, Molly. Lo tengo bastante decidido.

—Bueno, por si acaso.

Me hace gestos para que me agache hacia ella y dejo que me dé un pequeño abrazo. O, bueno, más bien pretendía que fuese pequeño, porque en cuanto noto sus brazos apretarme con fuerza, me dan ganas de no separarme de ella nunca.

Si tan solo fuese lo suficientemente fuerte como para abrirme delante de ella y contarle todas esas cosas que guardo en mi interior y que impiden que tengamos la misma conexión que compartíamos cuando éramos niños…

«Tú lo estropeaste todo.»

—Conduce con cuidado, ¿vale? —asiento con la cabeza y, tras dejar un beso en su mejilla, me subo al coche.

Necesito poner distancia para que los remordimientos dejen de atormentarme.

CAPÍTULO 22
Carlota

—¿Al menos sabéis de quién es la casa a la que vamos? —pregunto, mientras sigo a mis amigos por las calles de Dublín.

Al principio no tenía pensado apuntarme a ningún plan este fin de semana, porque mañana he quedado con mi hermana para ir a un restaurante de cocina fusión a las afueras de la ciudad, pero cuando esta mañana he oído mencionar una fiesta universitaria, he sabido que eso era precisamente lo que necesitaba.

Para desconectar completamente después de una semana en la que las cosas no han ido según las tenía planeadas.

Para eliminar el estrés que noto en los hombros.

Para olvidarme un poco de Simon, que para mi sorpresa ha subido el artículo de esta semana dentro del plazo que prometió y, no solo eso, sino que me atrevería a decir que es lo mejor que ha escrito desde que empezamos con el proyecto.

Para disfrutar un poco de mis amigos, a los que llevo semanas sin hacer tanto caso como me gustaría.

Lo que no esperaba era que fuese en la casa de uno de los alumnos, en vez de en un bar, así que llevo varios minutos con una sensación de incomodidad en el pecho. Fruto de no saber exactamente dónde me estoy metiendo.

—¿Acaso eso importa? —responde Rory, girando la cabeza hacia atrás para mirarme—. Estamos en la universidad. Es la fiesta del cumpleaños de alguien. Llevamos alcohol. No deberíamos preocuparnos de nada más.

—¿Y si es una tapadera y nos asesinan en cuanto entremos por la puerta? —comenta Seamus, con un tono de voz demasiado emocionado para las palabras que salen de su boca, y todos nos giramos hacia él extrañados.

—Halloween no es hasta la semana que viene, así que frena un poco con las ideas sangrientas —le recrimina Tristan—. ¿En serio nos vamos a meter en la casa de alguien a quién no conocemos? —me apoya, pero tampoco recibe respuesta.

Parece que somos los únicos que se preocupan por su seguridad.

—Ni que fuese la primera vez —se ríe Keeva y Rory le sigue la corriente. A saber en la de fiestas extrañas que se han metido esos dos desde primero, porque se apuntan a todo lo que pueden—. Ya hemos llegado. ¿Lo veis? —canturrea, señalando la vivienda unifamiliar con ambas manos—. Una casa normal y corriente llena de universitarios. Nada sospechoso.

Reconozco la cara de alguno de mis compañeros de clase a través de los cristales de las ventanas y, en general, todo el mundo me suena de haberlo visto por el campus, así que respiro hondo y sigo a mis amigos al interior.

«Esto es seguro, Carlota. Quita el maldito chip controlador del cerebro y diviértete de una vez.»

Dejo que Seamus me ponga en la mano un vaso de algo. No pregunto, pero está bueno. Miro alrededor, tratando de averiguar si conozco al cumpleañero para felicitarlo si me lo cruzo. No lo consigo. Bailo con mis amigas. Me divierto. Canto a pleno pulmón con todo el mundo cuando

por los altavoces empieza a sonar una canción de Taylor Swift y, justo cuando abro los ojos de nuevo después de lanzar esa frase que ya es todo un mantra para mí, lo veo.

Está apoyado contra la barandilla de las escaleras. Tiene un botellín de cristal en la mano y Cillian, a su lado, le está contando algo, pero no sé si le está escuchando porque tiene los ojos clavados en los míos. Unos ojos que, por algún motivo, no tienen el mismo color que siempre.

¿Están más oscuros? ¿O es simplemente la luz tenue que hay en la sala?

Una chica le tira del brazo para llamar su atención y, en cuanto me fijo en ella, caigo en varias cosas.

Uno, que es Nora y al parecer les está incitando a ambos a bailar.

Dos, que lleva un gorro de cumpleañera en la cabeza.

Y tres, que si ella es la del cumpleaños, eso significa que estoy en su casa. Por ende, en la de Simon.

«Voy a matar a Keeva.»

Busco a mi amiga con la mirada, entendiendo de repente por qué ha evitado decirme de quién era el cumpleaños y, en cuanto la encuentro y ella me ve la cara, una sonrisa culpable aparece en sus labios.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque si lo sabías te ibas a echar atrás y para una noche que te veo con ganas de salir no iba a joderlo. ¿Me vas a negar que te lo estás pasando bien?

—No, pero…

—De peros nada. Dijiste que habías optado por olvidar lo que pasó. Eso implica que te la sude su presencia.

—Tenías que haberme avisado.

—Chorradas. ¡A bailar! —Me hace girar por los hombros y me empuja hacia el mismo punto en el que estaba antes, junto a Miurne, pero soy incapaz de volver a meterme en el ambiente.

¿Es posible que sienta sus ojos clavados en mi nuca?

Intento darme la vuelta disimuladamente, para saber si sigue en el mismo sitio que antes, y juro que casi se me para el corazón cuando, en vez de a unos metros de distancia, me lo encuentro a tan solo unos centímetros.

—¡Joder qué susto!

—¿Tan feo soy? Vaya patada a la autoestima.

—¿En qué momento te has acercado tanto?

—Sabía que me estabas observando. ¿Tanto me has echado de menos que te has tenido que presentar en mi casa, Missy?

—Ha sido a traición. No sabía dónde me traían.

—Haré como que me lo creo. —Le da un sorbo a su botellín con una sonrisa en los labios y, tras recorrer con la mirada a las personas que me acompañan, vuelve a fijar sus iris en mí—. Disfruta de la fiesta, Missy. Trata de no pasar demasiado tiempo buscándome con la mirada.

—Ya quisieras que tuviese un mínimo interés en saber dónde estás —le reto y su mirada se enciende.

—¿Dos mentiras en una noche? A la tercera voy a tener que quitarte la etiqueta de alumna perfecta.

—Eres insufrible.

—Eso quizá sea un poco verdad —se ríe y, para mi sorpresa, se inclina hasta que su boca está pegada a mi oído—. Pero admítelo, Missy. Llevas toda la semana pensando en lo mucho que te gustó besarme pese a todo.

—No te lo tengas tan creído.

—¿Si no por qué se te ha puesto la carne de gallina en cuanto me he acercado?

Cuando se aleja tiene dibujada en la boca la sonrisa más egocéntrica que le he visto nunca y, si no fuese porque montar numeritos nunca me ha gustado, ya me habría lanzado a arrancársela con las uñas. Maldito niño pijo.

—¿No será al revés? —Se la devuelvo—. *Cree el ladrón que todos son de su condición* —recito en español y, para asegurarme de que ninguno de mis amigos entiende lo que voy a decir, continúo en mi idioma natal—. *Si eres tú el que no ha podido olvidarlo, no es mi problema.*

—Eso ya lo veremos. —Me guiña un ojo y, tras una última mirada al resto del grupo, se aleja de nosotros.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Miurne.

—Nada.

—Ese chico no me gusta un pelo —murmura Tristan, con la mirada aún clavada en la espalda de Simon, y no la aparta hasta que Rory rodea sus hombros con el brazo y lo fuerza a caminar a la cocina.

—Vayamos a por otra copa. ¿Alguien sabe con quién hay que hablar en este sitio para que pongan música decente?

—Más te vale retirar eso si no quieres despertarte mañana sin pelotas —le amenaza Keeva y, sabiendo que esto va a desencadenar en un buen debate sobre la música actual, les sigo a la cocina.

Al menos allí estaré a salvo de las miradas de Simon.

CAPÍTULO 23
Simon

La noche no se me hace tan larga como esperaba en un principio, al pensar en mi casa, mi lugar seguro, repleto de universitarios con los que no me apetece entablar conversación, pero la presencia de Missy lo había hecho todo mucho más interesante.

No me había podido aguantar las ganas de acercarme. Ni ocultar lo mucho que me ha gustado que me haya tratado como siempre, sin incomodidades ni titubeos. Joder, si hasta me ha retado y he notado cómo la sangre me bullía por el cuerpo de la necesidad de demostrarle que lo noto. Que se ve. Que tiene las mismas ganas que yo de repetir el beso e, incluso, ir más allá.

Pero, por hoy, he llegado al límite de mi batería social. Es lo que suele ocurrir cuando no tiene demasiada capacidad, que se vacía enseguida. Así que mis intentos de tensar la cuerda con Missy van a tener que esperar a otro día.

Como no encuentro a mis amigos, les mando un mensaje para que sepan que me he subido a la habitación y, cuando llego a la planta de arriba, una figura llama mi atención.

«Mira que insistí en que poner una maldita bufanda como barrera no iba a servir de nada. Todavía abres la puerta y te encuentras a alguien follando en tu cama.»

—Aquí no se puede subir, ¿no has visto la barrera?

—Si a una bufanda desatada lo llamas barrera —reconozco su tono mordaz incluso antes de que se gire hacia mí y, al encender la luz, percibo como el alcohol ha hecho que sus mofletes se enrojezcan. No sé qué es lo que habrá estado bebiendo, pero hasta sus labios han cobrado un tono algo más acerezado que el que tenía antes—. Dime, por favor, que tenéis un baño en esta planta, porque como tenga que esperar la cola que hay en el de abajo pienso regaros las plantas de ahí afuera.

Me planteo tocarle un poco las narices antes de contestarle, pero su postura me deja claro que lo de mearse en las plantas no es una broma así que, sin perder un segundo más, me dirijo a la puerta de mi habitación y la abro esperando no llevarme otra sorpresa dentro.

Por suerte, mi cama está tan impoluta como la he dejado esta mañana y no hay señales de que nadie haya estado fisgando mis cosas.

Le hago un gesto con la mano hacia la puerta del baño y, una vez que se ha encerrado dentro, me voy acomodando. Me quito el reloj y lo guardo en su caja. Dejo el móvil encima de la mesilla. Me deshago de las zapatillas, que me estaban resultando a cada minuto más incómodas. Y, me meto tanto en la rutina, que si no llega a ser por el ruido que hace la cadena al soltar agua, habría empezado a desabotonarme la camisa.

—Gracias —dice cuando sale del baño y, al mirar a su alrededor, algo se enciende en su cara —. ¿Esta es tu habitación?

—Sí, ¿por?

—Está recogida. Siempre me había imaginado que tu cuarto sería más parecido a una leonera que a… Esto. Con las cosas del proyecto eres un desastre. Nunca dejas los archivos en la carpeta que debes y me toca ir detrás de ti. ¿Cómo puede ser que en lo personal seas todo lo contrario?

—El día que te des cuenta de la cantidad de cosas que crees saber sobre mí son mentira, quizá hasta empiezo a caerte bien y todo.

—Lo dudo —se ríe y, en vez de dirigirse hacia la puerta para volver a la fiesta, camina en el sentido contrario. Hacia mi estantería—. En esto, en cambio, no he ido desencaminada. Stephen King, Joël Dicker, Isaac Asimov…

—Me juego lo que quieras a que la tuya está plagada de autoras de romántica al estilo de Hailee Harries o Julia Quinn.

—Por supuesto, pero creo que también te llevarías alguna que otra sorpresa —asegura, pasando las yemas de sus dedos por los lomos de los libros, como si haciendo eso esto le transmitiesen algo—. Este, por ejemplo, me gustó mucho. —Me sorprende sacando *El nombre del viento* de la estantería y, sin dudarlo, lo abre por una de las páginas en las que lo tengo marcado—. Aunque nunca perdonaré al chaval de mi instituto que me animó a leerlo sin avisar de que no había fecha de publicación para el tercero. ¡Mira! Hay alguien que me cae peor que tú.

—Qué honor —me burlo y ella se ríe antes de volver a colocar con sumo cuidado el libro en su sitio.

—¿Has ido a todos esos sitios? —pregunta, señalando el mapa que tengo colgado frente al escritorio, en el que hay decenas de chinchetas clavadas, y se inclina sobre la madera para poder observarlo con precisión—. Qué pasada. Yo solo he salido de España para venir aquí.

—Viajar cuando eres pequeño es menos interesante de lo que parece.

—No te creo.

—Sé que he estado en Pekín, pero no recuerdo nada de sus calles ni de su comida. Lo mismo me pasa con Tailandia. Tengo fotos disfrutando de sus playas, pero no recuerdo el tacto de la arena. Por eso están marcadas con la chincheta amarilla. Ese color significa que tengo que volver para poder crear recuerdos imborrables.

—¿Qué son las verdes?

—Lugares a los que quiero ir pronto.

—¿Seis puntos solo en España?

—No me importaría recorrer el país entero, pero he tenido que cribar si no quería llenar el mapa de agujeros.

Dejo que mire lo que quiera, porque sorprendentemente no me está incomodando que alguien ajeno a mi círculo más cercano toque mis cosas, pero sin poder aguantar más de pie me siento en el colchón y la sigo con la mirada desde allí. O al menos lo hago hasta que me doy cuenta de que se acerca a zona peligrosa y decido actuar.

—¿Ves cómo me echabas de menos?

—¿Sigues con eso?

—Hay una fiesta abajo, por si se te había olvidado, y en cambio tú llevas más de quince minutos aquí metida. Conmigo. Si lo que quieres es mi compañía no tienes que fingir interés en mis aficiones.

—Mucho tiempo estabas tardando en sacar a la luz la vena gilipollas.

—Vamos, Missy, admítelo. No te sientas mal, suelo tener ese efecto. Siempre os dejo con ganas de más.

—¿Cómo puedes tener tantísimo ego dentro? ¡Fue un beso minúsculo! No puede ser que se te haya subido tanto a la cabeza.

Me quedo mirándola, pensando en cómo actuar para que no se me escape la oportunidad de las manos, y antes de darle tiempo a reaccionar me vuelvo a poner de pie y la arrincono contra el escritorio. Sus piernas están bloqueadas entre mi cuerpo y la madera. Mis brazos le cortan el paso hacia los lados. Lo único que puede hacer, es mirarme a los ojos.

—Yo sí que me quedé con ganas. —Noto en sus ojos la sorpresa, pero se repone enseguida.

Lo que me gusta, porque me demuestra que pese a sus coloretes y labios rojos, el alcohol no se le ha subido demasiado—. Dímelo, Missy. Dime que tú no has pensado ni una sola vez en estos días en volver a besarme y no volveré a sacar el tema nunca más. Será como si nunca hubiese pasado.

—Yo…

—Dilo. Dime que no tienes ganas de volver a hacerlo.

Su mirada me escanea. Los ojos, los labios, el pelo, incluso me atrevo a decir que desciende aún más para valorar cómo de cerca estamos, pero no dice nada. Y yo me estoy volviendo loco. Necesito una respuesta. Sea la que quiero o no, la necesito ya.

Porque si no me voy a empezar a plantear la posibilidad de lanzarme para comprobarlo.

Por suerte, no tengo que llegar a eso, porque suelta una queja y, un segundo después, sus manos han rodeado a mi cuello y su boca vuelve a estar sobre la mía.

«¡Sí! Joder, ¡sí!»

La beso con ansia, no como la semana anterior, y sin redimirme ni un poquito engancho sus muslos con mis manos y la subo al escritorio para encajar mi cuerpo entre sus piernas. Sus labios se mueven con rapidez sobre los míos y, apenas un segundo después, su lengua se adentra en mi boca haciéndome soltar un gemido.

«¿Es posible que ya esté empalmado? ¿Con solo un beso?»

—No me gustas —murmura sobre mis labios, entre beso y beso.

—Me parece bien.

—Sigues pareciéndome un capullo —asegura cuando bajo por su cuello y suelta un pequeño grito cuando la muerdo la mandíbula.

—Perfecto.

—Una noche —propone y me separa de ella lo justo para poder mirarme fijamente a los ojos —. Lo que pase aquí, se queda aquí. Y cuando salga por esa puerta, se habrá acabado para siempre lo que sea que sea esto.

—Más que suficiente.

—No hagas que me arrepienta —pide y, sin poder guardarme la sonrisa, digo contra su boca.

—Va a ser la mejor noche de tu vida, Missy.

La levanto de la mesa para poder llevármela hasta la cama y, en el camino, me aseguro de cerrar bien la puerta de la habitación y echar el pestillo desde dentro. No quiero ningún tipo de testigo para lo que está a punto de pasar.

Meto las manos por debajo de su jersey en cuanto vuelvo con ella y, en el camino, me encargo de dejar besos y mordiscos por todo su estómago. Se lo quito cuando veo que levanta los brazos y, sin esperar un solo segundo, me lanzo a por sus pechos, consiguiendo que se retuerza bajo mi cuerpo.

Me encanta.

Ella tampoco se queda corta. En cuanto quedo a su alcance, me quita la camisa de un tirón y me clava las uñas en los pectorales. Me empuja hasta que queda a horcajadas sobre mis piernas y antes de que sea consciente de sus movimientos, me abre el pantalón y me aprieta el paquete por encima del bóxer.

—Joder, Missy.

—Me has prometido la mejor noche de mi vida, así que más te vale no correrte a la primera de cambio, niño pijo.

La beso en respuesta y, siguiendo el ritmo que ella misma ha marcado, mis dedos se aventuran por debajo de su falda hasta llegar a la entrepierna. Dios, está mojadísima. Sin

embargo, en cuanto intento apartar la tela, me frena con los ojos más brillantes que nunca.

—Espera tu turno. Me toca jugar a mí primero.

—Así que es cierto. Te gusta mandar en todos los aspectos.

—No sabes cuánto.

Me dejo caer hacia atrás en el colchón con una risa y le contesto más seguro de lo que he estado nunca.

—Haz lo que quieras conmigo.

Creo que es la mejor decisión que he tomado en la vida.

CAPÍTULO 24
Carlota

El sábado me despierto con una música que no conozco sonando de fondo y con los rayos de sol taladrándome los ojos. ¿Desde cuándo por la ventana de mi habitación entra tantísima luz a primera hora de la mañana? ¿Y qué narices es lo que suena? Y por qué las sábanas huelen a… ¿menta?

«¿Dónde narices estoy?»

Abro los ojos como puedo, tratando de acostumbrarme a tantísima luz, y en cuanto reconozco el mapa plagado de chinchetas, todos los recuerdos de la noche anterior vienen a mí como un tsunami.

Lo larguísima que era la cola del baño. La necesidad de hacer pis. Simon pillándome husmeando por los pasillos. Su habitación, completamente ordenada. Todo lo que vino después…

Los besos. Los roces. Nuestras bocas hambrientas. Nuestras manos ansiosas. Lo fácil que se dejó llevar y lo mucho que lo disfruté. Lo excitante que fue que me diese el control en todo momento, sin llegar a intentar arrebatármelo en ningún punto. Lo comunicativo que fue.

Creo que nunca había hablado tanto con nadie durante un polvo como anoche. O durante varios polvos, mejor dicho, porque ni siquiera puedo decir cuántas veces lo hicimos hasta que finalmente caímos rendidos.

«Si solo nos vamos a conceder una noche, tenemos que quemar todas las ganas, Missy.»

En la vida me podría haber imaginado que me iba a correr mientras me susurraba ese estúpido mote en el oído, pero lo hice. Y ambos nos dimos cuenta.

«Esto no tenía que haber pasado.»

La frase se repite una y otra vez en mi cabeza conforme mi cerebro se va despertando, intercalada con imágenes en las que sería mejor que no volviese a pensar, y sin poder aguantar ni un solo segundo más en esta habitación salgo de la cama y busco mi ropa.

¿No se supone que yo había tomado la decisión de olvidarlo? Pues voy por mal camino.

Me visto tan rápido como puedo y, justo cuando pongo la mano en el pomo de la puerta, dispuesta a largarme de allí sin que se entere, su voz me llega por la espalda.

—Mentirosa y maleducada, qué decepción Missy. ¿Te ibas a ir sin decir adiós?

—Esto no tenía que haber pasado —digo, exponiendo en alto mis pensamientos.

—¿Por qué no? Lo disfrutaste tanto como yo.

—¡Porque no te soporto! —estallo—. No puedo dejar que me calientes de esta forma —se ríe por mi elección de palabras y, ser consciente de cómo los músculos de sus brazos se marcan cuando se los pone bajo la cabeza me cabrea todavía más—. Esto no va a volver a repetirse nunca.

—Sí, en eso quedamos —me recuerda—. Aunque si quieres una ronda mañanera no me opondría.

—Nunca —repito y, sin darle opción a respuesta, me largo de su habitación.

¿Mi fallo? No acordarme de que no es el único que vive en esa casa, pese a que una vez en el pasillo queda claro que la música llega del salón.

Ni siquiera he conseguido llegar al pie de la escalera cuando Nora aparece delante de mí con un chándal viejo, una escoba en una mano y una bolsa de basura en la otra. No sé quién se sorprende más, si ella por verme allí o yo por la pillada, pero tan solo unos segundos después su mandíbula cae y suelta una gran carcajada.

—¡Lo sabía! Si es que no se me escapa ni una.

Me quedo petrificada, sin saber cómo actuar, pero por suerte a Nora no le pasa lo mismo. Suelta la bolsa de basura en ese mismo punto y sube las escaleras en mi dirección.

—¡Buenos días, Charlie! En la cocina tienes café y magdalenas por si te apetece desayunar. Yo, con tu permiso, voy a tocar un poco las narices a Sim.

Ni siquiera se para a mi lado, simplemente pasa de largo y yo aprovecho la oportunidad de salir de allí tan rápido como si mi vida dependiese de ello. Quizá lo haga, porque ya se han enterado de lo que pasó más personas de las que deberían.

Llego a casa en tiempo récord, rezando porque ninguno de los asistentes a la fiesta de anoche me vea a estas horas con la misma ropa. Me doy una ducha tratando de eliminar cualquier rastro de olor que me pueda recordar a él y, en cuanto me pongo un pijama limpio y calentito, mi móvil suena sobre la cama indicando la llegada de un nuevo mensaje.

Simon: Me encantas en modo mandona.

Simon: Si cambias de idea y quieres repetir, ya sabes dónde vivo.
Prometo mantener la boca cerrada.

—Argh, ¡es que no le aguanto!

Tareas de la quinta semana

Carlota · Luces de Dublín

· Decoran los monumentos más importantes de la ciudad.

· Hay dos rutas con las que se pueden recorrer los puntos más importantes. Esta información la publica cada año el Ayuntamiento.

· Se recomienda ir cómodos y abrigados porque hacer el recorrido completo oscila entre cuatro y cinco horas.

· El recorrido finaliza en Merrion Square. Más adelante dedicaremos un artículo exclusivamente a él.

Simon · Comida tradicional

· Christmas cake.

· Mince Pies: tortitas rellenas de frutas secas y especias. Son decoradas con una estrella, representando la de Belén.

· Ponche caliente con wiski irlandés y mulled wine, las bebidas favoritas de los irlandeses para entrar en calor.

· En algunas zonas, la ternera especiada es el plato de Navidad por excelencia. Es cocinada con azúcar, especias y bayas.

· Christmas pudding: también conocido como Plum pudding, es una mezcla de frutas con nueces y bebidas alcohólicas. Consta de trece ingredientes y elaborar la receta en familia da buena suerte para todo el año. Esconder una moneda de plata en su interior dará salud, riqueza y buena suerte a quién lo encuentre.

CAPÍTULO 25
Simon

El lunes, cuando llego a nuestra sala de trabajo, me aseguro de tener un buen escudo protector a mi alrededor antes de poner un pie en el interior porque no sé muy bien qué Missy es la que me voy a encontrar.

Desde que el sábado por la mañana salió despavorida de mi casa, como si la estuviese persiguiendo el mismísimo diablo, no había recibido noticias suyas, así que iba a ciegas.

¿Se sentiría incómoda y actuaría raro?

¿Me ignoraría como ha hecho con todos los mensajes que le he enviado hasta el momento? No es que sean demasiados, pero como nunca contesta, a simple vista nuestro chat parece un monólogo mío.

¿O hará como si nada y me tratará como hasta ahora?

Sinceramente, espero que sea esta última, porque no me gustaría que un calentón jodiera todo lo que hemos avanzado desde que comenzamos el proyecto. Aunque nunca lo vaya a admitir en voz alta, lo cierto es que Missy me cae bien y me siento cómodo a su alrededor. Hemos conseguido llegar a una dinámica de trabajo que creo que es beneficiosa para ambos y no quiero que eso cambie.

Me encantó lo que pasó el viernes, nunca diré lo contrario, y si me propusiera repetirlo probablemente podría llegar a tener una erección inmediata de solo recordar lo mucho que me gustó su tono mandón… Pero no lo cambiaría por esto.

No de momento, al menos.

Cuando el proyecto esté entregado y dejemos de estar obligados a pasar varias horas a la semana juntos entre estas cuatro paredes, será otra cosa. Entonces no habrá nada que perder.

—Llegas tarde. Otra vez —gruñe en cuanto abro la puerta, sin despegar la mirada de su ordenador.

—Solo cinco minutos.

—Sigue siendo tarde. Tienes tu tarea encima de la mesa.

Me acerco hasta mi sitio y, después de dejar la mochila en la silla de al lado, levanto la hoja de libreta en la que, como cada semana, me ha escrito el título de la tarea y pequeñas pistas sobre las que empezar a investigar.

Comida tradicional irlandesa. Guay. Puedo pedir ayuda a Cillian para que me pase alguna de las recetas de su madre e incluso aprovechar para que nos haga alguna en casa.

Saco mi portátil para empezar a investigar pero, mientras se enciende, aprovecho para llevar a cabo una de mis tareas favoritas.

—Has hecho bien en dejarme lo de la comida. Sería muy deprimente para ti descubrir todos los aspectos en los que los irlandeses damos mil vueltas a los españoles.

En realidad, no pienso que eso sea cierto, pero no hay nada que anime más una tarde de trabajo que ver los ojos verdes de Missy centelleando de rabia. Si para eso tengo que pecar de orgulloso, que así sea.

—Nosotros al menos estamos en el ranking de los diez mejores. Vosotros ni aparecéis.

—Chorradas. Os llenáis la boca con platos estrella y luego ni los mismos españoles saben

cómo cocinarlos. Que si lleva o no cebolla. Que si es paella o solo arroz con cosas…

—¿En serio estás criticando eso cuando aquí discutís sobre si es la jarra o la cerveza la que tiene que estar fría? ¡Venga, hombre!

Cuadra los hombros, como si estuviese preparándose para volver a centrarse en su tarea, pero entonces algo le viene a la cabeza y su mirada vuelve a posarse en mí.

—¿Sabes lo que también hay en España? Un vino que se llama como tú. El más malo y barato de todos los que hay en el supermercado, pero apreciado por adolescentes que no tienen un duro y quieren emborracharse. Creo que te va al dedillo.

—Oh, cariño, no te equivoques. Yo soy un gran reserva, de los que te dejan el saborcillo en la boca incluso días después. Deberías saberlo. —Le guiño un ojo, consiguiendo que sus mejillas se tornen completamente rojas, pero no claudica.

Me demuestra que sigue siendo la misma Missy de siempre. La que no te va a dejar ganar la batalla sin pelear con uñas y dientes en el camino. La que es capaz de encontrar réplica a absolutamente todo.

—No te lo tengas tan creído. Yo más bien diría que eres de los que deja una resaca espantosa al día siguiente. De esos que, en cuanto puedes, tachas de la lista y no vuelves a comprar nunca más. Un error.

—Eso ya lo veremos, Missy. En medio de la resaca todos decimos que no volveremos a beber nunca. ¿Pero sabes qué? El noventa y nueve por ciento no cumplimos esa promesa después.

—Sigue soñando, *Don Simón*.

Me río de su ocurrencia y, sin perder un segundo más, me concentro en mi ordenador. Me encanta que siga reaccionando a mis intentos de picarla y que ella también trate de hacerme rabiar. Que me responda y contraataque. Y, sobre todo, me encanta pensar que, como sigamos así, voy a tener un motivo más para en diciembre conseguir que vuelva a caer en mis redes.

¿Cuál? Fácil. Demostrarle que, por mucho que me deje en el estante durante semanas, soy lo suficientemente bueno como para querer dar un sorbo de vez en cuando.

CAPÍTULO 26
Carlota

La hora de ayer con Simon fue tan insufrible que hoy estoy buscando cualquier excusa para no tener que compartir sala con él. No es que sea de esas que después de un polvo se sienten incómodas cerca de la otra persona. Es más, si él no hubiese sacado el tema, yo habría hecho como si nunca hubiese pasado.

Pero no podemos olvidarnos de que estamos hablando de Simon, así que supongo que sería mucho pedir que simplemente lo dejase pasar sin hacer ningún comentario al respecto.

«¿Estás segura de que lo que te molestan son sus comentarios? ¿No tiene nada que ver el hecho de que, aunque digas que no, cada vez que insinúa que lo del viernes podría llegar a repetirse, se te acelera el pulso?»

A mis amigos no se lo cuento de esa manera, claro, porque si no tendría que confesarles que el motivo por el que el viernes por la noche les dejé tirados no fue porque Lucía me necesitara, como les dije, sino por él. Simplemente les digo que necesito un día lejos de mi compañero de proyecto para seguir cuerda y, sin hacerlos esperar más, les cuento mi plan.

—A ver si te he entendido bien. ¿Nos estás diciendo que quieres hacer el recorrido de las luces de Dublín, pese a que las luces todavía no estén puestas?

—Exacto.

—¿Para qué? —Seamus me mira como si me hubiese salido un cuerno de unicornio en la frente, pero no me lo tomo a mal. Le suele pasar cuando alguien dice algo que no tiene mucho sentido lógico.

—Necesito saber cuánto tiempo se puede tardar, si hay alguna complicación en el camino, cuáles son los edificios que a mi parecer considero imprescindibles… Sé que puede que entre el itinerario del año pasado y el de este haya algún cambio, pero podré hacerme una idea a grandes rasgos.

—Yo sigo diciendo que se te ha ido la cabeza, pero me apunto —dice Keeva y Miurne asiente con la cabeza como dándole la razón.

—Pues a mí me parece buena idea —me apoya Tristan, ganándose una sonrisa de mi parte, aunque a decir verdad no me sorprende su respuesta. Siempre me apoya en todas mis locuras, sin importar el grado—. Podemos tomárnoslo como un paseo por la ciudad, aunque Charlie aproveche para tomar notas.

—¿En serio tenéis tantas ganas de pasar frío? Se me congelan los pies de solo pensar en pasarnos horas andando por ahí —se queja Rory pero, tras una mirada inquisidora de mis amigas, accede a unirse.

Ya solo nos falta uno.

—Estoy a punto de llegar al nivel cincuenta, no tengo tiempo de andar dando tumbos por ahí —dice Seamus cuando todos centramos nuestra mirada en él—. No me miréis así, la recompensa es una pasada.

—Si vienes, te prometo que terminaremos la excursión en el restaurante ese al que llevas tanto tiempo queriendo ir —negocio, sabiendo perfectamente que me estoy aprovechando de su punto débil, y al ver cómo se le abren tanto los ojos que parece que se le van a salir de las

cuentas, sé que he ganado.

—¿El que está inspirando en Pokémon?

—El mismo. Y si quieres, yo me pido pizza contigo para que te regalen el cortapizzas ese que simula ser una Poke Ball.

—¿A qué hora decís que quedamos?

La quedada se alarga hasta que la noche ha caído lo suficiente como para que las calles de la ciudad se queden vacías.

Lo cierto es que, pese a que mi principal objetivo era alejarme un poco de Simon y tener una tarde tranquila, mis amigos han conseguido que este trabajo de campo haya sido mucho más productivo de lo que me habría podido llegar a imaginar. Tengo la libreta plagada de información y podría decir que incluso noto el cosquilleo en los dedos de las ganas que tengo de llegar a mi habitación y empezar a redactar mi artículo.

¿Qué debido a la celebración de Halloween hoy las calles daban más sensación de miedo que de magia? Es probable. Tanto como que era de esperar que mis amigos aprovechasen cada mínima oportunidad para asustarme, sabiendo lo fácil que es conseguirlo. Pero ni siquiera el permitirme llevar por esas otras costumbres, que en mi infancia no disfruté, me impide llegar a imaginar cómo estarán estos mismos lugares en apenas un par de semanas.

Sin embargo, por muchas ganas que tenga de volcar todas mis ideas en un documento de Word, no he incumplido mi promesa y, para finalizar la tarde, nos hemos ido los seis a cenar al restaurante de los sueños de Seamus. Lo habían abierto hace muy poco, así que los fines de semana estaba petado, pero al ser martes habíamos conseguido reservar una mesa sin problema.

¿Fuimos por la decoración? Sí, pero la comida nos ha dejado a todos sorprendidos. Incluso a Seamus, que es el que más esperanzas tenía puestas en el sitio. La pizza que hemos compartido tiene un sabor exquisito y la masa crujiente, como me gusta a mí. Pero lo que sin duda nos ha hecho más gracia fue descubrir que la ensalada para compartir viene en un bol de Bulbasaur.

Eso sí, ahora que estamos de camino a casa y poco a poco nos acercamos a mi calle, noto como la libreta quema más y más en mi mochila, así que está claro que para mí el momento de relax ha llegado a su fin. Toca despertar de nuevo a la Carlota más productiva.

—¿Te está molestando mucho Gaughan? —me pregunta Tristan, en un momento en el que los dos nos hemos quedado a la cola de nuestro grupo, y me apresuro a negar con la cabeza.

—No más de lo que ya esperaba. Quitando lo que pasó la primera semana, lo cierto es que estamos trabajando bien en equipo. Voy a tener que creerme eso de que es un genio, porque sus artículos son espectaculares.

—No se lo digas o se volverá más insoportable.

—¿Es que acaso es posible? —respondo, con un tono bromista con el que consigo que se le relajen los hombros, y le agarro del brazo para separarnos un poco más del resto—. ¿Hay algo que quieras decirme sobre él?

—No, ¿por?

—Te noto tenso cada vez que sale su nombre en la conversación y cuando nos lo cruzamos lo miras como si lo quisieras matar. ¿Es que te ha hecho o dicho algo que yo no sepa?

Espero que no, porque siempre he pensado que las ganas de tocar las narices de Simon se quedaban en algo sin sentido, que no causaba problemas ni superaba límites, pero si se había pasado de la raya con mi amigo se las iba a tener que ver conmigo. Enterarme de algo así sería lo que, sin duda, haría aparecer una enorme cruz delante de su cara. Un prohibido en mayúsculas que eliminaría cualquier tentación que aún exista en mi interior de dejarme llevar una vez más.

—Es solo que no me da buena espina —confiesa, tranquilizándome—. ¿Me prometes que andarás con cuidado cuando estés con él?

—Sí, papá —canturreo, exagerando una voz de niña pequeña, y cuando me mira con las cejas alzadas le doy un abrazo de medio lado—. Puede que en ocasiones sea un capullo y que no le soporte la mayor parte del tiempo, pero no hay de qué preocuparse, Tristan, te lo prometo. Algo me dice que Simon no tiene maldad ninguna.

—¿Es que ahora sois amigos?

—No, pero supongo que estoy descubriendo facetas suyas más allá de la del gilipollas que no para de llamarme Missy, y no todas son malas.

—No me gusta —repite, añadiendo en esta ocasión algo más en un murmullo tan bajo que soy incapaz de oírle, pero cuando estoy a punto de pedirle que me lo repita más alto, la voz de Miurne llega a nosotros interrumpiendo la conversación.

—¡Chicos! ¿Qué hacéis tan lejos? ¡Estamos hablando de lo que vamos a hacer el sábado por Halloween!

—Pero el treinta y uno es jueves.

—Lo sé, y nos dejas tirados por tu hermana así que no te quejes. Encima de que lo hacemos un día que puedas venir…

—Además, yo el jueves tengo torneo —nos recuerda Seamus, por si acaso lo emocionado que lleva todo el mes con el tema se nos había pasado por alto—. Hoy me habéis convencido, pero ese día no me vais a ver el pelo a no ser que vengáis a casa.

—Está bien… ¿Cuál es el plan?

CAPÍTULO 27
Simon

El día anterior había experimentado en mis propias carnes lo que se siente cuando te dejan plantado.

Lo primero en lo que pensé cuando llegué a la sala de trabajo y vi que Missy no estaba allí fue que se habría entretenido con Rachel, porque sí que las había visto juntas al comienzo del turno. Al pasar diez minutos, salí a buscarla a su puesto, pero me lo encontré vacío. Me preocupé hasta tal punto de mandarle un mensaje por si le había pasado algo, pero no se ha marcado como leído hasta casi medianoche y ni siquiera entonces he recibido respuesta. Si no fuese porque nada más entrar en la cafetería de la universidad la he visto sentada con sus amigos, seguiría estando seguro de que había pasado algo malo.

Así que la pregunta es, ¿dónde se metió y por qué no me avisó?

«Te la debía y lo sabes.»

Vale, sí, es cierto que yo se lo hice en una ocasión. ¡Pero a la siguiente avisé! Missy no es tan rencorosa como para no haberme dicho nada como venganza. ¿O sí que lo es pero todavía no me había dado cuenta?

Aunque, a decir verdad, me podría creer que lo que provocó que ayer me hiciese el vacío fuese lo tocapelotas que fui el lunes. Yo lo admito, me porté como un idiota, pero con ella se me hace tan complicado resistirme… Soy una mente inquieta, no puedo estar enfocado en una sola cosa durante tanto tiempo, y entre esas cuatro paredes resulta demasiado fácil encontrar un tema con el que chincharla.

Por no decir que sus comentarios mordaces son como un chute de energía en mi interior para volver a enfrentarme al proyecto y a las malditas Navidades. Si no fuese por eso, meterme con ella habría dejado de ser divertido hace mucho tiempo.

Lo que más me jodió fue que eligiese precisamente ayer para faltar sin decirme nada, porque en honor a la tarea que me ha tocado esta semana, le había pedido a Pris que nos preparase un Christmas Cake para que Missy pudiese probarlo. ¿Y dónde había acabado el pastel? Siendo nuestro desayuno de esta mañana.

—¡Tiene el móvil en la mano! —me quejo a mis amigos, sin especificar más porque ambos saben perfectamente de quién estoy hablando—. Lleva más de diez minutos con él y aun así no se ha dignado a mandarme un triste mensaje. ¿Os parece normal?

—Lo que no me parece normal es que tú estés tan pendiente de alguien. Ni siquiera a nosotros nos prestas tanta atención.

—¿Es que estás celosa, Nora? —me burlo, sin perder la oportunidad por mucho que mi cabeza esté concentrada en otras cosas—. Porque no deberías. Si a ti no te observo tanto es porque tú sí que contestas a mis mensajes cuando te los mando.

—Ya, claro —bufa—. De todos modos, ¿qué quieres que te diga? Ya ves que está bien. Si tanto interés tienes por saber cuál fue el motivo por el que te dejó plantado, pregúntaselo esta tarde.

—Si es que aparece, claro.

—Como sigas mirándola así, al final la vas a desgastar —murmura Cillian y, en un gesto

exagerado, clavo mis ojos en él.

—¿Así mejor?

—Lo siento, tío, es solo que me extraña verte tan obsesionado con alguien. Normalmente, en cuanto el polvo termina, pasas a otra cosa. Charlie en cambio…

—¿Qué? —le reto.

—¿Estás seguro de que no te gusta ni un poquito? —No me deja contestar, aunque me dispongo a ello, porque enseguida sigue hablando—. Sí, ya sé que a ti esas cosas no te van, que las relaciones solo traen problemas y que confiar en la gente es arriesgado, pero eso no quita que en ocasiones puedas sentir cosas. Es incontrolable.

—No me gusta —aseguro—. Lo del viernes estuvo bien, pero ambos dejamos claro que no iba a ser nada más que sexo, así que no veáis cosas donde no las hay. Ninguno de los dos —apunto, girando la cabeza hacia Nora.

—¡A mí esta vez no me mires, que no he dicho nada!

—Por si acaso. Si no fuese porque tenemos un proyecto entre manos, ni siquiera habría sabido nada más de ella, pero lo hay, y me jode mucho que no responda absolutamente ninguno de mis mensajes. ¿Tengo que recordaros la que me montó ella cuando yo falté sin avisar?

—No es por defenderla —empieza Nora, haciéndome saber que una vez más se va a poner de su parte—, pero el día que tú faltaste no habías mostrado nada de interés en el proyecto y, además, no entregaste tu parte. Ella, en cambio, lleva cinco semanas al pie del cañón y es el primer día que falla.

—Aun así —añade Cillian—, tienes razón en que debería haberte mandado un mensaje, pero no tiene sentido darle más vueltas al asunto, Simon. Pregúntaselo esta tarde cuando la veas y punto.

—¿Y si no me apetece esperar a esta tarde?

Me pongo de pie antes de que les dé tiempo a adivinar por dónde van los tiros y, pese a que escucho los susurros de ambos llamándome, tomo rumbo fijo a la mesa en la que dos ojos verdes ya han reparado en mí. ¿Es eso que noto en ellos una pizca de culpabilidad?

—¡Mira a quién tenemos por aquí! La desaparecida.

—Simon —dice, a modo de saludo.

—¿Podemos hablar un segundo? En privado —añado, echando una mirada rápida a sus amigos y, sin poder evitarlo, observo un poco más de la cuenta a Tristan.

«¿Por qué me mira siempre como si tuviese ganas de pegarme?»

Missy se levanta de la mesa sin oponer resistencia, señal de que sabe que tengo motivos para haberme acercado a ella, y la sigo hasta la puerta de la cafetería y, posteriormente, al exterior. Me he dejado el abrigo dentro y noto el frío en cuanto se apoya en la barandilla que hay junto a las escaleras de entrada, pero me da igual. Tampoco es que vayamos a tardar mucho.

—¿No te parece un poco hipócrita que me montases un pollo por dejarte tirada y ahora me hagas lo mismo a mí? Quizá debería ponerme a gritar en medio de la cafetería que me has pegado la clamidia, así estaríamos empate.

—Técnicamente estuve investigando para el proyecto, así que no te deje tirado del todo.

—Missy… —insisto.

—Está bien. Se me olvidó avisarte y me di cuenta cuando vi tu mensaje. Era tarde, así que me pareció una tontería responderte simplemente para decirte que había estado haciendo, como tú dices, trabajo de campo.

—Pero si todavía no están puestas las luces. ¿Cómo vas a hacer trabajo de campo?

—La imaginación es un arma poderosa, deberías probarlo en alguna ocasión.

La miro a los ojos un momento, intentando averiguar si hay algo que no me está contando, pero se me hace imposible leerla.

—Si lo que pasa es que te molestó alguno de mis comentarios del lunes, solo tienes que decirlo. No volveré a hablar de lo que pasó el viernes si…

—No te lo tengas tan creído, Simon —me corta—. Soy inmune a tus comentarios y que nos hayamos acostado no cambia eso.

—Vendrás hoy, ¿entonces?

—Claro. Esta semana tenemos un día menos así que hay que dejar los artículos finalizados esta tarde. Espero que ayer aprovechases la hora, pese a no tenerme delante metiendo caña.

—Mi parte está casi lista. Es más, sé de algo que puede gustarte y, como me lo debes por haberme dejado tirado ayer… Hoy después de las prácticas te voy a llevar a un sitio. No puedes decir que no.

—¿Tengo que temer por mi seguridad?

—Te recuerdo que lo último que te enseñé fue la tienda de Pris. Creo que después de eso merezco un poco de confianza.

—Está bien. Eso no te lo puedo discutir.

—Volvamos dentro antes de que me congele. Además, empiezo a pensar que tu amigo está buscando la manera de lanzar rayos láser con la mirada y no quiero ser su conejillo de indias.

—¿Mi amigo? —pregunta extrañada y, al girarse hacia el cristal a través del cual se puede ver su mesa, se ríe—. Tristan es inofensivo. Simplemente se preocupa por mí.

—Ya, claro. Así lo llaman ahora.

—¿Qué quieres decir con eso? —la miro confundido, incapaz de deducir si realmente no se da cuenta de las señales que lanza el pobre chaval a cualquiera que tenga dos ojos o es que finge no hacerlo, pero para mi sorpresa creo que es la primera.

«Missy, tan lista para unas cosas y tan lenta para otras.»

—Nada. Vuelve con tus amigos, nos vemos luego. —Abro la puerta de la cafetería para ambos y, cuando está a punto de alejarse, la llamo—. ¡Missy! Una última cosa. Que sea la última vez que me dejas en visto, porque como vuelvas a hacerlo pienso vengarme.

—¿Estás dolido porque te he hecho *ghosting*? Ten cuidado, Simon, o empezaré a pensar que el que se muere por pillarse una borrachera con este gran reserva eres tú.

CAPÍTULO 28
Carlota

Entrar en la sala de trabajo y encontrarme a Simon sentado en su sitio, con el portátil encendido y tecleando como un loco es algo que nunca me habría esperado. ¿Qué le pasa a este hoy? ¿Se ha tomado un café demasiado cargado?

Ni siquiera aparta la mirada de la pantalla del ordenador cuando le saluda, si no que musita un hola y sigue a lo suyo, así que le imito. No seré yo la que estropee el único día en lo que llevamos de prácticas en el que parece que le ha entrado la vena productiva.

Nos pasamos en silencio la hora entera, tanto que en ocasiones incluso levanto la mirada hacia él para ver si es que se ha dormido encima del teclado, y cuando el reloj está a punto de marcar las siete, cierra el portátil de un golpe y me mira con una gran sonrisa.

—Artículo subido. ¿Estás lista?

—Necesito diez minutos todavía.

—Está bien. Te espero abajo. Como tardes más de la cuenta pienso subir a por ti y sacarte a rastras, Missy. Quien avisa no es traidor.

Cumplo mi palabra, porque tengo claro que él también es capaz de cumplir la suya y, después de repasar una vez más mi artículo y añadirle algunas notas que tener en cuenta si sale elegido para el trabajo final, cierro el portátil y recojo mis cosas. Todo eso, mientras me pregunto una vez más qué plan tendrá en la cabeza.

Tratándose de Simon, hay las mismas posibilidades de que me largue a casa enfadada como de que lo haga sintiendo que he aprovechado la noche al máximo.

—Espero que merezca la pena, porque he renunciado a una noche de películas navideñas y chocolate solo por esto —le digo en cuanto me reúno con él en la planta baja, pero lo único que recibo como respuesta es su sonrisa—. ¿No vas a decirme nada?

—Es una sorpresa, Missy. ¿Qué gracia tendría decírtelo antes de tiempo?

Respiro hondo para aguantarme las ganas de contestarle de cualquier manera y me encamino hacia la puerta con paso decidido. Me despido con la mano de Erik, que nos observa desde la recepción, y una vez en la calle me quedo quieta, sin saber qué dirección tomar.

—Por aquí.

Lo sigo sin poner pegas y, durante el trayecto, voy observando las calles que nos rodean. Podría decir que es para aprenderme el camino de vuelta por si me hiciese falta, pero lo cierto es que los ojos se me van detrás de las cientos de decoraciones de Halloween que hay por todos lados. Aunque tengo aún más ganas de que pase esta semana de una vez y que, oficialmente, llegue la época navideña.

«¿Irá nuestro querido acompañante esos días por la calle con la misma cara de culo que pone cada vez que añado un nuevo detalle a la decoración de nuestra sala de trabajo? Pronto lo sabremos.»

—¿Está muy lejos?

—No. Llegaremos en menos de cinco minutos.

Frunzo el ceño cuando se para frente a lo que tiene toda la pinta de ser la puerta de un pub, pero no digo nada. Lo sigo al interior y, una vez sentados en un par de taburetes frente a la barra,

lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿Tu sorpresa es que me vas a invitar a una cerveza?

—Por supuesto que no —se ríe—. Cada día me sorprende más la poca fe que tienes en mí.

—No sé qué más cosas se pueden descubrir en un pub, la verdad.

Miro a mi alrededor por si alguna pieza de la decoración me da una pista, pero no descubro el verdadero motivo por el que estamos aquí hasta que el dueño se acerca a nosotros.

—¡Simon, chaval! ¿Cómo estás? Ahora te saco lo que me has pedido.

—Gracias, Gilbert. Te prometo que te lo compensaré.

Saca la cartera y, justo cuando deja unos cuantos billetes sobre la madera desgastada, el hombre sale de lo que parece ser una especie de cocina con una jarra humeante.

—He hecho lo justo para que la señorita pueda probarlo —asegura, dedicándome una sonrisa, y posteriormente vierte el líquido sobre un vaso de cristal que decora con una rodaja de naranja seca—. Espero que disfrute del mejor *Mulled Wine* de la ciudad.

Se aleja de nosotros al segundo, sin darme tiempo a contestar y, cuando me giro hacia Simon, puedo ver lo feliz que le ha hecho mi reacción.

—¿Has pedido que hagan *Mulled Wine* solo para que lo pruebe?

—Cillian y yo solemos venir aquí los días de partido. Se puede decir que somos de la casa. En Navidad, esto se llena de gente que viene por el *Mulled Wine*, así que cuando lo vi en mis notas, pensé en traerte.

—Vaya…

—¿Qué pasa?

—No sabía que también podías llegar a ser amable —confieso—. ¿Por qué ocultas esta parte de ti al resto del mundo?

—Es más fácil que algunas personas se piensen que solamente eres un gilipollas malcriado. Da menos problemas.

—Interesante. Aunque eso no quita que me sigas pareciendo insoportable y esté contando los días para dejar de verte a diario —aseguro y suelta una carcajada que llama la atención de varios clientes, pero enseguida vuelven a lo suyo.

—Confiésalo, Missy, cada vez te caigo un poco mejor. A finales de diciembre, te darás cuenta de que soy el mejor compañero de proyecto que has tenido en la vida.

—Eso es demasiado pedir —me río—. Si te aguanto, es porque sé que es temporal, pero no podría pasarme todo un año insistiéndote para que trabajases. Acabaría con mi cordura.

—Funciono mejor bajo presión —dice, encogiéndose de hombros.

—Y yo odio la presión. Somos polos opuestos, Simon. No encajamos ni a la fuerza. Es imposible que hagamos buen equipo.

—Pues yo opino lo contrario. Es más, me atrevería a asegurar que somos muy compatibles. —Levanta las cejas un par de veces, dejándome saber que lo ha dicho con doble intención, y pongo los ojos en blanco.

No podía faltar la broma, pero lo cierto es que esta vez no me sienta tan mal como otras. Quizá porque no ha dicho ninguna mentira. Sería inútil intentar negar que se nos dio bien lo del sexo. Muy bien. Pero que encajemos en lo físico no significa que nuestras personalidades también lo hagan.

—Como sigas insistiendo tanto, voy a acabar pensando que te has vuelto adicto a mí, Simon. ¿No se supone que tú eres de los que no repite nunca con la misma chica?

—No me gustan las cosas serias, pero si el sexo es bueno, no veo por qué no disfrutar de ello un poco más.

—Olvídate. Lo que pasó, pasó y no se volverá a repetir nunca más.

—¿Cómo estás tan segura?

—¿Es que no te he dejado claro lo insufrible que me pareces? Fue un calentón tonto, fruto del maldito beso con el muérdago, pero ya pasó. Si hasta a mi hermana le he dicho que ni loca podría llegar a fijarme en ti.

—¿Le has hablado a tu hermana de mí?

—Por supuesto. Con alguien tendré que desahogarme para no ceder ante las ganas de clavarte la grapadora en el cuello.

—Me quedo con que le has hablado de mí. Pero tienes razón. Será mejor que no vuelva a pasar porque no quiero acabar rompiéndote el corazón y algo me dice que tú eres de las que, aunque diga que no, se acaban pillando.

—Como no pares lo que va a acabar roto es tu nariz.

—Qué agresiva… Me gusta.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy raro?

—Sí —admite pero, por suerte, me hace caso y cambia de tema—. Vamos, prueba el *Mulled Wine*. Quiero saber lo que opinas. Si te portas como una buena catadora, quizá me pienso si sacar el trozo de *Christmas Cake* que tengo en la mochila.

—Menos mal que dices que no te gusta la Navidad, Simon, porque si no serías aún peor que yo.

Tareas de la sexta semana

Carlota · Villancicos

· El más común y el que suena en cada rincón de Irlanda es *Fairytale Of New York.*

· En él se narra la historia de una pareja irlandesa que se enfrenta a las adversidades de Nueva York durante la Navidad. Hay esperanza y amor por lo que un día vivieron juntos pero también melancolía y dolor porque la vida les ha llevado por caminos difíciles que han ocasionado que su relación se rompa.

· Otros también muy conocidos son *A spaceman came travelling*, que hace referencia al nacimiento de Jesucristo, y *Do they know it's Christmas?*, canción que han interpretado cantantes irlandeses famosos, como Bono.

Simon · Coros

· Te los puedes encontrar por las calles, organizados e improvisados, pero también hay espectáculos en iglesias e incluso competiciones.

· Investigar cuáles son las iglesias y las fechas para este año.

· El Cork International Choral Festival destaca la mejor música coral del país. Se lleva a cabo en muchos puntos, pero la mayoría de las competiciones se desarrollan en el Ayuntamiento de Cork.

CAPÍTULO 29
Simon

¿Cómo es posible que haya tantísimos villancicos y, sin embargo, en las calles y la radio siempre se repitan los mismos?

Aunque lo que más me preocupa es cómo lo voy a hacer para sobrevivir a esta semana si ni siquiera ha terminado la hora del lunes y ya tengo ganas de arrancarme el pelo y metérmelo en las orejas, a ver si así al menos consigo amortiguar los sonidos.

—¿En serio necesitas escuchar todos los villancicos que existen en este mundo en cada una de sus versiones? —pregunto, cuando a través de los altavoces de su portátil vuelve a sonar *Do they know it's Christmas?*.

—Por supuesto —responde, totalmente convencida—. ¿Cómo si no voy a saber el que me transmite mejores vibras? ¿O los que mejor te transportan a Irlanda? Por no decir que estoy descubriendo colaboraciones que me están haciendo volar la cabeza. Qué injusto es que Mariah Carey se lleve todo el protagonismo de la temporada.

—Lo llego a saber y te pido quedarme yo con esa tarea.

—¿Es que la de los coros no te gusta? Van un poco relacionadas, por eso las puse en la misma semana. Podrías investigar qué canciones son las que se cantan con más frecuencia en ellos o los mejores sitios del país para disfrutar de un buen espectáculo navideño.

—En realidad, creo que tengo el artículo prácticamente pensado. Simplemente necesito corroborar un par de datos.

—¿Me estás queriendo decir que tienes el trabajo de la semana hecho y solo estamos a lunes? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi compañero de proyecto? —No puedo evitar reírme ante su confusión, pero es entendible. De normal, hasta el mismo jueves no tomo ninguna decisión, pero supongo que esta semana juego con ventaja.

—La madre de Cillian es la directora del coro de nuestra iglesia —le explico—. Desde que tengo memoria, cada año iban varias veces a competiciones con otros coros y, cuando se acercaba la Navidad, daban conciertos en la misma iglesia un par de noches a la semana.

—¿Siguen haciéndolo?

—Por supuesto.

—Y… ¿hay alguna posibilidad de…?

—Puedes ir a Galway a verlas si quieres. —Adivino por dónde van los tiros—, pero conmigo no cuentes. Le mandaré un mensaje a Bianca y te esperará con los brazos abiertos. No hay nada que le guste más que hablar de su coro y más si al otro lado hay alguien como tú, que no se cansa de escuchar.

—No puedo hacer sola un viaje tan largo, Simon. ¡Por favor! —Me mira con ojos suplicantes, pero es una de las pocas cosas en las que es imposible que me haga cambiar de idea.

Enseñarle rincones de Dublín es una cosa, pero acceder a volver a mi ciudad… No, por ahí no paso. Es imposible poner un solo pie allí sin que todo se me venga encima y, si algo tengo claro, es que no puedo dejar que eso pase delante de Missy.

Solo Cillian y Nora tienen permiso para ver esa parte de mí.

—Puedo traerte vídeos, si quieres. Cillian fue a uno de sus conciertos del año pasado y estoy

seguro de que lo grabó casi entero.

—Está bien —se queja—. Si es lo único que puedo conseguir, tendré que conformarme.

Deja caer los hombros y vuelve a centrarse en la pantalla de su ordenador, con una mueca rara en los labios, y yo no puedo dejar de pensar en que no entiendo por qué me jode tanto haberle defraudado.

—No me gusta ir a Galway —confieso, sorprendiéndome incluso a mí mismo.

«¿En qué momento he tomado la decisión de mostrarle un trocito más de mi vida?»

—No es porque no quiera ir a ver el coro de Bianca. Es más, si actuasen cerca, te acompañaría encantado porque esa mujer es increíble, pero de solo pensar en volver se me ponen los pelos de punta.

—¿Tan mal lo pasaste allí? —me choca su pregunta, porque toma un rumbo distinto al que yo pensaba que cogería, y debe notármelo en los ojos porque enseguida puntualiza—. Yo, por ejemplo, no me he atrevido todavía a volver al pueblo en el que me crie porque los recuerdos que tengo allí son dolorosos. O, mejor dicho, tomaron ese matiz el día que mi padre falleció.

—Hasta en eso somos polos opuestos —me río—. Tú huyes de los recuerdos y yo de las personas.

—¿Quién es tan importante como para que evites toda una ciudad?

—Mis padres —confieso, consiguiendo que me mire con los ojos entrecerrados.

¿Será porque ha visto alguna de las revistas del corazón en las que salimos enmarcados como la familia perfecta? ¿O es que le resulta extraño que un niño pijo, como ella dice, huya de su fuente de ingresos? Porque, desgraciadamente, hace ya tiempo que ese concepto pega más con ellos que el de padres.

—En ocasiones todavía me toca fingir que somos la familia perfecta, pero prefiero mantenerme alejado tanto tiempo como pueda. A más kilómetros de distancia, menos posibilidades de que mi padre pueda utilizarme para alguno de sus tejemanejes.

—No sé por qué di por hecho que teníais mejor relación. ¿No estás estudiando turismo para dirigir la empresa en el futuro?

—Ni loco me meto yo en ese agujero negro —aseguro, negando con la cabeza. Joder, he sentido un escalofrío recorrerme entero de solo pensarlo—. Estudio turismo porque me apasiona. Quiero viajar, conocer el mundo al completo, descubrir otras culturas… La gerencia de hoteles no es lo mío. Yo quiero volar, quizá trabajar en una revista haciendo reportajes sobre los lugares más recónditos de la Tierra o incluso un programa de televisión. Por eso estoy aquí, Missy, para empezar a construirme esas alas.

—¿Y él lo sabe?

—Se lo he dicho millones de veces así que, si sigue pensando que voy a cambiar de opinión, no es mi problema. En cuanto termine la universidad y consiga un trabajo, podré desvincularme para siempre de él y seré libre.

—Por eso te fastidia tanto que la gente se piense que consigues las cosas por tu apellido —recuerda y asiento con la cabeza.

—Aunque, a decir verdad, me importa poco lo que la gente diga o piense de mí. Las personas que me importan saben la verdad y con eso me conformo.

—Me gusta esa filosofía.

—Es necesaria cuando todo el mundo cree conocerte, pese a no saber nada de tu verdadero yo. Me costó años perfeccionarla, tampoco te voy a decir que siempre me la ha sudado todo, pero se vive mejor así.

—¿Sabes algo? Me estoy dando cuenta de que yo también creía conocerte y con este proyecto

estoy descubriendo muchas cosas que nunca hubiese imaginado. La más importante, no eres ni tan gilipollas ni tan prepotente como haces creer a la gente.

—¿Acabas de hacerme un cumplido, Missy? —canturreo, consiguiendo que se le enrojezcan las mejillas.

—No te acostumbres. Me he dejado llevar por la situación.

—Ya verás, dentro de nada me querrás tanto que estarás deseando ser mi amiga.

—La verdadera pregunta es, ¿me concederías el honor de entrar en ese selecto club?

Me quedo unos segundos pensándolo, porque hasta que no lo ha dicho no he sido consciente de lo que había salido de mi boca, pero sorprendentemente me cuesta mucho menos de lo que esperaba tomar la decisión.

—Tendrás que descubrirlo —contesto, haciéndome el interesante, y ella rueda los ojos antes de hacerme una seña para que me ponga a trabajar.

Sí. Creo que sí que podría llegar a arriesgarme a añadir su nombre a esa pequeña lista de personas en las que poder confiar.

CAPÍTULO 30
Carlota

¿Qué haces cuando necesitas saber cuáles son los villancicos más populares entre los jóvenes de Irlanda y tu compañero de proyecto no sirve de ayuda? Fácil. Crear una encuesta online e imprimir carteles con el código QR incluido para pegarlos por la universidad y alrededores.

Él dice que estoy loca de remate.

Yo digo que, si no encuentro información fiable en Google, tendré que hacer mi propio estudio de mercado. Es de primero de márquetin.

Keeva, a la que he engañado para venir conmigo a pegarlos, lo que dice es que tendría que haber añadido un apartado en el cuestionario donde pidiese el número de teléfono o al menos el usuario de Instagram, por si aparece algún chico guapo.

—¿Me estás ayudando solo porque quieres un ligue? —me quejo, mientras engancho uno de los carteles al tablón de anuncios de la entrada.

—No va a ser por amor al arte. Me has convencido cuando me has dicho que me invitabas a desayunar, pero tengo mis propios objetivos.

—¿Ligar? —pregunto, girándome hacia ella.

—Cotillear —aclara, con una sonrisa enorme en la cara. Tanto que da hasta miedo.

—¿Sobre qué?

—¿No es obvio? Simon y tú.

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente así que ya puedes ir largando por esa boquita.

La miro fijamente a los ojos, intentando descubrir hasta qué punto llegan sus sospechas, pero cuando tira de mi mano hasta meternos en uno de los pasillos menos transitados, me huelo que no he sido tan buena disimulando como esperaba.

—Ha pasado algo más desde lo del beso ¿verdad?

—Yo…

—¡Lo sabía! Si es que se te notaba en la cara. ¿Y esa excusa de mierda de que Lucía te necesitaba y por eso te fuiste de la fiesta? Deberías aprender a mentir mejor si no quieres que nos demos cuenta.

—¿Llevas guardándote la sospecha una semana?

—Estaba esperando a que nos lo contaras, pero como he visto que no tenías intención de hacerlo, he aprovechado la oportunidad —asegura, levantando los carteles que aún lleva en la mano—. ¿Qué hicisteis? ¿Hasta dónde llegasteis?

—Hasta el final —claudico, consiguiendo que sus ojos se abran como platos.

—¡Serás cabrona! ¿Y no nos ibas a decir nada?

—Fue cosa de una noche. No se va a volver a repetir. Tú misma dijiste que se notaba que había mucha tensión sexual entre nosotros así que, ya está resuelta. A otra cosa.

—¿Qué tal es en la cama? ¿Cumple con lo que promete con ese aura de tío bueno que lleva encima o tampoco es para tanto?

—¡Keeva! —me quejo, mirando alrededor para asegurarme de que nadie nos escucha—. No pienso hablar de eso.

—Es injusto, yo os lo cuento siempre.

—No porque te lo pidamos —le recuerdo—. Estuvo bien y punto.

—¿Y ahora?

—Ahora, ¿qué?

—¿Qué va a pasar?

—Nada. Seguimos siendo compañeros de proyecto y nada más que eso.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Ninguno de los dos buscamos nada serio. Sabes que mi prioridad es la carrera, Keeva, y no dejaré que nada ni nadie desvíe mi foco de atención.

—Creo que deberías saber algo, solo por si en algún momento eso cambia. —Su tono de voz pasa de guasón a serio, consiguiendo que se me frunza el ceño.

¿Qué será tan importante como para que su estado de ánimo cambie tan rápido?

—Miurne opina que no deberíamos decírtelo, pero yo me siento fatal ocultando algo que puede traer tantos problemas.

—¿Qué pasa, Keeva? Me estás asustando.

—Antes de nada, quiero que tengas claro que esto es una suposición nuestra, nadie nos ha confirmado nada, pero… —Le insto con la mirada para que continúe y, tras respirar hondo, lo suelta—. Creemos que Tristan no ha superado lo que pasó entre vosotros.

—¿Qué pasó entre…? —Me quedo callada cuando algo se me viene a la cabeza, pero no puede ser—. ¿Te refieres a cuando nos enrollamos en una fiesta? —asiente—. Eso fue en primero y ni siquiera llegamos más allá de cuatro besos tontos. ¿Cómo no va a haberlo superado?

—Te trata sumamente diferente al resto, Charlie.

—Porque tenemos tantas cosas en común que al final la conexión es diferente. Además, ambos hemos estado con otras personas después de eso.

—Sí, pero nunca ha sido nada serio. Es imposible que mires a alguien a quien consideras solo una amiga como Tris te mira a ti —asegura—. Solo ten cuidado, ¿vale? No quiero que esto se acabe convirtiendo en una bola de demolición.

—¿Crees que debería hablar con él?

—Si las cosas siguen como hasta ahora, no. Pero tenlo en cuenta por si en algún momento crees que puedes llegar a dar un paso más allá con alguien, me da igual si es Simon o cualquier otro chico. Si eso ocurre, habla con Tris seriamente para poner todas las cartas sobre la mesa. Le dolerá, sí, pero será mucho peor si se entera por terceras personas.

Le quito un nuevo cartel del taco, como señal para seguir con nuestra tarea, pero en la media hora que tardamos en ponerlos todos no puedo quitarme la conversación de la cabeza.

«¿Es posible que mi mejor amigo sienta algo por mí y yo haya estado tan ciega como para no darme cuenta de nada?»

CAPÍTULO 31
Simon

No sé si es que el volumen de su teléfono móvil está muy alto o que he escuchado las canciones tantísimas veces en los últimos días que ya puedo reconocerlas tan solo con el movimiento de su cabeza, pero soy capaz de saber qué villancico está poniendo Missy a sus amigos desde mi mesa de la cafetería.

¿Les estará preguntando también a ellos cuáles son los que más se escuchan en sus casas? ¿Estará viendo cuáles son los que han salido en su encuesta? He visto a varias personas escaneando el código QR de los carteles que colocó a principios de semana, así que podrían ser los resultados. ¿O simplemente les está preguntando qué es lo que les transmite a ellos la letra, como hizo conmigo ayer por la tarde?

Quién me iba a decir a mí que terminar pronto con mi propia tarea me iba a llevar a tener que analizar villancicos con ella. ¿Y desde cuándo un villancico puede ser triste? Cada día entiendo menos esta festividad.

—Simon, ¿me estás escuchando? —Giro la cabeza hacia Cillian cuando escucho mi nombre y, al ver su cara de indignación, le dedico una mirada de perdón—. Uno intentando ayudar y así se lo pagan. Indignante.

—Perdón. Me ha distraído con los malditos villancicos —me excuso.

—¿Qué villancicos? —pregunta y, al seguir mi mirada, suspira—. Ni siquiera se oyen desde aquí, tío.

—Será que ya los tengo tan metidos en la cabeza que hasta me los imagino. ¿Qué me estabas diciendo?

—Mi madre me ha enviado un correo con vídeos de algunas de sus actuaciones del año pasado, por si quieres añadir alguna o enseñárselas a Charlie.

—Genial. Reenvíamelo y esta tarde le echo un vistazo en la revista. Solo me falta eso para dar por finalizado el artículo.

—*Okey* —trastea en su móvil y, justo cuando lo bloquea y lo deja encima de la mesa, el mío vibra. Mensaje recibido—. Y ahora que eso ha quedado cerrado y que por un día no tenemos a Nora alrededor para montarse su propio cuento de princesas, confiésalo. ¿Qué tiene esa chica para que estés tan obsesionado con ella?

—No estoy obsesionado con nadie.

—Bueno, vale, quizá no llega a ese nivel, pero nunca te había visto prestar tanta atención a nadie y mucho menos después de acostarte con ella así que, ¿qué pasa?

Me quedo pensando, sin saber muy bien qué contestar porque es innegable que Missy me atrae como un imán en cuanto entra por la puerta y que, hasta que se va, estoy al tanto de sus movimientos, ¿pero por qué lo hago? ¿Por qué últimamente soy tan consciente de su presencia?

—¿Quieres que sea totalmente sincero? —le pregunto a mi amigo.

—Para eso estamos.

—No tengo ni idea.

Tareas de la séptima semana

Carlota · Árbol de Navidad

· En Irlanda es una tradición relativamente nueva, antes se utilizaban ramas de muérdago y hiedra.

· Las familias se reúnen el 8 de diciembre para decorarlo con luces, brillos y un ángel en la punta. Este día también es tradición hacer las compras navideñas.

· Santa Claus dejará los regalos a sus pies el día de Navidad.

· Es costumbre colocarlo cerca de una ventana para que desde la calle, los transeúntes lo puedan ver.

Simon · Baño gélido en el Atlántico.

· Una costumbre cada vez más popular en las zonas costeras.

· Se lleva a cabo el 26 de diciembre, que también es festivo en Irlanda.

· La gente va disfrazada normalmente de Santa Claus.

· Los beneficios se destinan a fines solidarios.

· En Dublín, es común hacerlo en Forty Foot.

CAPÍTULO 32
Carlota

—Necesito que me acompañes a por el árbol de Navidad perfecto —digo en cuanto pone un pie en nuestra sala de trabajo y él se queda ahí, de pie, como petrificado, mirándome con el ceño fruncido.

«Qué pena no tener el móvil a mano, porque me habría encantado inmortalizar ese momento en una foto.»

—¿Me estás hablando a mí?

—No, al fantasma que ha entrado justo delante de ti. ¿A quién va a ser si no?

—¿En qué momento se te ha ocurrido que yo soy el más indicado para esa tarea? Por si no te ha quedado claro todavía, odio la Navidad y todo lo que tenga que ver con ella.

—En realidad, no creo que la odies tanto como piensas, simplemente tienes una percepción mala de lo que engloba esta época, pero no me apetece meterme en ese debate ahora mismo. Necesito llegar a la granja antes de que cierren.

—¿No puedes ir sola?

—¿Y de dónde saco el coche? ¿Me lo invento?

—Yo no tengo coche —dice, sorprendiéndome y pinchando la pelota de emoción en la que llevo desde que me ha saltado el aviso en el móvil de que la venta de abetos navideños ya estaba abierta—. No uno que me pertenezca, quiero decir. En el que me has visto alguna vez es de Nora, que si lo necesito me lo presta.

—¿Me estás diciendo en serio que un niño pijo como tú no tiene coche?

—Estás dando por hecho cosas —me recrimina, aunque la expresión que tiene me deja saber que no le ha molestado—. Aunque, a decir verdad, en este tema puede que no vayas muy desencaminada. Tenía uno cuando vivía en Galway, pero lo vendí el primer año de universidad. En Dublín no siempre lo necesitas, así que con el de Nora nos apañamos los tres.

—¿Y no podrías pedírselo para esto? Por favor, Simon. Quiero que esta sala esté completa y no es posible si falta un árbol.

—¿Quieres comprar un árbol para ponerlo aquí? —Me mira aún más confundido que cuando ha entrado, pero no dejo que eso me frene.

—Por supuesto. Necesitamos un árbol. De todos modos iba a comprar uno para casa así que mi plan es dejarlo aquí hasta que entreguemos el proyecto y, después, llevármelo. ¡Lo tengo todo pensado!

—¿Te han dicho alguna vez que estás un poco loca?

—Sí y no me importa. Sin un poco de locura la vida sería demasiado aburrida.

—No me puedo creer que realmente me estés pidiendo ayuda para hacer que esta sala sea aún más abrumadora.

—Pero lo vas a hacer, ¿a que sí? —Le miro con mi mejor cara de cachorrito y, cuando lo veo suspirar y sacar el móvil, doy un pequeño salto en mi sitio—. ¡Gracias! Te debo una. Puedes pedirme lo que quieras, respetando ciertos límites, por supuesto. No pienso hacer nada sexual ni que ponga mi vida en peligro.

—Todavía no he dicho que sí —me recuerda, mientras teclea algo en la pantalla de su

teléfono.

—¡Voy a tener mi árbol! ¡Voy a tener mi árbol! —canturreo, dando vueltas alrededor de la mesa y, cuando llego a su lado, me mira con las cejas alzadas.

—Como no pares, pienso borrar el mensaje que le acabo de mandar a Nora preguntando si puede dejarnos el coche. Quien avisa no es traidor.

Su móvil empieza a sonar antes de que le de tiempo a terminar la frase e, instintivamente, ambos miramos hacia la pantalla.

Nora.

—Ya no hay vuelta atrás, niño pijo.

—También puedo no llevarte.

—Oh, vamos. No serías tan malo. Si en el fondo es todo fachada, pero eres un cacho pan.

Me mira como si quisiera decir algo, pero al segundo desvía su atención y contesta la llamada de su amiga.

—¡Ey! Sí. Sí, has leído bien. Missy quiere ir a por un árbol. ¿Por qué vas a querer venir con nosotros? No. No, Nora, no vas a poner un árbol en mi casa en noviembre. ¿Cómo que por qué no? ¡Porque estamos en noviembre! Ponlo en tu habitación si tantas ganas tienes. ¿A mí que me cuentas? Hazle hueco en el armario. Dile a Cillian que se puede meter sus votos por el culo. ¿Me dejas el coche o qué? Si insistes… Vale. ¿Diez minutos? Te esperamos abajo.

Cuelga el teléfono, sabiendo que he estado atenta a su conversación y me mira con cara de pocos amigos.

—Estarás contenta. Ahora quieren meterme un árbol de Navidad en casa.

—Tus amigos sí que saben.

—Mis huevos. Nora se apunta a un bombardeo y Cillian le dice que sí a todo lo que le haga feliz, así que al final el que acaba perdiendo siempre soy yo.

—Eso te pasa por irte a vivir con una pareja —me río.

—No lo eran cuando nos mudamos. Aunque tampoco te voy a mentir, se veía venir desde el último año de instituto. Solo era cuestión de tiempo.

—¿Cómo es?

—¿El qué?

—Que tus dos mejores amigos de repente empiecen a salir juntos. ¿Fue raro?

—Lo cierto es que no. Cuando empezaron pensé que me iba a sentir como el infiltrado o que me iban a dejar de lado, pero ha sido fácil adaptarse. Tienen sus momentos como pareja y luego tenemos los nuestros como amigos. Supongo que es lo que pasa cuando siempre hemos sido los tres. Ya no hay hueco para sentirse incómodo o fuera de lugar. Lo único malo es que cuando discuten me usan los dos como psicólogo y acabo haciendo de mediador. ¿Y por qué narices te estoy contando todo esto?

—Porque soy genial y me estás cogiendo cariño —aseguro, con una gran sonrisa, y él rueda los ojos antes de darse media vuelta para volver a salir por la puerta.

—Tira, anda. Vienen a buscarnos en diez minutos.

Engancho mi cazadora y mi mochila en tiempo récord y lo sigo hasta el ascensor. Me abrigo mientras bajamos, porque hace ya varias semanas que el frío se ha instalado en la ciudad y siempre he sido muy friolera, y cuando ya estamos en la calle, esperando a ver el coche de su amiga aparecer, vuelve a un tema que pensé que había dejado pasar por alto.

—Así que te puedo pedir lo que yo quiera a cambio de este favor, ¿no?

—Técnicamente, el favor me lo está haciendo Nora, pero sí. Un trato es un trato.

—¿Y estás segura de que no puede ser nada sexual?

—Completamente.

—Qué pena. Yo que te había imaginado con un conjunto de lencería sexi que tuviese borlas en los pezones o algo de eso.

—En tus sueños.

—Iré buscando alguno por Internet, solo por si cambias de idea.

Paso de contestarle, porque no tiene sentido ceder ante sus intentos de tocar las narices y, en menos tiempo del que había prometido, el coche rojo de Nora aparece por la calle.

La granja en la que se lleva a cabo la venta de abetos es aún mejor de lo que me había imaginado. Por no decir que los amigos de Simon están haciendo este viaje mucho más divertido de lo que me esperaba.

Había hablado en alguna ocasión con Nora y ya sabía que me caía bien, pero Cillian ha sido toda una sorpresa. Tiene un humor rápido y fácil con el que es imposible no reírse y verlo relacionarse con los animales de la granja me ha transmitido mucha ternura. No hay más que ver cómo, después de diez minutos caminando entre árboles para elegir el perfecto, uno de los perros sigue caminando a su lado.

Claro que, lo que más me ha sorprendido, es ver cómo Simon cambia cuando sus amigos están alrededor. Como si se deshiciese de los escudos que lleva siempre encima y se permitiese ser libre durante un rato.

«La alegría que te ha entrado al notar que lo hacía pese a estar tú presente mejor la analizamos más adelante.»

—¿Cómo llevas lo de tener que tirar de él continuamente? —me pregunta Nora en un momento en el que nos quedamos las dos un poco por detrás de los chicos, sacándome de mis pensamientos.

—Cada día algo mejor. Supongo que ya me he acostumbrado a la dinámica de trabajo, aunque a veces me agobie verlo perder el tiempo.

—Te entiendo. Llevo años sufriéndolo en mis propias carnes y, cuando te gusta llevar las cosas al día, es una pesadilla.

—Lo peor es que luego lo saca en un abrir y cerrar de ojos. Te despistas y ¡pum! Ha terminado.

—Con los exámenes es igual el muy cabrón. Si no fuese porque ya lo quería demasiado, en primaria le habría odiado con todas mis fuerzas. Y en secundaria más. Se pasaba el día entero jugando a videojuegos y, con prestar atención en clase y leérselo el día anterior, sacaba la mejor nota del curso.

—Así que es verdad lo que dicen de que es un genio.

—Sí, pero nunca han desarrollado al cien por cien su potencial. Supongo que es lo que pasa cuando tus padres no te prestan la atención que… —Se queda callada, como si de repente se hubiese dado cuenta de que ha hablado más de lo debido, pero la tranquilizo.

—Ya me contó que no tenía buena relación con ellos.

—Sí, supongo que podría decirse así. Por otro lado, creo que egoístamente me alegro de que haya seguido nuestro ritmo. Envidio cómo funciona su cerebro, pero también es el profesor particular perfecto cuando se te complica algún tema. Hay alguna asignatura que no habría sacado adelante sin su ayuda.

—Sabía que esa pose de creído y gilipollas era todo fachada.

—Le has calado rápido —se ríe—. Es buen chico, Charlie, simplemente necesita unos tiempos diferentes a los del resto de personas. Eso sí, una vez te incluye en su círculo, consigue

que nunca quieras salir de él. Merece la pena tener un poco de paciencia.

CAPÍTULO 33
Simon

Al día siguiente, cuando llego a nuestra sala, soy yo el que tiene una idea que está deseando poner en práctica. Y he venido preparado. Ahora solo me falta convencerla.

—Espero que tengas el artículo avanzado, porque hoy nos vamos a hacer trabajo de campo otra vez —le digo a modo de saludo y ella, que está terminando de colocar alguna de las decoraciones que compró el otro día en la tienda de Pris en el árbol, me mira confundida.

—¿Qué trabajo de campo quieres hacer?

—Yo ayer te acompañé a por tu árbol. Te toca venir conmigo a experimentar la tarea que me toca a mí.

Veo cómo se le pone la cara pálida de la sorpresa y, al segundo, suelta una risa nerviosa.

—Ni de coña.

—Dijiste que me debías una y que harías cualquier cosa que te pidiese. ¿Dónde se ha quedado eso de que un trato es un trato?

—¡No esperaba que me obligases a darme un baño en el mar con este tiempo! —se queja—. Tiene que estar congelado.

—Por eso lo llaman baño gélido —explico, como si fuese una niña, ganándome un bufido en respuesta—. Si no te atreves a meterte, acompáñame, al menos. Quiero saber lo que se siente para poder ponerlo en el artículo. ¿No dices siempre que tenemos que buscar experiencias reales para transmitir mejor?

—Es casi de noche —apunta.

—Pues será mejor que nos pongamos en marcha ya para que no oscurezca del todo. ¿Estás lista?

No le doy opción a negarse así que, un par de minutos después, estamos saliendo por la puerta de la revista y de camino al coche de Nora. Hoy no se han querido unir al plan, supongo que era más divertido buscar un árbol de Navidad que congelarse las pelotas en el Atlántico, pero no me he dejado amedrentar por sus comentarios.

No sólo tengo curiosidad por lo que puede llegar a experimentar el cuerpo al exponerse a esas temperaturas, que también, sino que quiero descubrir hasta dónde es capaz de llegar Missy. Lleva meses tratando de llevarme hasta el límite con el tema de la Navidad, así que esta vez seré yo el que empuje.

Tampoco me apetecía hacerlo solo y ella es la candidata perfecta para la aventura. La única que puede estar tan loca como para hacerlo si es por el bien del proyecto.

¿Conseguiré que se meta al mar conmigo? ¿Se picará si insinúo que no está cumpliendo con su parte del trato? Pronto lo descubriremos.

—Luego dices que a mí se me va la cabeza por buscar un árbol en noviembre —se queja cuando ya estamos en el coche, con los cinturones de seguridad puestos y a punto de arrancar.

—Eres una mala influencia, Missy. Me estás haciendo cometer locuras.

—Claro, encima la culpa ahora va a ser mía. ¿No podrías haberlo simulado metiéndote en una bañera llena de hielos?

—No es lo mismo.

—Llego a saberlo y me voy a por el árbol en autobús —gruñe, haciéndome reír y, en silencio, continuamos el resto del trayecto.

Tampoco tardamos mucho en llegar a una de mis playas favoritas y, aprovechándome de que está completamente desierta, acerco todo lo posible el coche a la arena. Será mejor tenerlo cerca cuando salgamos del agua.

Sí, estoy dando por hecho que voy a conseguir convencerla.

Nos bajamos del coche y lo rodeo para abrir la puerta del maletero justo antes de quitarme las zapatillas y guardarlas allí. También me quito la cazadora y, cuando estoy a punto de llevar las manos al botón de los pantalones, me frena.

—No es una broma. ¿Realmente vas a hacerlo?

—Pues claro. ¿Si no para qué hemos venido hasta aquí?

—Puede ser peligroso, Simon.

—Solo serán un par de minutos. Entraré, nadaré un poco para ver cómo reaccionan los músculos y volveré a salir. Como no te atreves a venir conmigo, puedes quedarte aquí —digo, señalando el coche.

—Soy muy friolera —me recuerda.

—Eso sí, has perdido la primera oportunidad de dejar nuestro trato saldado. Si no te metes, podré pedirte otra cosa.

—¿Me estás amenazando?

—¿Por quién me tomas? —exagero, haciéndome el ofendido—. Pero quizá me tome alguna semana libre de aquí al final de las prácticas. ¿Puedo saltarme esta que entra?

—Ni se te ocurra.

Me encojo de hombros y señalo el mar con la cabeza.

—Tú decides. —Me quito los pantalones y, al ver cómo intenta desviar la mirada, me río—. Vamos, Missy, no hay nada que no hayas visto ya. ¡Me largo! ¡Piensa rápido cuál es tu decisión!

Corro hasta la orilla, solo cubierto por la camiseta y la ropa interior, notando cómo las piernas se me congelan simplemente por el tiempo que hace en el exterior y, sin pensármelo dos veces, me lanzo al agua.

¡En qué momento!

Las gotas de agua se me clavan como alfileres en la piel y me da la sensación de que, si no me muevo, los músculos van a empezar a desprenderse del resto de mi cuerpo.

Saco la cabeza al exterior para coger un poco de aire antes de nadar y, justo en ese momento, un chapoteo a mi derecha llama mi atención. Se ha metido solo hasta la cintura y se ha dejado puesta la sudadera, pero aun así se nota que está temblando de frío.

—¡Muévete! —grito, para que me oiga a través del ruido que hacen las olas—. Es lo mejor.

—¿Has metido la cabeza? ¡Se te va a congelar el cerebro!

—Vamos, no seas una cagada ahora —digo, acercándome a ella—. Si lo haces, tienes que hacerlo de verdad.

La agarro de la cintura antes de que sea capaz de alejarse de mí, la levanto con facilidad y, por su cara de miedo, sé que ha entendido a la perfección mis intenciones.

—Ni se te ocurra, Simon. ¡Ni se te…!

La lanzo hacia atrás sin pensármelo dos veces y, cuando vuelve a salir a la superficie, me mira con los ojos más brillantes que he visto nunca.

—¡Te mato, niño pijo!

Finjo que huyo de ella, pero en realidad dejo que me enganche rápido y también que me haga una ahogadilla. ¿Por qué? Porque la conozco lo suficiente como para saber que no iba a parar

hasta conseguirlo y, si ya estoy empezando a notar cómo los dedos de los pies pierden sensibilidad, intuyo que ella estará igual.

Salgo corriendo del mar, ella me sigue y, para cuando llega a mi altura, ya he abierto de nuevo el maletero y sacado de su interior dos toallas que me he encargado de guardar esta mañana ahí. Tenía que ir preparado por si el plan salía bien.

La rodeo con una de ellas y ella se deja, porque está tiritando de frío. Se aprieta contra mi pecho, como si eso fuese a ayudarle a entrar en calor más rápido y, froto mis brazos sobre su espalda.

—Como pille una hipotermia y me muera, pienso perseguirte en sueños por lo que te queda de vida —balbucea.

—No seas tan exagerada, solo es un poco de agua fría —me río y, cuando levanta la cabeza hacia mí y me doy cuenta de lo cerca que estamos, un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

«Se me está ocurriendo una manera muy eficaz de entrar en calor.»

—Aunque, si te pones enferma, se me da genial lo de hacer de enfermero —digo, echando fuera el último pensamiento que ha cruzado mi mente—. Hago unos caldos de pollo de la hostia.

—Vivo rodeada de cocineros, Simon —me recuerda—. Vas a necesitar otra cosa si lo que quieres es conquistarme.

—Seguiré pensando entonces.

Me separo de ella para coger una toalla con la que secarme yo y aprovecho para sacar de la bolsa también las dos sudaderas y el pantalón de chándal que he traído por si acaso.

—Coge lo que necesites y cámbiate.

Lo hace sin rechistar y, con la ropa en la mano, se mete en el asiento trasero para vestirse. Yo lo hago fuera y, cuando estoy listo, guardo la toalla y me meto en el asiento del conductor. Enciendo la calefacción a tope para que el interior del vehículo se caldee y espero hasta que se vuelve a sentar a mi lado.

Me resulta extraño verla con mi sudadera, que le queda como un vestido, pero trato de no pensar demasiado en ello. Tengo suficiente con lo que ha pasado cuando la tenía rodeada con la toalla.

—Espero que el artículo de esta semana sea lo mejor que has escrito en tu vida porque si no te pienso poner las tareas más navideñas que queden en la lista —amenaza, aún con los dientes castañeando.

—Me tendrás que contar tus sensaciones para tener dos puntos de vista ¿no?

—Me estoy muriendo de frío y tengo más ganas de pegarte que nunca.

—Genial. Apunto lo de la agresividad.

—El favor está pagado —me recuerda—. No pienso volver a pedirte nada en lo que me queda de vida —me río por su tono de indignación y, sin esperar más, pongo el coche en marcha.
Será mejor que la deje en casa cuanto antes para que se pueda dar una ducha caliente.

Tareas de la octava semana

Carlota · Leyenda de Papá Noel

· Dice la leyenda que San Nicolás, el hombre que inspiró a Papá Noel, está enterrado en el condado de Kilkenny.

· Era un hombre rico que tenía la costumbre de hacer regalos a los pobres.

· Fue declarado santo poco después de su fallecimiento.

· En la abadía de Jerpoint hay una losa que dice: “aquí yace la tumba de San Nicolás”.

Simon · Tarjetas navideñas

· Es una tradición inglesa que ha quedado arraigada en Irlanda.

· Los irlandeses las usan para felicitar las Navidades a sus seres queridos.

· Pueden hacerse manualmente, pero también se venden cajas con hasta treinta tarjetas ya diseñadas.

CAPÍTULO 34
Carlota

No hay manera de pillar el tranquillo a este chico. Justo cuando crees que empiezas a entenderle, hace algo que te desconcierta y te encuentras, una vez más, en la línea de salida.

Eso es exactamente lo que me ha pasado esta semana.

Después de que me hiciese bañarme en el Atlántico en pleno noviembre, con temperaturas demasiado bajas para mi poca resistencia al frío, pensé que se estaba implicando tanto en el proyecto como yo. Su artículo había sido, no sé si a raíz de mi amenaza o por pura casualidad, uno de los que más me habían gustado hasta el momento e, incluso, como respuesta a sus ganas le había otorgado para esta semana una de las tareas más fáciles de las que quedaban.

Tan solo tenía que buscar fotos de tarjetas típicas de Navidad y contar un poco quién se las suele enviar a quién. No tiene nada de complicado.

¿Entonces por qué lleva dos días metido en su burbuja? Desde que vio lo que le había tocado, su estado de ánimo había sufrido un cambio radical y casi ni hablaba.

Que no aproveche el tiempo es algo a lo que ya me tiene acostumbrada ¿pero que no me haya hecho ni una sola broma o comentario en dos días incluso cuando el lunes me pasé toda la hora estornudando por culpa del constipado que pillé por seguirle el juego? Eso, sin duda, es raro. Pero no pensaba insistir para que se abriese conmigo.

He demostrado en varias ocasiones que soy alguien en quien puede confiar. Que puede pedirme ayuda si tiene algún problema con el proyecto o si, simplemente, siente que el tema le sobrepasa. Ya pregunté si le pasaba algo cuando empecé a notarle tan taciturno. Si aun así decide cerrarse en banda, no es cosa mía.

Además, yo también estoy agobiada con mis propios asuntos y no me quedan fuerzas para preocuparme en exceso por una persona que, a la vista está, no quiere mi ayuda.

Hoy, por ejemplo, he quedado a la hora del almuerzo con Lucía en un restaurante de la zona del campus porque se me hace imposible sacar tiempo para organizar nuestros planes navideños. Si no estoy en clase o en las prácticas, estoy estudiando y, las horas a las que yo estoy libre, a ella le coinciden con las que pasa cuidando del hijo de nuestro vecino.

Uno de esos que se portan tan bien que te hacen pensar en lo bonito que sería tener uno tuyo dentro de unos años. Claro que luego te das cuenta de que la mayoría de niños no son tan tranquilos como Niall y se te quitan las ganas. Y, para rematar, recuerdas que hay una pequeña parte, como Simon, que siguen siendo niños incluso después de cumplir los veinte y te queda aún más claro que estás muy bien sola.

Miro mi agenda una vez más, tratando de encajarlo todo mientras el profesor termina de explicar un caso práctico con el que llevamos toda la hora y al que, sinceramente, creo que no sería necesario darle tantas vueltas, y finalmente tacho las dos horas que planeaba pasar en la biblioteca antes de las prácticas y las apunto para mañana.

Como siga así, cuando lleguen los exámenes me voy a cagar en todo, pero no puedo hacer otra cosa. No, al menos, hasta que no inventen una pastilla con la que pueda saltarme las horas de sueño y permanecer despierta como una rosa el resto del día.

Salgo como una bala del aula en cuando termina la clase y, sin perder ni un minuto, me dirijo

al restaurante en el que sé que me estará esperando Lucía.

—No hacía falta que vinieses corriendo —dice mi hermana cuando me desplomo al lado suyo en el sillón que hay junto a la mesa que ha elegido y, tras coger una gran bocanada de aire, los saludo a ella y a Sean, sentado a su otro lado.

Diría que me sorprende ver a mi vecino aquí, pero últimamente se pasan las horas juntos así que sería mentir. Se han tomado tan en serio lo de recuperar la conexión que compartían cuando eran niños y que perdieron por culpa de la distancia, que ha llegado un punto en el que lo raro es ver al uno sin el otro.

—No podía perder ni un segundo. Tengo muchísimas ideas de las que quiero hablar contigo.

Saco la libreta en la que he ido apuntando todo lo del proyecto y la abro por la página en la que he marcado las cosas que estoy segura de que nos gustarán.

Nos esperan unas Navidades moviditas y yo estoy deseando que lleguen de una vez.

¡Qué emoción!

CAPÍTULO 35
Simon

El destino y la suerte en ocasiones son unos cabrones y, con la tarea que me ha tocado esta semana, queda demostrado.

Creía estar cogiendo buen ritmo con los artículos. Cada vez me costaba menos ponerme a investigar e incluso estaba empezando a conocer alguna web de confianza donde encontrar información interesante sobre muchas de las tareas. Y, de repente, tenía que tocarme este maldito tema.

Tarjetas navideñas.

Para muchos sonará inofensivo, pero para mí no lo es. No cuando lo único en lo que puedo pensar cuando intento concentrarme en el proyecto es en mi madre. En lo mucho que disfrutaba haciendo sus propias tarjetas todos los años. En cómo lo acabó convirtiendo en un juego para Molly y para mí. Uno que nos gustaba tanto que volvíamos corriendo a casa del colegio para ponernos manos a la obra.

Hacíamos tantísimas tarjetas diferentes cada año, una para cada familiar o amigo, que acabábamos con las provisiones de pegamento y purpurina de la papelería del barrio. En ocasiones, incluso nos pasábamos de número y nos guardábamos las que más nos gustaban. La puerta de la nevera estaba llena de ellas, sobre todo las que mamá hacía con fotos familiares, y se quedaban allí todo el año.

Daba igual si era Navidad o no.

Aquel lugar siempre era una muestra de esa especie de tradición familiar que acabó siendo un símbolo de lo unidos que estábamos los tres. Porque era algo nuestro. Papá siempre estaba demasiado ocupado como para ayudarnos.

Hasta que todo cambió y las tarjetas desaparecieron. Incluso las del frigorífico.

Lo sé todo sobre la tradición, no me hace falta buscar información de ningún tipo, pero en cuanto me siento delante del ordenador los dedos se quedan bloqueados sobre el teclado y, simplemente, soy incapaz de escribir nada. Ni siquiera cuando sé que la historia de una madre haciendo tarjetas a mano con sus dos hijos pequeños es la típica historia que a alguien como Missy le encantaría.

«No tiene por qué saber que tú eras ese niño. Cuanto antes escribas, antes te lo quitarás de en medio.»

Enciendo mi portátil, dispuesto a enfrentar esos monstruos que me impiden pasar página y superar el pasado y todas esas cosas que se perdieron por el camino, pero en cuanto la hoja en blanco aparece ante mis ojos se me acelera el pulso.

No sé por dónde empezar. No sé qué quiero contar y qué no. Pero tengo que subir el artículo antes de mañana por la noche si no quiero ganarme la ira de Missy.

¿Y si descubre que soy yo? ¿Y si hace preguntas y me acabo metiendo yo solo en la boca del lobo?

«No puedo hacer esto.»

Cierro el portátil de un golpe y lo lanzo al otro lado de la cama.

Maldita sea la Navidad y todo lo que tenga que ver con ella.

A ver cómo me las apaño para que Missy no me odie cuando vea que no llevo ni una sola línea escrita. Más después de que hoy me haya saltado nuestra hora para, supuestamente, investigar una cosa.

«¿Se puede ser más mentiroso?»

Tareas de la novena semana

Carlota · Ropa navideña

· En diciembre, muchos son los irlandeses que deciden vestirse con ropa navideña.

· Lo más común son los jerséis, pero también puedes encontrarte coches con adornos u orejas de reno.

· Hay empresas que eligen un día en el que todos tienen que ir con jerséis navideños. Lo llaman el Christmas Jumpers Day.

Simon · Corona de acebo

· La tradición de poner una corona de acebo en la puerta comenzó en la época celta, cuando las colgaban fuera de las casas para proteger a los que estaban en su interior.

· Aún hoy en día es común encontrar por las calles coronas de hiedra y acebo fresco, pero hay quien opta por su versión artificial.

· En algunos mercadillos, dan la opción de intentar hacer tu propia guirnalda.

CAPÍTULO 36
Carlota

El lunes llego a la universidad con unas ganas inmensas de encontrarme con Simon por los pasillos y cantarle las cuarenta, pero por mucho que miro alrededor mientras me dirijo al aula en la que tengo mi primera clase del día, no lo veo por ninguna parte.

Hace bien en esconderse, porque está a nada de conocer a una Carlota a la que poca gente ha tenido el placer de enfrentarse.

¿Por qué? Fácil. Se ha creído que puede engañarme como a una tonta y no pienso consentirlo. Toda la semana aguantándolo con el morro torcido para que el jueves me mande un mensaje, avisando de que no viene porque tiene que investigar una cosa, ¿y que cuatro días después aún no se haya dignado a subir ni siquiera un borrador del artículo? No me lo trago.

Le he perdonado muchas. He dejado que perdiese el tiempo con juegos sin sentido cuando tendría que estar trabajando, porque sabía que al final acabaría entregando su parte. Pero en tan solo unos días estaremos en diciembre y no voy a dejar que, justo ahora, pinche.

Doy una vuelta sobre mí misma por última vez antes de entrar en la facultad y finalmente me adentro en los pasillos. Puede que no haya descargado mi furia tan pronto como quería, pero pienso guardármela para cuando lo tenga delante.

Como mucho, será esta tarde, porque si no se presenta en la revista soy capaz de plantarme yo en su casa para exigir que me diga por qué se está comportando así cuando pensaba que habíamos limado asperezas.

Entro en el aula con la cabeza en otro sitio y, cuando llego al sitio que suelo ocupar cada mañana, justo al lado de donde Tristan ya me está esperando, me encuentro una caja encima de la mesa.

—¿Qué es esto? —le pregunto a mi amigo, observando el paquete con curiosidad.

Es rectangular, no muy alta y está envuelta en papel navideño. Y lo más llamativo de todo es el lazo que la rodea, del que hay colgando una tarjeta con un nombre.

Uno que deja totalmente claro para quién va dirigida y quién lo ha dejado allí. No solo por la forma tan característica de escribir la eme y que me llamó la atención la primera vez que lo vi en sus notas, sino porque ¿quién más me llamaría Missy?

—Creo que alguien pretende disculparse —responde Tristan, sabiendo de sobra lo enfadada que estoy con mi compañero de proyecto gracias a todos los mensajes que le he mandado desahogándome a lo largo del fin de semana.

Tiro del lazo con cuidado, como si tuviese miedo de que se fuese a romper, y rasgo el papel de regalo sin poder esperar a descubrir lo que habrá en su interior. Destapo la caja y, cuando el jersey que hay dentro queda a la vista, ahogo un grito.

No puede ser.

Es un jersey navideño en tonos blancos y anaranjados. Menos llamativo que la mayoría de los que he visto por Internet al hacer una primera investigación sobre mi tarea de esta semana, pero mágico aun así. Y lo más impresionante de todo es que ha encontrado uno en el que hay impresa una de las frases que más veces he repetido a lo largo de los últimos meses.

—*The most wonderful time*[6].

—¿Te ha comprado un jersey?

—Sí. Es mi tarea de esta semana, lo habrá hecho por eso. ¿No te parece bonito?

—Un poco simple, ¿no? —murmura—. Podría haber escogido uno más llamativo. Los jerséis navideños no suelen ser tan serios.

—El detalle está en la frase y en que se haya currado la disculpa —le explico—. No veo a Simon eligiendo nada que sea demasiado llamativo.

—Ahora solo falta que tenga una buena razón para haberse comportado como un idiota —me recuerda.

—Pienso descubrirla esta misma tarde —le aseguro— y como no me convenza, ni un regalo va a conseguir que se me vaya el enfado. No voy a dejar que todo el proyecto se vaya al garete en las últimas semanas.

Guardo el regalo debajo de la mesa para no llamar la atención del resto de mis compañeros y, cuando ya estamos a mitad de clase, mi móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón indicando la llegada de un mensaje.

Simon: Espero que te haya gustado mi regalo.

Simon: Creo que será la talla, Nora me ha ayudado con eso.

Carlota: Mientras siga sin aparecer tu artículo en Drive seguirás estando en peligro, niño pijo.

Simon: Esta tarde te lo cuento todo, prometido.

Simon: PD. Es la primera vez que mandas un mensaje. Pienso marcar este día en el calendario.

Simon: 25 de noviembre. Hoy he dejado de ser monologuista.

—Charlie —me llama Tristan, haciendo que desvíe la atención del chat—. Quiero pensar que ya sé la respuesta a esta pregunta porque si no me lo habrías contado pero, ¿hay algo entre vosotros?

—¿Entre Simon y yo? —pregunto, solo para confirmar y, cuando asiente con la cabeza, yo niego—. Por supuesto que no. Solo somos compañeros de proyecto.

—¿No sientes nada por él?

—No siento nada por nadie —digo, mirándole fijamente a los ojos.

No solo para que me crea, sino para evaluar su reacción. Sigo teniendo en mente lo que me dijo Keeva hace unos días y, si esta es mi oportunidad para descubrir si realmente mi mejor amigo siente algo por mí aunque nunca me lo haya dicho, voy a aprovecharla.

—Si eso cambiase, sería el primero en enterarme, ¿verdad?

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza ahora mismo como para meterme en más líos fijándome en chicos pero sí, si cambia, serás el primero en saberlo —le tranquilizo—. ¿Hay algo que quieras contarme? —tanteo, por si consigo que se abra conmigo, pero niega con la cabeza.

—Solo me preocupo por ti.

—Pues te puedes quedar tranquilo, porque no tengo ningún tipo de interés amoroso en Simon. Es demasiado insufrible como para querer aguantarle todos los días a propósito, ¿no crees? —Le hago reír con ese último comentario y, sin decir nada más, ambos volvemos a prestar atención a la clase.

O lo intento, porque no puedo evitar sentirme extraña después de pronunciar esa última frase

y no sé si es porque, en el fondo, sé que Simon no es tan insufrible como pretende hacer creer a todo el mundo o porque, pese a que a veces lo sea, lo cierto es que cada día me gusta un poco más pasar tiempo con él.

CAPÍTULO 37
Simon

Llego antes que nunca a nuestra sala de trabajo y, para cuando Carlota entra por la puerta, tengo la mesa llena de recuerdos de mi infancia. Fotos de mi madre decorando las tarjetas navideñas. Alguna los tres con las caras llenas de purpurina y sonrisas enormes en los labios. Tarjetas de las que he sido capaz de encontrar entre mis cosas. Incluso algunas de las que he recibido estos últimos años de parte de mi hermana.

—¿Qué es todo esto?

—Tarjetas navideñas.

Me mira extrañada pero, en silencio, se acerca a la mesa y empieza a ojear cada uno de los objetos que he dejado allí con suma atención. Uno a uno, sin perderse nada. Hasta que llega a una foto en la que salimos los tres acompañados de Pris y cargados de cartulinas y rotuladores.

—¿Eres tú?

—Eso dicen —bromeo, para aliviar un poco la tensión que se nota en el ambiente.

—¿Todas estas las hiciste tú? —pregunta, señalando las tarjetas que hay a un lado—. Parecíais disfrutar mucho de ello.

—Lo hacíamos. Algunos de los recuerdos más felices de mi infancia son haciendo estas tarjetas con mi madre y con mi hermana —le explico, para que sepa quienes son las otras dos personas que aparecen en la foto—. Pero hace tiempo que no es más que eso, un recuerdo del pasado en el que duele pensar.

—¿Por eso estuviste tan raro toda la semana pasada?

—He intentado hacer el artículo, Missy, pero no soy capaz. No sé por dónde empezar. Me pierdo en recuerdos, me frustro y acabo apagando el ordenador sin haber hecho nada.

—Si era tan difícil para ti podrías habérmelo dicho. Te di la tarea porque pensé que sería algo sencillo, podría habérmela quedado yo.

—No quería rendirme tan fácilmente. Quería hacer frente a los monstruos, pero me han superado. Lo siento.

—No tienes que pedirme perdón por nada, Simon —dice, totalmente en serio, y se sienta enfrente de mí para mirarme a los ojos—. Cada uno tenemos nuestros propios monstruos y enfrentarse a ellos es muy complicado. No pasa nada por fallar. Llegará un día en el que les des una patada en el culo a todos.

—¿No quieres saber por qué dejamos de hacerlo?

—Sé que te cuesta contar ese tipo de cosas, así que no voy a preguntar. Si tú me lo quieres contar, escucharé, pero no te sientas forzado. Es más, no hagas el artículo si te cuesta tanto. Tenemos que descartar tareas igualmente, así que esta puede ser una de ellas.

La miro fijamente, tratando de decidir si confío en ella lo suficiente como para contarle la historia sin filtros y, tras respirar profundamente, empiezo.

—Creo que la tradición empezó incluso antes de que naciese Molly. Empezábamos en octubre a hacerlas, como tú a decorar —comento, haciéndola sonreír—. Había años en los que hacíamos tantas que incluso sobraban, pero lo que más nos gustaba era disfrutar de ese tiempo juntos, así que no importaba. Pero pasó algo y… Desde entonces mi madre tiene un

problema con la bebida —confieso, soltándolo de una tirada, porque si no soy incapaz.

—¿Qué pasó?

—No quiero hablar de eso.

—Vale, no pasa nada —dice, comprensiva.

—Lleva mucho tiempo sin ser ella misma. Fue como, si de repente, mi madre dejase de ser mi madre y se convirtiese en una persona totalmente diferente. Todos los días llegaba a casa tambaleándose, sujetándose en las paredes para no caerse, sin ser capaz de encajar la llave en la cerradura. Nosotros pasamos a un segundo plano y lo de hacer cosas juntos a un quinto. Molly intentó animarme a seguir con la tradición nosotros dos solos, pero no era lo mismo.

—¿No ha pedido ayuda?

—Cuando una persona no quiere admitir que tiene un problema es complicado que se dé cuenta de que la necesita.

—¿Y tu padre no ha hecho nada?

—A él mientras no influya en su imagen pública, le da igual lo que haga. Sé que tu concepto de familia difiere mucho de esa forma de ver las cosas, pero esta es mi realidad.

—No me extraña que no quieras volver a Galway siendo así.

—El otro día fui sincero contigo. No quiero depender ni de mi padre ni de mi apellido para tener un futuro. No soy como él. Este proyecto es tan importante para mí como para ti, Carlota, y me estoy esforzando porque salga bien. He fallado y me jode, pero no es porque no me esté implicando.

—Me has llamado Carlota —susurra, incrédula, y hasta yo tengo que repensar mis propias palabras para darme cuenta de que sí, por segunda vez desde que la conozco, la he llamado por su verdadero nombre.

Está claro que es mi manera de demostrar que estoy siendo completamente sincero.

—No te acostumbres, ha sido solo porque me has pillado con la guardia baja —gruño, haciéndola reír, pero vuelvo a hablar en serio porque necesito que quede claro—. Necesito construir mi propio camino y estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para ello. Puede que una semana no haya sido suficiente para enfrentarme a todos esos pensamientos intrusivos, pero lo voy a conseguir.

—Si te puedo ayudar en algo, sabes que solo tienes que decirlo.

—No quiero eliminar las tarjetas del proyecto —declaro—. Si algo tengo claro es que huir de algo no es el camino que debes tomar para superarlo. Me va a costar, pero pienso terminar ese artículo. Será mi prueba de fuego.

CAPÍTULO 38
Carlota

Aunque no estuviese al tanto de todo lo que iba a provocar el tema de las tarjetas navideñas, una parte de mí no puede evitar sentirse culpable por haber despertado todos esos recuerdos dolorosos, así que también me siento responsable de intentar levantar un poco al ánimo que reina en la sala.

Además, estando acostumbrada al Simon bromista y guasón que aprovecha cada mínima oportunidad para hacer una gracia y que no sabe quedarse quieto, tener enfrente a esta otra versión decaída y sin ganas de nada no me gusta.

«¿Quién te iba a decir que ibas a preferir al insoportable?»

—Esta semana te toca hablar de las coronas de acebo que los irlandeses cuelgan de sus puertas. ¿Lo hacíais en casa?

—No.

—Pris me ha dicho que a ella le encanta hacerlas, así que esta vez lo tendrás fácil para encontrar información y hacer un artículo en condiciones. No es un tema muy extenso, así que tampoco hace falta que sea demasiado largo. Encárgate de eso y trabaja en lo de las tarjetas si quieres. Para la semana que viene te prometo que te voy a dar una tarea que te va a gustar mucho.

—¿Cómo estás tan segura?

—El objetivo es ir de bares haciendo el imbécil y bebiendo cerveza así que creo que te va bastante al pego.

—¿Te acabo de contar que mi madre tiene un problema con la bebida y a ti se te ocurre mandarme de bares a emborracharme? —pregunta, totalmente serio, y noto como se me va todo el color de la cara.

Joder, no había pensado en eso.

—Tranquila, Missy, que solo estaba bromeando. Que ella no sepa controlarse no significa que a mí me pase lo mismo.

—¡Que idiota eres! Por un momento he pensado que había metido la pata hasta el fondo —me quejo, consiguiendo que él se ría y deje salir un poco a ese Simon al que estoy ya tan acostumbrada—. Me estaba sintiendo la peor persona del mundo.

—No te voy a negar que, en ocasiones, tengo miedo de caer en sus mismos errores, pero tengo claro que tampoco voy a dejar de vivir mi vida por eso.

—¿Entonces te gusta el plan? ¿Los doce pubs para ti?

—Sí, me lo quedo. Con una condición. —Me mira con una sonrisa enorme en la cara y antes de que siga hablando, le corto.

—Ya no te debo ningún favor —le recuerdo.

—Lo sé, pero es obvio que si alguna tarea se merece un buen trabajo de campo, es esta. El año pasado intenté hacerlo con Cillian y Nora y siendo solo tres fue sumamente aburrido. Necesito más participantes en el juego.

—¿Quieres que vaya con vosotros de fiesta?

—Sí, ¿por qué no? Trae a tus amigos. Cuantos más, mejor.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con el Simon que huye de relacionarse con la gente?

—No te estoy diciendo que quiera hacer amigos, Missy, tan solo es salir a beber unas cervezas y divertirnos un rato. ¿Te apuntas?

—Está bien —digo, no muy convencida—. Solo espero que esto no sea un plan para aprovecharte de mí cuando lleve unas cuantas cervezas de más, porque no te va a funcionar.

—No te preocupes, Missy, que para conquistarte no necesito que haya alcohol de por medio. Acabarás viniendo por tu propio pie.

—Serás creído.

—*Tu es charmante, mon chéri*.[7]

CAPÍTULO 39
Simon

Para cuando el fin de semana llega, sigo sin saber muy bien de dónde salió la idea de proponer a Missy que ella y sus amigos se viniesen con nosotros de fiesta.

Es como si tuviese la necesidad de hacer cosas juntos y no lo entiendo.

Me cae bien, sí, y también sé que tan solo nos quedan un par de semanas para terminar con el proyecto, lo que significará volver a vernos solo por el campus, ¿pero por qué me importa tanto? ¿Por qué me entristece la posibilidad de no hablar todos los días con ella?

«Porque ya la consideras tu amiga.»

Mi conciencia lo tiene claro, ¿pero yo? No tanto.

Sí que es verdad que las prácticas me han hecho descubrir una faceta de Missy que no esperaba pero ¿cómo ha conseguido meterse en mi vida con tanta facilidad? Le he contado cosas que nunca había compartido con alguien que no fuesen Cillian y Nora y no me he sentido incómodo en el proceso. He confiado en que no me traicionaría, me he arriesgado. He sido yo mismo delante de ella, sin escudos, y eso es algo a lo que me llevaba negando desde que me mudé a Dublín.

¿Qué tiene Missy para hacer que con ella todo sea diferente?

¿Serán esos ojos, que cuando me miran fijamente son capaces de convencerme de todo? ¿O su personalidad, tan fuerte y valiente que me hace tener ganas de conocerla a fondo? O quizá su sinceridad, porque estoy seguro de que me dice las cosas tal y como las piensa, sin pelos en la lengua ni florituras, y eso me da buenas vibras.

Sigo chinchándola, porque es mi placer culpable, pero también hemos tenido unas cuantas conversaciones serias en las que nos hemos confesado cosas de nuestro pasado, como dos amigos más.

Sin embargo, hay algo diferente que no consigo identificar, porque tampoco siento con ella la misma conexión que con Cillian y Nora. ¿Será porque con ellos llevo toda la vida? ¿O porque, simplemente, no es el mismo tipo de relación? Si tuviese más amigos tendría más parámetros de comparación, pero no es el caso.

Tampoco me puedo olvidar de que con Missy he cruzado unos límites que la amistad no contempla. ¿Será eso lo que cambia? ¿El recuerdo de lo que pasó en el cumpleaños de Nora y la seguridad de que, si tengo la oportunidad de que se repita, la voy a coger al vuelo?

—Yo tengo una teoría de por qué quieres que venga —dice Cillian a mi lado, sacándome de mis pensamientos y consiguiendo que centre toda mi atención en él.

Estamos los dos solos en casa, porque Nora se ha ido con una compañera de clase al centro comercial en busca de ropa para estas Navidades, así que había aprovechado para exponerle mi dilema sin tener que aguantar a mi amiga y su obsesión porque me eche novia.

O al menos eso pensaba, porque la respuesta de Cillian me descoloca.

—Creo que te gusta Charlie.

—¿Qué dices?

—Son muchas las señales, Simon, y te prometo que no te lo estoy diciendo para forzarte a hacer nada ni con la esperanza de que me lo confirmes, simplemente es mi opinión. Lo que

después decidas hacer es cosa tuya.

—A ver, ¿por qué dices que me gusta?

—Siempre que anda cerca, estás pendiente de ella. No hay día que no la menciones. Tú mismo me has contado que te gusta hacer planes y pasar tiempo juntos. Por no hablar de que has hecho cosas por ella que en la vida me habría imaginado, empezando por ir a por un árbol de Navidad.

—Todas esas cosas también las hago con vosotros.

—Sí, pero nunca te he visto ser así con alguien ajeno a nuestro círculo y lo peor de todo es que lo haces inconscientemente. Te sale solo. Puede que todavía no te hayas dado cuenta porque nunca has dejado que nadie se acerque lo suficiente como para llegar a este punto, pero yo llevo semanas notándolo.

—¿Te has dejado llevar por Nora y su mundo de rosa?

—No. Ella lleva pensándolo desde el primer minuto. Yo al principio dudaba que pudieseis llegar a soportaros el uno al otro —admite con una risa—. Pero a la vista están los hechos.

—Me comporto con ella como con cualquier otra persona con la que me haya tocado hacer un trabajo —insisto.

—¿A cuántas personas les has contado en el tiempo que llevas en Dublín que la relación con tus padres no es buena? —No contesto, porque sabe perfectamente la respuesta—. ¿Cuántas veces te has liado con una chica de tu clase? Con Charlie, el proyecto no te ha supuesto ningún obstáculo. Es más, después de acostaros, me atrevería a decir que tu interés en ella no ha disminuido, sino que más bien a aumentado. Estás constantemente buscando maneras de llamar su atención. ¡Le has hablado a tu hermana de ella! Hasta mi madre sabe que existe ¿y me vas a seguir diciendo que no sientes nada de nada?

—Vale, no puedo negar que me atraiga en el plano físico, pero nada de lo que has dicho tiene algo que ver con que haya sentimientos más allá. Me cae bien y he visto que puedo confiar en ella, pero eso no cambia nada.

—Entiendo que no quieras arriesgarte a dar un paso más y que no creas en las relaciones románticas, Simon, pero por lo menos deberías darte el lujo de admitir tus propios sentimientos. No hablo de confesárselos a nadie, sino de aceptarlos. Bloquearlos no es bueno.

—Dice el que tardó más de un año en contarme que le gustaba nuestra mejor amiga y cinco más en atreverse a decírselo a ella —me quejo.

—Cada persona tiene sus tiempos —sonríe—. Yo tardé en echarle huevos, pero llevo dos años viviendo en una puta nube. Merece la pena experimentarlo, Simon.

—¿Y si lo hago y después me destroza?

—Pues te vuelves a poner en pie, te quitas el polvo del traje y buscas la manera de seguir adelante. Estoy seguro de que dolerá, pero me parece más triste negarse la posibilidad de sentir.

—No quiero sufrir. Estoy mejor a mi bola.

—Es tu decisión, amigo mío. Yo siempre estaré ahí si me necesitas —me promete, dándome un apretón en el hombro—. Aunque, por si no te habías dado cuenta, acabas de admitirlo —susurra mientras se levanta del sofá para después dejarme solo en el salón.

«¿Será verdad que te gusta?»

Intento dejar la mente en blanco, librarme de todos esos prejuicios que llevan años acompañándome, y busco en mis recuerdos.

El nudo que se me puso en el pecho cuando se largó de la habitación la semana siguiente.

Cómo se me enciende todo el cuerpo cada vez que le hago una broma al respecto.

Lo mucho que me gustó arroparla con la toalla el día que nos bañamos en el mar.

Las ganas que he tenido en muchas ocasiones de besarla porque sí.

Lo bien que me siento cuando ella está cerca, como si fuese una especie de fuente de tranquilidad y comodidad.

¿Y si lo que hasta el momento he interpretado como que me apetecía repetir en realidad era otra cosa?

«Ahora sí que estás jodido.»

Tareas de la décima semana

Carlota · Merrion Square

· Se necesita ticket para entrar a su interior.

· Todo el parque está decorado con luces y animaciones led.

· Da la sensación de entrar en un bosque invernal, plagado de árboles blancos.

· Algunas de las animaciones más espectaculares de años anteriores son pingüinos bailando o una tormenta de nieve interactiva.

· Venden chocolate y crepes.

· Investigar qué podremos encontrar este año.

Simon · 12 Pubs

· Los irlandeses quedan con sus amigos para vestirse con ropa navideña y recorrer doce pubs de la ciudad.

· En cada uno de los bares hay que cumplir unas reglas, a modo de retos, y quien falle pierde.

· Hay una web en la que te dan varias ideas, pero hay quienes deciden ser originales.

· Los retos pueden ir desde tener prohibido llamarse por el nombre de pila, a no poder dejar la jarra sobre la mesa o aguantar todo el rato que estés en el bar a la pata coja.

· Objetivo: divertirse con los amigos.

CAPÍTULO 40
Carlota

Se podría decir que el proyecto está casi acabado y, por raro que parezca, eso me hace estar todavía más nerviosa que estas semanas anteriores.

Solo queda que Simon termine su último artículo mañana, incluyendo lo que saquemos de la experiencia de esta noche, y el lunes nos reuniremos para decidir cuáles son las tradiciones que aparecerán en nuestro trabajo final. Y, después, todo habrá llegado a su fin.

¿Por qué de repente me da pena que eso signifique alejarme de Simon otra vez?

—No me puedo creer que nos hayas convencido para hacer esto —dice Seamus, mirando el jersey navideño que lleva puesto y, después, al resto de mis amigos.

Hemos sido los primeros en llegar al pub donde hemos quedado con Simon y sus amigos para empezar el juego y, por supuesto, me he encargado personalmente de que todos ellos vayan vestidos para la ocasión. ¿Cómo? Muy fácil. Me los he llevado de compras antes de venir hasta aquí.

Seamus y Tristan me han mirado con cara de espanto, pero tanto las chicas como Rory se han lanzado a escoger la ropa más ridícula que encontrasen en la tienda. Ya sabía yo que no todos mis amigos eran unos sosos y que alguno me iba a seguir la corriente.

—¡Pero si estáis todos ideales! ¿Cómo íbamos a hacer esto sin vestirnos para la ocasión? —me quejo.

—Yo lo que no entiendo es por qué de repente te apetece quedar con Simon y sus amigos, si hace unas semanas ni lo soportabas —apunta Rory—, pero nunca diré que no a una noche de fiesta.

—¡Vamos a romperla con los retos! —exclama Keeva, salvándome de responder con un cambio de tema y, por la forma que tiene de chocar su rodilla con la mía, sé que lo ha hecho a propósito—. ¿Quién los ha pensado? ¿Gaughan?

—Según me dijo, entre Cillian y él.

—Miedo me da lo que puede salir de ahí —se ríe Miurne.

—Tienen prohibido meter temáticas sexuales o que puedan poner en peligro la integridad física —aclaro—. Quise asegurarme de ello antes de meternos en este lío.

—Ahora solo queda que te hayan hecho caso —apunta Tristan pero, antes de que nadie pueda contestar, la puerta del pub se abre y entran las tres personas que faltan para comenzar el juego.

Sonrío a modo de saludo cuando reparan en nuestro grupo y, conforme se acercan, puedo entrever que bajo las cazadoras llevan también ropa navideña, los tres, me pongo de pie de un salto.

—¡No me lo puedo creer! —Sin pensar dos veces en lo que estoy haciendo, tiro de la cremallera de la cazadora de Simon hasta que su jersey queda a la vista y al ver la pareja de renos saltando, me echo a reír.

—Missy, si lo que quieres es desnudarme solo tienes que pedirlo, pero lo de tener público nunca ha sido una de mis fantasías.

—¡No vengas con gilipolleces! ¡Vas de Navidad! Nunca pensé que mis ojos llegarían a ver esto.

—Es culpa suya —Sigo la dirección de su mirada hasta que doy con Nora y la engancho del brazo para que sea ella la que se siente a mi lado. Esta chica cada vez me cae mejor.

—Cuéntame tu secreto. ¿Le has amenazado con algo? ¿Le has escondido el resto de ropa para que no tuviese nada más que ponerse?

—Sorprendentemente, no he tenido que llegar a esos niveles. Si realmente estamos haciendo esto para experimentar la tradición de los doce pubs, tenemos que cumplir las normas. ¿Cuál es la primera? Llevar ropa navideña. Eso sí… —Se inclina hacia mí como si fuese a contarme un secreto y pone voz de susurro, pero en realidad habla lo suficientemente alto como para que todos la escuchemos—. Estoy segura de que le están saliendo sarpullidos en el cuerpo de solo pensarlo. No me extrañaría que se pase media vida recordándome este día.

Hago las presentaciones formales entre los dos grupos de amigos, aunque ya nos conociésemos entre todos por habernos visto en varias ocasiones por el campus y, sin más dilación, Simon saca la lista en la que ha apuntado los retos que tenemos que ir cumpliendo en los doce pubs que vamos a recorrer a lo largo de la noche.

Empezando en el momento en el que pidamos la primera ronda.

—Repaso rápido de las normas para que todos lo tengamos claro —empieza—. Tenemos que recorrer doce bares. En ninguno de ellos se tomará más de una bebida. El tiempo estimado para cada bar será de media hora. Si fallas el reto, te tienes que beber lo que te quede en el vaso de un solo trago. Y, por último, que nadie se vuelva loco y pretenda beberse doce cervezas en una noche porque el objetivo no es acabar en urgencias.

Todos asentimos con la cabeza y, conforme la camarera deja las ocho pintas de cerveza encima de la mesa, hace intención de dejar la lista de retos al alcance de todos, pero Cillian lo para.

—¿No sería más divertido ir diciendo cada reto cuando vayamos superando bares?

—Me parece bien, más misterioso —se une Keeva—. Venga, ¿cuál es el primero?

—Empezamos con una fácil. Nadie puede coger la jarra con su mano dominante. Nora es zurda, ¿alguno más? —Negamos con la cabeza y, a modo de demostración, él mismo levanta su jarra con la mano izquierda y la lleva al centro de la mesa—. *Sláinte!*[8]

—*Sláinte!* —coreamos todos al mismo tiempo, haciendo chocar nuestras jarras, y nos llevamos la bebida a los labios.

¡Que empiece la juerga!

Para cuando emprendemos el camino hacia el séptimo club ya nos hemos retado a no llamarnos por nuestro nombre de pila, a no hablar con la persona sentada a nuestra derecha y a no poder ir al baño, y también hemos hecho una carrera para que el último en llegar tuviese que cantar un villancico en medio del bar y otra para ver quién tenía que ligar con el camarero para conseguir una ronda gratis.

Aunque, lo mejor de todo, es que los ocho hemos encajado como si fuésemos un solo grupo y llevamos toda la noche riéndonos de chorradas y contando anécdotas, los unos de los otros, que hacen imposible que las carcajadas cesen. Incluso Tristan y Seamus, que son los que temía que se quedasen más apartados, están involucrados en todo momento en la conversación, lo que me hace inmensamente feliz.

Sin embargo, viendo cómo está evolucionando la noche, algo me dice que no vamos a ser capaces de cumplir con los doce pubs. Simon es el único que, después de la segunda cerveza, se ha pasado completamente a bebidas sin alcohol. Yo he ido intercalando algún refresco porque no quiero que me vuelva a pasar lo mismo que en octubre. Seamus no ha abandonado su Fanta de

siempre. Pero el resto… El resto no sé si serán capaces de llegar por su propio pie a casa como sigamos así por cinco bares más.

—Puede que sean imaginaciones mías porque voy un poco borracha —dice Keeva, enganchándose a mi brazo y hablándome prácticamente al oído para que nadie más la escuche—. Pero te mira como si te quisiera comer.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡Simon! Lleva toda la noche siguiéndote con la mirada, tía. Ese chico quiere algo más contigo, que lo sé yo.

—Ha insinuado en varias ocasiones que no le importaría repetir, pero paso.

—¿Por qué?

—¿Tengo que recordarte que tú misma fuiste la que me dijo que fuese con cuidado? —digo mirándola con las cejas alzadas—. Pues eso.

—Pero por Tris, no por Simon. ¿Tú quieres acostarte con él otra vez? —pregunta, sin pelos en la lengua.

—No sé, Keeva, es complicado.

—¿Por qué es complicado?

Me quedo callada unos segundos, tratando de ordenar mis pensamientos, y empiezo por lo más importante de todo.

—El proyecto podría irse a la mierda si las cosas entre nosotros se vuelven raras.

—Proyecto que terminaréis en dos semanas. No me sirve. Siguiente.

—Dejar que ocurra una segunda vez puede dar pie a una tercera y así sucesivamente. No quiero verme metida en esos jaleos. Menos con alguien que es sumamente diferente a mí. No pensamos igual, no tenemos los mismos gustos…

—Los opuestos se atraen —me corta—, y si el sexo es bueno, sigo sin verle el problema a que se repita las veces que os apetezcan. ¿No dijiste que ambos teníais claro que la cosa no iría más allá?

—¿Y si me complico la vida por un polvo? ¿Y si hacerlo más de una vez lo complica todo? ¿Merece la pena?

—Charlie, me da la sensación de que hay cosas que no me estás contando —admite—. ¿Por qué te comes tanto la cabeza si, como dices, solo es un polvo? Debería ser tan simple como preguntarte a ti misma, ¿me apetece o no? No sé ni cuántas veces en los dos últimos años te habré oído pedir que apareciese algún chico guapo en el que fijarte y, cuando por fin lo hace, tratas de evitarlo.

Nos callamos cuando llegamos a la puerta del bar, donde el resto nos están esperando, y hago todo lo posible para concentrarme en el reto que nos toca y dejar de pensar en otras cosas.

Ni siquiera sé para qué me molesto, porque de alguna manera u otra acabo metiendo la pata a la primera de cambio y me toca beberme la Coca-Cola casi entera de un solo trago. No lo recomiendo. Me cae tan mal en el estómago que tengo hasta náuseas y, sin poder aguantar más rato el ambiente recargado del local, salgo a la calle con la excusa de que necesito tomar aire fresco.

Me apoyo contra la pared del pub y cierro los ojos, en un intento de tranquilizarme que, por suerte funciona. Al moverme, relajar los hombros y respirar hondo, consigo que poco a poco el malestar se vaya pasando. Hasta que noto que alguien se acerca a mí y, simplemente por el olor de su perfume, adivino de quién se trata.

¿Por qué de repente me pongo nerviosa cuando está cerca? ¿Será porque tengo demasiado reciente la conversación con Keeva? ¿O porque esa misma charla me ha hecho darme cuenta de

que tengo miedo de no tener las cosas tan controladas como creía?

¿Me niego a acostarme de nuevo con Simon porque realmente pienso que sería un error o porque tengo miedo de que eso desencadene situaciones a las que no estoy lista para enfrentarme?

—¿Estás bien? —me pregunta con el ceño fruncido y asiento con la cabeza.

—Esa maldita Coca-Cola me ha sentado como la mierda —le tranquilizo.

—Si te encuentras mal y necesitas que te acompañe a casa, puedo decirles que me esperen en la siguiente parada —insiste.

—¿Vamos a dejar el trabajo de campo a medias simplemente porque he sido tan tonta como para responder «no» con la primera trampa que me habéis montado?

—Ha sido culpa mía, lo siento —confiesa, pero lo hace con una sonrisa en la cara, lo que deja claro que en absoluto está arrepentido.

—O mía por seguir respondiendo a tus burlas. Debería ser inmune a ti después de tanto tiempo.

—El día que dejes de contestarme perderá toda la gracia —admite.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo, pensando de nuevo en la conversación con Keeva y, cuando me anima a hacerlo con un movimiento de cabeza, me lanzo antes de que pueda arrepentirme—. Cuando haces bromas sobre lo compatibles que somos o dices lo de acostarnos otra vez, ¿va en serio?

—Somos perfectamente compatibles, Missy, quedó más que demostrado.

—¿Y lo otro?

—¿Quieres saber si me acostaría contigo? —asiento—. Sí. Nos lo pasamos bien. Si a los dos nos apetece, no veo por qué negarnos el placer de repetirlo.

Me quedo pensando sus palabras durante un par de minutos, porque esta vez no ha habido ni gota de humor en su tono de voz y, sin poder evitarlo, mis ojos los recorren por completo.

El pelo oscuro, que luce despeinado pero todos sabemos que lleva tiempo dejarlo así. Sus ojos negros. La piel dorada por el sol, pese a estar en pleno invierno. Lo bien que le sienta el jersey navideño, que se amolda por completo a su musculatura. Sus manos…

—¿Te he dicho que el rojo te favorece? —pregunto, haciendo alusión al color de su jersey—. Estás guapo.

—¿Estás intentando ligar conmigo?

—*Nah*. Para eso no tendría ni que esforzarme. Con una sola palabra, te tendría a mis pies.

—Missy, creo que estoy siendo una mala influencia para ti. Se te ha subido el ego un poquito a la cabeza.

—¿Quieres que te lo demuestre? —me lanzo, mordiéndome el labio inferior y consiguiendo que su atención se centre en esa zona.

—Inténtalo —me reta, de repente con una voz mucho más ronca que antes, y lo hago.

De cabeza. Sin pensar. Porque Keeva tiene razón, ¿qué puede salir mal? Es hora de dejar de darle tantas vueltas y dejarme llevar, simplemente, por lo que me apetezca hacer en el momento.

El mundo no se va a venir abajo porque me permita perder el control por una vez.

—Bésame.

CAPÍTULO 41
Simon

¿Me jode darle la razón? Por supuesto. ¿Voy a perder la oportunidad? Ni loco. Mucho menos después de la charla que tuve el otro día con Cillian, en la que me ayudó a ver que las cosas no son para nada como yo creía.

Que esta chica me vuelve loco, aunque me joda admitirlo. Que se ha ganado un puesto en mi vida sin tan siquiera pretenderlo y que ya no quiero echarla de allí. Que puede que lo que siento por ella no sea simplemente una atracción sexual muy fuerte. Que haya más, aunque aún no sea capaz de identificarlo a la perfección.

Por eso, en cuanto la palabra sale de sus labios doy un paso en su dirección y, al ver que no se aparta ni un milímetro, me agacho hasta que nuestras bocas se juntan. Y la beso con ganas, demostrando que por mucho que disfrace mis intenciones de broma, son muy reales.

Tengo ganas de volver a tocarla desde que salió por la puerta de mi habitación. Ni siquiera soy capaz de contar cuántas son las ocasiones en las que he tenido la tentación de besarla del mismo modo que estoy haciendo ahora. Y acariciarla. O escuchar esos pequeños gemidos involuntarios que se escapan de su boca cuando pego mi cuerpo completamente al suyo.

Llevo mi mano a su cuello, consiguiendo que eche la cabeza hacia atrás y tenga mejor acceso y, sin perder ni un minuto, profundizo el beso, dándome el placer de explorar su boca por completo.

«¿Cómo es posible que estés empalmándote con un simple beso?»

Gruño cuando una de sus manos se enrosca en el pelo de mi nuca y la empujo aún más contra la pared, consiguiendo que no quede ni un solo centímetro de su cuerpo que no esté en contacto con el mío.

—¿Todavía sigues dudando de que seamos compatibles?

—Cállate —gruñe y vuelve a besarme, como si fuese su táctica para mantenerme con la boca cerrada.

No seré yo quien se queje.

—Vente a casa conmigo esta noche —murmuro contra sus labios—. No lo pienses, solo di que sí.

—¿Me tendré que beber otra Coca Cola de un trago? —bromea—. Seguimos en el mismo bar.

—Te guardaré el secreto —prometo.

—Vale. Pero fingiré que me voy por otro lado. No quiero que mis amigos lo sepan.

—¿Me estás ocultando, Missy?

—Si no te gustan las condiciones…

—Me la sudan las condiciones —la interrumpo—. Ahora mismo lo único que quiero es volver a tenerte sobre mí y que me vuelvas loco con tus exigencias.

—Me encanta que seas tan obediente— dice con una sonrisa y vuelve a besarme—. Deberíamos volver dentro si no queremos que alguien se empiece a hacer preguntas.

—Un segundo —la beso. Y la vuelvo a besar. Y justo cuando me estoy convenciendo a mí mismo de que tengo que dejarla ir porque vamos a tener toda la noche para hacer esto, una voz consigue que nos separemos de golpe.

—No me jodas.

La cara de Missy se pone blanca en cuanto ve a su mejor amigo a unos pocos metros de nosotros y, en los ojos del chico, me parece notar un rastro de dolor, pero no me da tiempo a observarlo con detenimiento porque, al segundo, se ha doblado sobre sí mismo para vomitar sobre la acera.

Missy se acerca a él rápidamente para ayudarlo, pero él la aparta de un empujón y, tras limpiarse la boca con la manga del jersey, la mira de tal manera que, esta vez, es imposible no notar lo destrozado que está.

La pregunta es, ¿por qué?

—¡Déjame! —le grita—. Me prometiste que me lo contarías.

—Tris…

—No quiero saber nada de ti —dice, con rabia, consiguiendo que Missy de dos pasos hacia atrás de la impresión y, justo antes de que se aleje de nosotros, Keeva y Miurne aparecen por la puerta del pub.

Miran la escena con curiosidad, como si intentasen saber lo que ha pasado simplemente observando las pruebas, y sorprendentemente una de ellas lo consigue. O al menos eso parece, a juzgar por lo que dicen a continuación.

—Joder, Charlie, te pedí que hablases con él antes de nada.

—¡Y lo hice! —se queja—. Le pregunté si tenía algo que contarme y me dijo que no. ¿Es que tengo que avisaros antes de besarme con alguien para que nadie se lleve una sorpresa? Hola, chicos, me voy a enrollar con Simon ahí fuera. No os enfadéis conmigo.

—¿Me he perdido algo? —dice Miurne, mirando a sus dos amigas como si estuviesen en un partido de tenis.

—Charlie se tiró a Gaughan en el cumpleaños de Nora.

—Sigo aquí, por si no os habíais dado cuenta —comento, pero las tres me ignoran.

—Y le conté lo de que pensamos que Tristan siente algo por ella, para que tuviese cuidado. Aunque de poco ha servido. ¿No podíais haberos escondido un poco más?

—¡Pues no! —estalla Missy—. Las cosas surgen donde surgen. No soy yo la que ha estado escondiendo cosas. ¿Por qué de repente soy la mala?

—Voy a ver qué tal está —dice Miurne, sin responder a esa última pregunta y, tras una mirada cargada de pena, se gira en dirección a la calle por la que ha desaparecido Tristan hace unos minutos.

Keeva la sigue con la cabeza gacha y, de nuevo, nos quedamos solos. Aunque el ambiente es totalmente diferente ahora.

—Tú no eres la mala —digo, alto y claro.

—La he cagado. Me he dejado llevar y le he hecho daño.

—¡Dejarse llevar no tiene nada de malo! Es él el que no puso las cartas sobre la mesa cuando le diste la oportunidad de hacerlo, Missy.

—Tampoco yo le dije que era posible que volviese a pasar algo entre nosotros. No sabe ni que ya pasó en una ocasión.

—¿Acaso tú lo sabías hace media hora? Porque llevas semanas dejándome claro que no iba a suceder.

—Quizá debería haber seguido pensándolo.

—No voy a ser yo quien opine sobre las cosas que tienes que tener en cuenta o no a la hora de tomar decisiones, pero sí que te voy a decir una cosa y espero que te quede bien claro. Si tu amigo no es capaz de ver que sus deseos no son los mismos que los tuyos y buscar la manera de

que eso no perjudique vuestra relación, quizá no es tan amigo. Yo, desde luego, creo que mereces un poco más la pena. No me arriesgaría a perderte por una chorrada, pese a que eso signifique no tenerte en la manera en la que me gustaría.

Me mira con los ojos anegados en lágrimas y, en un hilo de voz, pregunta.

—¿De verdad lo piensas? ¿Lo de que no quieres perderme?

—No soy de endulzar los oídos de la gente y lo sabes de sobra, Missy. Eres una de las personas más buenas que he conocido nunca. Consigues que la gente confíe en ti sin proponértelo y, aunque negaré haber dicho esto, me gusta tenerte cerca. No me alejaría de alguien que me aporta tantas cosas buenas así, sin más, y espero que Tristan no sea tan tonto como para hacerlo.

—Gracias, Simon —murmura y, sabiendo lo que necesita, tiro de ella hasta que la puedo rodear con los brazos.

La aprieto con fuerza contra mi pecho y froto las palmas de mis manos contra sus antebrazos.

—Todo se arreglará.

—Creo que voy a intentar hablar con él.

—Está bien. Os esperamos dentro.

La observo mientras se aleja en la misma dirección que lo han hecho sus amigos e, incluso antes de cruzar la puerta del bar, algo me dice que no va a volver. Al menos, no por esta noche.

Lo que más me jode es tener razón. No porque el plan de pasar la noche juntos se vaya a la mierda. Ni por lo bien que lo estábamos pasando. Sino porque sé que, si no lo hace, es porque está mal.

Nos quedamos a cinco bares de completar la tradición.

Semana de reflexión
(y algún que otro remordimiento)

CAPÍTULO 42
Carlota

Cuando llego el lunes a clase tengo peor aspecto que si me hubiese pasado toda la noche estudiando. Total, he dormido el mismo número de horas o incluso menos en todo el fin de semana que si tuviese un examen importante. Por no hablar de que tengo la cabeza tan embotonada que cuando estoy sola soy incapaz de pensar en nada que no sea en cómo arreglar las cosas con Tristan.

Cuando aquella noche llegué a donde estaban los tres, Miurne insistió en que lo mejor que podía hacer era dejar que se le pasase la borrachera y hablar con él al día siguiente. Pero el sábado no respondió a ninguno de mis mensajes ni llamadas. Si no llega a ser por ellas, que me aseguraron que lo habían acompañado a casa y que estaba bien, seguiría pensando que le podía haber pasado algo.

El chat que compartíamos todos los del grupo llevaba por primera vez en su historia dos días en silencio. Sin embargo, el que había estado a pleno rendimiento es el que teníamos Keeva, Miurne y yo. Normalmente, para cotillear y series y películas. Ahora, por otro motivo muy diferente.

Empezó Keeva, disculpándose por si la noche anterior había dicho algo que me hubiese dolido. Siguió Miurne, exigiendo que le contase de una vez todo lo que le había estado ocultando las últimas semanas. Y, como no podía ser de otra manera, el tema había acabado desembocando en Tristan.

Keeva: Dale tiempo. Cuando se sienta preparado, irá a hablar contigo.

Miurne: Si te sirve de consuelo, le he mandado un mensaje esta mañana para saber qué tal había pasado la noche y me ha dejado en leído.

Keeva: A mí también me ha dejado en leído.

Carlota: Sigo sin entenderlo.

Carlota: Fue tan solo un beso, ¿por qué se lo tomó tan mal?

Miurne: Cada uno tenemos una manera de afrontar las cosas, Charlie. No te comas demasiado la cabeza.

Carlota: Quedé con él en que, si en algún momento empezaba a tener algo serio con alguien, se lo contaría. Pero no es el caso.

Keeva: Lo sabemos, Charlie, no tienes que darnos explicaciones.

Carlota: ¿Entonces por qué me sigo sintiendo culpable por haberle hecho daño?

Miurne: No es tu culpa no sentir lo mismo que él. No puedes dejar

de hacer lo que te apetezca con quien te apetezca solo para no hacerle daño.

Keeva: ¡Dilo, nena! Tuviste la mala suerte de que os pilló y de que, seguramente, el alcohol que todos llevábamos encima hiciese de la situación algo más gordo de lo que realmente merecía, pero acabará solucionándose, Charlie. Ya verás.

Miurne: Exacto. Tristan no sabe vivir sin ti. Acabará entrando en razón.

Con lo que no contaban era con que a mí también me dolía estar distanciada de él. No habían pasado ni dos días, pero echaba de menos nuestras charlas interminables por mensaje antes de irnos a dormir. O los *stickers* chorra de buenos días. O hablar simplemente porque alguno de los dos estaba aburrido y ponernos a ver alguna serie juntos.

Creo que, desde que lo conozco, nunca hemos pasado tanto tiempo sin saber nada el uno del otro. ¿Y, así como así, lo vamos a echar a perder? Llego a saber hace dos años que esos estúpidos besos sin sentido iban a traerme tantos dolores de cabeza y me quedo quietecita. No los empecé yo, es verdad, pero tampoco lo frené.

Habíamos bebido más de la cuenta. Fue mi primera fiesta de estudiantes en Irlanda, en la que descubrí que la cerveza me subía demasiado rápido. Ni siquiera recuerdo muy bien cómo surgió ni si hice algo que le animase a lanzarse, pero sí que nos reímos de nosotros mismos después. Quizá por eso en mi mente estaba segura de que no había significado nada para ninguno de los dos.

Por eso y porque él nunca más volvió a sacar el tema.

En los dos años que han pasado desde entonces, eran incontables las veces que hemos hablado el uno con el otro de otras personas. Ninguno de los dos ha tenido una relación, eso es verdad, pero sí que hemos tenido ligues y nunca he visto que le doliese ni que se sintiese incómodo con la conversación.

Si sus sentimientos vienen desde entonces, ¿por qué ahora actúa diferente ¿Y por qué ha reaccionado tan mal?

No entiendo nada.

Y lo peor es que no tengo ni idea de cómo solucionarlo.

Si no llega a ser porque ya tenía organizado el viaje con mi hermana al mercadillo navideño de Waterford, y salir me ha ayudado a despejar un poco la cabeza, lo más probable es que me hubiese vuelto loca todo el fin de semana encerrada en mi habitación. Pero cambiar de aires me vino bien. Me ayudó a resetear, a salir del bucle de culpabilidad y tomar una decisión.

No importa que esta noche haya sido tan mala como las anteriores o que ni siquiera el cansancio del viaje me hiciese caer rendida. Ni que me haya pasado más horas pensando en mandarle otro mensaje, a ver si respondía, que intentando dormir.

Tengo claro que no voy a dejar que me aparte.

Porque puede que no sepa todavía cuál es la manera de conseguirlo, pero no pienso quedarme de brazos cruzados. Y si él cree que sí, es que no me conoce.

—¡Missy! —Escucho a lo lejos, cuando estoy a punto de entrar en la facultad, pero finjo no haberlo hecho.

Las cosas una por una. No puedo estar pensando en Tristan y en Simon al mismo tiempo, porque a él también le debo una explicación.

Fui yo la que inició el coqueteo en la puerta del bar. La que le pidió que me besara. La que

encendió la chispa. ¿Y para qué? Para largarme y dejarlos tirados a él, a nuestros amigos y a la tradición.

Acelero el paso en cuanto cruzo la puerta, en un intento de atrasar esa conversación al menos hasta esta tarde, cuando nos veamos en la revista, y voy directa al aula en la que tenemos nuestra primera clase.

Sorprendentemente, Tristan todavía no ha llegado, pero me siento en la misma silla de siempre a esperarle. Nunca se retrasa, pase lo que pase.

Sin embargo, la gente empieza a llegar. El profesor entra. Miro el reloj impaciente y, justo un minuto antes de que la clase de comienzo, entra por la puerta con la cabeza gacha. Lleva las manos metidas en los bolsillos de la cazadora, el pelo más alborotado de lo normal y la mochila torcida. Se nota que no está bien y yo estoy deseando que se siente para poder hablar con él, pero no me da la oportunidad.

¿Esas escenas de los dibujos animados en las que, con una expresión, te indican que al protagonista se le ha hecho añicos el corazón?

Eso se queda corto para la cara que se me queda a mí cuando, en vez de acercarse, se sienta en un hueco que hay vacío en la primera fila.

«¡Auch!»

Carlota: Si piensas que simplemente por sentarte lejos me voy a rendir estas muy equivocado.

Carlota: Tenemos que hablar, Tristan. Ya.

La pantalla de su móvil se enciende con la llegada del mensaje, pero tras un breve vistazo, lo bloquea y lo guarda en la mochila.

«Si tan solo fuese consciente del daño que te está haciendo él a ti ignorándote…»

Me paso el resto de la hora intentando prestar atención a la clase, pero no lo consigo. Mi mirada se dirige a él inconscientemente, que sí que parece estar tomando apuntes, y en cuanto veo que solo quedan dos minutos para que finalice, guardo todas mis cosas para no perder ni un segundo.

Él parece pensar lo mismo, porque ni aun así me da tiempo a alcanzarle antes de que desaparezca por el pasillo.

—¡Tristan! —Me quejo, pero no reacciona. O mejor dicho, no se gira. Porque sí que responde metiéndose en el baño de chicos.

¿Así van a ser las cosas a partir de ahora?

—Missy.

Esta vez no lo evito, porque no me quedan fuerzas, así que me giro en la dirección en la que viene la voz y me lo encuentro apoyado en la pared que está frente a la puerta de mi clase. ¿Me estaba esperando?

—No tengo un buen día, Simon —le digo, intentando contener las ganas que tengo de echarme a llorar ahí en medio, delante de todos.

—¿Sigue ignorándote? —asiento—. ¿Y las chicas?

—Con ellas está todo bien. Keeva me pidió perdón. Pero Tris…

—Acabará cediendo, ya verás —promete, con el tono de voz más sincero que le he oído utilizar nunca y me acerco a él, imitando su postura justo a su lado.

—Lo siento por dejarte tirado.

—No tienes que disculparte. Lo entiendo. Solo quería asegurarme de que estuvieses bien. No has respondido a ningún mensaje a lo largo del fin de semana.

—Deberías estar más que acostumbrado a que no te responda —bromeo, en un intento de aliviar la tensión, pero no me sale muy bien.

—Deben gustarte tanto mis monólogos que te dejo sin palabras.

—Por supuesto.

—De todos modos, por si solo has abierto el chat y no has leído nada, te lo repito. Si necesitas desahogarte, puedes contar conmigo. Te prometo que soy bueno escuchando.

—Gracias, niño pijo.

—No hay de qué —Finge quitarse el sombrero a modo de reverencia y, con una sonrisa, emprende el camino hacia la salida—. Sigo esperando tu opinión sobre mi artículo. Cillian y Nora me han pedido que te diga que a ellos no les importaría volver a intentarlo.

—¿Y volverás a ponerte ese jersey de renos?

—No pidas tanto, Missy. Sigo teniendo urticaria cada vez que lo pienso —exagera un escalofrío y, con una sonrisa en la boca, le veo abandonar el pasillo.

¿No es curioso que el primero en conseguir sacarme una sonrisa en este día de mierda sea Simon? Maldito niño pijo.

Aunque no sé qué me sorprende más, si su preocupación o que no haya intentado ni sacar el tema del beso.

«¿Quién es este y que han hecho con mi compañero de proyecto? Porque es imposible que sean la misma persona.»

CAPÍTULO 43
Simon

—Está decidido, ¿entonces? —pregunto, mirando los papeles que tenemos encima de la mesa de trabajo.

En cada uno de ellos, está escrito el nombre de una de las tradiciones que hemos ido investigando a lo largo de las últimas semanas. Lo primero que hemos hecho ha sido dividirlos por categorías: cosas que hacer en familia, con amigos, en pareja y con niños. Después, hemos ido descartando las que nos han parecido menos interesantes. Ahora, tenemos una lista provisional de las que creemos que pueden llamar más la atención a los turistas.

—Sí. A no ser que quieras hacer algún cambio.

—Tú eres la navideña, tú decides.

—Pero el proyecto es de ambos —se queja.

—Está bien así, Missy. Lo digo de verdad. ¿Podemos irnos a casa de una vez? —pido, señalando el reloj, en el que indica que ya llevamos aquí un cuarto de hora más de lo que deberíamos, pero niega con la cabeza.

—Vete si quieres. Yo tengo que terminar unas cosillas y me voy también.

—Eres incorregible —murmuro pero, sabiendo que es imposible hacerle cambiar de opinión, voy hasta donde están mis cosas y me pongo la cazadora—. ¿El día que lo entreguemos también te quedarás más de la cuenta?

—Es posible —me sigue la broma, pero la sonrisa no llega a sus ojos. Por mucho que lo lleve intentando toda la semana, nunca llega.

Si no fuese porque tengo miedo de cagarla más, me plantaría delante de Tristan y le haría ver lo gilipollas que está siendo comportándose como lo está haciendo. ¿No ve lo mal que lo está pasando su amiga?

Y lo peor de todo es que Missy, para que él no esté solo, se ha distanciado de sus amigos en todo lo que le han dejado: comidas, clases, salidas… Hoy mismo le he escuchado a Keeva decirle que iban a ir al cine y que habían escogido la última hora para que pudiese unirse a ellos después de las prácticas, pero se ha negado.

¿Esto que tengo en el pecho se llama impotencia? Porque no me gusta ni un pelo.

—No salgas muy tarde —le pido cuando ya estoy en la puerta y, tras un adiós con la mano, me voy de allí.

Pero no a mi casa, como todo el mundo se esperaría. No, en realidad me dirijo a un restaurante de comida para llevar que hay a tan solo unas calles. Uno que tiene unas hamburguesas llenas de queso que a Missy le flipan y con las que sé que puedo arreglar un día. Añado al pedido una ración grande de patatas y dos refrescos, una Fanta y una Coca-Cola para que elija lo que más le apetezca, y pongo rumbo de nuevo a la revista.

Con lo que no contaba era con encontrármela en recepción al volver. Tiene el abrigo puesto y el estuche del portátil colgado del hombro, lo que indica que ya está preparada para irse, pero está hablando con el recepcionista.

¿Kevin? ¿Erik? ¿Steven? No me acuerdo bien de su nombre pero, por la forma en la que interactúan el uno con el otro, queda claro que hay confianza entre ellos. Ya la había visto

saludarlo en alguna ocasión al entrar o salir pero, ¿cuándo se han hecho tan amigos?

¿Y por qué me choca la manera en la que él la mira?

«Es una mirada normal y corriente, Simon, tampoco te flipes.»

Pero, aunque mi conciencia me lo repita, no me dejo convencer del todo. Hay algo diferente. Algo que consigue que se me ponga un nudo en el estómago.

«Lo único que ha cambiado entre hoy y otros días que les has visto juntos, es que ahora sabes que te gusta.»

Eso no tiene nada que ver. Sigo sin querer nada serio con nadie.

«¿Estás seguro, Simon? Porque a mí me huele a celos.»

Callo esa voz de mi interior, porque no me apetece debatir conmigo mismo ahora, y entro en el *hall* llamando la atención de ambos.

—¿Simon?

—Pensaba que ibas a quedarte más —le explico— y he traído cena. Hamburguesas llenas de queso fundido.

—Podéis usar la sala del café, si queréis —ofrece el recepcionista, señalando una pequeña sala que hay al final de la planta baja—. Hace demasiado frío como para comer en la calle.

—¡Gracias, Erik! ¿Quieres unirte a nosotros? A mí siempre me sobra hamburguesa, así que te puedo dar media.

—Será mejor que me quede aquí, no sea que nunca pase nada y justo hoy a alguien se le ocurra liarla —se ríe y se despide de nosotros.

Yo no pongo pegas. Prefiero que estemos los dos solos, aunque solo sea para tener la oportunidad de investigar qué es lo que pasa entre esos dos.

Dejo la bolsa encima de la mesa y empiezo a sacar las cosas. Le doy su hamburguesa, pongo las patatas en el centro de la pequeña mesa redonda y, al sacar las bebidas, dejo ambas a su alcance para que elija.

—¿A qué viene todo esto?

—Tenemos que celebrar que por fin lo tenemos todo encaminado para poner punto y final al proyecto. Mañana podremos empezar a estructurarlo y, antes de que nos demos cuenta, estará hecho.

Por la forma en la que me mira, sé que no se lo cree, pero lo deja pasar.

Cenamos casi en silencio y, los pocos temas de conversación que surgen son triviales: qué serie estás viendo, cuál es el último libro que te has leído, cuál es la próxima ciudad que quieres visitar…

Y, cuando ya hemos terminado, saco el tema que me lleva carcomiendo la cabeza toda la cena. ¿El problema de haber esperado tanto? Que es tal el lío que se me ha hecho en la cabeza, tratando de buscar la mejor manera de conseguir la información que quiero, que finalmente lo hago de la peor de todas.

—¿Desde cuándo te llevas tan bien con el recepcionista?

—¿Con Erik? —asiento con la cabeza y ella se encoge de hombros—. No sé. Desde que empezaron las prácticas, supongo. Suelo ser de las últimas en salir de aquí, así que siempre nos quedamos charlando un rato. Es majo.

—Yo creo que le gustas.

—¿Qué dices?

—¿Algún día dejarás de estar tan ciega a las señales que te lanzan los tíos?

Ese es el momento exacto en el que meto la pata hasta el fondo.

Su mirada se oscurece. Su sonrisa desaparece. Me atrevería a decir, que hasta pierde color en

la cara y, de pronto, me mira como si me odiase. Otra vez.

—¿Y tú algún día dejarás de ser tan gilipollas?

Se larga antes de que me dé tiempo a responder y, sabiendo perfectamente que me lo merezco, no la sigo. Me quedo allí con los ojos cerrados y la cabeza entre las manos. Sintiéndome la peor persona del mundo.

«Si tu idea con esta cena era ayudarle a desconectar y relajarse, lo has clavado.»

¿Y todo por qué? Porque estoy celoso.

Es hora de que me comporte como un adulto y deje de negarme a mí mismo cosas que son tan obvias. Me ha fastidiado verla con Erik porque no quiero perder mi oportunidad de volver a tener algo con ella y sé que en cualquier momento puede aparecer el chico que le haga darse cuenta de que yo no merezco tanto la pena.

Porque me besó y eso aumentó mis esperanzas de volver a repetir lo que pasó. Pero, desde entonces, no ha vuelto a sacar el tema, lo que me lleva a pensar que quizá fue todo fruto de la situación y el valor que dan las cervezas, aunque sean pocas las que te tomas.

Y lo peor de todo, es que ya no sé si quiero conformarme con un lío de una noche. No después de pasarme todo el fin de semana recordando lo mucho que me gustó besarla. Toda esta situación, me ha demostrado que me preocupo por ella en todos los sentidos. Que quiero que esté bien y sea feliz.

Así que no puedo no hacer nada cuando, por primera vez, la idea de estar con alguien no me aterra.

CAPÍTULO 44
Carlota

Cuando llego a casa lo hago con ganas de romper algo o gritar a alguien. Ni siquiera el paseo hasta allí, con el rubor del río siendo lo único que rompía el silencio, había conseguido hacer frente a mi enfado.

¿Qué me quedaba si lo que normalmente me daba tanta paz no ha tenido ningún efecto?

Y la pregunta que más veces me he hecho a lo largo de los últimos minutos. ¿Cómo ha podido decirme eso sabiendo lo mal que lo estoy pasando por la situación en la que se encuentra mi amistad con Tristan?

«Maldito Simon. Malditos malentendidos. Maldito todo.»

—¡Wouh! *Frena un poco, ¿o es que pretendes hacer la puerta giratoria?*

Levanto la mirada extrañada, porque pensé que estaría sola en casa, y al ver la mirada preocupada de mi hermana fija en mí, noto cómo los ojos se me empiezan a inundar de lágrimas. ¿Qué tendrá el ser humano que es capaz de esperar a derrumbarse hasta que se siente en un lugar seguro?

—*¿Va todo bien, Carlota?*

—*¿Tú no deberías estar con Niall?*

—*Sean ha llegado pronto de trabajar. ¿Qué te pasa?*

—*Qué no me pasa, sería la pregunta correcta* —medio sollozo y, tras soltar mis cosas encima de la isla que separa la cocina del salón, me desplomo en el sofá—. *Tristan me odia. Llevo toda la semana sin estar con mis amigos y, por si fuese poco…*

Me quedo callada, porque no sé muy bien cómo explicar lo tercero.

¿Me conformo con decir que Simon es gilipollas? No, eso lo sé desde hace tiempo y nunca me había dolido tanto uno de sus compañeros. ¿Será porque me ha pillado con la guardia baja? ¿O porque me esperaba más de él en una situación como esta?

«Espera, espera, ¿desde cuándo esperamos algo del niño pijo?»

—*Y por si fuese poco, ¿qué?*

—*Acabo de discutir con mi compañero de proyecto* —resumo.

—*Bueno, por experiencia de las últimas semanas podemos decir que eso no es nada nuevo, así que vayamos a lo importante. ¿Por qué dices que Tristan te odia?*

—*Miurne y Keeva dicen que siente algo por mí. Intenté darle pie a que me lo dijese, pero no lo hizo. Y el viernes por la noche me vio besando a otro chico.*

—*¿Estás saliendo con alguien?* —pregunta, demasiado emocionada para mi gusto, y me apresuro a negar con la cabeza.

—*Solo fue un beso tonto. Eso es lo peor de todo. Se ha enfadado conmigo por no haberle avisado de que había otro chico, ¡cuando ni siquiera lo hay!*

—*¿Has intentado hablar con él?*

—*Demasiadas veces. Me he arrastrado como un gusano intentando que me conceda un mísero minuto y ni con esas lo he conseguido. Creo que he perdido a mi mejor amigo para siempre* —sollozo, notando como esta vez sí, las lágrimas que tenía acumuladas en los ojos empiezan a bajar por mis mejillas.

—No te pongas en lo peor, Carlota. Puede que tan solo necesite un poco de espacio. Cuando esté preparado, te escuchará.

—¿Y mientras tanto qué? Llevo toda la semana almorzando en la biblioteca porque no quiero que se aleje también del resto de los chicos. Me siento alejada en clase. No me he unido a ninguno de sus planes, ¿hasta cuándo tengo que seguir así?

—Si él quiere huir de ti es su problema, no el tuyo —asegura—. *¿Por qué tienes que ser tú la que salga perdiendo? ¿Te han dicho el resto que lo hagas?*

—¡No! Claro que no.

—Pues mañana vas a sentarte con ellos en la cafetería. Si él no quiere sentarse, que se busque la vida.

—Pero…

—No has hecho nada malo, Carlota. Has besado un chico ¿y qué? ¿Es que acaso le habías prometido no hacerlo?

—No.

—Pues eso.

—¿Y si…?

Dejo la frase a medias e intento organizar mis pensamientos. Porque, aunque lleve toda la semana intentando evitarlo para centrarme en cosas que considero más importantes, no puedo negar que la pregunta está ahí. Que ha salido, como propulsada por un muelle, en un par de ocasiones desde el viernes. Que, aún sin tener respuesta a ella, puede que sea uno de los motivos por los que intento convencerme de que quizá Tristan tenga razón y me he portado mal con él. Que tengo que ser sincera conmigo misma.

—Suéltalo, Carlota. Sin pensar. Es el mejor método para sacar lo que llevamos dentro.

—¿Y si ese chico me gusta?

—¿No estabas diciendo que fue solo un beso sin importancia?

—No era la primera vez que estaba con él —confieso—. *Pero tampoco hay nada serio entre nosotros* —aclaro, antes de que su vena más romántica salga a la luz y empiece a hacerme preguntas.

—¿Por qué crees que puede gustarte?

—No sé, es raro. En realidad, no le aguanto. Es un idiota y un creído y un niño pijo. La mayoría de las veces que abre la boca es para soltar alguna chorrada y me hace enfadar como nadie.

—¿No tiene nada bueno? —insiste, con el ceño fruncido—. *Porque si eso es todo lo que tienes que decirme de él y estás dudando de si te gusta o no… Empezaría a pensar en la posibilidad de que seas un poco masoquista.*

—Puede que lo sea —gruño—. *Aunque, sí que tiene cosas buenas. Cuando se centra, es buen amigo y sabe escuchar. Es amable, cuando quiere. Tiene sentido del humor y sabe cómo levantar el ánimo a la gente casi sin esfuerzo. Supongo que, si no decidiese ser un gilipollas la mayor parte del tiempo, hasta podría decir que me cae bien.*

Se queda callada, mirándome fijamente, como si estuviese esperando a que organice mejor mis sentimientos y, tras unos minutos, me siento de medio lado en el sofá para poder quedar frente a frente con ella.

—¿Es posible que te guste una persona a la que no aguantas?

—Más de lo que crees —se ríe.

—No quiero que me guste, Lucía —confieso—. *Necesito centrarme en la universidad y empezar a sentir algo por alguien, más aún por él, no es la mejor decisión.*

—Los amoríos en la universidad van y vienen y eso no tiene por qué significar una disminución en tu rendimiento.

—Lo sé, pero implicaría una planificación mucho más elaborada.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —asiento—. *¿Tienes más miedo de fallar en la universidad o de arriesgarte y que te hagan daño?*

—Las dos —admito—. *Una cosa puede ir ligada a la otra. ¿Y si lo paso mal y después no rindo con los exámenes? ¿Y si pierdo la beca solo por dejarme llevar?*

—¿Y si te hace feliz?

—De todos modos, él tampoco quiere nada serio. Así que lo mejor será que me olvide de una vez por todas de lo que ha pasado entre nosotros. No dejaré que vuelva a pasar y a otra cosa, mariposa.

—¿Estás segura de eso?

—Aunque no lo estuviese, somos demasiado diferentes como para que pueda funcionar. Un lío de una noche es una cosa. Tener que soportarse a diario es otro mundo.

—Los polos opuestos se atraen.

—Son tantas cosas que ni el imán más potente del mundo podría con tanto —aseguro.

—No te cierres, Carlota. Tampoco te digo que fuerces lo imposible, pero si ves que puedes lanzarte a algo que te haga feliz, no te lo niegues a ti misma. Los pros suelen superar a los contras en estos casos —dice, rodeando mis hombros con sus brazos y consiguiendo que me apoye en su pecho—. *Y con respecto a Tristan, no pierdas la esperanza. Acabará viniendo.*



CAPÍTULO 45
Simon

Es tal la necesidad que tengo de arreglar las cosas con Missy que he recurrido a la baza que pensé que no usaría nunca.

Molly.

No voy a mentir, no ha sido mi primera opción. Llevo pensando en cómo hacerlo desde que ayer la vi salir de la sala del café, pero ninguna de las cosas que se me ocurren parecen tener el suficiente peso como para arreglar la expresión de dolor que provoqué anoche.

¿Es qué no podía haber intentado tantear la situación desde otro punto? Mi boca había ido más rápido que mi cerebro y, por millonésima vez en la vida, me iba a costar caro.

Lo que tengo claro es que no puedo dejar pasar más tiempo antes de arreglarlo. O, al menos, de intentarlo. En poco más de una semana entregaremos el proyecto, lo que supondrá dejar de pasar tiempo juntos, y no puedo permitir que me siga odiando cuando eso ocurra. Porque, si no… Si no puede que se me agoten por completo las posibilidades de conseguir que el vínculo que hemos creado a lo largo de estas últimas semanas no se vaya a la mierda.

Mi primer intento ha tenido lugar esta mañana por medio de un mensaje de texto. Varios, mejor dicho.

Simon: Ayer dije cosas que no quería decir. ¿Podríamos hablar?

Simon: Por favor, Missy, sé que me he comportado como un idiota (otra vez) pero estoy arrepentido.

Simon: ¿Podrías al menos enviarme un emoji que me confirme que estás leyendo los mensajes?

Como es de esperar, más de seis horas después no he recibido contestación. Y lo peor de todo, es que en esta ocasión no se marcaban ni como leídos. ¿Tan enfadada está conmigo que ni siquiera se ha molestado en abrir el chat? ¿Y si me ha bloqueado? Podría mandar un nuevo mensaje para comprobarlo, pero prefiero no quedar como un acosador.

Mi segundo intento ha tenido lugar en la cafetería. Cuando he llegado, estaba sentada junto a Miurne en la mesa que suelen ocupar cada día, esa a la que llevaba sin acudir toda la semana, y me he puesto de pie con la firme convicción de acercarme y pedirle perdón. Sin embargo, en cuanto lo he hecho, mis ojos han coincidido con los de Tristan, sentado en la esquina más alejada, y he vuelto a mi sitio.

De poco serviría disculparme si, con ello, hay posibilidades de que las cosas entre ella y su amigo se resientan aún más.

Y, por último, mi tercer intento. Todavía no lo había llevado a cabo, más bien lo estaba planificando, y aun así ya empezaba a notar como la incomodidad me recorría la espalda de arriba abajo.

El primer paso del plan había sido lo fácil. Si quería sorprenderla, necesitaba datos, así que me he pasado buena parte de la mañana releyendo uno a uno sus artículos e intentando extraer conclusiones.

El segundo, consistía en pedir ayuda a mi hermana. Si quieres organizar algo para una friki de la Navidad lo mejor es que cuentes en tu equipo con un ser de la misma naturaleza.

El tercero, ponerlo en marcha.

—Listo. Ya tienes los tickets en tu correo —dice mi hermana desde el otro lado de la mesa del bar en el que la he invitado a un café antes del comienzo de las prácticas—. Tienes una suerte loca de tenerme de tu parte, hermanito.

—Gracias, Molly.

—De gracias nada, me debes una conversación sin cuenta atrás en la que me lo cuentes absolutamente todo sobre esa chica y por qué te lo estás currando tanto para que te perdone.

—Es solo una amiga —miento—, pero he metido la pata hasta el fondo así que me toca apechugar.

—Haré como que me lo creo. Por ahora.

—Solo tengo que enseñar el correo a la entrada ¿no?

—Sí. De todas maneras, ahí mismo tienes todas las indicaciones así que no hay perdida. Asegúrate de no llegar tarde. Ya he tenido que pedir favores para conseguirte algo para hoy mismo.

—Te lo recompensaré —prometo, justo antes de beberme lo que me queda de café de un trago y ponerme de pie—. Pero ahora tengo que irme si no quiero llegar tarde.

—Ya te he dicho como: quiero información.

—Me lo pensaré.

—Llámame luego para contarme cómo te ha ido —grita cuando ya me estoy encaminando hacia la puerta, pero ni me giro.

Tenía que haber sabido que la vena cotilla de Molly saldría a la luz en cuanto la pidiese ayuda con algo tan típico de mí, pero algo me dice que merecerá la pena.

Me abrocho bien la cazadora y pongo rumbo a la revista. Ahora solo me queda que el odio tenga menos poder que la curiosidad en la mente de Missy cuando le diga que tengo algo preparado para ella.

«¿Quién te iba a decir a ti hace dos meses que ibas a estar planeando una actividad navideña sin que nadie te obligue, solo para que ella te perdone?»

Para que luego diga Missy que no me implico.

CAPÍTULO 46
Carlota

Cuando el jueves llego a la revista lo hago con la firme convicción de que voy a ignorar a Simon todo lo posible.

Lo primero de todo y lo más importante, porque sigo enfadada con él. La forma en la que insinuó que Erik siente algo por mí y que no me entero de nada, haciendo referencia a lo que ha pasado con Tristan, me pareció muy ruin. Había superado unos límites que, en ocasiones anteriores, por mucho que le gustase picarme, nunca habría traspasado y no se lo iba a permitir.

Y lo segundo, porque era la oportunidad perfecta para intentar demostrarme a mí misma que no me importa tanto como creo. Que la confusión es fruto de pasar tantas horas con él y tan pocas con el resto del mundo. En cuanto vuelva a la normalidad, mi cabeza y pensamientos lo harán conmigo y la pesadilla habrá terminado.

Porque, pensar en que con tan solo unos besos Simon haya conseguido cautivarme no se puede tomar como algo que no sea un mal sueño.

Sin embargo, cuando entro en nuestra sala de trabajo, convencida de que tardará en llegar al menos unos minutos más, me sorprende.

—Necesito que, cuando terminemos hoy aquí, me acompañes a un sitio —dice a modo de saludo.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Por supuesto que no.

—Si después de cómo te comportaste ayer crees que voy a ir contigo a yo qué sé dónde, solo porque lo pidas, estás equivocado.

—Vamos, Missy. Es una sorpresa para demostrarte lo arrepentido que estoy por lo que pasó anoche.

—Mentira. Eres un idiota y eso va en tu naturaleza. Es hora de que ambos nos demos cuenta.

—No lo soy —me contradice—. O, al menos, no tanto. Me pasé ¿vale? Hablé sin pensar y me di cuenta en ese mismo momento de hasta dónde había metido la pata. Pero, si me das la oportunidad de explicarme, te prometo que te demostraré que no soy tan malo como ahora mismo piensas.

—¿Y qué gano yo acompañándote?

—Una experiencia inolvidable. Créeme, Missy. He organizado algo que sé que te va a encantar.

CAPÍTULO 47
Simon

Por segundo día consecutivo, al salir de la revista pongo rumbo a uno de los restaurantes de comida para llevar que hay por la zona, aunque con ligeros cambios. Esta vez, en vez de una hamburguesa vamos a cenar un perrito caliente y, además, voy acompañado.

Missy lleva más de una hora demostrando lo enfadada que está con la mejor táctica de todas: hacer el vacío. Me ha hablado para lo estrictamente necesario y no ha respondido a ninguno de mis intentos de entablar conversación, a no ser que tuviesen que ver con el proyecto.

Ha habido un momento en el que he llegado incluso a dudar de que viniese conmigo al terminar, pero aquí estamos. Caminando uno al lado del otro. Ambos con las manos metidas dentro de los bolsillos de la cazadora porque hace un frío que pela. Y, a juzgar por la manera en la que se mueve a un lado y al otro mientras esperamos la cena, me atrevería a decir que igual de nerviosos.

Yo, porque tengo curiosidad por saber qué opina del plan y descubrir si es suficientemente bueno como para que me perdone.

Ella, seguramente porque se esté preguntando qué narices tengo en mente.

—Si piensas que con un perrito caliente me vas a volver a ganar, estás muy equivocado.

La observo de reojo mientras abre uno de los laterales del papel que rodea su comida y da un pequeño mordisco, pero me mantengo en silencio. Si le contesto, lo único que voy a conseguir es arriesgarme a soltar alguna pista sobre nuestro destino, así que la imito y muerdo mi propio perrito caliente.

Deja que la guíe a través de las calles y, con cada paso con el que nos acercamos, noto que aumenta su inquietud.

—Simon, ¿me estás llevando donde me estoy imaginando?

—No puedo leerte la mente, así que no sé.

Espera a que lleguemos al final de la calle y, cuando las puertas del parque aparecen ante sus ojos, tira de la manga de mi cazadora hasta que consigue que me quede quieto.

—¿Has conseguido entradas?

—Por supuesto. ¿Para qué te voy a traer hasta aquí si no?

—¡¿Cómo?!

—Tengo mis contactos —digo, con una gran sonrisa, tras encogerme de hombros.

—Estuve mirándolo cuando hice el artículo y no había disponibilidad hasta dentro de semana y media. ¿Y tú las has conseguido de un día para el otro?

—Soy muy cabezón, Missy, y cuando quiero algo suelo apañármelas para conseguirlo. Esta es mi manera de pedirte perdón por lo que dije ayer. De demostrarte que me siento fatal por haber soltado algo tan cruel. Sabes que me encanta comportarme como un idiota, pero ayer me pasé y no podía hacer como si nada.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me dijiste eso sabiendo lo mal que lo estoy pasando con lo de Tristan? Eres la persona con la que más he hablado de ese tema, Simon, y me dio la sensación de que me echabas al fuego.

—No sé si quiero contarte el verdadero motivo —me río, llevándome una mano al pelo, pero

no consigo que su mirada se ablande.

—Si quieres que te perdone y acepte que lo dijiste sin querer, tendrás que darme una razón.

—Me siento un poco tonto.

—Simon… —insiste.

—Creo que estaba celoso —lo suelto. Sin anestesia. Sin aviso. Más que nada porque, si me lo pienso dos veces, es posible que no lo llegue a hacer.

—¿Celoso? ¿De Erik?

—No sé muy bien si de él o de la situación. No sabía que os llevaseis tan bien y quise descubrir si entre vosotros había algo más y… Lo hice de la peor manera posible, Missy. Lo siento. No volverá a ocurrir.

—Solo somos amigos —dice, mirándome fijamente a los ojos—. Las noches son solitarias en trabajos como el suyo y a mí me venía bien un poco de charla después de pasarme todo el día entre libros y tareas. No hay nada entre nosotros.

—No tienes que darme explicaciones. Me monté mi propia película y la cagué. No hay vuelta de hoja.

—La próxima vez, pregunta directamente. Es más sencillo —me aconseja y, después, vuelve a engancharse de mi brazo para tirar de mí hacia el parque—. Vamos, quiero entrar ya. ¡Puedo sacar fotos para el artículo final!

La sigo hasta la entrada y después, a través de los senderos y, cuando veo cómo brillan sus ojos debido a la mezcla de ilusión, felicidad y las luces navideñas reflejándose en ellos, descubro que todo este tiempo he estado muy equivocado.

Porque cuando se enfada tienen algo que te atrae a ellos y te invita a querer observarlos muchas más veces, pero ahora… Joder, ahora parecen dos putas esmeraldas y desprenden un poder al que creo que podría ser muy fácil volverse adicto.

Una hora después, cuando salimos del parque, la sonrisa sigue intacta en sus labios. ¿Se le habrán quedado congelados en esa posición? Porque con el frío que hace me lo podría creer.

—Es aún más bonito de lo que me imaginaba. Ya puedes ir pasándome las fotos, porque mi hermana se va a morir de envidia.

—En cuanto llegue a casa lo hago.

—Como se te olvide, pienso petarte el móvil a mensajes.

—Eso más que una amenaza parece una promesa, Missy —digo, en un intento de picarla, porque por mucho que haya descubierto que verla disfrutar de las cosas como una niña es mucho mejor, soy incapaz de dejar de hacerlo. Es superior a mí.

—Mis palabras son caras, niño pijo. Tienes que ganártelas. —Me guiña un ojo y, sin decidir un rumbo, empezamos a caminar por la zona.

Es curioso cómo la incomodidad que había entre nosotros tan solo unas horas antes se ha evaporado y, ahora, pese a estar también en silencio, el ambiente es totalmente diferente. Ella va mirando a su alrededor, disfrutando de la iluminación navideña, respirando hondo como si disfrutase del olor del frío. Yo, voy observándola a ella.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Antes has dicho que ayer te pusiste celoso.

—Sí… —digo, con tiento, sin saber por dónde va a salir porque estaba convencido de que el tema se había quedado en el olvido.

«Te pensabas que te habías librado, pero no.»

—¿Eso significa que sientes algo por mí?

No respondo, porque no sé muy bien cómo hacerlo, pero Missy no se da por vencida. Se pone delante de mí para que deje de hablar y, mirándome fijamente a los ojos, vuelve a repetir la pregunta.

—¿Sientes algo por mí, Simon? Tú mismo lo dijiste y, aunque me sentase como una patada en el culo porque no fue ni el mejor momento ni la manera correcta, tenías razón. Me cuesta mucho darme cuenta de las señales así que necesito que seas claro.

—¿Qué más da? No cambiaría nada, de todos modos.

—Yo quiero saberlo —insiste—. Dijimos que sería un rollo sin importancia, que solo sería para divertirnos y que ninguno de los dos sentía nada. ¿Eso ha cambiado?

—No voy a admitir nada que puedas utilizar para burlarte de mí.

—Simon…

—¿Y tú? ¿Ha cambiado tu manera de ver las cosas?

—Yo he preguntado primero.

—Y yo ya he hecho una confesión por esta noche, así que no diré nada más hasta que estemos empate.

—No puedes gustarme, eres un idiota —sentencia, pero noto en su tono de voz un ligero toque de… ¿duda?

—Y tú una empollona aburrida.

—Me pones de los nervios.

—Y a mí tu obsesión por la Navidad me pone enfermo.

—Pero…

—¿Pero?

—Puede que sí que me estés empezando a gustar un poco.

—Menos mal, porque si no iba a quedar fatal —me río y ella, con un bufido, deja caer la cabeza hasta que su frente queda apoyada sobre mi pecho.

¿En qué momento nos hemos acercado tanto?

—Esto no era lo que tenía planeado.

—¿Te crees que yo sí?

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—¿La verdad? No tengo ni idea, pero tengo muy claro por dónde empezaría.

Levanta la mirada de nuevo hacia mí, como esperando una respuesta, y estoy encantado de dársela. Le pongo las manos en las mejillas, ahuecándolas entre mis guantes y, con más tranquilidad que nunca, presiono mis labios contra los suyos.

Esta vez no hay prisa. No hay urgencia. No está presente esa necesidad de aprovechar el momento porque la cuenta atrás sigue su ritmo al fondo de tu cabeza. Ahora, lo que realmente importa, son las sensaciones.

Su cuerpo fundiéndose contra el mío.

Sus manos agarrándose a los laterales de mi cazadora.

Su nariz, completamente congelada, haciendo cosquillas en mi mejilla.

—Tengo que decirte algo —murmura, separándose tan solo unos centímetros, y abro los ojos para poder mirarla fijamente—. Nunca he salido con nadie. Y sé que me gustas, pero no sé si valgo para una relación. Ni siquiera tengo claro que lo que esté buscando sea eso. O si voy a ser capaz de sacar tiempo para ello sin sentir en el proceso que estoy quitando horas cruciales a la universidad.

—No hay por qué etiquetar las cosas de buenas a primeras, Missy —le digo bajito, en apenas

un susurro—. Yo también estoy confundido. Me ha costado varias charlas con Cillian y muchas comidas de cabeza, pero ahora mismo lo único que tengo claro es que es la primera vez que no solo no me da miedo ir más allá de un polvo, sino que tengo ganas de intentarlo. No había dado ningún paso todavía porque estaba esperando a descubrir si había alguna posibilidad de que tú sintieras lo mismo. No quiero hacer como si no pasase nada, Missy. No quiero hacerme a un lado sin ni siquiera haberlo intentado.

—No tenemos nada en común.

—Ahí está el reto —digo, a sabiendas de que le gustan tanto como a mí—. No quiero ser injusto contigo, Missy. Ya sabes cuál es mi posición al respecto. Tómate el tiempo que necesites para decidir la tuya y, cuando lo sepas, solo tienes que decírmelo.

—¿Desde cuando eres tan comprensivo con la gente? No puede ser que, dependiendo del día, tengas dos personalidades tan diferentes, Simon. —Me echo a reír sin poder evitarlo y llevo mis manos a las suyas, que siguen sujetando mi cazadora.

—Todavía te faltan por conocer muchas más capas, Missy. No te sientas mal, a todo el mundo le suele costar descifrarme.

—¿Estarías cómodo con dejarnos llevar? Sin presiones. Sin promesas. Así ambos tendremos la oportunidad de intentar descubrir qué es lo que funciona para cada uno, qué es lo que buscamos y si hay alguna posibilidad de que ninguno salga perdiendo.

—Me parece bien.

—Estoy cagada —se ríe pero, seguidamente, se pone de puntillas para darme un pico tan rápido que casi me cuesta hasta procesarlo—. Solo te pido una cosa. No juegues conmigo.

—Nunca —prometo—. Estamos en el mismo barco, Missy.

—Que hayas conseguido que me llegue a gustar ese estúpido apodo es algo de locos.

—Sabía que lo conseguiría —. Cojo su mano para entrelazarla con la mía y tiro para que empiece a caminar—. Vamos, te acompaño a casa. Como se te congele un poco más la nariz vas a acabar siendo la viva imagen de Voldemort.

—Una última cosa —dice, frenándome—. ¿Podríamos no decírselo a nadie todavía? Necesito hablar con Tristan y, hasta que no me escuche… No quiero que lo sepa por terceras personas.

—Sin problema. No tenemos por qué seguir los ritmos socialmente aceptados, Missy. Marcaremos los nuestros propios.

CAPÍTULO 48
Carlota

El viernes por la mañana llego a la universidad decidida a no dejar que pase ni un solo día más sin hablar con Tristan.

Estoy harta de respetar su espacio cuando ni siquiera ha tenido la decencia de pedirme a la cara que lo haga. Harta de ver cómo, en cuanto me ve aparecer por algún sitio, se da media vuelta o cambia de ruta. Joder, ¡que tenemos casi las mismas clases! ¡Sé perfectamente en qué dirección tiene que ir en cada momento!

Por no decir que ya me he cansado de actuar constantemente con pies de plomo, con miedo a hacer algo que pueda empeorarlo todo aún más. Quiero vivir tan tranquila como lo hacía hace un par de semanas y, si para ello tengo que obligarle a hablar conmigo, lo haré.

Si se quiere enfadar más, que lo haga. Total, ¿qué tengo que perder en este momento? Nada.

Si algo aprendí de lo que pasó ayer con Simon, es que no puedo basar mis decisiones en lo que otras personas opinen. Puedo llegar a entender que Tristan se haya llevado un chasco, pero frenar mi vida tampoco va a cambiar nada. No voy a perder la oportunidad e intentar tener algo con el chico que me gusta solo por hacerle sufrir, menos aun cuando ni siquiera ha tenido las narices de decirme a la cara por qué está tan enfadado.

No me voy a esconder del mundo para evitar que nos vea. Si me apetece ir con alguien de la mano o darle un beso sin preguntarme antes quién está a nuestro alrededor, debería tener la libertad de hacerlo. No he incumplido ninguna promesa. No he hecho nada malo. Y ya es hora de que deje de actuar como si tuviese la culpa de todo.

Por eso, esto se acaba aquí y ahora.

Llego temprano al campus y me quedo medio oculta entre los árboles que decoran el césped que hay frente a nuestra facultad. No pierdo de vista la entrada por la que Tristan debería aparecer de un momento a otro y, en cuanto lo veo, pongo en marcha el plan.

Acercarme poco a poco, siguiendo los pasos de otros estudiantes que impidan que llame la atención. Esconderme siempre que puedo. Y plantarme delante de él cuando la opción de esquivarme sea imposible.

—Te pillé.

Es tal la sorpresa que da un par de saltos hacia atrás de la impresión, pero en cuanto sus ojos dan con los míos noto cómo el susto se va de su cuerpo. Eso sí, lo sustituye una tensión que no me gusta nada, así que no sé qué habría sido mejor.

—Carlota…

—Tú en la vida me has llamado Carlota, no me vengas con gilipolleces. Tenemos que hablar.

—No me apetece.

—No me merezco que me ignores de esta manera, Tristan. Lo primero, porque no he hecho nada malo y lo segundo porque en todo este tiempo no me has dicho ni una sola vez cómo te sentías así que no puedes pretender que yo lo sepa.

—Tenemos que ir a clase.

—No pienso moverme de aquí hasta que me des una explicación. No me importa si me tengo que perder una clase o el día entero. Pensé que nuestra amistad te importaba un poquito más. —

No puedo evitar que mi voz se rompa un poco al decir esa última frase, pero me aclaro la garganta para no perder fuerza.

No voy a dejar que vea lo mucho que me está doliendo su actitud.

—Claro que me importa.

—¿Entonces por qué me tratas como si tuviese la peste? ¡Habla conmigo! ¡Dime lo que te molesta! Ayúdame a encontrar una manera de solucionar esto.

—Es complicado, Charlie…

—Y mucho más lo será si sigues dejando que pase el tiempo. Te echo de menos, Tristan.

—Me duele verte con él, ¿vale? Eso es todo. No puedo evitarlo.

—¿Por qué no me dijiste que sentías algo cuando te pregunté si tenías algo que decirme? Esto no habría pasado si hubiésemos puesto las cartas encima de la mesa cuando tocaba.

—Porque sé que tú no sientes lo mismo, Charlie. No soy tonto. Sabía que este momento llegaría, simplemente… Estoy tratando que no duela tanto antes de pretender que todo puede seguir como siempre.

—¡Nada ha cambiado entre nosotros! ¿Por qué no va a poder seguir como siempre?

Se queda callado, mirándose los zapatos, y lanzo la frase que más veces ha pasado por mi cabeza en los últimos días.

—¿Por qué ahora? Me has visto con más chicos. Me has presentado a más chicos —le recuerdo—. ¿Por qué ahora me apartas de ti?

—Porque él es diferente, Charlie. Lleva desde el primer día de carrera metiéndose en tu cabeza y ganando terreno. Con los demás, sabía que nada iría más allá de un rollo, pero te conozco, y tenía claro que si Gaughan daba el paso iba a conseguir mucho más de ti que eso. Siempre he tenido miedo de que llegase el día en que finalmente te fijases en un chico, porque eso eliminaría cualquier posibilidad que todavía pudiese quedar sobre la mesa de un nosotros.

—Tris… —digo, con pena—. Te quiero mucho, Tristan, y sabes que no me canso de demostrarlo, solo que no de esa manera. No quiero perderte, pero tampoco puedo forzarme a sentir algo que no siento ni hacerte creer que es así. No sería justo para ninguno de los dos.

—Lo sé.

—Cuando nos viste besarnos, no había nada entre nosotros. Fue un beso tonto. No era mi intención ocultarte nada.

—¿Y ahora? —pregunta, seguramente al haber notado el énfasis que he puesto en el pasado —. ¿Estáis juntos?

—No lo sé —confieso, sin guardar ningún secreto en mi interior que después pueda explotarme en la cara—. Todavía no, pero puede que lo haya. Creo que me gusta y, aun a riesgo de hacerte daño, quería ser yo la que te lo dijese antes de que te llegaran los rumores por medio de terceras personas.

—¿Qué tiene, Charlie? ¿Qué es lo que tanto te atrae de él?

—Puede que parezca un idiota y, que en muchas ocasiones se comporte como uno, pero he descubierto una versión de él que es algo más soportable y que me hace reír y con quien me siento cómoda hablando de cualquier cosa. No fui consciente de cuando mis sentimientos empezaron a cambiar con respecto a él, Tristan, pero es indudable que lo han hecho.

—¿A él le gustas?

—Creo que sí.

—Voy a necesitar un tiempo para acostumbrarme —avisa—, pero yo tampoco quiero perderte.

Le doy un abrazo en cuanto esas palabras salen de su boca y noto cómo las lágrimas suben

hasta mis ojos cuando sus brazos me rodean.

—Lo siento si me he comportado como un idiota estos últimos días. Sigo sin tener claro cómo gestionar todo esto.

—Puedo aceptar que te distancies un poco, pero no vuelvas a marginarme de esta manera. Lo he pasado fatal pensando que no me ibas a volver a hablar nunca más.

—No habría sido capaz de aguantar tanto —se ríe y, cuando nos separamos, noto que sus ojos también están un poco rojos—. Eso sí, cuando quieras hablar de él más te vale hacerlo con las chicas. No quiero información al respecto. Al menos, no por ahora.

—Está bien.

—Y más te vale decirle a Gaughan de mi parte que como se le ocurra hacerte sufrir se las tendrá que ver conmigo.

—Te cuesta abrir un bote, Tris, no te hagas el machito conmigo.

—Hay muchas más maneras de vengarse que recurriendo a la fuerza, Charlie. La inteligencia es el arma más poderosa de todas.

Ruedo los ojos y, enganchando mi brazo al suyo, pongo camino a la facultad.

—Vamos. Todavía llegamos antes de que el profesor cierre la puerta.

—Ya me extrañaba a mí que tú fueses a perder una clase sin entrar en cólera.

—Tengo mis recursos. Keeva iba a grabar la clase si no aparecíamos a tiempo.

CAPÍTULO 49
Simon

Cuando llego a la universidad, lo primero que veo es a Missy hablando con Tristan, a pocos metros de la puerta de la facultad, y un tsunami de pensamientos aparece en mi cabeza.

¿Cómo lo habrá hecho para conseguir que la escuche?

¿Estarán solucionando las cosas?

¿Le habrá contado lo que pasó anoche?

Aunque, lo que más me sorprende, es notar que no tengo ni rastro de esos celos que sí que se apoderaron de mí cuando la vi con Erik. En su momento pensé que quizá iban implícitos en que te gustase alguien, y lo odié, pero empiezo a pensar que la única pieza que me faltaba ese día era el no haber hablado con Missy.

Ahora que todo está dicho, confío en que si ayer me dijo que yo le gustaba y que quería que nos dejásemos llevar, no es para intentarlo con terceras personas.

Una sonrisa se dibuja inconscientemente en mis labios cuando veo cómo se abrazan y siento cómo el peso se desvanece sobre mis hombros. Todo indica a que no habrá más caras largas, ni lágrimas a punto de ser derramadas, ni días de verla sola a las afueras de la cafetería y tener que aguantarme las ganas de salir a hacerle compañía por miedo a empeorar las cosas. Menos mal, porque mi paciencia se estaba agotando y estaba a nada de plantarme delante de Tristan para obligarle a reaccionar de una puta vez.

«No necesita tu ayuda, chaval. Se sabe manejar ella solita.»

Ya lo veo, ya.

—¿A qué estamos mirando?

Todo mi cuerpo se pone en alerta cuando escucho a alguien demasiado cerca de mí y, al girarme y ver a Nora, respiro.

—¡Joder, que susto! —me quejo—. Podrías ser un poco menos silenciosa.

—No lo he sido —me contradice—. Es más, te llevo llamando un par de minutos, pero estabas tan concentrado que ni te has enterado. ¿Qué pasa?

Sigue la dirección en la que estaba mi mirada y, cuando da con las figuras de Charlie y Tristan, me mira con las cejas alzadas.

—¿Se han reconciliado de una vez por todas?

—Eso parece.

—¿Y tú has tenido algo que ver?

—Lo dudo.

—¿Entonces por qué los estás mirando como un acosador?

No respondo, porque todavía no les he contado a ninguno de los dos lo que pasó ayer después de las prácticas. Es más, a Nora ni siquiera le he confesado que he descubierto que me gusta, porque quería evitar sus ideas de bombero y sus «ya te lo dije» todo lo que fuese posible. Lo iba a acabar descubriendo tarde o temprano, eso nadie lo negaba, pero sabía que lo mejor era que yo organizase mis pensamientos antes de que lo hiciese. Y Cillian respetó mi decisión.

—¿Es que te estás pillando por Charlie? —me pica, antes de que a mí me dé tiempo a saber qué responder a su pregunta anterior—. Sé lo que vas a decir. Que deje de ver el mundo bajo un

velo rosa, que el romance es una mierda y blá blá blá pero…

—Sí, me gusta, ahí lo tienes —la interrumpo—. ¿Contenta?

—La verdad es que sí —confirma, con una sonrisa enorme en los labios y moviendo la cabeza de un lado a otro, como si fuese un payaso loco—. Ya era hora de que te permitieses a ti mismo sentir algo. ¿Desde cuándo lo sabes? Porque noto que no es algo nuevo.

—Un tiempo.

—¿Y no me has dicho nada? ¡Qué cabrón! Pero te lo perdono a cambio de que me lo cuentes todo con pelos y señales. ¿Se lo has confesado? ¿Y qué ha dicho? Por favor, no me digas que pretendes callártelo por miedo a sufrir, porque si no voy a tener que pegarte.

—En realidad… —Busco la mejor manera de decirlo sin que se piense cosas que no son, pero solo se me ocurre una. Yendo al grano—. Puede que tengamos algo.

—¿Qué? Espera, ¿cómo que puede? O lo tenéis o no lo tenéis.

—Anoche estuvimos hablando después de las prácticas, cuando la llevé a Merrion Square. —Ella y Cillian son los que me ayudaron a perfeccionar el plan antes de recurrir a Molly, así que sabe perfectamente de lo que estoy hablando—. Un tema de conversación llevó al otro y acordamos dejarnos llevar y descubrir lo que pasaba.

—¡Eso es genial, Sim!

—No te vayas de la lengua con nadie —le advierto—. Me pidió que de momento quedase como algo nuestro, al menos hasta que Tristan lo supiese. No sé si se lo habrá dicho, así que hasta nueva orden, cremallera.

—Prometido. —Finge que cierra la cremallera sobre sus labios, pero la sonrisa no llega a desaparecer. Dudo que lo haga en el transcurso del día, cuando acaba de recibir la noticia con la que lleva insistiendo dos años—. Tengo tantas ganas de que abraces de una vez todas esas cosas de las que has huido estos años de atrás…

—No te emociones demasiado, Nora. No busco el amor de mi vida. No creo en que algo así pueda existir realmente.

—La vida da muchas vueltas —dice, encogiéndose de hombros—. Puede que funcione y puede que no, pero al menos has salido de tu cueva. Con eso, yo me doy por satisfecha. Además, Charlie es buena. Has elegido bien.

—Espero que no me hayas estado engañando todo este tiempo y realmente merezca la pena —comento, mirando hacia el punto en el que Missy acaba de engancharse del brazo de Tristan para encaminarse hacia el interior.

—Lo hace —promete—. Hay días buenos y días malos, como en todo tipo de relaciones, pero cuando es de verdad… Ni una sola vez me he arrepentido de aceptar esa primera cita con Cillian, Sim. Y ha llegado un punto en el que, simplemente, no quiero imaginarme un plan de futuro en el que él no esté presente.

—Eres una cursi.

—Pero así me quieres —asegura, sabiendo que no la voy a contradecir—. No has tenido el mejor ejemplo de lo que una pareja debería ser, Simon, y entiendo que eso tenga consecuencias en tus creencias, pero lo normal no es eso.

—¿Y qué es para ti lo normal?

—Para mí una pareja es un apoyo incondicional. Alguien con quien sabes que vas a poder contar en cualquier momento, ya sea para reír, para llorar o simplemente porque necesitas olvidarte de todo un rato. Con quien te sientes cómodo y libre. Una unión en la que a veces, te tocará ceder por el bien del otro, pero en la que también cederán por el tuyo propio.

—¿Y qué pasa si uno es el que lo da todo y el otro solo se aprovecha? —Sabe perfectamente

en quién estoy pensando cuando digo eso y lo deja claro con su respuesta.

—Lo que hay entre tus padres no es amor, Simon. Al menos, no uno sano. Él solo piensa en la empresa y el dinero y ella…

—Ella está perdida —digo, cuando veo que no encuentra las palabras.

—Sí, podría decirse así. ¿Te acuerdas lo que te he dicho de que yo no quiero imaginarme un futuro sin Cillian? —asiento—. Tu madre no es que no quiera. Es que no puede, porque está convencida de que sin él, no es nada. Lo he visto en otras personas, Sim, y salir de ahí es muy jodido. Muchos ni siquiera lo consiguen.

—¿Y cómo se hace para no llegar a ese punto?

—No eres igual que tu padre —me asegura—. Tú no eres egoísta, ni materialista, ni te gusta la fama. No tienes esa maldad en las venas. Si como novio eres la mitad de bueno que como amigo, me atrevería a asegurar que la chica que acabe contigo, ya sea Charlie o cualquier otra, será muy afortunada.

—¿Me prometes que me pararás los pies si en algún momento me ves actuar como él?

—Oh, cariño, te patearía el culo con gusto. No tienes ni que pedirlo.

—Gracias, Nora. Por todo. Por la paciencia que tienes conmigo y por no darte por vencida.

—Nunca. ¿Quién si no me va a dar clases particulares cuando me bloquee? —bromea y se encamina a la facultad—. ¿Vienes?

Apartados del artículo final

Título: *It’s time for Ireland!*

Si viajas con amigos:

· 12 pubs.

·Festival de fin de año.

· Sólo para los más valientes: baño gélido.

Si viajas en pareja:

· Merrion Square.

· Busca el muérdago.

Si viajas con niños:

· Dundrum on ice.

· Leyenda de Papá Noel.

Ideales para los frikis de la Navidad:

· Mercadillos navideños: Christmas al the castle.

· ¡Decora tu casa como los irlandeses!

· Llena la maleta de tarjetas navideñas.

CAPÍTULO 50
Carlota

El día ha llegado.

Nuestra reunión con Jenna acaba de terminar y, oficialmente, nuestro periodo de prácticas ha llegado a su fin. Me dejaría llevar un poco por la nostalgia, si no fuese porque nuestra supervisora ha quedado encantada con nuestro artículo y eso me provoca una felicidad imposible de contener.

Las horas ahí dentro, la cantidad innumerable de páginas web que he visitado, todos los videos que he visto, las numerosas encuestas que he hecho por el campus… Todo ha merecido la pena y lo demuestra la carta de recomendación que me aguarda en la bandeja de entrada de mi correo.

—¿Estás contenta de que tu cuenta atrás para dejar de verme todas las tardes haya llegado a cero? —pregunta Simon cuando, después de despedirnos de todos, nos quedamos quietos en la puerta de la revista.

—¿Sabes? Creo que no. —Alargo la mano hasta que doy con la suya y él, en respuesta, tira de mí para que quedemos mucho más cerca—. Lo estaría si siguiese creyendo que eres un gilipollas, pero desde que sé que lo que muestras al mundo no es más que fachada, he conocido a un Simon que no es del todo insoportable.

—¿Eso es un cumplido, Missy?

—Puede. Aunque no pienso volver a hacer un proyecto contigo en la vida —declaro, haciéndole reír—. Espero que lo de dejar las cosas para el último momento no sea en todos los aspectos.

—Solo en los que me dan pereza.

—Pues que sepas que, para mí, se terminó lo de tirar del carro. Si quieres ser un vago allá tú.

—¿Ya estás tirando la toalla? —Finge un puchero y, sin pensármelo dos veces, me pongo de puntillas para enganchar su labio inferior con mis dientes.

¿Cómo puede gustarme tanto besarle? ¿Y por qué, conforme pasan los días, la necesidad de hacerlo va en aumento en vez de ir disminuyendo? Debería perder intensidad, ahora que ya no frenamos nuestros impulsos, pero no. Es todo lo contrario.

—Es solo una advertencia —digo contra su boca—. Para que sepas lo que esperar de mí.

—¿Tienes planes para hoy? —pregunta, desconcertándome, y niego con la cabeza—. Cillian está preparando la lasaña de su madre para celebrar que las prácticas han llegado a su fin. ¿Por qué no te vienes a cenar con nosotros? Será lo mejor que has probado en mucho tiempo.

—¿Estás seguro de que quieres que nos lancemos ya a lo de quedar con los amigos del otro?

—Ni que no les conocieses. Además, aunque no me lo ha dicho palabra por palabra, Nora está deseando pillarte por banda. Está emocionada con la posibilidad de que, a partir de ahora, haya planes en los que no sea la única chica.

—Está bien. Aunque te recuerdo que Lucía lleva meses encargándose de alimentarme y es una de las mejores cocineras que conozco. En el tema de la comida… No soy fácilmente impresionable.

—Cuando lo pruebes, vas a rogarle la receta para que tu hermana la replique en casa. Ya

verás. Desde que nos conocemos, ¿cuántas veces te he dicho que te iba a encantar algo y he fallado?

No contesto, porque paso de alimentar su ego, así que simplemente me alejo un poco de él, sin soltarle la mano, y pregunto:

—A la derecha, ¿no?

Cuando llegamos a su casa, entramos por la puerta a toda prisa y calados de pies a cabeza. Así es Irlanda, nunca sabes cuándo la lluvia te puede pillar en la calle sin paraguas.

—¡Ya estoy en casa! ¡Vengo con Missy!

Un olor a queso fundido llega desde el fondo del pasillo, donde intuyo que está la cocina, y debo admitir que el ambiente es acogedor ahora que la casa no está llena de universitarios borrachos. Las paredes en color crema, los muebles de madera y el sofá oscuro. Mantas aquí y allá, listas para que puedas refugiarte bajo ellas para ver una película. Una televisión más grande de lo que creía posible en un piso de estudiantes. Y multitud de adornos y fotografías por todos lados.

—¿Esos sois vosotros de pequeños? —cotilleo, sin poder aguantar las ganas, en cuanto veo colgada a uno de los lados del sofá una foto de tres niños jugando en lo que parece un parque infantil.

Tienen arena hasta en las mejillas y la ropa hecha un desastre, pero las sonrisas podrían iluminar una habitación entera. Reconozco rápidamente a Simon, no solo porque sea el único con el pelo tan negro como el carbón, sino también por su mirada.

—¿Ya de pequeño tenías ojos de pícaro? Tienes pinta de terremoto.

—Que va, era un niño muy tranquilo.

—Mentira —le contradice no una, sino dos voces, y cuando me giro hacia la cocina me encuentro con sus dos amigos allí de pie.

—No te duraban las niñeras ni una semana, tío —se ríe Cillian.

—Y te has roto más huesos haciendo el burro que cualquier persona que conozco. ¡Si hasta te reconocían en el hospital!

—Bueno… Pequeños detalles —claudica y, tras rodar los ojos, sigo inspeccionando la sala.

Aunque no me da tiempo a mucho, porque el frío se empieza a meter en mis huesos y un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—¡Estáis calados! —grita Nora, como si hasta el momento no se hubiese dado cuenta, y corre hasta mí para quitarme el abrigo—. ¿A quién se le ocurre salir sin paraguas? ¡Llevan anunciando las lluvias toda la semana!

—Nada que ropa seca no pueda arreglar —la tranquiliza Simon antes de girarse hacia mí—. Puedo dejarte un pijama o un chándal. Te quedará algo grande, pero…

—Yo me encargo —le interrumpe su amiga y, sin darnos tiempo a decir nada, me coge del brazo y tira de mí hasta su habitación—. ¿Qué prefieres, ropa o pijama? Creo que más o menos tenemos la misma talla así que no habrá problema.

—Lo dejo a tu elección.

Saca un pijama de invierno de la balda superior del armario, que promete ser muy calentito, y con una mano me señala la puerta del baño.

—Hay dos puertas porque está compartido con la otra habitación, pero Cillian no entrará. Puedes cambiarte tranquila e incluso darte una ducha si lo necesitas.

—Gracias, Nora.

Me meto rápido al baño, porque necesito desprenderme de esta ropa mojada cuanto antes y,

cuando consigo estar seca y vestida, me hago una coleta. ¡Tengo el pelo tan encrespado que parezco cualquier cosa!

—¿Cómo me queda? —pregunto al volver a la habitación, donde ella me está esperando.

—Lo que yo decía, tenemos la misma talla. Con eso estarás mucho más cómoda que con uno de los pantalones gigantes de Simon. Ahora metemos tu ropa a la secadora, así estará seca cuando quieras volver a casa.

Me deja una bolsa en la que meter todo lo mojado, pero antes de salir de la habitación, se gira hacia mí. No habla enseguida, como si estuviese pensando bien lo que decir, y finalmente abre la boca.

—Simon puede ser muy difícil en algunas ocasiones —me avisa—, pero tenerle paciencia sale rentable. No te rindas con él a la primera de cambio.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque me gusta la pareja que hacéis y creo que os podéis hacer muy bien el uno al otro, pero también sé que en ocasiones dan ganas de mandarlo a la mierda. Cuídale, Charlie, y estoy segura de que él responderá del mismo modo.

—Te ha dicho que lo que tenemos por ahora no es nada serio, ¿verdad? Que solo estamos probando a ver qué pasa.

—Sí, unas cuantas veces, pero si llevo pensando que estáis hechos el uno para el otro desde hace meses, no voy a dejar de hacerlo ahora que, por fin, veo la luz al final del túnel.

—Simon tiene razón cuando dice que eres una loca del romance.

—Nos conocemos a la perfección, no hay nada que podamos ocultarnos a estas alturas de la vida — se ríe—. Bajemos, antes de que a Cillian se le olvide que tiene la cena metida en el horno y la calcine. Tengo un novio que es un as cocinando pero, en cuanto el horno entra en la ecuación, es mejor tener un ojo encima de él.

—Espero que eso no pase, porque me han prometido que hoy iba a probar una lasaña deliciosa y sería una pena irme de aquí sin hacerlo.

Cuando llegamos abajo, Simon ya está en la cocina con su amigo y, en cuanto paso por su lado, me engancha para que acabe sentada sobre sus piernas.

—No sé qué te habrá contado ahí arriba, pero créete la mitad.

—¿Tienes miedo de que tu amiga me cuente cosas de ti que no sean verdad? —tanteo, girándome para poder mirarlo a los ojos y me encuentro con su sonrisa.

—Peor. Tengo miedo de que te cuente las que sí que lo son. —Me guiña el ojo y suelto una risa.

Este chico es de lo que no hay.

—¡Por cierto, chicos! El proyecto ha sido todo un éxito, aunque no era de extrañar contando con que Missy ha utilizado todas sus técnicas para atraer la buena suerte. Calcetines desparejados, sudadera a juego con las zapatillas…

Me quedo a cuadros por el hecho de que se haya dado cuenta de todas esas cosas y, al percatarse de mi cara de confusión, su sonrisa se ensancha aún más.

—Soy más observador de lo que creías, Missy.

CAPÍTULO 51
Simon

La última semana antes de vacaciones se me hace eterna y, lo peor de todo, es que Missy y yo apenas hemos podido sacar tiempo para vernos fuera del campus.

Entre su obsesión por tener que ponerse al día con las clases ahora que las prácticas ya no le roban horas del día y que yo he tenido que aceptar que es momento de ponerme a estudiar para los exámenes, lo único que hemos podido rascar es algún que otro encuentro por los pasillos y alguna que otra conversación por medio de muecas en la biblioteca. O en la cafetería, como ahora.

Es viernes y, pese a que Nora me ha dicho que ella se va a quedar aquí estudiando y Cillian tiene una última clase antes de dar la jornada por terminada, yo tengo claro que en cuanto termine de almorzar me voy a casa.

Mi cabeza no puede más. Necesito una siesta antes de coger otro libro si es que quiero que la información se quede asentada en mi cerebro.

—Tenemos que salir de aquí hacia las tres para estar allí de sobra a las seis. Como no llegue a cenar, mi madre me crucifica —dice Cillian y Nora lo apunta en la hoja en la que están poniendo todas las cosas que necesitan antes de irse a Galway a pasar las Navidades con sus respectivas familias.

Yo no me uno a la conversación. De todos modos, soy el que se queda aquí, así que no va conmigo.

—A ver si lo tengo todo apuntado. Los regalos para nuestros padres y tus hermanos. Dos cajas de Mince Pies. ¿Tienes ya metidos en la maleta los adornos que nos dio Pris para tu madre?

—Sí, todo listo. Los he tenido que envolver en papel burbuja para asegurarme de que llegan intactos.

—Pues solo queda una cosa entonces. ¿Simon?

Se gira hacia mí con una gran sonrisa y la miro con el ceño fruncido y una patata frita colgando de los labios.

—¿Qué tenemos que hacer para convencerte de que vengas? —Me apresuro a negar con la cabeza y, una vez que mi boca está libre de alimento, repito lo mismo que llevo diciendo varias semanas.

—Este año me quedo en Dublín, no hay vuelta atrás.

—No tienes por qué ir a casa de tus padres —insiste—. En la mía hay hueco de sobra y sabes que a mi madre le encanta tener visitas.

—Kyley estaría encantada de dejarte un hueco en su cama —bromea Cillian, haciendo referencia a una de sus hermanas pequeñas, que siempre ha tenido una curiosa afición por mí y, conforme lo dice, su cara cambia—. Mierda. Tendré que contarle que te has echado novia. Se va a llevar un chasco. Ella que estaba segura de que si no te enamorabas de ninguna chica era porque la estabas esperando…

—No es mi novia y no estoy enamorado —le corrijo—, pero aun así mi respuesta sigue siendo no. Me quedaré en casa. Me pondré al día con unas cuantas series que tengo a medias y leeré algún libro.

—No me gusta la idea de que pases más de una semana solo en Navidad, Sim —murmura Nora, poniendo una cara de pena con la que sé que intenta convencerme, pero no lo va a conseguir—. Guardaremos el secreto. Nadie sabrá que estás allí.

—¿Pretendes encerrarme en tu sótano y no dejarme ver la luz del sol o qué? —me río—. Estaré bien, chicos. Para mí, es una semana normal y corriente. No tiene nada de especial.

—Pero el martes…

—No tiene nada de especial —insisto—. Además, el martes estáis aquí por la mañana así que… Antes de que me dé cuenta de que os habéis ido, estaréis otra vez aquí tocándome las narices.

—¿Charlie se va a España? —pregunta Cillian.

—No, se queda. Su hermana lleva aquí desde septiembre y su madre vendrá de visita.

—¿Ves, Nora? Ya puedes dejar de preocuparte. No estará encerrado en casa todo el día.

—Missy estará con su familia. No voy a molestarla.

—Eso dices ahora…

Me vuelvo a concentrar en mi comida mientras ellos siguen con su lista y, cuando levanto la mirada hacia la mesa donde están los amigos de Missy, me encuentro con sus ojos clavados en mí.

Le saco la lengua. Ella me devuelve el gesto. Señalo en su dirección, en la mía y, por último, en la de la ventana. Ella señala su libro. Yo hago un puchero. Ella me vuelve a sacar la lengua.

Y, de repente, una idea se me viene a la cabeza y cojo el móvil para hacerle una pregunta que no sería capaz de transmitir por señas. Porque si quiero que nos conozcamos de verdad, lo primero que tengo que hacer es ir eliminando barreras.

Simon: ¿Quieres saber el verdadero motivo por el que odio la Navidad?

CAPÍTULO 52
Carlota

Este año los mercadillos navideños se han convertido en mi nuevo lugar favorito. ¿Será porque, todos los que he visitado hasta el momento en la isla, tienen un ambiente mágico? Incluso *Christmas at the castle*, que ahora mismo está a mis espaldas, parece gritar mi nombre incitándome a entrar.

«Solo dos días más. Está en el horario de actividades programadas para el lunes.»

Es curioso porque, pese a ser una amante de la Navidad, lo cierto es que la tarea de visitar este tipo de sitios todavía estaba por marcar en mi lista de deseos. Quizá porque cerca del pueblo de mis abuelos, donde hemos pasado siempre estas fechas, no hay nada por el estilo. O porque, otros años, he estado tan ocupada con los exámenes que ni siquiera he sacado tiempo para moverme por el país antes de volar a España. Será la influencia de mi hermana, que siempre que estamos juntas nos lanzamos más a la aventura.

Lo que sí que tengo claro, es que hemos creado un monstruo y, a partir de este mismo momento, me niego a dejar un solo mercadillo navideño de Irlanda sin visitar. Tengo todavía un año más antes de terminar la carrera y estoy dispuesta a convencer a quién haga falta para llegar hasta las ciudades más alejadas.

Y hablando de una de mis opciones como futuro chófer…

—¿Cómo es posible que tengas siempre la nariz tan roja? —dice a modo de saludo y me sube la bufanda hasta que la tela deja solo mis ojos al descubierto—. No, espera, así no me gusta—. La vuelve a colocar en su sitio y, sin que pueda esperármelo, me baja el gorro hasta que cubre la parte superior de mi cara—. Así sí —ríe antes de besarme y le sigo el juego, porque me encanta, pero en cuanto se separa me quito el gorro para poder volver a colocarlo perfectamente.

—No juegues con el gorro de una chica, niño pijo. Podrías ganarte un cabezazo.

—Del hecho de que hayas unido dos orejas de reno de ganchillo a la lana, ya hablaremos otro día.

—¿Te gustan? Me apunté a un curso el verano pasado y todavía me queda mucho por aprender, pero es súper relajante.

—Volvemos a discernir en las cosas que nos parecen relajantes —se burla, pero al mismo tiempo engancha una de las orejas y la examina—. Qué se le va a hacer, ya estaba al tanto de que eras rara antes de meterme en este lío.

—¿Quieres que te haga uno igual?

—No —sentencia y, tras una mirada a mis espaldas, lanza la pregunta con la que me desconcierta—. ¿Entramos?

—¿Al castillo?

—No, al mercadillo. ¿Por qué crees que te he dicho de quedar aquí?

—Pues… No sé —confieso—. Pensé que querrías tomar algo en una cafetería de la zona o algo por el estilo. ¿Cómo iba a pensar que querrías entrar a un mercadillo navideño cuando hemos quedado precisamente para que me cuentes por qué odias la Navidad?

—Tú lo vas a disfrutar, eso es lo importante.

Me tiende la mano y, viendo que está completamente decidido, la cojo y le sigo hasta la cola

que hay que hacer para entrar. No voy a ser yo la que se niegue a un plan de este tipo. Además, así podré hacer un primer chequeo antes de venir con Lucía y con mi madre, para saber dónde están las cosas más interesantes.

Recorremos los puestos. Me antojo de unas cuantas cosas que sé que acabaré comprando el lunes. Me hace millones de fotos con las decoraciones más llamativas. Me propone subir al tiovivo, pero me niego. Nunca he sido muy fan de ese tipo de atracciones. Y, finalmente, cuando nos sentamos a descansar mientras nos tomamos un chocolate caliente, parece preparado para contarme su historia.

—¿Sabes que mi cumpleaños es el veinticuatro de diciembre?

CAPÍTULO 53
Simon

—¿Cómo lo iba a saber si nunca me lo has contado? ¡Para eso quedan solo tres días! No me has dado casi tiempo para buscarte un regalo —se queja.

—No me gustan los regalos, Missy. En realidad, no suelo celebrarlo así que hay veces que simplemente es un día más.

—¿Por qué?

—Es una fecha de mierda. La mayoría de personas están a lo suyo y ni siquiera se acuerdan. Hasta mis padres se olvidaban de mi cumpleaños cuando era un niño. O, mejor dicho, se olvidaban de pasar tiempo conmigo ese día. Cada veinticuatro de diciembre, se celebra la cena de empresa de mi padre, así que ambos desaparecían de casa muy pronto por la mañana y no volvían hasta bien entrada la madrugada. Por supuesto, mi madre se encargaba de que la niñera tuviese preparada una tarta de chocolate para la merienda, pero ellos nunca estaban. Yo no quería ni regalos ni dulces, Missy, quería que mis padres estuviesen conmigo. Quería sentirme, por una vez en la vida, más importante para ellos que la empresa o la Navidad.

—¿Te dejaban solo?

—Molly se quedaba conmigo. Era la única que se encargaba de hacer del día una aventura. Desde que puedo recordar, siempre ha organizado cosas para mí ese día: un castillo inflable, una escapada secreta, un maratón de mis películas favoritas con muchas, muchas chuches… Un año se las apañó para poner una réplica de la chimenea en el hueco de las escaleras, para que pudiésemos bajar desde arriba con una cuerda como si fuésemos Santa Claus.

—Creo que tu hermana podría caerme muy bien.

—Yo también lo creo —dice, con una pequeña sonrisa—. Supongo que me acostumbré a que eso fuese mi vida. Unos padres que casi nunca estaban en casa y una hermana increíble. No era lo ideal, pero tampoco podía quejarme. Tenía más de lo que cualquier niño pudiese desear y, a fin de cuentas, vivíamos tranquilos. Hasta el año en el que cumplí los doce.

—¿Qué pasó?

—A Molly se le ocurrió que podía ser buena idea poner un trineo en el tejado de casa y guardar mis regalos de cumpleaños en el saco. Sería como un reto. Habíamos subido allí incontables veces, Missy. Nos conocíamos perfectamente el camino, las tejas en las que podíamos pisar y en las que no, los zapatos que debíamos ponernos, los sitios a los que podíamos agarrarnos.

Noto cómo mi pulso aumenta a la vez que lo hace el ritmo con el que salen las palabras de mi boca y, cuando Missy me coge las manos, en una muestra de apoyo, me aferro a ella.

—Justo cuando salí al patio, siguiendo las instrucciones de la nota que me había dejado en la cocina… Joder. Creo que en la vida podré quitarme esa imagen de la cabeza —gruño—. Ni siquiera llegué a ver el trineo. Miré hacia arriba y la vi resbalar. Vi cómo todo su cuerpo se iba hacia atrás. Corrí hacia el otro lado de la casa, para ver si estaba bien y con los gritos llamé la atención del servicio. Nos la encontramos inconsciente en la acera. Tenía la pierna doblada en un ángulo imposible y… No pude acercarme.

—Simon…

—Me quedé petrificado en el sitio. Como si lo estuviese viendo todo a través de un velo y en realidad no me encontrase allí. Escuché cómo la niñera llamaba a la ambulancia. Cómo el mayordomo se acercaba a ella a toda prisa para comprobar si estaba bien. Los sollozos de la cocinera. Los gritos de mi madre al otro lado del teléfono. Y yo no fui capaz de hacer nada.

—Tenías doce años, Simon. Es normal que te asustaras.

—Estuvo más de una semana en coma inducido. Nos pasamos todas las Navidades en el hospital sin saber si Molly iba a salir por la puerta con nosotros o no. Las horas más críticas habían pasado, pero ningún médico nos aseguraba que las complicaciones estuviesen fuera de la ecuación.

—No hace falta que me sigas contando más si no quieres, Simon. —Me frena justo cuando noto cómo una lágrima se desliza por mi mejilla—. Puedo empezar a entender por qué esta época te trae malos recuerdos.

—No. Prefiero terminar ya que he empezado y, así, no tendremos que volver a sacar el tema nunca más.

—Está bien.

—Cuando despertó, mis padres no estaban en la habitación. Me miró con una sonrisa, me preguntó qué hacía allí y cuánto tiempo llevaba dormida y, cuando se lo conté, ¿sabes cuál fue su respuesta? «Menudo golpe». Incluso postrada en una cama y con mil tubos alrededor, fue capaz de sacar su buen humor a flote.

—En eso os parecéis.

—No. Ella es mucho más fuerte que yo y ahí fue cuando me lo demostró, porque la pesadilla no había hecho más que empezar. Poco después de despertarse, cuando me agaché para abrazarla, me dijo que no sentía las piernas. Pensamos que sería por alguna medicación o por la sedación. Los médicos, sin embargo, la sacaron de la habitación tras un par de pruebas rutinarias. Tenía una lesión de la médula espinal. Nunca más ha podido volver a caminar.

—Joder. Lo siento mucho, Simon…

—Fue mi culpa —exploto—. Si no hubiese sido por mí, ella no habría estado en el tejado y ese maldito trozo de hielo no se habría puesto en su camino. Si no hubiese decidido quedarse en casa porque era mi cumpleaños, habría asistido a la fiesta de la empresa.

—Eso no es así, Simon —me contradice—. Eras tan solo un niño y ella también. Fue mala suerte y punto. Nadie podía llegar a imaginarse algo así.

—Soñaba con ser patinadora profesional. Estaba preparándose para el mundial que le daría un puesto en los Juegos Olímpicos de invierno. Tenía toda una vida por delante que se fue al traste en un segundo.

—¿Alguna vez te ha culpado?

—No.

—¿Entonces por qué lo haces tú mismo?

—A partir de ese momento, mi familia cambió por completo, Missy. ¿Cómo no voy a sentir que fui el detonante de la bomba? La recuperación de Molly fue dura. Conmigo trataba de ocultarlo, pero anímicamente estaba destrozada. Mamá buscó consuelo en la bebida y el juego, quizá porque pasar menos tiempo en casa le ayudaba a no ser tan consciente de que su hija estaba mal. Y papá se obsesionó aún más con el trabajo. Pasó días e incluso semanas sin pasar por casa. Nos abandonaron a nuestra suerte. En una casa con todas las necesidades cubiertas, pero nos dejaron solos.

—¿Ahí fue cuando empezaron sus problemas con el alcohol?

—Sí y ya nunca ha vuelto a ser la misma. Ha pasado una década y siguen en el mismo bucle

en el que entraron entonces.

—¿Y Molly?

—Ya te he dicho que es una luchadora. ¿Te puedes creer que ahora es profesora de patinaje artístico? Yo ni siquiera he tenido el valor de calzarme unos patines desde entonces.

—¿Es con ella con quien fuiste a Dundrum?

—Sí. Es su lugar favorito. Si está abierto, lo más probable es que te la encuentres dentro.

—¿Has hablado alguna vez de todo esto con ella? ¿Le has contado cómo te afectó a ti su accidente?

—No —confieso—. Me cuesta incluso mirarla a la cara, Missy. Hablar por teléfono o por mensaje es fácil, pero el simple hecho de tener que verla en esa silla… Me reconcome por dentro. Y me jode porque es una de mis personas favoritas de este mundo, pero en cuanto la veo, los pensamientos empiezan a almacenarse en mi cabeza y necesito huir.

—Tal vez deberías hacerlo.

—Hay algo que todavía no te he contado. —Me mira en silencio, dándome tiempo, y bajo la mirada hacia mi taza de chocolate, que sigue casi entera—. Cuando mis padres quisieron saber lo que había pasado, les relaté todo con pelos y señales, como he hecho hoy contigo. Yo necesitaba sacarme la culpa y ellos, respuestas.

—¿Y qué te dijeron?

Cierro los ojos, intentando que la escena no penetre por completo en mis recuerdos, pero resulta imposible. Aun puedo sentir el anillo de mi padre clavándose en mi mejilla cuando me dio un bofetón. El sollozo de mi madre. Los gritos.

—Que no valía para nada más que para dar problemas. Que me tendría que haber caído yo, en vez de ella. Y que más me valía no contárselo a nadie porque si no la prensa se acabaría enterando y harían todo un reportaje sobre cómo el pequeño de los Gaughan había puesto en peligro la vida de su hermana.

—¿Cómo pueden ser tan…? Tan…

—Puedes decirlo, Missy, no te cortes.

—¡*Tan cabrones*! Lo siento, Simon, pero con cada cosa que me cuentas me queda más claro que tus padres son escoria.

—Uno más que el otro —aclaro—, pero mientras ella se siga dejando manipular, no hay nada que hacer al respecto.

—No me extraña que no quieras volver a Galway. Ni que veas la Navidad de un modo tan odioso. Yo también lo haría.

—¿Entiendes ahora que no me atreva a hablar con Molly de esto? Es la única persona de mi familia que sigue mereciendo la pena. No puedo arriesgarme a perderla a ella también.

—Por lo que me has contado, me atrevería a decir que no vas a recibir la misma respuesta —me asegura y, en el fondo, yo también lo creo, pero el miedo se hace con el control cada vez que planeo hacerlo—. Estoy segura de que le gustará saber qué es lo que hace que te alejes de ella, Simon. Si sigues dejando pasar el tiempo, al final puede que la acabes perdiendo igualmente.

—Es complicado.

—Lo sé, pero algo me dice que eres más valiente de lo que te piensas. No paras de decir que tengo que aprender a vivir la vida, pero me da la sensación de que tú también tienes que aprender algo muy importante: a disfrutarla. Libérate de todas esas cargas del pasado, niño pijo, solo entonces podrás concentrarte en lo que importa de verdad.

CAPÍTULO 54
Carlota

Cuando salimos del mercadillo navideño me propone ir a comer a algún sitio así que le llevó hasta un restaurante no muy lejos de allí, en el que estuve hace poco con mi hermana, con la promesa de que está a punto de probar una de las mejores hamburguesas de la ciudad.

Sin embargo, me callo el motivo para que la sorpresa sea la misma que nos llevamos nosotras la primera vez: el delicioso sabor del pan de patata y el shock al encontrarte, en el interior de la carne, un volcán de queso oculto. Bueno, puede que también se lo oculte porque quiero ver su reacción cuando el queso haga acto de presencia, sabiendo de sobra lo ansioso que es con la comida y que morder la carne con fuerza ocasionará que el queso salte por los aires.

¿Es que se me puede culpar por ser un poco malvada después de haber estado aguantando al Simon más tocapelotas durante más de dos años? Para nada.

Igual que tampoco me siento para nada culpable cuando, al ver que se prepara para dar el primer mordisco, saco el móvil disimuladamente para grabarlo todo. No se hace esperar mucho. Al segundo, la salsa ha estallado en su boca y, ha sido tan brusco, que esta salta manchándole la nariz, las mejillas e incluso la frente.

Me mira con los ojos abiertos como platos, dirige la vista al móvil que le está apuntando, y al segundo un brillo vengativo aparece en su mirada.

Mastica con tranquilidad y traga. Da un sorbo a su bebida. Coge la servilleta para limpiarse y, con una sola frase, enciende todo mi cuerpo.

—Acabas de iniciar una pelea que no vas a poder ganar, Missy. Más te vale estar alerta.

—Ah, ¿sí? ¿Qué vas a hacerme?

—Todavía no lo sé, pero algo se me ocurrirá. Ni se te ocurra mandarle a nadie el vídeo o la foto o lo que sea que hayas hecho.

—Tarde. —Giro el móvil en su dirección para que pueda ver la pantalla y, justo en ese momento, suena el aviso de que la otra persona ha respondido.

Nora: JAJAJAJA

Nora: Eso le pasa por bruto. ¿Por qué todos los tíos son iguales?

Nora: Yo quiero probar esa hamburguesa. Ya me dirás dónde es o quedamos y me llevas

Nora: ¡Que aproveche, parejita!

—Sabía yo que os ibais a acabar aliando en mi contra. Debería haberos mantenido lejos la una de la otra.

—Hay cosas que no se pueden evitar, niño pijo.

Terminamos la comida entre bromas, risas y amenazas de venganza y, cuando salimos, nos quedamos los dos quietos, mirando ambos lados de la calle, sin saber qué hacer. Ninguno de los dos quiere dar por terminada la cita todavía pero, ¿qué podemos hacer cuando el frío cada vez es más helador?

—¿Te apetece venir a casa a ver una peli o algo? —le pregunto, recordando que Lucía tiene planes hoy y me ha mandado un mensaje antes diciéndome que mañana me avisaría cuando pasaran a recogerme para ir al aeropuerto a buscar a mamá.

—¿Puedo elegirla yo?

—Me lo pensaré. Lo que sí que puedo prometer es que no será una navideña. Ya has tenido tu dosis de hoy con el mercadillo, no quiero que te empaches.

—¿Te das cuenta de que es la primera vez que me invitas a tu casa? Por fin voy a tener la oportunidad de inspeccionarlo todo, como hiciste tú con mi habitación.

—Pues te vas a llevar un chasco, porque la gran mayoría de mis cosas siguen en España. Aquí solo tengo lo que necesito para las clases.

—Seguro que algo se te escapa. Una camiseta con la cara de algún famoso impresa, fotos, unas esposas escondidas en el armario…

—¿Por qué iba a tener unas esposas en el armario?

—Te gusta mandar. No me extrañaría que te pusiera ver a alguien esposado a tu cama.

—Siento decepcionarte, Simon, pero no tengo una vida sexual tan apasionante. Si quieres que te espose, tendrás que comprar tú el material.

—¿Es un reto?

—Tómatelo como quieras —me río y le guío hasta mi casa.

Como ha prometido, en cuanto entramos se dedica a observarlo todo con atención, pero no le sigo. Me quito la cazadora y las botas, me siento en el sofá y cojo el mando para encender la tele e ir buscando alguna película interesante que ver.

—¿Me das permiso para fisgar?

—Adelante. Como si estuvieses en tu casa.

Le sigo con la mirada desde mi posición, supongo que es lo bueno de tener un piso tan pequeño, pero se toma tanto tiempo que decido volver a la lista de títulos.

—¿Tienes un ranking con *la mejor tortilla de patata del mundo*?

—Eso es de mi hermana. Es una friki.

—Habló —se ríe—. Aunque debo admitir que me esperaba más adornos navideños, Missy. Se puede entrar en casa sin pisar musgo.

—Todavía tengo que traer cosas de la oficina. Se las dejé en una caja a Erik y pasaré el lunes a recogerlas.

—Ya decía yo que no veía a Santa Claus saliendo de ningún lado —dice, haciendo referencia a la figura que lleva decorando el centro de nuestra mesa de trabajo desde noviembre.

—¿Quieres ver la peli o pretendes seguir analizando cada mota de polvo mucho más tiempo?

—¡Qué impaciente! —se queja, pero me hace caso y viene hasta el sofá—. Y eso que todavía no he entrado en tu habitación. Pienso deleitarme luego un buen rato —avisa.

—Eres un cotilla.

—Un poco —sonríe y, tras mirar la lista de películas que aparece en la pantalla, me arrebata el mando de las manos—. Elijo yo primero.

—¿Eso quiere decir que vamos a ver más de una?

La respuesta es sí. O, bueno, más o menos. Porque lo que acabamos poniendo es una miniserie y nos vemos del tirón tres capítulos enteros. Durante el tercero, descongelo uno de los táperes con los que Lucía me llena el congelador y cenamos.

El cuarto, sin embargo, no soy capaz de seguirlo. Me pesan los párpados, la boca se me abre cada dos minutos y, casi sin darme cuenta, acabo medio echada sobre el costado de Simon.

—¿Quieres que la pare?

—No. Lo estoy viendo.

Mentira.

Ni siquiera soy capaz de recordar lo que pasa, ni los personajes que salen. Ni en qué momento deje de prestar atención. Sin embargo, sí que me acuerdo de espabilarme un poco cuando Simon se acomodó hasta que ambos quedamos tumbados en el sofá, yo sobre él, y cómo tras colocarme el pelo susurró unas palabras que se repitieron en mis sueños durante toda la noche.

—Creo que cada día me gustas más.

CAPÍTULO 55
Simon

Cuando a la mañana siguiente me despierto, lo primero en lo que pienso es en que tengo algo encima. O alguien, mejor dicho. Y que el pelo de ese alguien huele a hierbabuena. Lo segundo es que Missy debería cambiar este sofá porque tengo la espalda hecha una mierda. Y, lo tercero, que por mucho que algo se me esté clavando entre los omoplatos, no me apetece levantarme.

—Deja de moverte —gruñe ella entre sueños y se acomoda mejor sobre mí.

—Tu sofá me está acribillando —le susurro, pero afianzo mi agarre sobre ella.

Siempre había pensado que dormir abrazado a alguien debía ser terriblemente incómodo, pero me voy a tener que tragar mis palabras. Si llegamos a estar en una cama o en un sofá más estable, me negaría a salir de aquí en todo el día.

¿Necesidades fisiológicas? Que le jodan.

—No seas tan flojo.

—¿Quieres que te deje a ti abajo y me lo cuentas?

—Ni loca. Me aplastarías con tu peso.

—Lo siento por estar tan mazado.

—Me refería al peso de tu ego, niño pijo.

—Auch —me quejo y, con movimientos perezosos, mueve la cabeza hasta que su barbilla está apoyada en mi pecho y sus ojos fijos en los míos.

—Te has quedado.

—Te quedaste frita encima de mí. No iba a despertarte para irme.

—Claro, claro —se burla con una sonrisa—. Haré como que te creo.

—La temperatura que marcaba el móvil tampoco me animaba a salir a la calle —continúo con las excusas.

Sabe tan bien como yo que no va a conseguir sacarme una confesión, pero seamos sinceros. Sería inútil negar que lo que realmente pasó es que no me quería ir.

—¿Qué planes tienes para hoy? —le pregunto para cambiar de tema.

—El avión de mi madre aterriza a mediodía. Lucía y yo iremos a buscarla y seguramente después vayamos a comer al restaurante de Sean, mi vecino. Esta tarde tenemos tickets para ir a la antigua biblioteca de la Universidad y para terminar el día visitaremos alguno de los puntos de *Dublin Winter Lights*.

—Vaya —exclamo—. No vais a tener tiempo para aburriros.

—Tenemos solo dos semanas para verlo todo y muchos de los días estarán ocupados por reuniones y comidas familiares. No podemos perder ni un minuto. ¿Tú qué harás?

—Estaba pensando en mandar un mensaje a Molly por si le apetecía quedar conmigo un rato. —En realidad la idea había pasado en varias ocasiones por mi cabeza desde que ayer le conté la historia completa, pero no he llegado a tomar la decisión hasta este mismo momento—. Claro que lo más probable es que me diga que vaya a *Dundrum* y no me apetece mucho.

—Me parece buena idea. Llevas esperando mucho tiempo para arrancar la tirita, Simon. Es hora de que la dejes cicatrizar.

—¿Estás metafórica hoy o qué?

—Una, que se levanta con el chip filosófico de vez en cuando —se ríe y, para mi desgracia, apoya las manos en mi pecho para poder levantarse—. ¿Te apetece desayunar algo antes?

—¿Qué me ofreces?

—La especialidad de mi familia son las tortitas. Tengo tanta variedad de siropes que querrás echarte una tortita en cada plato solo para poder saborearlos todos.

Como esperaba, al mandar un mensaje a Molly preguntándole si le apetecía quedar para comer, su respuesta ha sido que me esperaba en *Dundrum* a mediodía. Podría haberme negado e irme a casa para aprovechar el último domingo con mis amigos antes de que se fuesen a Galway, pero es hora de que ponga fin a este asunto.

Nora lleva años insistiéndome con ello, pero había algo, sigo sin saber el qué, que me frenaba. Sin embargo, cuando ayer Missy me dijo lo mismo, penetró en mi cabeza de una manera diferente.

¿Será porque hablar las cosas en alto ayuda a aclarar las ideas? ¿O porque es la primera persona ajena a mi vida de aquel entonces a la que le dejo ver esa parte de mí? O quizá su confianza en que Molly no será como mis padres, basándose únicamente en lo que yo le he contado de ella.

Aparco el coche de Nora, que he tomado prestado después de una visita a casa de tan solo media hora en la que me he duchado, cambiado y cogido las llaves, y me dirijo al interior del establecimiento. Alguno de los trabajadores me reconoce de las veces en las que vine la semana que me tocó investigarlo para el proyecto y, uno de ellos, me señala la zona de la cafetería en la que Molly ya me está esperando.

Está sentada junto al gran ventanal que da al hielo, observando cómo la gente se divierte. Sus manos se mueven sobre la mesa como si sus dedos estuviesen enfundados en un par de patines y se elevan en el aire para girar, pero cuando me ve entrar por la puerta para.

—¡Sim! Ya estaba empezando a pensar que el mensaje había sido cosa de mi imaginación y me iba a tocar comer sola.

—Siento decepcionarte —bromeo y, antes de sentarme al otro lado de la mesa, me acerco para darle un ligero beso en la mejilla.

—Vaya, vaya. Me propones comer juntos, me saludas con un beso, ¿estás enfermo o es que tienes una noticia muy mala que darme? ¿Has suspendido los exámenes? ¿Te han echado de la universidad?

—No digas tonterías, Molly. ¿No puedo darte un beso sin que pienses que es el fin del mundo?

—¿Se ha quemado la casa? ¡Te dije que vigilases a Cillian cuando encendiese el horno! La reforma de la cocina me costó un ojo de la cara.

—Tu casa sigue en pie, todos estamos sanos y yo sigo siendo un alumno del Trinity College. Ahora, ¿puedes dejar de pensar en desgracias solo porque haya sido cariñoso? No pienso volver a saludarte.

—Está bien, lo siento —dice con una sonrisa—. Me ha hecho mucha ilusión despertarme con ese mensaje, así que no pienso arruinarlo. ¿Qué te apetece comer?

Hablamos de todo y de nada durante la próxima hora y, cuando la comida ya se ha acabado y el postre ha conseguido su propósito de endulzar la boca, saco el tema que me ha traído aquí.

—¿Alguna vez me has considerado el culpable de lo que te pasó?

Al grano, sin medias tintas. No merece la pena irse por las ramas.

—¿Qué? —Se nota que la he pillado con la guardia baja, pero cuando nota que mi mirada se dirige a la silla, se inclina sobre la mesa para obligarme a mirarla a los ojos—. Fue un accidente, Simon. Si alguien tuviese que cargar con la culpa, esa sería yo, que para eso tuve la brillante idea de subirme al tejado después de una helada.

—Pero lo hiciste para darme una sorpresa a mí.

—¿Me pediste que lo hiciese? —niego con la cabeza—. Pues ahí tienes tu respuesta. ¿Llevas pensando que te culpo todos estos años?

—Mamá y papá lo hicieron.

—¿Y desde cuándo se supone que tenemos que tener en cuenta lo que ellos opinen? Somos tú y yo contra el mundo, Simon, ¿o te has olvidado de eso?

—Si no hubiese sido mi cumpleaños o si te hubiese convencido para asistir a la cena de papá…

—Cuando algo está por pasar, pasa. No quiero volver a escucharte decir ni una sola vez que tuviste algo que ver con lo que pasó. ¿Me has oído? Porque no es así. No me puedo creer que te hiciesen pensar otra cosa, Simon. ¡Tenías doce años! ¿Cómo pudieron hacerte eso?

—Estaban dolidos —trato de defenderles, aunque no entiendo bien por qué.

—¿Y tú qué? —se desespera—. ¿Por eso te alejaste? ¿Por eso te cuesta tanto responder a mis llamadas? ¿Porque te sentías culpable?

—Cada vez que veo la silla de ruedas me acuerdo de todos los sueños que se quedaron por cumplir. De lo mucho que te gustaba trepar por los árboles del jardín o correr por las calles en Navidad, como si tuvieses miedo de quedarte sin ver algo por no ir lo suficientemente rápido.

—La vida sigue y los sueños cambian —me asegura, cogiéndome las manos para apretarlas entre las suyas—. No es el futuro que me esperaba cuando era una niña, pero es el que me ha tocado y he aprendido a cómo disfrutar de cada momento. Me gusta lo que soy y en lo que me he convertido. Me apasiona mi trabajo y tengo un novio que vale millones al que conocí porque ambos pasamos por lo mismo a la vez. Soy feliz, Simon, aunque parezca difícil de creer.

—¿De verdad? ¿No lo estás diciendo solo para que me sienta mejor?

Me siento tan perdido como ese niño de doce años que vio cómo su familia cambiaba de un día para el otro, supongo que porque es él el que trata de cicatrizar.

—No te mentiría nunca. Lo único que me falta para tenerlo todo es que tú también encuentres tu sitio.

—Estoy en ello.

Me hace una seña con los brazos y, sin hacerme de rogar, me pongo de pie y la abrazo. Es increíble cómo puedes echar tanto de menos algo y no darte cuenta hasta que lo recuperas. Nunca imaginé que mi cuerpo estuviese tan necesitado de los abrazos de mi hermana, pero ahora no quiero volver a desprenderme de ellos.

—¿Por qué no has hablado antes conmigo de todas estas cosas?

—Tenía miedo de que confirmases mis sospechas.

—¿Y qué es lo que te ha hecho decidirte? Merezco saber qué es lo que ha cambiado ¿no?

Vuelvo a mi silla, porque no estoy seguro de poder hablar de esto sin sentirme incómodo. No porque hablar de Missy me provoque esa sensación, sino porque mi hermana siempre ha hecho más papel de madre que de hermana y hay algunos temas que, simplemente, son más difíciles que otros.

—¿Te acuerdas de la chica con la que estaba haciendo el proyecto navideño?

—Sí, claro.

—Bueno, pues el proyecto nos llevó a hacernos amigos y puede que haya algo entre nosotros.

—¿Te has echado novia?

—No. Todavía no, al menos. El caso es que ayer le estuve contando esto y cómo ese recuerdo, sumado a un cumpleaños del que la gente se olvida con frecuencia, son alguno de los motivos por los que odio la Navidad.

—Y ella te animó a hablar conmigo —deduce.

—Sí. Estaba tan segura de que no me veías como al culpable que… No sé. Supongo que empecé a pensar que podía ser posible.

—Esa chica me cae bien. ¿Cómo dices que se llamaba?

—Missy —respondo en automático pero, al segundo, me doy cuenta de mi error—. Perdón. Carlota, aunque la mayoría de las personas la llaman Charlie.

—¿Qué es lo de Missy, entonces?

—Una chorrada, en realidad, pero me he acostumbrado a llamarla así. El primer día de universidad se perdió, entró en mi clase en vez de en la suya y me resultó un juego de palabras demasiado fácil como para no utilizarlo.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Me estás diciendo que se perdió y tú, en tu infinita sabiduría, cogiste el verbo *miss* de perder, y lo convertiste en un apodo? —asiento—. ¿Y aun así has conseguido que esa pobre chica se fije en ti?

—¿Qué se le va a hacer? Soy irresistible —sonrío de medio lado y ella rueda los ojos.

—Sigue soñando, chaval. ¿Cuándo me la vas a presentar? Quiero comprobar con mis propios ojos que no la estés obligando a quererte.

—¡Oye! —me quejo y ella se ríe.

—Ahora en serio, quiero conocerla. Le gusta la Navidad y ha conseguido que vengas a hablar conmigo de tus problemas. ¿Qué más puedo pedir de una cuñada?

—Todavía no somos novios —insisto.

—Tiempo al tiempo, hermanito. Tiempo al tiempo.

CAPÍTULO 56
Carlota

El lunes por la noche, cuando mi madre ya se ha dormido, salgo de casa haciendo el menor ruido posible y me dirijo a la de Simon con el carro de la compra tan cargado de cosas que, cualquiera que me vea, pensaría que estoy loca.

Sobre todo si contamos con que las guirnaldas que hay en la parte de arriba son tan largas que alguna se está cayendo por los laterales.

Apuro tanto el paso que, el trayecto de veinte minutos largos, me lo hago en cuarto de hora.

—¡Ya estás aquí! —celebra Nora en cuanto me abre la puerta y me quita el carro de las manos—. Entra. El partido que han ido a ver los chicos está en el descanso, lo que significa que tenemos cosa de una hora.

—He traído tanto como he podido.

Digo mientras me quito el abrigo y, para cuando lo dejo en el perchero, ella ya ha empezado a sacarlo todo.

—Tranquila. Molly ha traído tantas cosas que no sé ni cómo vamos a conseguir colocarlo todo sin que parezca que se nos ha ido la cabeza. ¡Tenemos hasta árbol!

Nos ponemos manos a la obra tan rápido como nos es posible y, mientras ella saca los adornos de mi carro, yo abro una de las cajas que nos ha prestado Molly.

Hay una corona de acebo para la puerta, estrellas que podemos colgar por varios lugares de la casa, varios adornos de porcelana con las figuras de ángeles y renos, guirnaldas de todos los colores y hasta un Papá Noel que canta.

Tengo tentación de poner eso encima de la cama de Simon y esconderme para poder grabar su reacción, pero no lo hago. Fui la última en atacar en nuestra guerra de *vendettas*, como a él le gusta llamarla, y no voy a arriesgarme a darle la oportunidad de ejecutar una *doppia vendetta*[9].

Para cuando los chicos vuelven del partido, nos pillan subidas cada una a una silla, con las luces colgando de un lado del árbol y las guirnaldas del otro, y unas sonrisas enormes dibujadas en la cara.

—¿Qué es todo esto? —pregunta Simon, perdido en todo lo que ha cambiado desde que se fueron y sin darse cuenta todavía de mi presencia.

—¡Sorpresa! —gritamos las dos a la vez y, aunque su mirada vuela hasta encontrar la mía, su expresión sigue transmitiendo la misma confusión.

—La Navidad ha llegado a la ciudad —canturrea Nora bailoteando sobre la silla y Cillian se acerca rápidamente a ella, como si tuviese miedo de que pueda perder el estribillo.

—El villancico no es así —la corrige Simon.

—¿Y si los que lo cantan mal son el resto? ¡No me juzgues sin saber, Sim!

—Por desgracia he escuchado tantísimas veces esa canción en los últimos meses que me la sé de memoria. —Alza las cejas en mi dirección, por si acaso alguien dudara de que la culpable de eso pudiese ser otra persona, y me encojo de hombros en respuesta.

—Ya era hora de que alguien endulzara tus *playlists*.

—Si tú lo dices. ¿Qué habéis hecho en la casa? ¿Y cómo habéis podido hacerlo en tan solo dos horas?

—Es la magia de la Navidad —exagero y, sin que se lo espere, le lanzo una de las guirnaldas a la cabeza—. ¡Déjate contagiar!

—Bajaos de ahí o al final os vais a desnucar —nos riñe Cillian y, con cuidado, nos quita las luces a las dos para comenzar a colocarlas él. Beneficios de medir más de un metro cincuenta, supongo.

—No podía ser que mañana sea Nochebuena y nosotros tuviésemos la casa tan triste. Era hora de decorarla.

—Claro y, por si fuese poco, has tenido a la cómplice perfecta —se queja su novio, sin dejar de lado su tarea con las luces, y Nora asiente sonriente.

—Hacemos buen equipo, ¿verdad, Charlie?

—Al final os voy a tener que prohibir quedar si no estamos uno de nosotros dos presentes —asegura Simon—. ¿Qué será lo próximo?

—Nosotras habíamos pensado en ver alguna peli, pero si tenéis otro plan… —Respondo, a sabiendas de que no era a eso precisamente a lo que él se refería con su frase, pero claudica.

¿Quién me iba a decir a mí que este chico sería tan fácil de convencer para algunas cosas?

Nora y yo nos encargamos de hacer palomitas mientras ellos terminan con la decoración superior del árbol y, cuando por fin estamos los cuatro sentados en el sofá, Nora elige la película. No es tan mala como para poner una de Navidad, no queremos que Simon explote, así que selecciona una de Marvel y pasamos las dos horas siguientes pendientes de la pantalla.

O, al menos, ellos tres parece que lo están. Yo no he podido dejar de pensar en la mano de Simon acariciándome la pierna por debajo de la manta. Ni en la manera en la que mi rodilla roza continuamente con la suya.

—¿Te quedas a dormir conmigo? —pregunta cuando Nora y Cillian desaparecen para dejar los boles de las palomitas y las latas vacías de refresco en la cocina y, en cuanto asiento con la cabeza, me coge de la mano y me guía hasta las escaleras.

—¡Nos vamos arriba! ¡Buenas noches!

—¡No hagáis mucho ruido! —se apresura a gritar Cillian y, cuando llegamos a su habitación, lo hago con las mejillas rojas de vergüenza.

—No le hagas caso, es idiota.

—¿Lo dices porque no vamos a hacer ruido?

—Lo digo porque, si quieres, puedes hacer tanto como te apetezca —me corrige y puedo notar cómo el color de mis carrillos aumenta.

—¿No te da corte hacerlo con ellos presentes?

—La primera vez que nos acostamos la casa estaba llena de gente, Missy —me recuerda.

—Sí, pero había música.

—Si ese es el problema, puedo poner algo en el ordenador.

—Eso cantaría aún más —me río pero, cuando se acerca a mí y coloca sus manos en mis caderas, todo lo demás parece desaparecer a mi alrededor.

—De todos modos, no te he pedido que subieras para acostarnos —me sorprende—. O, al menos, no con el único objetivo de hacerlo. Antes quería hablar contigo de algo.

—¿Va todo bien?

—Sí —se apresura a responder—. Va genial, de hecho. Esta última semana ha sido abrumadora, pero creo que he evolucionado en muchos aspectos y todo ha sido gracias a ti, Missy.

—Yo no he hecho nada, solo te he dado mi opinión.

—Puede que solo hayan sido palabras, tienes razón, pero han surtido efecto cuando hacía

mucho que nada surtía efecto en mí.

—¿A dónde quieres llegar con eso, Simon?

—Quiero intentarlo de verdad y olvidarnos de lo de ir viendo lo que pasa. Quiero que estemos juntos. Quiero no tener que corregir a la gente cuando se refieran a ti como mi novia y presentarte a mis conocidos como tal. Voy a necesitar que tengas paciencia conmigo, eso sí, porque no tengo ni idea de lo que es tener una pareja, pero quiero aprenderlo a tu lado. Si tú estás de acuerdo, claro.

—¿Me estás pidiendo salir?

—Sí, creo que sí.

—Me encantaría aprender contigo a estar juntos —aseguro y, al instante, mis pies dejan de tocar el suelo y empiezo a dar vueltas por la habitación.

Sus risas se mezclan con las mías y, cuando me besa, acabamos cayendo con fuerza sobre el colchón.

—Tenías razón, Missy, llevo años sin disfrutar de la vida y estoy decidido a que eso cambie. Quiero creer en la magia como lo haces tú y valorar los pequeños momentos. Estoy harto de vivir amargado.

—Te enseñaré —le prometo—, y no me rendiré hasta conseguirlo.

CAPÍTULO 57
Simon

Debería estar acostumbrado a pasar mis cumpleaños solo, ya que es justo el día en el que a la gente le suelen surgir planes, sea con familiares o en sus respectivas empresas, pero aun así no puedo evitar que me entre un poco de nostalgia cuando, desde la ventana, veo cómo Nora y Cillian terminan de cargar sus cosas en el coche antes de partir camino a Galway.

A su favor diré que han insistido un par de veces más en que me fuese con ellos, pero me he negado. Mi hermana también pasó ayer por aquí antes de iniciar su propio viaje, pero al parecer nuestra última conversación le dejó claro que no voy a pasar tiempo con nuestros padres del que sea estrictamente necesario, así que ni siquiera me ha propuesto que la acompañe. Mi madre sí que ha aprovechado su llamada de felicitación para pedirme que fuese al menos un par de días, pero le he dicho que tenía que estudiar mucho y que no podía perder ni un solo minuto. Y mi padre… Él ni siquiera se ha molestado en dedicarme palabras cariñosas, solo ha dejado claro lo decepcionado que se sentiría si los dejaba tirados en la gala de empresa de este año.

«La familia debe mostrarse unida.»

Casi puedo escuchar su voz repetir esa frase una y otra vez en mi cabeza, pero hace años que soy inmune a ella. Desde que fui consciente de que lo único que le interesa es aparentar, porque a la hora de la verdad nunca está cuando se le necesita. ¿Por qué me voy a molestar yo en hacerlo cuando es al revés?

Además, esas galas siempre me han parecido repugnantes. ¿Desde cuándo la Navidad dejó de ser algo familiar para pasar a ser un negocio? No lo soporto. Ni a él ni a sus socios, que se creen mejores personas solamente por hacer algo benéfico una vez al año, cuando en realidad no miran más allá de sus propios intereses.

«¿Por qué sigues dedicando tiempo a pensar en él cuando te pone de los nervios?»

Me encantaría saber la respuesta a mi propia pregunta.

Sonrío cuando veo que Nora se gira en dirección a la ventana y la saludo con la mano. A ella no se la ve contenta, pero estoy seguro de que en cuanto llegue a casa y se la encuentre llena de gente, cualquier preocupación que ahora mismo ronde su cabeza se habrá acabado.

Al menos, se han quedado hasta después de la comida conmigo para hacer una pequeña celebración de cumpleaños. No porque yo la necesitase, sino porque ellos han querido hacerlo. Me han preparado una de mis comidas favoritas, han comprado una tarta de chocolate en la que han puesto dos velas demasiado coloridas para mi gusto, me han regalado una cazadora pese a que saben que los regalos para mí son algo innecesario y habrán cantado el cumpleaños feliz un total de treinta veces, por lo menos.

A las dos de la tarde es cuando he conseguido que se pusieran en marcha. No porque tuviese ganas de que lo hiciesen, sino porque la madre de Cillian iba a acabar con él por no llegar a tiempo a la cena familiar. Y, después, vendría a por mí. Desatar la furia de Bianca en Navidad no es uno de mis objetivos.

Missy, por su parte, fue la primera en felicitarme en cuanto el reloj dio medianoche. Estábamos en mi habitación, tumbados en la cama y hablando de algo que ni siquiera recuerdo, cuando su móvil vibró sobre la mesilla y empezó a tirarme de las orejas. Es efusiva, la chica,

nadie lo puede negar. Sin embargo, esta mañana ha salido escopetada de casa nada más despertarse porque, de repente, se ha acordado de que no había avisado a su madre de que salía la noche anterior y, además, tenía que prepararse para la cena de Nochebuena.

Por lo visto, en España es tan típico celebrarlo como la comida de Navidad y, por lo que me ha contado, la familia irlandesa con la que pasarán estos días ha vivido tanto tiempo en el país mediterráneo que ya ha copiado alguna de sus costumbres.

Lo que me lleva a dos días en los que no la voy a ver el pelo.

Pero, aun así, nada me quita la cara de tonto que se me queda cada vez que me acuerdo de nuestra conversación de anoche. Me atreví, le eché narices y le confesé lo que mi mente llevaba días gritando. Era increíble lo rápido que había tomado la decisión de que quería más pero, ayer, en cuanto la vi en el salón de mi casa llenándolo todo de cosas y, en vez de volverme loco, lo único que pensé fue en lo guapa que estaba subida a esas escalera, con su jersey de Santa Claus y las manos llenas de guirnaldas, lo tuve claro.

Quería estar con esa chica y solo una cosa podría pararme los pies: que ella no opinase igual.

Sin embargo, la noche no podía haber terminado mejor. Todavía se me altera el pulso cuando me acuerdo de su mirada juguetona y del «¿quieres que te deje mandar en la siguiente ronda como regalo de cumpleaños?» justo después de dar las doce. O en lo loco que me vuelve cuando deja marchar todas las preocupaciones y se siente libre. O sus dientes clavándose en mi hombro al intentar ahogar un gemido para que mis amigos no la escuchasen.

«Deja de pensar en eso si no quieres tener que recurrir a tu mano derecha en cuestión de minutos, chaval.»

Me alejo de la ventana con la firme intención de comerme otro trozo de tarta y ponerme alguna serie o saga de películas con la que el día se me pase más rápido. Por suerte, no tengo que pensar mucho porque en cuanto enciendo la televisión, la recomendación que aparece en pantalla me parece una opción ideal.

¿A quién no le gusta de vez en cuando un maratón de Harry Potter?

Me veo la primera y la segunda casi sin darme cuenta y, justo cuando los créditos de esta última aparecen en pantalla, el timbre suena una y otra vez. Tantas, que da la sensación de que la persona que está al otro lado se ha propuesto quemarlo.

—¿Qué pasa? —pregunto al abrir, sin esperar siquiera a descubrir quién es, y cuando mi mirada se cruza con la de Missy frunzo el ceño—. ¿Tú no deberías estar ya con tu familia preparando la cena de Nochebuena?

—Sí, debería, pero cuando he llamado a Cillian para que me pasase su receta de la lasaña y me he enterado de que tanto él como Nora están de camino a Galway, no he podido resistirme. No puedes pasar solo la Navidad, Simon.

—¿Por qué?

—Porque no, porque me niego. ¡Tenías que haberme avisado antes de que ellos se iban! Pensaba que os quedaríais todos en la ciudad.

—Puedo sobrevivir una semana sin compañía, Missy —me burlo.

—Lo sé, ¡pero es Navidad!

—¿Y?

—No voy a dejar que lo hagas —claudica—. Me da igual que para ti estas fechas no sean especiales, porque para mí sí que lo son. Me gusta pasarlas con la gente que me importa y siento comunicarte que tú has entrado en esa lista, así que te vienes conmigo.

—Missy…

—La decisión está tomada. Vas a descubrir lo que son unas auténticas Navidades con la

familia Merino García y no acepto un no por respuesta. Tú quisiste contarme por qué las odiabas tanto. Ahora, yo quiero enseñarte por qué a mí me encantan.

—No quiero robarte tiempo de estar con tu familia.

—Y no lo harás. Mi madre es de la opinión de que, cuanta más gente, mejor y estoy segura de que Lucía tiene ganas de ponerte cara. Eso sí, te aviso de que todavía no he contado a nadie que estamos juntos, así que será la sorpresa del día. Por el momento, lo único que sabe es que éramos compañeros de proyecto y que no te soportaba. Tendré que preguntar a la madre de Sean si le importa que seamos uno más, pero no creo que me ponga problema ninguno.

—Veo que tu hermana tiene buena imagen de mí, me gusta —me río y ella, tras echar un vistazo al reloj, me hace un gesto con las manos para que me dé prisa.

—¡Vamos! Vístete. Hace más de una hora desde que he recibido el primer mensaje preguntando dónde me había metido y por qué no estaba ya allí.

CAPÍTULO 58
Carlota

En cuanto llegamos al restaurante hablo a Lucía para que salga. Lleva mandándome mensajes todo el día preguntando dónde me había metido así que no tarda ni un segundo en aparecer por la puerta.

¿Lo más gracioso? Que puedo notar los nervios que están fluyendo por las venas de Simon solo por lo inquieto que está a mi espalda.

—*¿Dónde estabas? Tú nunca llegas tarde a la cena de Nochebu…* —Se queda callada al darse cuenta de que hay alguien detrás de mí y, tras mover un par de veces la mirada de uno a otro, encoge los ojos—. ¿Hola? —dice, cambiando al inglés.

—Lucía, te presento a Simon. Cuidado con lo que dices, porque entiende perfectamente el español.

—Simon… ¿Simon?

—El mismo. Se ha quedado solo en la ciudad y me parecía de muy mal gusto no invitarle a cenar con nosotros, ¿crees que a Erin le importará?

—Por supuesto que no —asegura ella con una sonrisa, aunque la conozco lo suficiente como para saber que está esperando para engancharme a solas y soltar todas las preguntas que tiene en la cabeza—. Además, tenemos comida para un batallón. Una boca más es bien recibida.

Nos hace un gesto con el brazo para que pasemos y, en cuanto ponemos un pie en el comedor, ocho miradas se clavan en nosotros.

—¡Hola, familia! Os presento a Simon. Mi… —Me giro hacia él, intentando descubrir si se siente lo suficientemente cómodo para que lo presente como mi pareja o es mejor dejar la bomba reposar un poco antes de lanzarla. Y entonces recuerdo las palabras que me dijo anoche.

«Quiero no tener que corregir a la gente cuando se refieran a ti como mi novia y presentarte a mis conocidos como tal.»

—Mi novio.

Lo que sucede los minutos que siguen a mis palabras es un cúmulo de cosas. Las caras de sorpresa. Sean siendo el primero en levantarse para presentarse. Darren, su hermano, preguntando a Simon si está seguro de lo que ha hecho porque aguantarme requiere el nivel experto. Yo contestándole que si él sigue soltero será porque no es mucho mejor. Niall ofreciéndose a doblar una servilleta en forma de árbol de Navidad para Simon. Y, en todo ese tumulto, una mano que tira de mi brazo y me separa de todos los demás.

—*¿Cómo que novio? ¿Desde cuándo? ¿Y por qué no me habías contado nada? Porque es el chico con el que has hecho el proyecto, ¿verdad? Me suena que me dijiste que se llamaba Simon. ¿En qué momento ha dejado de ser insoportable y se ha convertido en tu novio? ¿Este es el chico con el que te estabas besando cuando discutiste con Tristan? ¿El que creías que te gustaba? ¡No me contaste que era el del proyecto! Si ya te decía yo que el roce hace el cariño…*

—*Si me dejas hablar quizá pueda responderte a alguna de las preguntas* —me río.

—*Perdón. Es solo que me has pillado tan de sorpresa que hay demasiadas cosas que quiero saber. ¡No se puede ocultar información de este calibre, Carlota!*

—*Dice la que me cuenta las cosas solo cuando la pillo* —contraataco, pero ella rueda los ojos

en respuesta.

—*Pequeños detalles* —gruñe—. *¡Cuéntamelo todo!*

—*Sí, es el chico del proyecto y sí, es mi novio. Oficialmente, desde anoche, pero la cosa viene de más atrás. Sigue siendo insoportable, pero solo a veces. Y sí, él es el chico al que me refería cuando te conté lo de Tristan, pero no discutimos, fue él solo el que se enfadó conmigo. ¿Me he dejado alguna pregunta en el tintero que no pueda esperar a mañana?*

—*No. Creo. Pero pronto te pillaré por banda y me lo tendrás que contar todo.*

—*¿Con detalles?* —bromeo, levantando las cejas varias veces y ella pone cara de asco.

—*Solo los que no tengan que ver con tu vida sexual, gracias. Sé que la tienes y me parece fantástico, pero no necesito más información al respecto.*

—*¿Podemos volver ahora a donde he dejado a Simon rodeado de desconocidos?*

Cruzamos la puerta por la que me ha hecho salir un par de minutos antes y, al ver cómo se ha desarrollado la escena, no puedo sentirme más orgullosa de mi familia. Alguien ha sacado una silla más y la ha colocado justo al lado de la que había vacía para mí. Mi madre está sirviendo una copa de vino a Simon cuando llegamos y, en cuanto me siento, descubro que Niall está encantado con tener una persona nueva sentada a la mesa.

El pequeño está comentando lo mucho que le gustó disfrazarse de arqueólogo para Halloween y, al descubrir que Simon ha estado en Egipto, abre tanto los ojos que me da la sensación de que se le van a salir de las cuencas.

—¿Viste alguna momia? ¿Entraste a las pirámides?

—Si quieres algún día te traigo las fotos y te lo cuento todo.

—¡Sí! Charlie, ¿puede? —Me pregunta como si yo tuviese algún poder de decisión sobre lo que hace o deja de hacer Simon, pero para no disgustar al niño asiento con la cabeza.

—¡Claro! Ya hablaré con tu padre para que te deje pasar un día a casa y quedamos.

—¡Esta es la mejor Navidad de mi vida! —exclama el niño y, al segundo, está agarrando el brazo a Sean para que le preste atención y contárselo.

Simon se gira hacia mí y me habla en un murmullo casi inaudible.

—Creo que voy a necesitar que me vayas repitiendo los nombres a lo largo de la noche porque me los han dicho todos demasiado rápido y solo me acuerdo del de tu madre, el de tu hermana y el del chaval —me río en respuesta y, disimuladamente, le voy señalando personas.

—El chico que está al lado de mi hermana es Sean. Llevan siendo amigos desde que tengo memoria, quizá por eso las dos familias están tan unidas. El que tiene cara de flipado es Darren, su hermano mayor. Todo apariencias, como tú, en realidad tiene un corazón que no le cabe en el pecho, pero le gusta fingir que no. La pareja que está hablando con mi madre son sus padres: Erin y Fergus. Mis padres y ellos eran uña y carne cuando vivíamos en el pueblo, así que se puede decir que me he criado considerándolos parte de mi familia. Y, por último, los nombres del tío y la abuela de Sean no te los puedo decir porque ni siquiera yo me los sé todavía.

—Se me hace raro ver tanta gente alrededor de una sola mesa —confiesa.

—Esto no es nada —me río—. Hay ocasiones que en el pueblo nos hemos llegado a reunir más de treinta personas. No había sillas suficientes para tanto culo.

—¿Siempre os juntáis? ¿Cada Navidad?

—Siempre que se pueda, sí. Lo que nunca falla es nuestro trío calavera —dirijo una mirada a mi madre y otra a mi hermana y, después, le vuelvo a mirar a él—. No me imagino estas fechas sin tenerlas a ellas cerca. No serían lo mismo.

—Es bonito —admite y casi se me cae la mandíbula al suelo de la impresión.

—¿Perdona? ¿Tú considerando bonito algo que está relacionado con la Navidad?

—Me refería a la unión que hay entre vosotras —explica—. Es lo que siempre he pensado que debería significar la familia, pero…

—Lo sé. —Le cojo la mano por debajo de la mesa y le doy un apretón—. Pero que te hayas criado sin esa unión no significa que vayas a estar toda la vida sin ella. No hay que perder la esperanza.

—¿Realmente crees que se puede llegar a construir una familia fuerte cuando vienes de una desestructurada?

—Sí —confirmo, sin tener que pensarlo dos veces—. Si es lo que realmente quieres, puedes conseguirlo. Está en tus manos decidir cómo eres, Simon.

CAPÍTULO 59
Simon

Hasta esta misma noche no habría creído que fuese posible cenar con otras diez personas alrededor de la mesa y que en ningún momento hubiese una discusión, cosas echadas en cara o palabras fuera de tono.

Al revés, todo lo que me he encontrado desde que he puesto un pie en aquel restaurante han sido risas, piques cariñosos, multitud de anécdotas y muchas, muchas caras sonrientes y amables. Me han hecho sentir en casa, mucho mejor que en casa en realidad, haciéndome partícipe de las conversaciones, preguntándome cosas pero sin forzarme a hablar cuando notan que el tema no es de mi agrado… He sido uno más. Acabo de llegar y ya soy uno más.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta Missy cuando el resto están ocupados, peleándose por el que consideran el mejor trozo del pastel de Navidad que ha hecho Erin.

—Más de lo que me esperaba —confieso—. Tu familia es increíble.

—Lo sé —dice con una gran sonrisa.

—Si esto es con lo que has crecido, no me extraña que te guste tanto la Navidad.

—En realidad, hay más historia detrás, pero te la contaré en otro momento.

Me hago una nota mental para acordarme de preguntarle otro día, cuando estemos solos, y escaneo la sala con la mirada mientras escucho cómo ella se une a la discusión para conseguir el trozo.

Lucía, que al principio me ha mirado raro pero al final ha sido una de las personas con las que más he hablado a lo largo de la cena. Tan loca como su hermana, pero menos vacilona.

Sean, algo más serio, pero con un sentido del humor que ha conseguido que suelte alguna que otra carcajada.

Darren, con el que comparto la afición por el ciclismo y quién me ha recomendado unas cuantas rutas por el país que ya llevo apuntadas en el móvil. Además de su número de teléfono, por si en alguna ocasión nos cuadra ir juntos.

Niall, el pequeñajo. ¿Se puede querer a una persona en apenas unas horas? Porque yo creo que a ese niño ya lo quiero. Me ha recordado mucho a cuando yo era pequeño y me interesaba por cosas que el resto de chavales de mi edad ignoraban. Se nota que tiene una capacidad de memorización increíble y lo mejor es que su familia lo fomenta, así que algo me dice que va a conseguir todo lo que se proponga en la vida.

Con los adultos no he hablado tanto, no sé si por posición en la mesa o por diferencia de edad, pero lo que me ha quedado claro es el gran respeto que tienen unos con otros, el cariño que se respira en el aire y la felicidad.

Así que, el hecho de que Missy se preocupe por mí cuando me ha traído a un lugar tan mágico, me parece hasta irónico. ¿Cómo no voy a estar bien? Me han transmitido más cariño estas personas en una cena que mis padres en la última década.

«Si Molly hubiese estado aquí, habría sido perfecto.»

—¿Sabéis qué? Hoy es el cumpleaños de Simon, así que debería llevárselo él.

La miro horrorizado, porque pensaba que era algo que se iba a quedar entre nosotros, pero ella en cambio me dedica una gran sonrisa. ¿Será porque piensa que no me lo voy a comer entero y le

voy a dar un trozo? Porque lo que me pongan delante me lo pienso terminar.

Como es normal, su confesión viene seguida de muchas felicitaciones, tirones de orejas y canciones, pero sorprendentemente no me molesta. Y no entiendo muy bien por qué. ¿Quizá es porque veo que lo hacen genuinamente, sin segundas intenciones?

«Deberías dejar los traumas de lado, Simon. Te están pasando factura.»

Han hecho caso a Missy y el trozo más grande del pastel aparece delante de mí como por arte de magia. Dejo que Niall me robe una cucharada, porque se me hace imposible negarme, pero cuando Missy lo intenta, le aparto con el codo.

—¡Un poquito!

—Tienes el tuyo —me quejo.

—No seas glotón.

—No seas ladrona.

—Te odio.

—¿Estás segura? —La miro con las cejas alzadas y ella pone los ojos en blanco.

—Me vengaré.

—Estoy deseándolo.

Los juegos de mesa aparecen un segundo después de que terminemos con el postre y, de alguna manera que no entiendo, la medianoche se nos echa encima y llega la madrugada. Y con ella, las despedidas.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte aquí con nosotras? Erin tiene camas suficientes —le dice Lucía a Missy cuando ya nos estamos poniendo las cazadoras, pero ella niega con la cabeza.

—Prefiero dormir en casa. Simon me acompañará, así que puedes quedarte tranquila.

—Os podéis quedar los dos —insiste.

—Ya sabes lo mucho que me cuesta dormir en sitios desconocidos, Lu —se queja ella—. Voy a descansar más en mi propio colchón. Mañana vendré temprano por si os apetece hacer algo.

—Vale —claudica—, pero que sea pronto de verdad, no como hoy. —Lanza una mirada bromista en mi dirección, pero finjo no darme cuenta.

—Descansa. Nos vemos mañana.

Nos despedimos de todos ellos y, después de prometerle una vez más a Niall que no me olvidaré de nuestro acuerdo y que algún día le traeré las fotos de mi viaje a Egipto, salimos del restaurante.

El frío nos pega como una bala y, a los pocos pasos, Missy está pegada a mi costado como si de ello dependiese su vida. Por suerte, su casa está cerca y, sin ni siquiera preguntar si me apetece subir, abre la puerta y me hace un gesto con la cabeza para que pase.

Suelta la cazadora, los guantes y el gorro en cuanto llegamos a su salón y corre hasta donde tiene una pequeña estufa portátil para encenderla. Se mete en su habitación y, a los dos segundos, sale con un pijama de franela puesto. ¿Cómo lo ha hecho si a mí no me ha dado tiempo ni a acercarme a ver qué era lo que le corría tanta prisa?

—Si quieres, puedes quedarte a dormir aquí —dice cuando me ve todavía con la cazadora puesta—. No creo que te valga nada de mi ropa, pero puedo mandar un mensaje a Sean y pedirle permiso para pasar a por algo a su casa. Tengo una copia de las llaves para emergencias.

—No te preocupes, estaré bien así —aseguro, quitándome la cazadora y colgándola en el perchero—. Además, te recuerdo que la única vez que hemos dormido juntos y no acabamos desnudos fue la que nos quedamos fritos en tu sofá. Es decir, la inesperada —digo con una sonrisa y ella se queda callada, porque sabe que no me puede llevar la contraria.

Es imposible que estemos juntos en una misma cama y que no nos puedan las ganas.

—¿Quieres saber el otro motivo por el que me gusta tanto la Navidad? —pregunta, cambiando de tema, pero no me importa porque antes me he quedado con la duda y ambos sabemos que, si seguimos por el camino al que íbamos de cabeza, se nos va a olvidar.

—Si te sientes cómoda contándomelo, sí.

Camina hasta el sofá y, cuando se sienta en él de medio lado, imito su postura justo enfrenta para poder mirarnos a los ojos.

—¿Recuerdas que te dije que mi padre había fallecido? —asiento—. Yo acababa de cumplir los once años cuando pasó. Íbamos los cuatro en el coche y tuvimos un accidente. Lucía y yo salimos ilesas. Mamá se llevó un buen golpe, pero meses de rehabilitación consiguieron que volviese a ser ella misma. Mi padre fue el único que nos dejó aquel día. No recuerdo mucho, a decir verdad, pero eso no es lo importante.

Noto que la voz se le empieza a romper y respira hondo un par de veces antes de seguir y yo… Yo simplemente la observo, sin decir nada, porque entiendo perfectamente lo duro que puede llegar a ser remover el pasado.

—Los meses siguientes fueron los peores que he vivido nunca. Mi madre estuvo muy mal, Lucía intentaba ser la fuerte y venía a casa cada fin de semana desde Madrid, donde estaba estudiando, y yo me encerré en mí misma. No soltaba el móvil y cuando me hablaban, no contestaba.

—Me cuesta imaginarte callada —comento, consiguiendo sacarla una sonrisa.

—Pensé que en eso se quedaría mi vida, ¿sabes? En una hermana estudiando fuera, una madre triste, unos abuelos demasiados preocupados por la niña que parece no estar llevando bien el duelo y que no se relacionaba con nadie en el colegio…

—Debió ser muy duro.

—Lo fue —admite—. Hasta que llegó noviembre y todo cambió. No sé qué fue lo que ocurrió para que mi madre decidiese que ya era hora de reaccionar, pero ese año comenzó nuestra tradición navideña. A papá le encantaba la Navidad, era aún peor que yo.

—¿Eso es posible?

—Oh, sí. Trabajaba de camionero y siempre que viajaba por Europa en el mes de diciembre nos mandaba fotos de los mercadillos que se iba encontrando por las distintas ciudades o traía regalos. Le encantaba cantar villancicos, aunque lo hiciese de puta pena, y el árbol era imprescindible. Si ese año no hubiésemos celebrado la Navidad, habría sido como una deshonra a su memoria, así que hicimos todo lo contrario: la convertimos en algo gigante y nuestro.

—Por eso siempre la pasáis las tres juntas.

—Es lo que nos queda desde que volver a estar los cuatro es algo imposible.

Veo cómo las lágrimas empiezan a bajar por sus mejillas y, sin poder aguantar el impulso, estiro mi mano hacia ellas para poder secárselas con las yemas de los dedos.

—Son tres meses en los que le sentimos un poquito más cerca. Cada uno supera el duelo a su manera y nosotras encontramos la nuestra en las Navidades.

—Me parece una forma muy bonita de recordarle —digo cuando se queda callada y, con una sonrisa, se deja caer hasta que está medio echada encima de mi pecho—. Ya no me parece tan enfermizo lo de comprar adornos en octubre.

No puede evitar que se le escape una pequeña risa cuando digo eso y mueve la cabeza hasta que sus ojos vuelven a estar fijos en los míos.

—Algún día tienes que venir conmigo al pueblo en el que me crie. Alucinarías con alguna de las fotos que aún guardamos en el ático de esa casa.

—¿Me estás proponiendo unas vacaciones juntos, Missy?

—Puede ser. Solo si te portas lo suficientemente bien como para que siga aguantándote en verano.

—Uff, complicado —bromeo.

—Si pillamos allí a Eneko, uno de los amigos de mi hermana, incluso puedes practicar tu euskera con él.

—*Zurekin ere hitz egin dezaket*.[10]

—Puedes haberme llamado cualquier cosa que no me he enterado —me asegura—. Pero bueno, dejémonos de historias tristes. ¿Tienes sueño?

—En realidad, aunque haya un comienzo triste, creo que la historia es bonita y esperanzadora —la corrijo—. Y, con respecto a lo otro, sorprendentemente para la hora que es no estoy cansado, pero si quieres que nos vayamos ya a dormir no me importa.

Se pone de pie y alarga las manos hacia mí para que haga lo mismo.

—Vamos a la cama. Podemos poner una película o la serie que dejamos a medias el otro día.

—O podríamos cumplir con nuestra estadística y deshacernos de una vez de toda esta ropa —propongo, con un tono de voz tan pícaro que me puedo imaginar su sonrisa incluso cuando se gira para darme la espalda.

Me suelta la mano cuando llegamos a su habitación y, tras cerrar la puerta, me mira de arriba abajo con muy poco disimulo. Es más, juraría que exagera el repaso para que lo note.

—Tenemos toda la noche para hacer lo que quieras.

—¿Estás segura de eso? —En cuanto asiente con la cabeza, me pego a su cuerpo y me inclino hasta que puedo susurrarle en el oído—. Pues espero que tengas condones suficientes.

CAPÍTULO 60
Carlota

Después de unas Navidades agotadoras en las que no he parado ni un solo segundo, estoy que no puedo con mi vida. Me duelen los pies, tengo agujetas en sitios en los que no creí que fuese posible tenerlas y podría pasarme durmiendo durante toda una semana si no fuese porque, en tan solo unos días, empiezan de nuevo las clases.

—¡Feliz *Little Christmas*! —saluda Nora en cuanto abre la puerta y paso al interior como si estuviese en mi casa.

Normal, si contamos con que en las últimas dos semanas creo que he pasado más tiempo aquí que en mi propio apartamento.

—Sé que te prometí una tarde de chicas, pero no te enfades conmigo si acabo durmiéndome en el sofá —advierto mientras me quito la cazadora.

—Recuerda la tradición, Charlie, nosotras hoy descansamos y ellos son los que trabajan, así que has venido al sitio perfecto.

Nos dirigimos al salón y, lo primero que veo, es a mi novio agachado bajo el árbol, con el culo en pompa, intentando hacer yo que sé qué. Pero madre mía que culo. Si no fuese porque tengo miedo de que pierda el equilibrio, le habría dado un golpe al entrar.

—Vaya recibimiento —bromeo, haciéndolos reaccionar a ambos y, al intentar subir la cabeza, se lleva medio árbol consigo. El resto nos reímos, pero él simplemente lo aparta de un manotazo y se acerca a mí sonriendo para saludarme con un pequeño beso.

—¿Ya has dejado a tu madre en el aeropuerto?

—Sí. Sean y Lucía me han traído hasta aquí. ¿Qué hacías ahí agachado?

—Desconectar las luces.

—¿Y no sería más fácil simplemente apagar la regleta y, una vez desmontado el árbol, sacar el enchufe? —Por la forma en la que se miran el uno al otro, queda claro que esa posibilidad no ha pasado en ningún momento por su cabeza—. ¿Y se supone que tú eres el genio? A otra con ese cuento, niño pijo.

—Que no se te suba mucho el ego por haber tenido una buena idea, Missy —me pica—. O si no, tendremos que salir todos de la casa.

—He tenido al mejor de los maestros.

—*Boom!* —se ríe Cillian—. Esa te la tenías merecida, tío.

El timbre de la casa suena cortando la conversación y, cuando Nora va a abrir y desde el salón veo que son Miurne y Keeva, corro hacia ellas para abrazarlas.

Son las únicas del grupo que han llegado ya a Dublín, el resto de mis amigos siguen en sus respectivas ciudades, así que Nora y yo las habíamos invitado a nuestra sesión de manicura y cotilleo mientras los chicos se encargan de recoger todos los adornos de Navidad.

¿Que la idea de ponerlos fue nuestra? Sí. Pero las tradiciones están para respetarlas y en Irlanda eso quedó claro hace muchos siglos: el día seis de enero son los hombres los que se encargan de limpiar mientras las mujeres se dedican tiempo a sí mismas. ¿Qué mejor manera de hacerlo, con el frío que hace fuera, que quedarnos en casa pintándonos las uñas y dándole a la sin hueso?

Pongo algo de música mientras Nora se encarga de sacar todos sus esmaltes y artilugios y, en cuanto las chicas se ponen a hablar de cómo han pasado sus vacaciones, no puedo evitar que mi mirada se desvíe a Simon. Porque si algo ha marcado las mías, aparte de estar en una ciudad diferente, ha sido su presencia.

Aunque al principio se mostraba reticente, mi madre y mi hermana fueron lo suficiente insistentes como para conseguir que nos acompañase en alguna de nuestras actividades. La gran mayoría de los días, ha estado al menos un par de horas con nosotras y, casi todas las noches, en cuanto mi madre caía en la cama o se ponía a ver alguna serie, yo me venía aquí y me quedaba con él hasta la mañana siguiente.

Hemos pasado tanto tiempo juntos que se me hace raro pensar en volver a una rutina en la que los exámenes consuman la mayor parte de mi tiempo, pero es lo que toca. Ya llegarán las vacaciones de primavera para poder desconectar otra vez.

—¿Has conseguido tachar todos los puntos que tenías en la lista para la visita de tu madre? —pregunta Miurne, sacándome de mis pensamientos, y una gran sonrisa se dibuja en mi cara al pensar en la respuesta.

—Por supuesto. Hemos acabado molidas y con los pies metidos en agua con sal para calmar los dolores, pero lo hemos hecho todo.

—¡Y Simon se ha unido a ellas! —añade Nora, ocasionando que mis dos amigas se giren hacia el aludido.

—¿No se supone que tú odiabas la Navidad?

Tarda un poco en contestar, quizá porque él mismo se ha hecho esa pregunta en varias ocasiones a lo largo de las últimas semanas, y finalmente da una respuesta con la que consigue que mi corazón explote.

—Supongo que lo que pasaba era que no había tenido una buena embajadora de estas fechas. No están tan mal ni son tan falsas como creía.

Sus ojos clavados en los míos son todo lo que necesito y, si no fuese porque están nuestros amigos delante, saltaría por encima del sofá solo para abrazarlo y comérmelo a besos.

Porque, aunque aún no se lo haya confesado, él también me ha enseñado mucho y ha metido este año en la lista de mis Navidades favoritas.

Por lo increíble que es echar la vista atrás y ver lo mucho que han cambiado nuestras vidas desde entonces.

Por acompañarme en el camino.

Pero, sobre todo, porque vivirlas es genial, pero ser testigo de cómo alguien descubre el que para mí es el verdadero significado de estas fechas…

Eso es una experiencia inolvidable.

Eso sí que te invita a querer creer en la magia.

EPÍLOGO
2026

Es la noche de San Juan en un pueblo a las orillas del mar Cantábrico y, en uno de los laterales de la playa, un grupo de personas se han montado un pícnic que nada tiene que envidiar a los grandes chefs. Sobre todo, si contamos con que dos de sus miembros son los dueños de uno de los mejores restaurantes de Dublín y, obviamente, ellos se han encargado de preparar el picoteo.

A los siete miembros originales de esa cuadrilla que se creó hace ya más de veinte años y a la que pertenece Lucía, la hermana mayor de Carlota, se han ido uniendo cada vez más personas, pero lo que está claro es que se quieren unos a otros como una gran familia y eso no lo cambiarían por nada.

Tan solo quedan unas horas para que las hogueras iluminen la playa por completo y los más valientes se animen a saltarlas, y mientras tanto, pocos son los miembros del grupo que están tranquilamente sentados alrededor de la mesa.

Mientras unos surfean y otros se alejan por las rocas en busca de un lugar más tranquilo donde poder intentar pescar algo, Carlota toma el sol junto a Marta y Andrea, las mejores amigas de su hermana. Ella no estaba incluida en la primera lista de asistentes, pero se apuntó al plan en cuanto supo que el destino era el pueblo y volver a disfrutar de todas esas cosas que recordaba de su niñez lo está haciendo todo más especial.

Aunque todo indica que no le va a durar mucho la tranquilidad que está sintiendo, con los suaves rayos de sol incidiendo en su espalda y la brisa del Cantábrico acariciando su piel. Dos personas, un niño y un adulto que en ocasiones es peor que el niño, caminan hacia ellas con la firme intención de sacudir sobre sus cuerpos el agua que se les ha quedado acumulado en el pelo después de estar más de media hora jugando a las palas en la orilla.

Lucía, una de las guardianas de la comida, no puede evitar observarlo todo desde su posición, pero no lo impide. Espera a que la travesura esté realizada y, solo cuando Carlota reacciona, llama la atención del niño. El de verdad. No vaya a ser que encima se lleve ella la culpa por permitir que Niall se haya convertido en un fiel aliado de Simon. Que hubiese buscado un novio más serio o maduro.

—¡Te mato! —grita la afectada en cuanto nota las gotas frías caer sobre su espalda caliente y, antes de que la de tiempo siquiera a girarse, Simon aprovecha para tumbarse por completo encima de ella, calando cualquier rincón que pudiese haber salvado de las salpicaduras de antes —. ¡Quita! No quería mojarme el bikini —se queja y, cuando mira a su alrededor, descubre que las amigas de su hermana han huido de la escena del crimen como lagartijas.

—¿De qué sirven los bikinis si no es para mojarlos?

—Para tomar el sol —insiste—, que es precisamente lo que pretendía hacer antes de iniciar nuestro viaje.

—No necesitas estar morena para disfrutar de los koalas, Missy. Basta con tener cuidado para que no te peguen la clamidia. ¿Te imaginas que ese intento tuyo de quitarme de encima a una chica hace dos años acaba convirtiéndose en realidad? Sería una buena jugada del karma.

Carlota se gira en la toalla para poder mirar a los ojos a su novio y le dice muy segura:

—No fue un intento, niño pijo. Te quedaste sin polvo.

—¿Puedo confesarte una cosa? No sé si habría acabado yéndome a casa con esa chica. No me gustó que me siguiese tanto la corriente, me faltaba esa chispa —confiesa y rueda un poco sobre la arena para dejar de estar encima de ella y quedar tumbado a su lado.

—Somos mucho más interesantes las mandonas.

—Ni que lo digas —asegura él, recorriendo su estómago con la yema de los dedos y, tras mirar a la mesa de la comida para asegurarse de que nadie los ve, le planta un beso en los labios —. No te haces una idea de las ganas que tengo de pasar todo un mes alejado de absolutamente todo. Solo nosotros.

—Cinco días más.

—Cinco días más —repite él—. ¿No es irónico que tenga ganas de perderme con la única persona que consiguió hacerme volver?

—Cuando te pones tan filosófico hay veces que me cuesta seguirte el ritmo, niño pijo.

—Hace dos años estaba muy lejos de aquí —dice, señalando su propia cabeza—, y ni siquiera tenía intención de regresar. Pero entonces llegaste tú y fui dando pasos sin darme cuenta hasta que, de repente, todo encajó y empecé a disfrutar de las cosas, de los momentos. A sentir.

—Nunca me habías dicho eso.

—No hacía falta decirlo en alto para que lo supieses, Missy. Fuiste testigo de primera mano del cambio.

—Lo volvería a hacer una y mil veces más —promete.

—No pienso volver a largarme —asegura él y vuelve a besarla, mucho más lento esta vez.

Disfrutando del roce de sus labios. De cómo sus pestañas le hacen pequeñas cosquillas en las mejillas. De su respiración acompasada. De su mano en su cuello.

—Te quiero, Missy. Más de lo que nunca creí que podría llegar a querer a alguien.

—Yo también te quiero, niño pijo. Esto es solo el principio de la aventura.

—¿Porque nos quedan muchos países por recorrer?

—Y mercadillos navideños que visitar. No te olvides que una nueva casa supone comprar muchos nuevos adornos.

—¿Tengo que tener miedo?

—¿Conmigo? Siempre.

APUNTES PARA UNA FRIKI DE LA NAVIDAD

Ciudades que visitar al menos una vez en la vida en época navideña:

· Nueva York (EEUU).

· Ciudad de México (México).

· Dresde (Alemania).

· Stuttgart (Alemania).

· Estrasburgo (Francia).

· Colmar (Francia).

· Dublín (Irlanda).

· Cork (Irlanda).

· Rovaniemi (Finlandia).

· Praga (República Checa).

· Viena (Austria).

· Bruselas (Bélgica).

· Tallín (Estonia).

· Basilea (Suiza).

· Budapest (Polonia).

· Vigo (España).

· San Sebastián (España).

No se descarta que esta lista pueda ser ampliada en el futuro.

AGRADECIMIENTOS

Acabo de terminar de escribir este libro y todavía tengo las emociones a flor de piel, tanto que no sé cómo expresarlas, pero voy a intentar resumiros un poquito lo que para mí ha significado este reto. Porque eso es lo que ha supuesto esta historia para mí.

Soy un poco como sus protagonistas, cuando se memete una idea en la cabeza no paro hasta conseguirla, así que cuando decidí que este 2024 tenía que sacar para diciembre un libro con temática navideña, me puse a ello.

Es mi época favorita del año, un género del que disfruto mucho como lectora y, sin duda, la oportunidad perfecta de probarlo como escritora era Carlota.

Ha costado, no os voy a mentir. Ha habido ocasiones en las que las obligaciones y, simplemente, la vida, se han puesto por delante y me han hecho dudar de mí misma. Pero aquí está. ¡Lo he conseguido!

La historia de Carlota y Simon ya es vuestra y espero que hayáis disfrutado tanto leyéndola como yo lo hice durante todo el proceso de creación. Eso, y que os hayan entrado ganas de descubrir Dublín. Conmigo, sin duda, ha tenido ese efecto.

Con las menciones voy a intentar ser breve.

No puedo empezar por alguien que no sea mi hermana, mi musa perfecta para lo que una friki de la Navidad tiene que ser. Soni, gracias por ser mi mejor compañera. Dublín nos espera y estoy a nada de marcarme un Carlota y empezar a hacer una lista de tareas pendientes que nos haga terminar con los pies molidos.

A mi madre, que es mi referencia para todo lo importante. Gracias por hacer de nosotras tres una piña y enseñarme el significado de la palabra familia.

A mi abuela, mis tías y mis primos, por estar siempre al pie del cañón.

A mis chicas de Berolana sin las que, como ya dije en el libro de Lucía, seguramente esta serie seguiría todavía siendo un proyecto en mi cabeza. Nunca pensé que tener amigas escritoras pudiese tener este efecto rebote tan interesante.

A Ángela, que por muy ocupadas que estemos, siempre hay hueco.

Y a vosotros, todos los que habéis llegado hasta aquí después de disfrutar de la lectura. A los que me seguís libro tras libro y me hacéis tan feliz con vuestra emoción cada vez que se anuncia un nuevo título. A los que habéis llegado aquí por casualidad y habéis decidido darme una oportunidad. A todos y cada uno, millones de gracias. Que sepáis que una escritora está sonriendo en su casa tan solo por pensar que su historia está llegando a otras personas.

Por último, me gustaría recordar lo importantes que son para nosotros las opiniones de los lectores, así que os animo a dejar vuestra reseña tanto en Amazon, como en Goodreads y redes sociales. Son cinco minutos de tiempo que, sin embargo, sirven de gran ayuda.

Espero de todo corazón que hayáis disfrutado de la historia de Carlota y Simon.

Ya solo me queda deciros, ¡feliz Navidad!

Bea

[1] Entre otros significados, el verbo *miss* en inglés puede referirse a perder algo o fallar.

[2] Esa será tu opinión.

[3] ¿Hablas irlandés?

[4] Quien va despacio llega lejos.

[5] Es la época más bonita del año.

[6] La época más maravillosa.

[7] Eres un encanto, querida.

[8] ¡Salud!

[9] Doble venganza.

[10] También puedo hablar contigo.